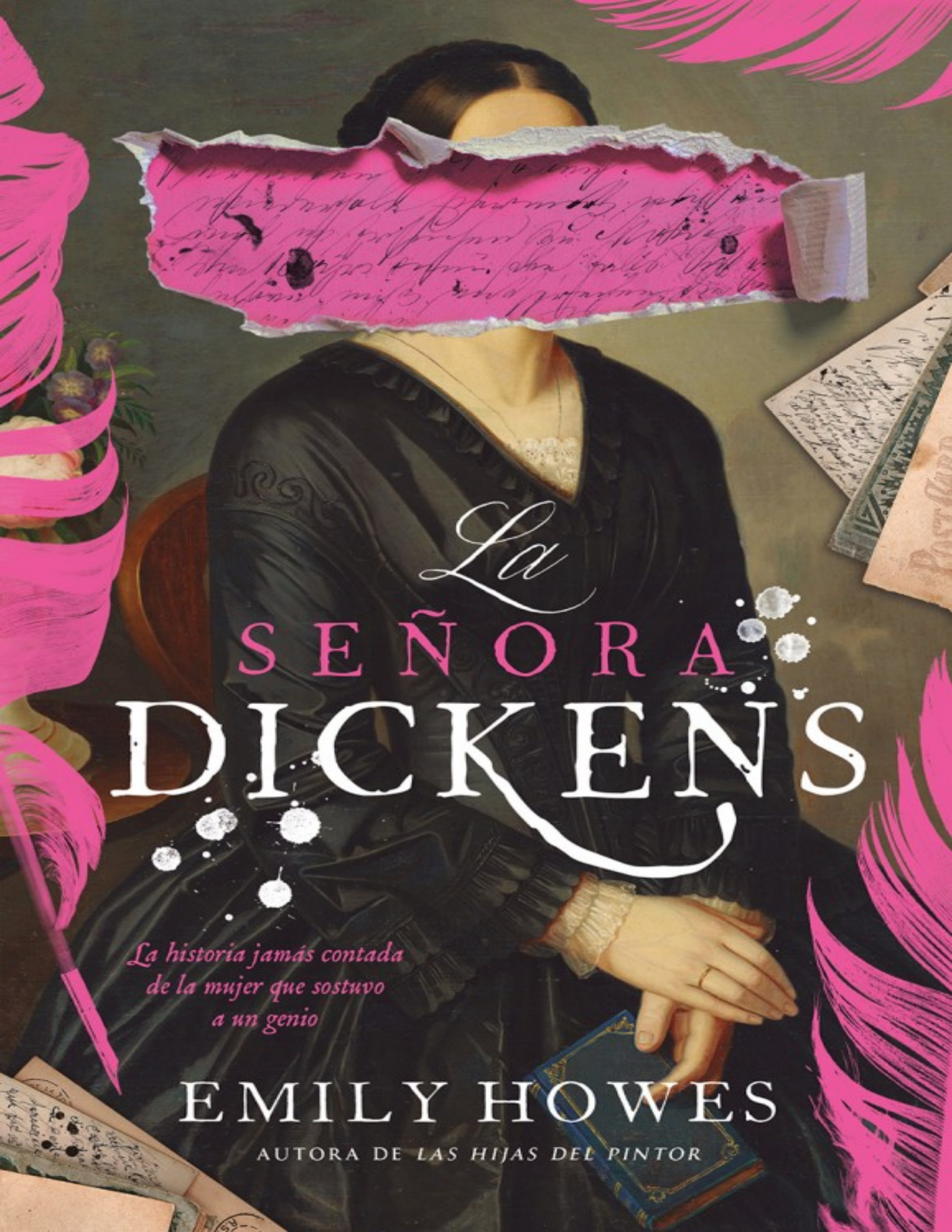

La
SEÑORA
DICKENS
La historia jamás contada
de la mujer que sostuvo
a un genio
EMILY HOWES
AUTORA DE LAS HIJAS DEL PINTOR


La
SEÑORA
DICKENS

La señora Dickens

EMILY HOWES

Traducción de Bruno Álvarez Herrero

STEFANO BOOKS

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Mrs Dickens*
Editor original: Phoenix Books, un sello de The Orion Publishing Group Ltd
Traducción: Bruno Álvarez Herrero

1.ª edición: septiembre 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2026 *by* Emily Howes
All Rights Reserved
© de la traducción 2026 *by* Bruno Álvarez Herrero
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.booksbystefano.com

ISBN: 979-13-88011-97-9

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para Kit y Rose.

«Una página de mi vida que antes estaba escrita se ha quedado completamente en blanco, y… no está en mi poder fingir que hay una sola palabra en ella».

Charles Dickens sobre su matrimonio de veintidós años, en una carta a su amiga Angela Burdett-Coutts.

«Cuando una mujer ha tenido diez hijos, deja de tener una biografía».

Hilary Mantel

ANNE

Nunca me ha interesado demasiado el amor.

Siempre me ha parecido que no sirve de gran cosa, y que acarrea una enorme cantidad de problemas que a cualquiera le convendría evitar.

Cuando era pequeña y vivía en un barrio pobre, los niños nos perseguían, tiraban de nosotras desde detrás de las puertas y las esquinas y nos plantaban las bocas húmedas en las nuestras, o nos las acercaban todo lo que podían.

Yo los apartaba de una torta, les daba con la mano abierta con toda la fuerza que tenía, y trepaba por un muro o me subía a un árbol con la velocidad de un gato. Los veía rebuznar y forcejear debajo, y oía a las chicas chillar. Era imposible distinguir si esos chicos estaban tratando de dar amor o infligir daño. Y eso no me ayudó demasiado a apreciar la idea del amor en aquella época, y me ha costado mucho cambiar de opinión al respecto desde entonces.

Los chicos de Bow eran unos gamberros: orinaban en los callejones que separaban las casas con la intención de ver quién podía dejar la mancha oscura más grande, extendida por la pared, hasta que sus madres, si es que las tenían, salían a darles una paliza. Tampoco me ha agradado nunca la idea de pegar a los niños debido a lo que vi por entonces. Niños pequeños con unos brazos y unos rostros escuálidos y amoratados como fruta magullada. Los chicos eran los que se llevaban la peor parte, hasta que se convertían en hombres que hacían lo mismo que les habían hecho a ellos. Y así sucesivamente: los duros golpes que recibías se los devolvías a otra

persona más adelante. Supongo que esto ha sido así desde que Dios era un chiquillo, y que nadie puede hacer gran cosa al respecto, por más libros que se escriban sobre el tema.

Por supuesto, si cualquiera de ellos me viera ahora, con el uniforme de seda de ama de llaves, y con las llaves colgadas a la cintura, no me cabe duda de que esos niños mugrientos echarían a correr. Me llamarían «señora» con la clase de miedo en los ojos que jamás había pensado que vería en ellos, y, ay, cómo me adularían, haciendo reverencias y tirándome de la falda para que les diera un penique. No se darían cuenta jamás de que he sido una de ellos, esa niñita menuda y sucia a la que inmovilizaban contra la pared para intentar meterle la lengua, húmeda y caliente, en su garganta infantil hasta que le entraban ganas de vomitar. Es curioso cómo te lleva la vida por caminos extraños, y te aleja tanto de tu lugar de origen que ya no sientes que encajes allí, y jamás podrías regresar, ni por cualquier suma de dinero, ni aunque quisieras.

Ahora, cuando me muevo en silencio por la enorme casa, a veces me detengo en la puerta y lo observo. A mi patrón. Enfrascado en su trabajo, tan perdido como un niño en una multitud, mientras las expresiones le cruzan el rostro como sombras. Son sus personajes, que salen de su cabeza como fantasmas y se adentran en el mundo, como ha ocurrido siempre desde que lo conozco, hace ya muchos años. Siempre le han gustado los fantasmas. Del presente, del pasado y del futuro, de niños que viven en las sombras, de novias que desaparecen sin dejar rastro. He leído todas esas historias, o las he escuchado mientras se las leían a sus hijos, acurrucados en mis rodillas. Me he sentado con ellos cuando se despertaban por la noche, sudando, y le he pedido a la señora Dickens que les dijera por la mañana que no tienen nada que temer. Que los fantasmas no

existen. Que las historias no te pueden hacer daño.

Me quedo en mi sitio, en el vano de la puerta, con medio cuerpo dentro y medio fuera, mientras él araña el papel con la pluma, y luego se detiene para descansar con la lengua fuera, concentrado. Pasa la mirada sobre mí. En esos momentos, para él no existe nadie más; solo el mundo tal y como él desea verlo. Y, si no desea verte, te hará desaparecer. Eso sí que lo sé.

En ocasiones, si me quedo allí durante el tiempo suficiente sin que me vea, me toco el brazo para asegurarme de que sigo existiendo. Ahora yo también soy un fantasma. Al igual que ella. Tal vez siempre lo he sido; aparezco y desaparezco sin llamar la atención. Entro y salgo del matrimonio. Como una sombra.

En el piso de arriba, en el dormitorio principal, hay un corazoncito de piedra. Era de ella; se lo dieron cuando aún era una joven de rostro sonrosado, antes de que ocurriera todo. Nunca pareció apropiado que la señora Dickens, siendo como era, llevara un corazón de piedra colgado del cuello, y en muchos aspectos me alegro de que se quedase allí olvidado y abandonado con las prisas. Me parece que, si tuviera que colgar del cuello de alguien ahora, frío y pesado contra el pecho, debería ser del mío.

Durante toda mi vida he creído que es mejor no pensar en cosas que no me gusta recordar. Borro los pensamientos en cuanto me vienen a la mente, como si usara jabón carbólico. Hay pocas cosas que el carbólico no pueda eliminar, en mi experiencia. Froto los rincones de mi mente, me adentro bien en los recovecos. Pero parece ser que el carbólico no ha sido suficiente para limpiarlo todo, y necesito otra forma de absolución.

Supongo que es como la confesión que solíamos ver en las iglesias italianas cuando viajábamos. Por entonces me burlaba de ello, de

toda esa gente reunida, en fila, altos y bajos, delgados y gordos, viejos y jóvenes; sentados bajo los santos dorados, esperando a que llegase su turno para confesar sus pecados en voz baja a través de la reja. Como si hablar sobre ello fuera a hacerles sentir mejor, solía decir yo, y chasqueaba la lengua, y el señor Dickens se reía y me decía con cierto regocijo que, por muchas maravillas del mundo que me enseñase, nunca lograría que me conmoviese nada. Lo cual demuestra lo poco que me conocía, y lo mucho que había conseguido mantener oculto, para que él, con lo que adoraba tenerlo todo bajo control, no pudiera controlarme a mí.

Las palabras son algo curioso. Te pueden desconcertar. Sus palabras te absorbían tanto que luego no recordabas cuáles eran tus pensamientos y cuáles los suyos. Pero voy a intentar mostraros, si me es posible, aquello que no se ha dicho, porque no se ha contado con las palabras adecuadas, ni por las personas adecuadas. Aquello que se ha mantenido oculto, porque no encaja en la historia.

PARTE UNO

KATE

1835

Bizcocho de manzana

Toma doscientos gramos de pan rallado muy fino, doscientos gramos de manzanas cortadas en láminas finas, doscientos gramos de grosellas, doscientos gramos de sebo del bueno, ciento setenta gramos de azúcar, cuatro huevos, una pizca de nuez moscada, sesenta gramos de cáscara de pomelo y cidra; untar bien el molde con mantequilla y hervir durante tres horas.

Kate está tumbada bocarriba, recorriendo los patrones morados oscuros del papel pintado de la pared con los dedos de los pies. Tiene las faldas hechas un gurruño alrededor de las caderas, de modo que puede ver todas las pequeñas líneas irregulares en las zonas en las que se ha zurcido las medias de lana, y el nuevo agujero que se le ha abierto por la costura y por el que le asoma el dedo gordo del pie. Dentro de un momento se levantará e irá a por el costurero. Dentro de un momento.

Su madre está tocando el piano abajo, y el sonido se alza por los dos pisos hasta llegar al dormitorio, sumido en el silencio. Bach. Kate tararea para sí misma y repasa mentalmente las partes en las que se atasca mientras tamborilea la alfombra con los dedos al ritmo de los de su madre. Ella también debería estar practicando para el concierto familiar que celebrarán el martes, en lugar de estar allí espatarrada en la alfombra, dejando la mente en blanco. Vagueando, como diría su hermana Mary, con los brazos cruzados, con sus ángulos de pájaro y su aire de superioridad de quinceañera. Pero

Mary está tomando el té con una amiga. Los pequeños y Georgy, todos recuperándose del sarampión, han salido a dar un paseo con la criada. Los chicos están en la escuela, y su padre en la redacción del periódico. Kate deja que el silencio la cubra como una manta.

Fuera, la llovizna de enero golpetea con suavidad la ventana del dormitorio. Ese tiempo, esos días fríos y apagados de después de Navidad, le recuerdan a Edimburgo, al gris pizarra del cielo y al gris pizarra de los edificios de su niñez. Más tarde bajará a la cocina y le suplicará a Ruth que le deje preparar un bizcocho. Algo invernal que te haga entrar en calor desde dentro, como se necesita en Escocia cuando hace un tiempo como ese. Eso es lo que consigue la comida. Te quita el frío; se lleva la melancolía que te embarga en los días en que el cielo no tiene la luz suficiente. Un *clootie* cubierto de canela*, piensa, o un bizcocho de manzana, que te deja el regusto de la nuez moscada en la lengua durante un buen rato.

La puerta cruje y Jingle, el gatito de su hermana, se cuela por la rendija. Se acerca en silencio y se sube de un brinco al pecho de Kate, y le clava las patitas en el vestido para agarrarse mejor. Desde que se han mudado a Londres, a Georgy le cuesta dormir, y el gatito ha sido un regalo para ayudarla a adaptarse, aunque se abalanza sobre sus deditos y se los araña con tanta fuerza que ya no quiere jugar con él. Así que ahora el gato se dedica a merodear por la casa, sin que nadie lo acaricie, e intenta hacer trizas las cortinas. Kate posa la mano sobre su cuerpecito blando, todo pelo plateado y huesos, como si fuera a desvanecerse bajo su peso.

Así han sido siempre las cosas: un viaje interminable por todo el país. Toda la familia se muda de un sitio a otro, del norte al sur, del este al oeste, siguiendo el trabajo de su padre. Edimburgo, Exeter, Halifax. Siguiendo el dinero. Aunque nunca se habla de dinero,

claro, ya que la suya es una familia en la que priman los valores artísticos, lo que explica, según Mary, por qué no tienen nunca tocados nuevos. Y justo cuando Kate y Mary han hecho nuevas amigas, cuando han empezado a intercambiar secretos, se tienen que ir otra vez, tienen que dejar atrás el fantasma de la amistad, un libro prestado que nunca recuperarán, una vida hecha a base de retazos.

Para los chicos no tiene importancia, claro; siempre están en la escuela, solo vuelven a casa por vacaciones, para armar jaleo en la casa en la que hayan aterrizado esa vez, gritando sobre quién es capaz de subir las escaleras más rápido. Los chicos, según Kate, solo tienen que preocuparse de quién es más rápido porque nunca se paran a mirar a su alrededor. Nunca experimentan el placer de estar quieto, de tumbarse en el suelo del dormitorio a observar las sombras del techo.

El gatito se acomoda en el vientre de Kate, en el hueco justo debajo de la caja torácica.

—Hola —le dice Kate al aire, y el gatito le responde con un parpadeo lento.

A Kate siempre le han encantado las cosas pequeñitas. Cajitas pintadas con diseños intrincados. Una naranja partida, con gotitas delicadas rebosantes de dulzura. Las violetas. Incluso ahora, con diecinueve años, le encanta sentarse con Georgy a jugar con la casa de muñecas y prepararlo todo para la hora de la cena o para la mañana, colocando cada cosa en su sitio. Las rígidas muñequitas, el gato acurrucado frente al fuego, las sartenes diminutas en la cocina. Todo delicado, congelado. Pequeñísimo.

Una vez, en Edimburgo, fueron a una exposición en la que un hombre había dibujado un palacio en un grano de arroz. Kate se había quedado plantada entre la multitud, con la boca abierta,

esforzándose por ver los trazos minúsculos. «Mamá —dijo—, mamá, mira». Y su madre, ansiosa por seguir avanzando, levantó la vista y volvió a desviarla mientras se quejaba de lo ínfimo que era, como si estuviera acusándolo de algo, y siguió abriéndose paso a través de la gente.

Su madre siempre camina dando zancadas, y siempre dice lo que siente sin reparos, como si no fuera a herir a nadie. «Mary —dice—, si no eres capaz de afinar, no cantes y punto». «George, deja ya de comer, que estás engordando». «Georgina, ya está bien de tonterías infantiles. Vete a irritar a otra». Y el padre de Kate, sentado a la mesa, hunde solo un poco los hombros, y Mary se queda en silencio, y Georgy se traga su idea y se va dando saltitos con una alegría fingida. Ya están acostumbrados. Y no lo hace con maldad. Eso lo saben todos. Es solo que está de mal humor o, como dice su padre, «estresada». Así que dejan que se tumbe un rato en alguna habitación a oscuras, o que se desplome en un sillón, hasta que deje de estar tan estresada, y entonces vuelve a salir con alguna broma desenfadada, o con intención de cocinar algo o de ir a la ciudad. Pero esos pequeños cortes, tan finos y sutiles como el trazo de un lápiz, permanecen dentro, en alguna parte. Y, justo cuando alguno de esos arañazos comienza a sanar, los atraviesa otro.

Kate piensa que, cuando ella sea madre, nunca hará que sus hijos deseen poder encogerse hasta desaparecer. Cuando esté casada, nunca herirá el orgullo de su marido ni su autoestima con crueldades dichas de pasada, con despreocupación. Será siempre buena. Está decidida.

Oye cómo se abre la puerta principal en el piso de abajo, los quejidos de los bebés en el carrito, el parloteo agudo de Georgy en el vestíbulo: han vuelto los niños. Se aparta el gatito del vientre con

delicadeza y se pone en pie, se alisa las faldas y baja para encontrarse con ellos.

—Hola, Georgy.

Kate saca a Helen del cochecito, se la apoya en la cadera y le da un beso en la cabecita redonda, aún despeinada por haber llevado el gorro.

—Mira lo que me he encontrado —dice Georgy, sosteniendo algo en alto.

La criada, que está lidiando con los abrigos y los calentadores de punto, parece angustiada.

—Le he dicho que lo dejara, señorita, pero estaba empeñada en traerlo a casa para que lo viera.

—Déjame verlo.

Es un huevo de ave, aún manchado de yema. Kate lo agarra y lo gira en la palma de la mano. Es demasiado pronto para algo así. Aún quedan meses para que llegue la primavera. Lo examina, pasa el pulgar por su borde irregular.

—Betty dice que da mala suerte —anuncia Georgy, como si Betty hubiera insultado tanto a ella como al huevo con su comentario.

—Bueno —dice la criada con timidez—, eso es lo que solía decir mi tía, señorita. Que da mala suerte encontrar algo fuera de su temporada.

—¿Un huevo de ave en invierno? Eso sí que es un tesoro poco común, Georgy.

—Lo he traído para tu caja.

Georgy siempre le lleva cosas: escombros de las obras, bellotas aplastadas, pétalos, plumas sucias, pedazos rotos del carrito de los bebés. Kate las guarda todas, menos las que están más sucias, en un cajón, envueltas en un pañuelo. Son solo para ella, pequeñas

ofrendas solemnes, regaladas como declaraciones de amor entre hermanas. Pero, cada vez que Georgy le lleva algo, Kate repara en que más tarde, esa misma noche o al día siguiente, desaparece alguna otra cosa. Que, a cambio, Georgy se ha llevado uno de sus pequeños tesoros. Una horquilla o un broche de su cajón que, días o semanas después, acaba encontrando en la cama de Georgy o a un lado del armario. Pero otras veces no recupera nunca ese objeto, y Kate jamás puede estar segura de si se lo ha quitado o si tan solo lo ha perdido.

—Es un tesoro magnífico, Georgy —le dice Kate—. Pero, por favor, no te lleves nada a cambio. De mi tocador. Por favor.

No está acostumbrada a ponerse firme, e incluso ahora oye que le tiembla la voz.

—Yo nunca me llevo nada —responde Georgy con rotundidad.

Kate se plantea insistir, pero al final tan solo se acerca el cuerpecito cálido de Helen y siente cómo se aferra a ella con las manos y las piernas, como un monito.

—Tatie —balbucea Helen—. Tatie.

—Bueno, es igual —dice Kate, y Georgy se da la vuelta para alejarse, satisfecha.

—¿Qué es eso que tienes en la mano, Kate? —Su madre está bajando las escaleras con una partitura arrugada para piano en una mano y un vaso de agua en la otra—. Ay, por el amor de Dios, ¿más escombros de la carretera, Georgy? Pobre Kate.

—A mí me gusta —contesta Kate.

—Betsy, llévate a los mellizos y a Georgy arriba a jugar. Voy a tumbarme hasta la hora de la cena. Kate, te traigo un mensaje de Mary: si vas a ir al teatro, ponte el vestido de seda verde, ya que Mary está empeñada en ir de amarillo.

—Sí, mamá.

Como la hermana mayor que es, debería poder elegir, pero odia forzar ese tipo de cosas, y además el vestido verde es precioso. Lo más probable es que lo hubiera escogido ella misma. Mary y ella van a salir: van a Drury Lane, con su frenesí de colores y sonidos. De tan solo pensarlo, la emoción la envuelve como un lazo. Londres, la vida agitada y frenética, con su suciedad y sus amenazas. Lo bastante cerca como para saborearla. Lo bastante lejos como para que no pueda hacerle daño.

A veces, en esa casa de Brompton no siente que esté en Londres en absoluto, con los huertos y los campos que se extienden a lo lejos como una colcha de retazos. Con su padre, tranquilo y bonachón, que reúne allí a pintores, escritores, músicos y poetas para el periódico, y llena el salón con ellos como si fuera un álbum de sellos. Su madre, los bebés y Georgy, y los chicos y Mary. Le encanta estar recluida allí, sentir esa paz y esa comodidad. Pero no puede quedarse en casa toda la vida. Más allá, en algún lugar, el mundo late como un tambor, invitándola a encontrar su lugar en él.

Más tarde, al anochecer, irá al cuarto de los niños y acostará a los bebés. Le leerá a Georgy la siguiente parte de *La historia del pequeño Henry y su mensajero*, recostada en el viejo sillón, con el vestido arrugado y el pelo suelto. Apagará las velas de la habitación, meterá la pequeña cáscara de huevo en el cajón de su dormitorio e intentará averiguar si le falta algo. Y entonces se preparará para enfrentarse a Drury Lane, para regresar a la vida adulta, con todos sus guantes, sus rizos, sus abanicos y su jaleo.

Pero ahora, más abajo, la espera la cocina. Ruth, con sus anchas caderas, refunfuñando junto al fuego, preparada para regañar a Kate por gastar lo que quedaba de queso o por añadir cáscaras de fruta

innecesarias y aumentar las facturas, o por devolver las cosas a la despensa en el orden incorrecto. Pero bajo la brusquedad de Ruth se esconde un orgullo secreto por la destreza y la meticulosidad de Kate. Por el modo en que Kate es capaz de evitar que se pegue una salsa al intervenir justo en el momento exacto, o de compaginarlo todo de manera instintiva para que cada olla esté lista justo cuando es necesario. El tiempo parece doblegarse ante ella en la cocina. Las vainas de guisantes se mantienen tiernas bajo su cuidado; las patatas se quedan esponjosas, pero nunca se desmoronan. Y Ruth, sudando mientras asa la carne, se detiene, repara en ella, asiente con aprobación, y a Kate se le acelera el corazón al ver el gesto.

Fuera de ese mundo, de ese reino subterráneo de harina, grosellas, especias, yemas de huevo de color intenso, luz tenue y el calor del fuego, Kate no termina de encajar. No ve bien. Es miope, según dice su madre. Los árboles se difuminan. Las estrellas son un borrón. Se choca contra los marcos de las puertas, se da golpes en los dedos de los pies con los sacabotas, se golpea el muslo con las esquinas de las mesas y le salen moratones jaspeados bajo las enaguas. Su madre la reprende. «Kate se tropieza hasta cuando no hay escalones». Pero, cuando está en la cocina, cuando toca las cosas allí, sabe cómo hacer que se sometan a su voluntad.

Cuando el reloj del vestíbulo da las cuatro, Kate se gira hacia las escaleras de la cocina, con la frágil cáscara de huevo azul en la mano. Se abre la puerta del despacho de su padre, que sale seguido de un joven. Están hablando fervientemente sobre un artículo en ese lenguaje que flota por la casa de Kate con la misma familiaridad que el aire: artículo, composición, imprenta, fecha límite. Un periodista. Uno de tantos que vienen y van entre su casa y el despacho de su padre, en la redacción del *Chronicle*. Kate los conoce bien. Van de un

lado a otro del país en diligencia, compitiendo entre ellos para informar sobre tal juicio o tal noticia sin mayor importancia. Lord Fulano vota a favor de tal proyecto de ley. Mengano acoge a Zutano en la casa señorial de no sé dónde.

—Ah, hola, Katie —le dice su padre, distraído.

—Hola.

—Señor Dickens, mi hija mayor, Kate.

Kate esboza la sonrisa que siempre ofrece al flujo constante de hombres que salen al pasillo con el sombrero en la mano.

El joven hace una pequeña reverencia y se retira el pelo oscuro para apartárselo de la frente. Debe de ser más o menos de su edad, quizás un poco mayor. Tiene unos ojos grandes para su rostro, opina Kate, y no deja de moverse de un lado para otro, como si hubiera perdido algo y no estuviera seguro de dónde va a poder encontrarlo. A Kate le da la sensación de que, a la primera de cambio, va a sacar un cuaderno y va a empezar a redactar un artículo sobre ella, y antes de que se dé cuenta se habrá convertido en dos pequeñas columnas impresas en las noticias de por la mañana.

Su padre le echa un vistazo al reloj y luego mira las escaleras de la cocina.

—Voy a estar trabajando hasta las cinco por lo menos, Kate. ¿Podrías, tal vez…, traerme té y galletas? —le dice su padre, esperanzado.

—Claro, papá, ahora lo subo todo.

—¿Galletas de jengibre?

—Por supuesto.

El joven vuelve a asentir mientras la mira, divertido, y los dos pasan junto a ella en dirección a la puerta principal, retomando la conversación. En ese momento Kate repara en el chaleco amarillo

que lleva el visitante, y durante un breve instante se pregunta a qué se deberá esa extravagancia, teniendo en cuenta que debe de ser un empleado novato.

Y al momento ya se ha marchado, ha salido a la tarde gris y se aleja deprisa por la carretera, como si tuviera que llegar a algún lugar con extrema urgencia, y tal vez debiera haber llegado dos horas antes. Como sus hermanos, piensa Kate. Siempre intentando ser los más rápidos.

Se aparta alegremente de la ventana y baja al calor de la cocina, pensando ya en el tarro de galletas de jengibre, y en si Ruth le dará la mantequilla necesaria para preparar más.



Cuando anochece, la lluvia ya ha amainado. Los árboles gotean. Los paraguas están mojados en el vestíbulo. Fuera, el mundo oscurece, a la espera de que los londinenses salgan y lo iluminen con sus charlas y sus coqueteos y sus risas.

El vestido verde de seda yace en la cama como una criatura que espera a que la despierten.

Kate se sienta vestida tan solo con las enaguas, y se mira en el espejo del tocador.

Se observa los ojos, los labios, el pelo, que le cae en tirabuzones suaves alrededor de las orejas, como se estila ahora. Como un *spaniel*, según dice Mary. La serie de instrumentos que tiene ante ella: cepillos, peines, cardadores, horquillas, pomada. El bote de colorete que Mary y ella prepararon en la cocina un día que todos habían salido. A Kate le avergüenza el artificio; guarda el bote, con su mezcla pegajosa, al fondo del cajón, envuelto.

—Deja de comerte con los ojos, Kate, y vístete ya —dice Mary con

la boca llena de horquillas—. Que son casi las seis y cuarto.

Hace falta prepararse en cierto modo, llenarse de valor, para atravesar la frontera del mundo exterior. Kate lleva los vestidos de salir como una especie de armadura, como si el corsé y las capas la fueran a proteger de algo. Quizá solo del deseo de escapar, ya que con todas esas prendas sería más engorroso intentarlo.

—Te puedes poner los guantes color crema con el vestido verde. —Mary se sube los guantes de noche hasta los codos y agita los dedos —. ¡Kate!

—Sí, ya voy.

Kate hunde un dedo en el bote y se aplica un poco del ungüento rosa sedoso en cada mejilla.

—Kate Hogarth. Si llegamos tarde otra vez por lo lenta que eres… —dice Mary indignada, con las manos en las caderas.

—Ya voy. Te lo prometo. —Kate se levanta deprisa—. No te enfades.

En Drury Lane, la multitud no hace más que aumentar, y cada vez está más agitada. Van a ver una nueva obra, una comedia, *El vestido de novia*, y Kate lo prefiere a las viejas y aburridas obras de Shakespeare, con sus vainas tambaleantes y sus barbas postizas. A Kate le gustan las historias que se resuelven, que cierran un círculo, que concluyen con una felicidad estudiada. En el mundo ya hay bastante sufrimiento de por sí.

Al otro lado del teatro Kate ve al señor Morden, el del periódico, sentado entre sus hermanas como un mirlo posado en un prado. La saluda con la cabeza y levanta una mano. Y allí, a la izquierda, está el señor Hatton, que fue a su casa a cenar la semana pasada y admiró lo bien que tocaba el piano, pero que solo llega a la altura de la nariz, para el regocijo de sus hermanos. A veces, tener diecinueve años y

no estar casada es como jugar una partida de ajedrez, piensa Kate, con un oponente invisible que avanza por todos los lados. Puede que el señor Blackwood se mueva en diagonal, o el señor Lambert como una torre, desde el palco, y debe estar preparada para recibir esos movimientos, esas insinuaciones, y decidir si quiere o no pararles los pies.

El señor Hatton levanta la mano y la sacude con delicadeza. Kate asiente y le sonríe con cautela, y luego gira la cabeza hacia el escenario, donde ya ha comenzado la comedia. Las actrices están cantando a dúo sobre el rechazo que han sufrido frente a un paisaje de un campo pintado, con los ojos muy abiertos, fingiendo desesperación. Mary, al lado de Kate, ya se está riendo. Y Kate mira hacia otro lado y se ríe también, incluso de los espantosos juegos de palabras y los gestos exagerados de los actores, porque sabe que más tarde, en casa, Mary se burlará de ellos sin piedad hasta que Kate se caiga de la cama de la risa.

Una vez que los enredos han quedado desenredados, los amantes casados y los malentendidos entendidos, los aplausos se elevan desde las butacas y los palcos, y Kate se une a ese tamborileo satisfactorio. Mary mueve la boca; le está diciendo algo, pero Kate no logra distinguirlo, y tan solo sonríe y aplaude e intenta no devolverle la mirada al señor Hatton, que está obsesionado con ella con un optimismo romántico inquietante. Después, Mary y ella se ponen en pie y van a por sus abrigos, y salen con todo el mundo en tropel hacia los carruajes que aguardan, empujándose y charlando, para que las lleven juntas a casa, al calor de sus camas.

En casa, en el dormitorio oscuro, el bote de colorete ha desaparecido. Kate rebusca por todo el cajón, luego se arrodilla y, a la luz titilante de la vela, busca bajo la cama, por si ha salido

rodando por los tablones de madera. No lo encuentra por ninguna parte. Mañana irá a buscarlo al cuarto de los niños, cuando nadie la vea, pero ya sabe que no lo encontrará. Que ha desaparecido, que estará allí donde Georgy guarde las cosas que roba y que sustituye con tesoros que Kate ni quiere ni ha pedido.



Una fiesta de cumpleaños. El olor a bollos con mantequilla, tarta y ponche de invierno. La gente sentada en los reposabrazos de los sillones, en sitios en los que no se deben sentar, unos encima de otros. Las ventanas mojadas por la llovizna de febrero, al igual que los recién llegados. Se encuentran en los aposentos de un soltero, habitaciones cálidas de techos bajos, y dicho soltero es el señor Dickens, el hombre del pasillo, que acaba de cumplir veintitrés años y está de pie en el centro de la sala, cantando.

Antes se ha apartado el pelo de la cara y ha anunciado, en ese tono tan extraño suyo de seriedad fingida, que iba a cantar una canción popular de Kent. El padre de Kate se rio en silencio. Kate sabe que a su padre le cae bien ese hombre, por lo que se permite sentir un destello de posibilidad mientras lo observa. Se permite imaginar, durante un segundo, el roce de su boca con la suya, para ver si hay algo de ese deseo nebuloso que a veces la embarga, a medio formar, y le acelera la respiración.

El señor Dickens la mira a los ojos, y Kate baja la vista deprisa, como si la hubieran atrapado con las manos en la masa. A su padre le cae bien, se repite. Si no, no se habría visto allí, en esa noche fría y ventosa, apretujada en un sofá con un pastel desmigajado en la mano, sobre una servilleta. Hay escasez de platos, algo sobre lo que tanto el joven anfitrión como su hermano, más joven aún, han

bromeado durante toda la velada. Kate también ha reparado en que hay escasez de cortinas, jarras, muebles y cubiertos. Lo único que hay de sobra son invitados, y un brandi francés muy fuerte. Siente cómo el calor del alcohol le atraviesa el cuerpo, y nota que Mary, que está sentada a su lado, empieza a aplaudir mientras el joven señor Dickens baila y salta y comenta sin aliento su propia actuación. Hay algo en el modo en que se adueña de la sala que a Kate le gusta, algo que hace que el público, todos apretujados como pepinillos en un bote, se olvide del calor y de la timidez.

Tanto Mary como ella tienen trajes nuevos, con unas mangas abullonadas como frutas maduras y unos escotes muy pronunciados. Su madre ha encargado que los copien de las fotos de *Ladies' Pocket Magazine*; el de Mary en verde salvia y el suyo en plateado pálido, para que le realce el azul de los ojos. A decir verdad, Mary, con sus quince años, es demasiado joven para ese estilo, pero sale más barato encargarlos los dos iguales, con telas distintas. En casa se trata siempre de buscar la opción más económica, de duplicar las cosas y dividirlas y plegarlas y rehacerlas. De coserlas por las costuras.

Kate observa a su padre, que se tamborilea las rodillas al ritmo de la música, y mira los ágiles dedos de la niña que toca el piano, se detiene para alzar la vista cuando el señor Dickens dice alguna broma y luego retoma la melodía con una floritura. Debe de ser su hermana, piensa Kate mientras ve que tiene la misma nariz alargada, los mismos ojos expresivos, pero en una figura más frágil. Toca bien, y canta aún mejor, con tanta belleza que Kate se muestra reacia a tocar, y espera fervientemente que no lo proponga nadie.

Cuando la canción llega a su fin, el hermano pequeño repiquetea el suelo de madera con los pies, y los jóvenes gritan y vitorean con

tanta fuerza que casi hacen temblar la habitación. El señor Dickens, sonrojado, hace una reverencia exagerada. Se dirige a la mesa y se sirve un brandi, y luego cruza la estancia hasta donde están los Hogarth, apretujados.

—Podrías haber estado en un escenario, Charles —le dice el padre de Kate mientras se levanta del sofá con cierta dificultad.

—Me habría encantado —contesta el señor Dickens. Kate ve que la mira, y luego aparta la vista deprisa—. Una vez tuve la oportunidad de hacerlo, pero un resfriado espantoso me la arrebató. Así que me tengo que conformar con los entretenimientos familiares.

—Tienes que venir a cenar a Brompton. Charles podría hacerles la competencia a los profesionales, ¿no es cierto, Kate? —le pregunta su padre.

—Desde luego.

—Señorita Hogarth. —El señor Dickens hace una reverencia demasiado baja, como si fuera a ejecutar una parodia de una danza cortesana, pero, cuando alza la vista hacia Kate, tiene el semblante serio—. Tiene muy buen aspecto esta noche.

Kate no se había en fijado en sus ojos antes, durante su fugaz encuentro en su casa, o tal vez es que él no se los había clavado de ese modo. Transmiten inteligencia, pero también algo más. Cierta perspicacia, como si estuviera siempre viéndolo todo, no solo mirando.

—Gracias —responde Kate—. Me ha parecido que ha cantado usted muy bien. No… no sabía que supiera cantar.

Menuda tontería, piensa Kate, teniendo en cuenta que solo lo ha visto una vez, y en un pasillo.

—Me temo que tengo debilidad por las canciones, cuanto más absurdas, mejor. Fanny, mi hermana, sin embargo…

—¿La chica del piano?

—Sí. A mi querida Fan no le hace falta hacer bobadas para atrapar al público. Ella tiene talento de verdad.

—A mí no me molestan las bobadas. Me gustan bastante —dice Kate, y nota cómo se sonroja al instante.

—Entonces nos llevaremos muy bien.

El señor Dickens sonríe. Todo su rostro expresa siempre cosas, piensa Kate. Calidez, seriedad y humor, todo mezclado como pinturas en una paleta.

—George, ¿me prestas a tu hija para un baile rápido?

—Por supuesto.

El señor Dickens se gira hacia la hermana de Kate.

—Señorita Mary, ¿bailamos una giga?

Mary se pone en pie al momento, con los ojos muy abiertos, emocionada. Kate siente que le da un vuelco el corazón, como una estúpida, y sonríe para disimularlo.

—Fan, toca alguna canción con la que podamos bailar —grita el señor Dickens, pero Fanny ya se ha ido a cortarse un trozo de tarta y ahora la está sujetando con las manos como bien puede, ya que ni siquiera quedan servilletas.

—¡No quedan! ¡No queda ni una! ¡Vamos a tener que usar los vestidos de las damas para comer! —chilla el hermano pequeño, agarrando con exageración a una chica que lleva un vestido de seda color melocotón y que da un bote con un aullido mientras se le cae al suelo lo que le quedaba del bollo de frutas.

El joven Dickens posee una jovialidad implacable, piensa Kate, y nota un leve destello de irritación en los ojos de su hermano.

—Fred, siéntate y deja a las pobres damas en paz. Fanny, querida, toca otra canción, por favor. Vamos a tener que distraer a los

invitados de la lamentable escasez de platos, y de la lamentable escasez de modales de Fred —dice el señor Dickens antes de apurar el brandi y dejar el vaso en la mesa con un golpe sordo.

Fanny regresa al piano dejando un rastro de migas de tarta tras ella y empieza a tocar algo que hace que la estancia se llene de movimiento. El señor Dickens agarra a Mary, y Kate los ve corretear por la habitación, chocándose contra las paredes y tropezando con los pies de los invitados. Su hermana pequeña está sonrojada por el placer y el esfuerzo.

Para Mary, piensa Kate, la vida queda aún muy lejos. Puede galopar como una loca en los brazos de ese hombre, entre risas, y nadie le dará mayor importancia. Sigue siendo algo parecido a una niña. Pero, para Kate, ahora el mundo está lleno de mensajes ocultos, de posibilidades que cuelgan como fruta a la espera de caer. El aire está cargado de ellas. Las siente ahora mismo, en la mirada del señor Dickens, en el hecho de que no es capaz de estar mucho rato sin mirarla. En el modo en que la mira a los ojos incluso mientras está haciendo girar a su hermana. Kate se fija en que lleva unos zapatos con punteras de charol, y vuelve a maravillarse ante su ostentación, tan diferente de los insulsos atuendos de los demás hombres, que solo parecen querer lucir y comportarse como los demás. Sería como estar casada con un torbellino, piensa Kate. Todo sería siempre divertido y serio a la vez; una melodía animada, pero en tono menor.

Fred se acerca a ella y hace una reverencia tan baja que casi se cae al sofá.

—¿Querría la mayor de las hermanas Hogarth bailar también?

Hay algo en su voz que comparte con la de su hermano, cierta pastosidad, como si las palabras no brotaran con facilidad y debiera cubrirlas con júbilo.

Kate mira a su padre, que está bebiéndose su brandi en un sillón, tan tranquilo.

—Me encantaría —contesta Kate, y hace una reverencia lo bastante exagerada como para competir con la de Fred, y ve que Charles se percata.

Fred la toma de la mano y salen corriendo juntos por delante del sofá, sobre la alfombra, mientras a Kate le rebotan el vestido y las enaguas. Quiere que el señor Dickens vea que ella también sabe tomarse las cosas a la ligera, que no la perturban la diversión ni el desenfreno. Que ella también está siempre riéndose, que es despreocupada y jovial. Que puede ser la posibilidad que está esperando. Y Fanny toca y toca, y los invitados bailan y bailan, hasta que un caballero con cara de sueño y con un camisón llama a la puerta y dice que no es su intención molestar, pero que ha de estar en el bufete por la mañana y ¿podrían los invitados, por favor, dejar de dar saltos y marcharse?



—¿Qué te ha parecido el señor Dickens? —le pregunta Mary más tarde, mientras se quita las horquillas del pelo y se deja caer en la silla de su dormitorio.

Kate se piensa la respuesta.

—Con el trato mejora —contesta.

—Fred es más gracioso.

—Sí, pero está loco.

Mary escarba en un agujero del brocado desgastado de la silla.

—Creo que le gustas al señor Dickens, el mayor.

—No tires del hilo, Mary, que lo vas a empeorar.

—¿Qué hilo? ¿El de la conversación?

Mary arruga la nariz con picardía.

—El de la silla.

—Bueno, pues eso creo yo —dice Mary, se levanta y se acerca a la puerta—. Y que vendrá para llevarte a dar un paseo. —Entorna los ojos como una adivina—. Recuerda mis palabras.

—Vete a la cama.

Kate apaga la vela de la mesilla de noche. Pero, mientras Mary cierra la puerta a su espalda, Kate se tapa con la manta y piensa en el señor Dickens. El mayor. En el modo en que la diversión parecía moverse con él por la habitación. En los toques de color de sus puños y en cómo posaba la mirada en ella, con unos ojos curiosos y pensativos.



Ya están llegando las primeras caballas, y Ruth ha ido a Billingsgate a comprar un montón. Es el pescado favorito del señor Hogarth, que aún no ha vuelto de la redacción, así que Kate está mezclando mantequilla con perejil en el fuego mientras que el pescado chisporrotea y se ennegrece en la parrilla.

El primer día después de la fiesta del señor Dickens, se había quedado esperando, mirando la hora tan a menudo que todos los relojes de la casa parecían estar riéndose de ella, como alguno de sus hermanos. Nunca se había dado cuenta de la cantidad de relojes que había, haciendo tictac sobre la repisa de la chimenea o sobre esta pared o aquella, recordándole que habían pasado ya cuatro días interminables, luego cinco y luego seis. Había remendado tres vestidos viejos con dobladillos raídos y había leído siete veces la misma página de su libro, y había tratado de impedir que su mente repasara los motivos del silencio del señor Dickens. Al séptimo día

había acabado rindiéndose, borrando su rostro de la silueta difuminada de su marido imaginario, su hogar imaginario, y había dejado que las imágenes volvieran a adoptar esa imprecisión tan cómoda.

Un tal señor Salisbury había ido a casa a cenar, un hombre con un rostro ancho y simpático, y con tendencia a abrir los ojos de par en par cuando no sabía qué decir. Ningún acorde menor; solo las teclas blancas, claras y sencillas. Kate se había sentado a su lado, había sonreído y lo había ayudado a superar los nervios ofreciéndole varios comentarios amables sobre la lluvia de esos días. Le había caído bien. Incluso se lo había imaginado durante un momento preparándose la pipa por la noche o dedicándole una sonrisa agradable sentado a la mesa durante el desayuno, una vida tranquila que tal vez pudiera disfrutar. Pero después la había invadido una pesadumbre indescriptible cuando el señor Salisbury la había mirado por encima de la tetera con los ojos como platos.

Hay montones de rostros con los que llenar el espacio en blanco, se dice Kate. Londres está lleno de señores Dickens. Tiene que estarlo.

Le da la vuelta a la caballa; deja la carne para arriba, para que la piel se chamusque y se curve con un silbido estridente. Su padre debe de estar a punto de llegar, listo para quitarse los zapatos y cenar tarde, con los pies sobre el taburete bajo. Su madre ha salido, ha ido a un concierto, y no piensa en que su marido no ha cenado, en el hambre que debe de tener a esas horas, tan tarde. Las necesidades de los demás parecen fluir en una corriente que ella no ve. Pero Kate sabe cómo rellenar esos vacíos. La han educado para ello.

De pronto se oyen unos pisotones en el vestíbulo, y luego unos pasos bajando las escaleras de la cocina deprisa. Kate imagina que ha debido de llegar uno de sus hermanos de improviso, o que ha

habido una emergencia, y la embarga la preocupación. Pero es Mary quien irrumpe en la cocina, sonrojada y sonriente, con un vestido de muselina azul en los brazos.

—El-señor-Dickens-va-a-venir-a-por-ti-después-de-la-fiesta-papá-dice-que-llegará-en-cualquier-momento-tienes-que-ponerte-tu-mejor-vestido-rápido-ya-casi-está-en-el-salón.

Kate deja caer la cuchara de madera con un estruendo y aparta la sartén y el pescado del fuego mientras Mary le quita el delantal e intenta alisarle los mechones rebeldes del pelo con la palma de la mano. De todos los momentos posibles, piensa Kate, tiene que ser ahora. Se limpia las manos con el trapo de cocina, se retuerce para enfundarse el vestido de muselina azul y tira de él hacia abajo.

—Ya me encargo yo de la cena de papá —dice Mary.

—Échale solo un chorrito de salsa. No lo ahogues.

Kate se limpia una mancha de mantequilla con perejil del brazo y se queda mirando durante un momento la comida que va a dejar en las manos imprecisas de Mary. Cuando ya ha subido la mitad de las escaleras, se detiene durante un segundo y se vuelve.

—¿Seguro que estoy decente?

Mary la examina con la cabeza ladeada.

—Tienes la cara un poco colorada, pero no estás mal.

—Muy útil, gracias.

—Hay que ser sincera —se defiende Mary mientras recoge el delantal que ha abandonado Kate—. Es lo que me dices tú siempre. Venga, vamos. Ve a ver a tu *amor*.

Pronuncia la palabra despacio, alargándola y riéndose, ocultando la amenaza de separarlas que alberga. Kate pone los ojos en blanco.

—No es mi *amor*. Solo lo he visto dos veces.

—¡Venga! —exclama Mary—. Que, si no, se va a ir a su casa.

Kate se detiene en el vestíbulo, sin aliento. De pronto está insegura; apenas recuerda al señor Dickens. Gracioso, piensa, ¿no? Gracioso y triste. Se alisa el pelo una vez más y abre la puerta del salón.

La elegante figura del señor Dickens está sentada en el sillón de su padre, ensombrecida por el fuego de detrás. Se sobresalta al ver a Kate. Y entonces ella recuerda sus ojos. El modo en que cobran vida como grandes faroles que se iluminan.

—Señorita Hogarth.

—Señor Dickens.

Kate permanece cerca de la puerta, preocupada de que le huela el pelo a pescado.

—Su padre me ha dado permiso para llamarla.

—Qué amable.

Las palabras suenan forzadas. Kate sonríe como para animarlo.

—Lo que lamento es haberlo hecho tan tarde. Esta semana ya he tenido que hacer cuatro viajes al norte del país. Me preguntaba si… si le apetecería dar un paseo —dice mientras se mete las manos en los bolsillos y las vuelve a sacar al momento.

Kate mira por la ventana y ve el viento que aúlla con violencia bajo un cielo que va oscureciendo. El señor Dickens sigue la línea de su mirada y se pasa el pelo por detrás de la oreja.

—Mañana —añade deprisa—. O pasado mañana.

—Me encantaría.

—Fantástico. —Sonríe—. La recogeré mañana a las dos, entonces.

—Sí, por favor —contesta Kate antes de darse cuenta de que no le había formulado ninguna pregunta.

—Si hace mal tiempo, mandaré a Fred con un mensaje.

—Gracias.

—Estos días ha hecho un fuerte viento de marzo.

A Kate le parece que está desesperado por encontrar algo sobre lo que hablar, pero no sabe cómo rescatarlo.

—Y tanto.

—¡Victoria para Charles! —dice una voz tras ella.

Cuando se gira, ve al hermano del señor Dickens con las piernas cruzadas en el taburete bajo que hay detrás de la puerta.

—Calla, Fred —le ordena Charles.

—¡Victoria para Kate! —exclama Mary, apareciendo por la puerta.

Fred suelta una carcajada y hace como si estuviera a punto de caerse del taburete, y Kate ve que a Charles no le hace ninguna gracia. Kate se sonroja, incómoda ante la intrusión, y luego se sorprende a sí misma pensando, durante un breve instante, en la caballa, en si se habrá echado a perder al haberse quedado abandonada.

—Traeré a Fred mañana —dice Charles—. A no ser que tenga a algún otro acompañante.

—Solo a Mary.

—Voy a la ciudad —anuncia Mary.

—Entonces nos tendrá que acompañar el necio de mi hermano, me temo, señorita Hogarth.

—Qué injusto —protesta Fred—, teniendo en cuenta que soy tu puente hacia el amor. Más vale que tengas cuidado con lo que dices.

—Y yo soy tu puente hacia la cena. Así que más te vale hacer lo mismo, Fred.

Fred guiña un ojo y se pone en pie de un brinco. Charles asiente casi con timidez, le parece a Kate, como si de algún modo le resultara doloroso ese comienzo vacilante de su cortejo, y que tengan que lidiar mientras con la estupidez y la insolencia de su hermano. A

Kate le ocurre lo mismo, y por ello se siente atraída por él. Los hombres se dirigen al vestíbulo con un gran estrépito y recogen los abrigos, las bufandas, los paraguas y los sombreros, y Kate se lleva un dedo a los labios a modo de advertencia mientras se queda allí con su hermana, escuchando el jaleo de la partida de los señores Dickens y la despedida amortiguada de su padre. Y entonces, en cuanto oyen que se cierra la puerta principal, Mary se abalanza sobre el diván y da patadas al aire como una loca mientras Kate se deja caer en el sillón.

—¡Te lo dije! —exclama Mary—. ¡Te lo dije!



Al día siguiente salen a pasear hasta Chelsea y vuelta, con Fred arrastrando los pies por la acera tras ellos. Hablan de Edimburgo, del castillo del peñasco, de Brompton High Street, de las playas de Kent y de hermanas. Hablan sobre las obras de teatro que están representando en Drury Lane, sobre comedias y tragedias, sobre pájaros como mascotas y sobre baile.

Cuando se levanta el fuerte viento de marzo, se lleva una cinta del tocado de Kate y lo arrastra por la calle, Charles sale corriendo para atraparlo y se lo devuelve como un perro con un hueso. Los transeúntes ponen los ojos en blanco, irritados por lo mucho que se están riendo estos jóvenes, porque todo es de pronto mucho más gracioso de lo que era, o eso le parece a Kate. Caminan y caminan, pasan junto a carruajes, jardines y escaparates mientras el mundo vibra con su nueva comedia, hasta que a Fred se lo empieza a ver triste y a Kate le sale una ampolla.

Charles le cuenta a Kate que ha escrito algo en el *Chronicle*, un texto breve sobre la vida londinense. Cuando vuelve a casa, lo busca

en el despacho de su padre con una urgencia desgarbada, y después se tumba en el sofá del salón a leerlo. Charles firma el texto como Boz, y el nombre es de lo más adecuado, porque suena como algo efervescente, como un destello, algo que pasa en un abrir y cerrar de ojos, antes de que puedas atraparlo. Siente a Charles en las palabras, su jovialidad entretejida en las frases. Le parece que su humor es contagioso. Su ligereza. Le hace sentir que estar viva no es algo tan solitario como en ocasiones parece. Le hace sentir que es posible reírse ante las cosas que se ven, pero sin destruirlas.

Charles aprecia la inocencia, la feminidad, el fulgor, y escribe sobre ellos con admiración. Lo cual dice mucho a favor de un hombre, no cabe duda. Kate también se fija en que le gustan las cosas pequeñas, como a ella. Un tobillo menudo, una manita diminuta. Se mira la cintura en el espejo bajo, encantada ante su esbelta silueta, sus piececitos proporcionados. Encantada de encajar a la perfección con sus gustos.

Van a una fiesta en un barco en Twickenham, y Mary los acompaña como carabina. Hay pasteles de carne, cerveza negra embotellada y un toldo a rayas instalado junto al río para bailar. Charles se mueve con agilidad entre los invitados, menudo, cortés, con movimientos rápidos. Kate se envuelve bien en el chal de lana para protegerse de la brisa de abril y observa a Charles fingir que se cae al río o debatir sobre política con un amigo, criticando a los conservadores con una dureza inquebrantable. Con Charles todo es sumamente serio, piensa Kate, y a la vez todo es un juego inventado por él mismo. Un juego de palabras absurdas en el que cada persona se ha de poner en pie para recitar tantas como le sea posible sin parar. Un juego de mímica en el que Fred casi fallece en un elaborado intento de representar el *Diccionario* de Samuel Johnson. Charles la está

introduciendo en su círculo de amigos, risas y tonterías, obligándola a dejar atrás su reticencia, destacándola como alguien digna de atención.

—Señorita Hogarth, qué callada está esta noche —le dice antes de doblar un papel y pasárselo a Mary en sus aposentos de soltero de Furnival's Inn. Están jugando a un juego que se ha inventado Charles y cuyas reglas le cuesta seguir a Kate.

—Kate siempre está callada —dice Mary, garabateando su respuesta.

—Siempre no —responde Kate, cohibida.

—¿Reflexiva, quizá, señorita Hogarth?

—Sí.

Kate sonríe, agradecida, y después, cuando los demás apartan la mirada, Charles le toca el brazo, un roce rápido y sutil que le provoca una sensación abrasadora.

Charles le cuenta que está escribiendo una opereta mientras atraviesan Covent Garden desde el teatro. Fred está haciendo a Mary gritar de la risa, y Charles y Kate caminan juntos, agarrados del brazo, y él le va preguntando qué le ha parecido tal canción o tal broma. «¿Le gustaría ver algo así? ¿Era necesaria esa clase de dúo de amor? Ese actor no ha captado del todo el humor del guion, ¿no le parece, señorita Hogarth?».

La acribilla a preguntas, pero, antes de que Kate haya respondido a una, Charles ya ha pasado a la siguiente. No puede seguirle el ritmo; le pide, entre risas, que vaya más despacio.

El año pasado, en una visita a Londres, Kate vio un objeto curioso en una exposición. Se llamaba «zoótropo», término de origen griego. «La vida gira». «Miren las vueltas que da la vida —le dijo el hombre a la multitud—. Acérquense y vean cómo se mueve». Kate acercó el

ojo a un gran cilindro y miró por una rendija que tenía en el lateral y, cuando el cilindro comenzó a girar, la gaviota que había pintada empezó a elevarse, a batir las alas. O esa era la ilusión que creaba. Así es Charles, piensa ahora Kate. Un zoótropo. Cuando pegas el ojo a su mundo, la vida comienza a girar, a zumbar y a hacer tictac. Así es como se siente una a su lado.

Cuando desaparece durante una semana o más porque tiene que ir a Chelmsford o a Framlingham o a Stoke, o a algún otro sitio del que Kate apenas ha oído hablar, o cuando le manda una carta para informarla de que está enfermo y ha de cancelar los planes, se siente abandonada. Los temores danzan por su cabeza: debe de haber dicho algo malo o, peor aún, no haber estado presentable; Charles debe de haber visto algo en ella que no le ha gustado. Repasa mentalmente cada encuentro una y otra vez en un intento de averiguar qué puede haber sido. Espera con ansias a que llegue Fred con una carta doblada, o a encontrársela en la mesita del vestíbulo, y casi se la imagina allí, cuando en realidad es solo la factura del lechero o una tarjeta de visita de alguien que no conoce de nada. Cuando ve una carta de él, sale corriendo a por ella como una niña pequeña. Charles la invita a una fiesta, a un baile, al teatro. A escuchar a su hermana tocar la música de su opereta. Y siente la calidez del alivio. Sus cartas empiezan a llegar sin cesar de nuevo, y su vida parece funcionar a su ritmo, como un motor.

«Señorita Hogarth».

«A la atención de la señorita Catherine Hogarth».

Y luego, al fin:

«Kate».

Sus hermanos, que están pasando un tiempo en casa, empiezan a lanzarle guiños cómplices. Robert, el mayor, enseña a los pequeños a

decir «Charles Dickens» cuando él quiera, como si fueran un par de loros.

—¿De quién está enamorada Katie, Helen?

—Tarles Dickens.

—¿A quién besa Katie en secreto?

—Tarles Dickens.

Los chicos se parten de risa, y Helen aplaude, encantada consigo misma.

Kate oye a sus padres hablando en voz baja a través de la puerta cerrada de su dormitorio.

—El chico es un poco vulgar, George.

La voz de su madre suena reacia.

—Vulgar, ¿en qué sentido?

—Su forma de vestir, su… su carácter.

—A los jóvenes les gustan los colores. Ya se le pasará, imagino. Los dos son jóvenes. Recuerdo que, antes de que nos casáramos, tenía unos pantalones en particular que te causaban cierta consternación.

—¡Los de color verde guisante! —casi chilla su madre, pero luego baja la voz—. No duraron mucho. —Y después dice para sí misma, pensativa—: A lo mejor Kate puede hacer algo con esos chalecos.

—No creo yo que sea cuestión de los chalecos —contesta su padre —. Tal vez lo que ocurre es que nadie va a ser lo bastante bueno, Georgina. Kate es tan cándida… Aún es una niña, en cierto modo.

En el pasillo, Kate se indigna.

—Creo que otra familia lo rechazó para su hija. Los Beadnell. Es cierto que sus orígenes parecen un poco desalentadores, George.

¿Otra familia? ¿Otra hija? Todo eso es nuevo para Kate, y le resulta incómodo. Los Beadnell. Se guarda ese apellido en un lugar seguro de su mente.

—Ya he investigado yo sobre sus orígenes, y he hablado del asunto con el chico. No llegó a comprometerse con Maria. El padre ha atravesado ciertas dificultades, sí, pero en su hijo no veo más que prudencia.

—Tal vez.

—Charles es ambicioso —le garantiza su padre—, y se asegurará de que Kate tenga un buen hogar si lo elige a él. Con chalecos o sin ellos. Y Kate es una pequeña esposa nata. Una pequeña madre nata. En ese ámbito, a nadie le va a ir mejor que a ella.

Una pequeña esposa nata. Eso es cierto. Crear un hogar, cuidar de quienes viven en él… Y ese hombre, Charles, hace que parezca que va a ser más fácil de lo que Kate había imaginado. Algo más disparatado y a la vez más serio; más divertido y más importante. Que es casi sagrado estar a su lado, como su esposa. La vida está girando cada vez más rápido, desplegando la historia que va a vivir. La historia para la que Dios la ha elegido, piensa Kate cuando se arrodilla en el banco de los Hogarth los domingos, mirando al Jesús de madera, a esos ojos que no parpadean. Lo siente.



—¿Te puedo hacer una pregunta?

Kate arranca un diente de león de entre la hierba, lo desmenuza con los dedos, deja caer los restos y luego los aparta con un movimiento repentino. Sobre ellos, las nubes pasan deprisa, cobrando velocidad contra el azul estático.

Charles, tumbado en la manta, alza la vista hacia ella con una mirada inquisitiva, se lleva la mano de Kate a la boca y le da un beso.

—Pues claro, ratoncito.

Kate trata de encontrar las palabras, y de reunir el valor necesario para formularlas.

—¿Has… estado enamorado en el pasado?

Charles baja la mirada a las manos a toda prisa y luego vuelve a levantarla.

—Una vez. Sí.

En parte, Kate ya esperaba esa respuesta; si no, no se lo habría preguntado, pero, aun así, la preocupación se retuerce en su interior.

—¿Y qué ocurrió? —le pregunta con cautela, como si su preocupación fuera solo por él, y no por ese nuevo dolor extraño que siente al oír sus palabras.

—Fue algo sin mayor importancia, y acabó mal.

—¿Por qué?

—Era una mujer cruel.

Charles sacude la cabeza. Kate estira el brazo y le toca la manga.

—Yo nunca podría ser cruel contigo.

—Ya lo sé, ratoncito. Por eso estoy enamorado de ti.

Kate asimila ese detalle. Charles está enamorado de ella porque no es cruel. Saca una galleta de la lata y la parte en dos, y luego recoge las migas que le han caído en el vestido.

—¿Preferirías que no te lo hubiera contado?

Kate niega con la cabeza.

—No me gustan los secretos.

—No —responde Charles—. Los secretos no van contigo. Eres demasiado buena para ellos. Demasiado bondadosa. —Charles le da un beso en la mano con delicadeza y después la mira—. Mucho más bondadosa que ella.

Pretende tranquilizarla con esas palabras, y en parte lo logra, pero ahí está, ahí sigue esa otra chica, interponiéndose entre ellos.

Adentrándose en la historia de ambos.

—¿Quién…? —intenta preguntar Kate—. ¿Quién era?

—No debes ponerte celosa nunca, Katie. No te pega.

Kate mira para otro lado, humillada, y Charles le posa la mano en el brazo con suavidad para atraerla de nuevo hacia él.

—Las mujeres sois el sexo superior, Katie —dice—. El más dulce. El más puro de corazón.

—¿Por qué decís siempre eso los hombres?

—Porque es cierto. Os adoramos, pero jamás podremos ser tan pacientes, tan bondadosos o tan delicados como vosotras. Sois nuestros modelos a seguir, y debemos adoraros. —Arranca una margarita y la deja en equilibrio sobre la falda de Kate—. Para mi dama.

Kate sonríe a su pesar y acepta la margarita. Charles la quiere. Lo sabe. Pero, cuando le ha preguntado por la chica de la familia Beadnell, se ha fijado en que se le ha tensado la boca, en que una sombra le ha cruzado durante un momento el rostro, como una amenaza. Quizá sea normal, se dice a sí misma, que los hombres tengan un amor pasajero, o dos. Ella misma anheló una vez a un tal señor Railey. Por entonces era muy pequeña, tendría unos trece o catorce años, y el chico le había dado un beso en la mano en una fiesta, de broma, haciendo como si fuera un pretendiente. Sin ser consciente, claro, de lo mucho que la había cautivado ese gesto, el roce fugaz de sus labios sobre la piel.

—Hay que erradicar esos celos —dice Charles, como si pudiera leerle la mente—. No me gustan. Vamos a hacer un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Si nos enamoramos de otra persona alguna vez, debemos contárnoslo. Al momento. Nada de secretos. Ni de traiciones.

Kate le da vueltas a la idea, adulta y exótica, y lejanísima. Fred y Mary están jugando a lo lejos, persiguiéndose y haciendo que las palomas que los rodean alcen el vuelo. Mary se ríe y sale corriendo hacia el lago, y el viento acarrea sus chillidos.

Kate nunca se enamorará de nadie más. No podría, jamás.

—De acuerdo. Prometido.

—Así me gusta. Ahora ya no tenemos que preocuparnos ni estar celosos, ni temer nada. —Charles vuelve a tumbarse sobre la manta de pícnic y se le extiende el pelo como la melena de un león—. Puedo soportarlo todo, Kate, pero debo saberlo. Para mí, la verdad es sagrada. Siempre. ¿Lo entiendes?

—Sí, Charles.

Kate decide velar por su pacto con cautela, y se lo piensa con detenimiento.

—Pero ¿qué harías? —le pregunta entonces—. Si te dijera que ha ocurrido. Si te dejara por otra persona.

—Iría a verlo y le daría la mano mientras se me rompe el corazón.

A pesar del aire heroico y de cuento de sus palabras, es como un niño pequeño.

—Para que veas lo mucho que te quiero —agrega y se acomoda, satisfecho con su respuesta—. Pero confío en que nunca harías algo así.

—Jamás. Jamás.

—Entonces corro muy poco riesgo, ¿no es así?

—Por supuesto.

—Y por eso eres mi pequeña, mi querida Kate.

Charles cierra los ojos, conforme. Cerca de ellos, un bebé se tropieza con su faldón y se sienta en la hierba durante un segundo, aturdido, antes de abrir la boca para aullar. Kate lo observa,

sorprendida por la dilación entre el dolor y el llanto, mientras su niñera se acerca corriendo para sostenerlo en brazos y calmarlo.

—Voy a estar fuera unos días —dice Charles, y bosteza—. Pero ¿quieres prepararnos la cena a Fred y a mí en Furnival esta noche?

—Por supuesto.

La invade ese cálido resplandor tan familiar. Por poder cocinar para él, por que Charles se lo pida. *¿Sabría cocinar Maria Beadnell?*, se pregunta durante un instante.

—Fantástico —responde Charles—. Un merlán estaría bien, y quizá huevos, y ¿podrías traer un poco de la gelatina de albaricoque de la cena de anoche? Llevo toda la mañana pensando en ella.

—Claro, si mi padre no se la ha acabado toda en el almuerzo.

Charles se incorpora y le agarra el brazo con una sonrisa que Kate no logra interpretar.

—¿Y harías una cosa más por mí, Katie? —le pregunta.

—Lo que sea —responde Kate, y es cierto.

—Cámbiate el peinado para que te caiga el pelo así —le dice, explicándoselo con un gesto.

Kate se lleva la mano al pelo al instante.

—¿Para que caiga más hacia delante?

—Sí, alrededor de la cara. Lo prefiero así.

Siente que se le encienden las mejillas. Todo este tiempo…, piensa. Lo ha llevado mal todo este tiempo.

Al llegar a casa se mira al espejo, muerta de vergüenza. ¿Habrá querido siempre que se cambie el peinado, durante todos esos meses de cortejo? Tal vez la otra chica lo llevase así. Le llega ese pensamiento de manera repentina, con frialdad, y trata de erradicarlo. Al menos ahora ya lo sabe. Se cepilla el pelo, se lo riza y se lo echa hacia delante con rabia. Se lo retuerce en una espiral y se

lo sujeta con horquillas, y se va a la cama así. Cuando vuelve a saltar como un resorte por la mañana, obstinado, se enfrenta a él durante el desayuno y habla del asunto sin cesar con Mary, hasta que su madre le pregunta a su padre de pasada, mientras beben café, si han hablado del pelo de Katie en el periódico, ya que al parecer estos días no hay nada más importante.



Están regresando a casa de un baile, y el aire nocturno está cargado del aroma de los nuevos brotes de los jardines delanteros de las casas. Ya casi han llegado cuando Charles la detiene con delicadeza. Cuando se coloca a su lado, como en ese momento, Kate le llega al hombro, justo por la costura de la chaqueta, lo que, en su opinión, es lo adecuado.

Fred camina tras ellos con las manos en los bolsillos, silbando una melodía grave. Charles se gira hacia él, exasperado.

—Fred, ¿qué sentido tiene que te pague con cenas generosas si no eres capaz de cumplir con tu parte del trato y darte la vuelta cuando es necesario? ¡Y para ya con ese silbido infernal!

—Es que hace frío. —A Fred le tiembla la voz con una risa reprimida—. Silbo para entrar en calor.

—Si no te das la vuelta ahora mismo, te voy a hacer yo entrar en calor.

—¡Vale, vale! Ya me doy la vuelta.

Fred se aleja y cruza la calle riéndose.

Charles la aparta y la aleja de las casas, donde Fred no los puede ver. Se detiene bajo la farola de gas de la esquina. Kate también se detiene, y siente el calor de la mano de Charles sobre la suya.

Mira a un lado y al otro de la calle vacía y oscura. Si permito que

me bese, será definitivo, piensa. Una posibilidad eclipsará todas las demás. Todos esos hombres sin forma, sin rostro, todas las vidas que podría haber vivido, se desvanecerán, y habrá elegido. En un «sí» se esconden mil «noes».

Aún puede echarse atrás, si quiere. Puede huir, incluso aunque la bese.

No corre nada de brisa. Los árboles son negros, inmóviles.

—¿No quieres darme un beso, Katie? —le pregunta Charles en voz baja.

Kate lo mira a la cara. Toda su animación, sus movimientos, se ha paralizado de pronto, como si el mundo que tanto lo absorbe, que lo atrapa tan a menudo, se hubiera desvanecido.

Decidida pero con cautela, Kate alza el rostro. Charles da un paso adelante mientras se aparta el pelo de la cara con una mano. Tiene la mejilla casi apoyada sobre la de ella. Nunca ha tenido a un hombre tan cerca. Apenas puede respirar por su proximidad.

A su espalda, en alguna parte, se mueve algo en la oscuridad. Kate se gira, sobresaltada, y ve un zorro aparecer con sigilo de entre la hierba. Pasa trotando deprisa por delante de ellos, mirándolos de reojo, y desaparece por la esquina, en dirección a Brompton. Charles se ríe y agarra a Kate del brazo, y entonces, antes de que ella se dé cuenta de lo que está ocurriendo, sus labios se rozan. Es como un imán. Siente que su cuerpo se acerca por sí solo al de él, que su mano busca el hombro de Charles de manera instintiva. Se acerca más aún a él, tanto que no queda distancia alguna entre sus cuerpos, y entonces él se separa de pronto.

—Ya está —dice, dando por concluido el momento.

Kate alza la vista hacia él y ve, con una ligera sorpresa electrizante, que Charles está alterado, que está intentando controlarse. Le apoya

la mano en el brazo con delicadeza.

—Qué bien besas, Kate.

Ella quiere decirle lo mismo, quiere decirle que besa tan bien que ha estado a punto de olvidar dónde estaba o qué estaba ocurriendo. Quiere volver a besarlo de ese modo, acercarlo a ella otra vez para poder sentir la aspereza de su mejilla, la elasticidad de su boca. Pero sabe que no servirá de mucho expresarlo con palabras, que, en cualquier caso, no son sus amigas. Así que, en lugar de hablar, entierra el rostro en la manga de Charles, como si estuviera abrumada, como ha visto hacer a otras chicas con sus amantes. Charles se ríe y la rodea con el brazo, complacido.

—Ven a verme mañana a las doce.

Y le da otro beso, fugaz, y se aparta al momento, como si Kate fuera a encenderlo sin querer. Y después se aleja por la calle y se adentra en la oscuridad.

Mary la está esperando en el vestíbulo, con los brazos cruzados y una mirada traviesa.

—¿Y bien?

Kate cuelga su capa con cuidado, con su hermana al lado.

—¿Has dejado que te bese? —Mary le tira del brazo—. ¡Katie! ¿Has dejado que te bese?

Kate se desata el tocado.

—Ya sabes que esos asuntos son privados.

—¡O sea que sí! ¡Te ha besado! —Mary se ríe y deja caer la cabeza hacia atrás con júbilo—. ¿Cómo ha sido? ¿Qué has sentido? ¡Cuéntamelo, Katie! ¡Katie!

Pero Kate tan solo sube regiamente las escaleras, en silencio, manteniendo en secreto el calor de los labios de su amante.

—Se me ha ocurrido una nueva idea para un relato. —Charles está tumbado en el sofá, con la cabeza de Kate en el hombro—. Me muero de ganas de que lo leas, ratoncito. Te va a aterrar. —Estira la mano y le acaricia la mejilla con suavidad, como si disfrutara de la idea—. Te lo mandaré en cuanto la acabe.

Ha arrendado unos aposentos a la vuelta de la esquina de la casa de los Hogarth para pasar el verano, y ha arrastrado a Fred con él, para poder ver a Kate más a menudo. Aunque sigue pasando más tiempo fuera que allí. Pero el modo en que piensa en ella ha cambiado después del beso, de eso Kate está segura. Cuando ella contrae la escarlatina, Charles le envía mermelada de moras, y se la come a cucharadas mientras yace, pálida, bajo las sábanas, con la única compañía de Jingle, el gatito. Cuando están separados, Charles le escribe cartas a todas horas, y Kate no es capaz de imaginarse cómo puede soportar volver a usar la pluma después de pasarse el día entero escribiendo palabras a toda prisa. Pero lo hace, por ella. Las firma con sus iniciales, subrayadas con un florido adorno, y están siempre repletas de política, calumnias cómicas sobre pueblos pequeños y relatos de primera mano sobre incendios en castillos. «Mi querida cerdita». «Querido ratoncito». Cuando Mary se hace con una de ellas, chilla.

—¿Cuándo lo terminarás? El relato, digo.

—El mes que viene, espero.

—¿Me lo leerás antes de que lo impriman?

—Si tengo tiempo.

Siempre es el tiempo, piensa. Siempre es el tiempo el que se interpone entre ellos con su barrera infranqueable, manteniéndola separada de él, y a él de ella.

—¿Da mucho miedo? —pregunta Kate.

—Sí, ratoncito, muchísimo.

Charles le recorre el pómulo con un dedo. Tiene el nudillo manchado de tinta. Kate gira la cabeza para rozarle el dedo con la mejilla, como cuando el gato le empuja la mano con su diminuta frente.

—¿Cómo se llama?

—*El velo negro*.

Quiere recostarse en la calidez del sillón y dejarse llevar por el miedo. Ver el velo, permitirse sumirse en su oscuridad, para que él pueda sacarla al consolarla. Que Charles la tome de la mano y la acompañe a lo largo del relato. Y que así pueda verlo todo con sus ojos durante un momento.

Sus propios ojos, como su madre no deja de recordarle, son defectuosos, por supuesto. Pero no puede, a sus diecinueve años, soportar la vergüenza de llevar gafas. Su madre la llevó una vez a probarse varias a la consulta de un médico en Exeter, un hombre muy alto que la contemplaba desde las alturas como un halcón. El hombre se había inclinado hacia ella para tomarle medidas mientras ella permanecía sentada, tratando de no inhalar su desagradable aliento.

—Lea esa fila de letras, por favor, señorita Hogarth.

Le ajustó las lentes sobre la nariz, pesadas y frías.

La impactó verlo todo con nitidez.

—¿Y bien? —le preguntó su madre.

—No hay mucha diferencia.

Y entonces el médico halcón fue sacando varias lentes, una a una, de su mueble de madera, antes de volverlas a guardar todas, derrotado. Kate leía mal las letras a propósito; convertía la «p» en una «r», la «f» en una «k». Media hora después lo dejaron encorvado

tras su escritorio, sacudiendo la cabeza, hablando sobre citas con especialistas en Londres, de visitas urgentes a hospitales oftalmológicos.

—Sé perfectamente lo que tramas, Catherine Hogarth —le dijo su madre mientras recorría a zancadas Waterbeer Street con Kate trotando a su lado, con las manos metidas bajo la bufanda—. No te creas que no lo sé.

—No sé a qué te refieres.

Una mirada de reojo penetrante.

—Mmm. No me importa que seas demasiado vanidosa como para llevar gafas, pero, por el amor de Dios, deja de entornar los ojos. Te van a salir arrugas en la frente, y nadie quiere tener arrugas.

Ahora todas las noches intenta alisarse la frente y se aplica la crema fría de su madre en la pequeña rugosidad de entre las cejas que parece decidida a seguir creciendo. La luna sigue siendo un círculo difuso. Se sigue confundiendo con la gente cuando está a más de cinco pasos. En el teatro, los actores son manchas de colores en movimiento cuyos rostros no distingue. A veces se choca con cosas, se tropieza con muros bajos e inesperados mientras entorna los ojos para mirar a lo lejos. Pero sigue sin querer ponerse gafas.

Ahora, cuando está con Charles, empieza a sentir algo similar. Como si fuera por el mundo a tientas, chocándose, un poco a ciegas, viendo solo los bordes toscos, las formas difuminadas. Hasta que él le coloca su propia lente sobre los ojos y todo cobra nitidez. No hay mucha gente a través de cuya lente preferiría ver el mundo. Pero, con Charles, lo desea tanto que a veces la deja sin aliento y, cuando él no está a su lado, Kate se siente tan inquieta que apenas logra soportar los días, que parecen estirarse eternamente, incoloros.

Cuando su padre y él se encierran en el despacho después de

cenar, Kate sabe que el momento está a punto de llegar. En la sala de estar, Mary toca *Mi corazón está en las Tierras Altas* lanzándole miradas cómplice a Kate mientras la señora Hogarth se ocupa de la labor de costura de Georgy, quejándose de la longitud del pespunte.

Y entonces, de pronto, Charles y ella están solos en el vestíbulo. La parte de atrás de las faldas de su madre desaparece a toda prisa por el vano de la puerta. La casa, que suele estar llena de niños estruendosos y de bebés quejumbrosos, se sume en un silencio curioso.

Charles le tiende un anillo con pequeños óvalos de color azul cielo. Y observa a Kate mientras ella lo acepta. Se lo coloca en el dedo, por debajo del nudillo, donde le queda un poco holgado.

—¿Te gusta? Es lo que esperabas, ¿Kate?

—Es perfecto.

—Tendremos que ir a que te lo ajusten.

—Eso espero —dice, riéndose y dándole vueltas al anillo en el dedo—. Si no, se me caerá en el desayuno todos los días.

—Eso no puede ser —dice Charles, que le toma la mano y le da un beso—. Qué mano tan pequeñita tienes.

El «sí» se da por hecho. Kate no se da cuenta hasta más tarde de que Charles no ha llegado a preguntarle nada.

En el salón, su padre asiente, satisfecho. Su madre sonríe. Mary admira el anillo y dice que parecen piedras de una isla lejana. Se casarán al año siguiente, y Kate vivirá en Furnival's Inn, en unos nuevos aposentos, todos para ella. Con su propia cocina, su propio comedor, su propia criada para todo. Su propio Charles. En la mesa, desayunando, leyendo el periódico junto al fuego. En su cama. No hablan del tema, pero Kate lo siente entre ellos, la promesa de lo que ocurrirá. Que se fundirá con su cuerpo, se fusionarán, se convertirán

en uno solo. Antes le daba miedo, cuando era niña y escuchaba verdades a medias en la cocina de pasada, o en susurros de sus amigas cuando los adultos estaban abajo. Pero todos esos miedos se han esfumado; los ha sustituido la realidad de Charles y lo mucho que desea, cuando está cerca, deshacerse en sus brazos como si la frontera entre el cuerpo de Charles y el suyo fuera irrelevante. Se tumba en la cama, viendo los movimientos del fuego reflejados en el techo, mientras va apagándose y enfriándose, y deja volar la imaginación.



El calor del verano londinense está empezando a remitir al fin. La fruta de los huertos que rodean la casa de Brompton cuelga de las ramas inclinadas, ya madura. Ya hay cuencos llenos de ella en la cocina, esperando a Kate, que está de pie, con las manos sumergidas en la harina, hundiendo los pulgares en la masa, tratando de distraerse.

Se siente extraña. La casa la asfixia. Nada la satisface como antes, desde que aceptó contraer matrimonio con Charles, lo cual parece estar prolongándose sin fin, como si no fuera a llegar nunca. Han pasado cuatro largos meses desde el compromiso, y todavía quedan al menos seis, más largos aún, para la boda. Está atrapada en un estado intermedio, ni niña ni esposa, y el tiempo parece deformarse y estirarse en una espera interminable.

Ni siquiera ahora consigue retener a Charles, y sus ausencias secuestran de alguna manera su felicidad. Siempre tiene prisa o está de viaje. Un día no va a su encuentro, tal y como han acordado, y manda a Fred con una de sus cartas, y Kate, vestida para salir, se desabrocha el vestido y se desploma, abatida, en el sillón, y más

tarde, cuando se despierta, descubre que Charles ha entrado por la ventana y está de pie junto a Mary, con los dedos en los labios, los dos intentando contener la risa, observándola. Kate se incorpora con cara de sueño, intentando sonreír, agarrándose el vestido abierto.

Charles le trae un colgante, una piedra lisa y pálida con forma de corazón, atravesada por el centro por un cordón.

—Me la encontré en una playa de Broadstairs —le explica mientras le ata el cordón al cuello—, y encargué que hicieran un colgante con ella para ti. Broadstairs, mi futura esposa querida, es mi sitio favorito del mundo. Lo visitaremos juntos cuando estemos casados, e iremos de vacaciones allí todos los años, entre los burros.

—¿Los burros? Qué romántico.

Charles se inclina para darle un beso en el cierre del collar, luego hace un gesto de dolor al levantarse y Kate se gira, preocupada, para apoyarle la mano en el costado. Se ha fijado en que suele padecer dolores en el costado, una vieja dolencia de la infancia que parece reaparecer cuando menos se lo espera. Cuando le escribe una carta para decirle que ha tenido una mala noche, o que se ha pasado la mañana dolorido, y que lo lamenta, pero que se ve obligado a cancelar los planes, Kate siente un impulso tan fuerte de ir a verlo que casi se levanta del asiento en el que está leyendo. Se imagina que posa las manos sobre él, que le lleva mantas y se las extiende por las rodillas. Si Mary le dice que Charles se ha resfriado, Kate fantasea con hacerle una cataplasma de mostaza y un bálsamo de miel, con llevarle tazas humeantes de té. No soporta quedarse allí sentada en el sofá, con uno de los mellizos babeando en el regazo, su madre tocando el piano sin cesar y los serios invitados cetrinos de su padre hablando sin parar sobre ópera.

Cuando ve, al fin, una carta de Charles, su tinta azul y esa letra tan

inclinada que parece que se va a caer, le da un vuelco el corazón.

Ven a prepararme el desayuno mañana. Te espero a las ocho en punto.

Con cariño,
Charles Dickens

Al día siguiente, se despierta temprano y se sienta delante del tocador y se desenreda los rulos del pelo para que le caiga en pequeños rizos femeninos que le rebotan a ambos lados del rostro. El aire ya carga con la promesa del calor. Kate se asoma entre los pliegues de la pesada cortina y ve que el mundo apenas ha cobrado vida aún. La hierba está cubierta de rocío intacto y las ramas tiemblan con el movimiento de los pájaros.

Cuando baja a la cocina, va a por una cesta y, con cuidado, la llena de huevos, dos patatas que asó al fuego el día anterior y un bloque de mantequilla, todo envuelto con esmero en papel marrón. Un trozo de queso chédar intenso que se desmorona con facilidad, unos dientes de ajo y tres setas anchas y planas. Lo guarda todo junto con una barra de pan pequeña, un cuchillo para pan y la espumadera. Ruth se dará cuenta de que ha desaparecido cuando se disponga a preparar el desayuno para toda la casa, pero se lo guarda de todos modos, deprisa, y luego también se lleva la sartén para tortillas que hay colgada de la pared, por si acaso. Charles no tiene una sartén así, de eso está segura, ya que vive en unos aposentos para soltero. No cabe en la cesta, y el reloj del vestíbulo da las menos cuarto, así que se la lleva consigo, pensando en lo mucho que se reirá Charles cuando la vea aparecer por la calle.

Y entonces se escabulle, embriagada, y sale al aire cálido de la mañana, con las botas bien atadas repiqueteando por la acera y el pálido corazón frío contra el pecho. Se topa con el repartidor de

mantequilla, que está haciendo la ronda, y lo saluda con la cabeza, y él le devuelve el saludo, desconcertado.

Cuando llega a Furnival's Inn, llama a la puerta deprisa y espera, y luego vuelve a llamar, más tímidamente esa vez. Asustada de parecer demasiado insistente, levanta la mano, vacilante, pero entonces oye el ruido de una ventana al abrirse sobre ella. Y ahí está Fred, sin afeitar, entornando los ojos ante la luz del sol de primera hora de la mañana.

—Hola.

—Hola.

—¿Buscas a Charlie?

Fred parpadea, confundido.

—Sí.

—Ha salido.

—Ah.

—¿Es eso una sartén para tortillas?

—Sí.

De pronto Kate se muere de vergüenza, con la sartén a un lado, colgando.

—¿No te ha… no te ha dicho que venía?

—No. No ha dicho nada en absoluto sobre tortillas. —Kate ve la risa que se le empieza a dibujar en el rostro a Fred—. Aunque te sienta de maravilla, ¿eh? No traerás una cazuela también, ¿no?

—No.

—Ay, qué pena. A Charles le parecen irresistibles. Te llevaría a la iglesia al momento.

—Deja de burlarte de mí, Fred.

No suena convincente, y lo sabe, pero no soporta que se burlen de ella. Le recuerda a sus hermanos, a sus comentarios sarcásticos que

amenazan con arrancar las costras de sus heridas más sensibles. A su madre. La hacen sentir pequeña, inútil y boba, y hacen que quiera desaparecer.

—Podría haberte avisado, ¿no?

—Sí —responde Kate—. Habría estado bien.

—Así no estarías ahora ahí plantada con media cocina a cuestas.

—Ya.

—Es cierto que esta mañana mandó una carta. Tal vez fuera para ti. Yo estaba dormido como un tronco. No me he enterado de nada, y ahora supongo que me voy a quedar sin tortilla. —Durante un breve instante se le ensombrece el rostro, y de pronto se le ilumina de nuevo—. Aunque todo esto tiene su gracia.

—Que tengas un buen día, Fred.

Kate se marcha con brusquedad, como si así pudiera conservar algo de dignidad, pero la formalidad tan solo hace que se sienta más ridícula aún.

—Lo mismo digo, señorita Hogarth.

Fred vuelve a meter la cabeza y Kate se apresura por la calle, dándose golpes torpes en la pierna con la sartén para tortillas. Conforme cruza al otro lado, y está a punto de chocarse con un repartidor que ya está sudando y acarrea un montón de paquetes, vuelve a oír la voz de Fred, gritando a su espalda mientras contiene la risa:

—¡Trae una olla la próxima vez!

Kate entra por la puerta principal de su casa y se encuentra con una carta doblada con un garabato apresurado en la mesa del vestíbulo:

Querido ratoncito:

Me han enviado a Hatfield.

Esperaba poder verte.

No regresaré hasta el jueves, como mínimo.

Kate deja la sartén en el aparador y siente el estúpido ardor de las lágrimas tras los ojos. En la cesta, la mantequilla se está saliendo del envoltorio, y el queso está empezando a sudar por el calor, y abajo, en la cocina, Ruth está armando un escándalo por la espumadera desaparecida.



Cuando lo ve al fin, una semana más tarde, Charles se muestra jovial.

—¿Cuándo empezará a hacer más fresco? No ha llovido nada en un mes.

Se estira, levantando los brazos por encima de la cabeza, y luego baja alegremente los escalones de la entrada.

Kate no quiere mirarlo.

—Antes de que llegue el otoño vamos a estar todos achicharrados.

Kate no quiere hablar del tiempo, malgastar en algo tan trivial ese diminuto periodo en el que al fin lo tiene delante, al fin está con ella.

En voz baja, dice:

—Fui a prepararte el desayuno.

—Ya, me lo contó Fred. Dijo que habías traído media cocina —contesta, y se ríe.

—Me dijiste que fuera, pero no estabas en casa.

Kate es consciente de que suena quejumbrosa, pero la risa de Charles la ha irritado.

—Te mandé una carta —replica él como si nada.

—Llegó demasiado tarde.

Charles la mira sorprendido.

—Me tuve que ausentar, Kate. No fue elección mía. Ya ha ocurrido otras veces, y volverá a ocurrir. Estoy intentando forjarnos una vida.

Es algo razonable, ya lo sabe. Le mandó una carta. Charles es razonable, y ella es una necia, pero de alguna manera ser consciente de ello solo hace que se sienta peor. Solo le da ganas de llorar, para su completa humillación. Aparta la cabeza y Charles la detiene, lo confunde con un gesto de irritación juguetón. Su viejo juego.

—No te *enfadez*, ratoncito.

Le agarra un tirabuzón y se lo acaricia con delicadeza, adulándola. Ladea la cabeza como un perrito y abre los ojos como platos. Pero, durante un lacerante instante, Kate no soporta sentir que la trata como un bebé.

—Me pediste que fuera.

—Tuve que marcharme, Katie. —Y luego, con recelo, añade—: Espero que no seas absurda.

La palabra escuece.

—No es… ¡No es absurdo querer claridad! ¡Querer que cumplas tu palabra!

—¿Cumplir mi palabra?

Ha vuelto a expresarse mal, como si estuviera cuestionando el honor de Charles, o su honestidad. Ve la furia apoderarse de su mirada.

—¡No tuve elección! ¡Trabajo para ti, para los dos! Para construir algo que podamos compartir. Que esperaba que pudiéramos compartir.

La matización la deja aturdida.

—Te estás comportando como una niña pequeña y caprichosa —agrega Charles—. No me gustaría nada pensar esas cosas de ti,

cuando tu afabilidad ha sido una fuente enorme de placer para mí. No tengo tiempo para chicas necias, ni para esposas malcriadas que no hacen más que lloriquear.

Kate no es como otras personas, no es como su madre, con sus réplicas agudas y contundentes, su agilidad mental. Se le queda la mente hecha papilla y se atasca.

—Pensaba que sería algo agradable para ti —está diciendo Charles —. Prepararle al desayuno al hombre que va a ser tu marido. No un esfuerzo, como haces que parezca. Pero a lo mejor es que tienes mejores maneras de pasar el tiempo.

Es solo que se sintió como una idiota, con la sartén para las tortillas en plena calle; eso es lo único que quería decir. Y que, más allá de todo eso, había estado esperando verlo con desesperación, que no había dejado de darle vueltas, que apenas había dormido. Que piensa en él a todas horas, haga lo que haga. El rubor se le extiende por el cuello, como si todas las palabras que no ha dicho se estuvieran reuniendo allí, un ejército diminuto y atrapado que no tiene a dónde ir.

—Me has hecho mucho daño —dice Charles con una mirada gélida—. No esperaba esto de ti.

—No… No estaba… —empieza a decir Kate, pero no le sale nada, por lo que los dos se quedan suspendidos en el abismo que ha abierto ella entre ambos.

—No pienso malgastar mi velada con alguien que me trata de este modo.

Se aleja por la calle vacía y Kate oye el eco de sus pasos. Fred, que estaba holgazaneando cerca de la verja, se da la vuelta, sorprendido.

—¡Charlie! ¡Charlie! ¡Me podías haber avisado de que ya habías acabado!

Sale corriendo detrás de su hermano y, con actitud inquisitiva, le pasa el brazo por el hombro, pero Charles no mira atrás.



—¿Estás bien, Katie?

Su madre está en el vano de la puerta con un montón de sábanas en las manos. Kate gira la cabeza sobre la almohada para que su madre no le vea la cara y responde un «sí» amortiguado.

—He visto por la ventana a Charles marchándose. ¿Habéis discutido?

—Sí.

—Ay, mi pobre niña. No es muy propio de ti discutir.

—No creo que siga queriendo casarse conmigo.

—¿Por qué no?

—Me he enfadado con él.

La señora Hogarth deja el montón de sábanas dobladas sobre el asiento de la ventana y cruza el cuarto hasta la cama en la que yace Kate con una postura dramática.

—¿Mi Kate? ¿Enfadada?

—Sí.

Piensa en cómo le ha hablado Charles, en ese *enfadez* infantil e infantilizador, y vuelve a ocultar el rostro en la almohada, el doble de avergonzada.

—No me lo puedo creer —dice su madre—. ¿Y cuál ha sido el motivo?

—Fui a… Fui a hacerle el desayuno y no estaba en casa. No puedo… no logro acercarme a él.

—Solo te sientes así porque aún no os habéis casado, Katie.

Su madre se sienta en la cama.

—Es un hombre enérgico. Ambicioso. Con él te irá bien, Kate. Cualquiera podría ver eso con solo mirarlo.

—Ya lo sé.

—Tú eres una persona muy diferente. Siempre lo has sido. Eres como tu padre —le dice mientras sube las piernas a la cama y cambia de postura para ponerse cómoda—. Y tu padre, Kate, es un bálsamo para mí. Si deseas casarte con Charles, has de ser un bálsamo para él. ¿Lo entiendes?

Kate se gira hacia su madre; esas nuevas ideas la están haciendo cambiar de opinión. ¿Así es el nuevo mundo, el de la edad adulta?

—Sí —contesta.

—No puedes ser el fuego tú también. Si juntas fuego con fuego, arde la casa. No hace falta ser un genio para entenderlo.

Su madre estira el brazo y le acaricia la mejilla con sus largos dedos de pianista. Ve su delgada alianza de oro trenzado, y quiere agarrarla y darle un beso, como hacía cuando era niña.

—En este matrimonio no habrá sitio para tu ira. Precisamente por eso pienso que encajaréis bien. ¿Podrás ser su bálsamo, Katie?

Kate hace caso omiso de la ansiedad que la abrasa cuando Charles no está con ella, el terror de que no la quiera. Todas esas emociones inapropiadas y poco femeninas que no quiere sentir.

—Sí.

—Tú padre también tiene algo de fuego dentro, claro. No tener nada de fuego no es bueno. Sin él, uno es un compañero muy decepcionante. Pero se lo guarda. Lo mantiene alejado de mí, para que no arda yo. O que solo ocurra de forma esporádica, al menos.

Sonríe y vuelve a bajar las piernas de la cama antes de alisarse la falda arrugada.

—Bueno. ¿Qué estaba haciendo? Ah, sí. Las sábanas.

Cuando recoge la pila de sábanas del asiento de la ventana, se le caen unas fundas de almohada y se agacha para recuperarlas. Durante un breve instante, a Kate la embarga un cariño tan fuerte que no soporta la idea de que su madre se marche; tan solo quiere quedarse con ella, acurrucada, ser siempre una hija.

Es como la luz del sol, piensa, cuando no está estresada.

—¿No te puedes quedar un ratito más?

—¿Y que la casa se suma en más caos aún? De ninguna manera.

—Puedo ocuparme yo de la ropa de cama.

—Santo cielo, no. Sé joven mientras puedas, Katie. Haz las paces con tu muchacho. Envíale una carta llena de besos. —Lanza un beso al aire como para demostrarle lo que hay que hacer. Al llegar a la puerta, se da la vuelta y se detiene allí, enmarcada, con su vestido rojo, alta, elegante e inteligente, como un retrato en una galería—. No te preocupes por tu señor Dickens. Tú eres mucho más afable de lo que lo he sido yo jamás. Seréis una pareja de chiquillos felices en vuestra casita. De eso estoy segura. Y, una vez que compartáis el lecho matrimonial, no dudo de que te parecerá de todo menos distante.

—¡Mamá!

Kate se sonroja y su madre desaparece riéndose.

Kate se incorpora y deja escapar un suspiro, y luego se acerca al escritorio a por una hoja de papel.

Queridísimo Charles:

Se detiene con la pluma en la boca y después la vuelve a sumergir en la tinta.

No desearía perder tu cariño por nada del mundo. Jamás. Es más valioso para mí de lo que soy capaz de expresar. Por favor, perdóname y

vuelve a quererme. Permíteme prepararte el desayuno de nuevo, o llevarte unas galletas para tomar el té el miércoles por la tarde, si estás en casa, y no estás demasiado ocupado con el trabajo.

No me enfadaré, *te lo prometo. Seré tu ratoncito feliz, seré buena y estaré alegre.*

Siempre tuya,
Kate Hogarth

Dibuja una espiral bajo su nombre, como hace él siempre, lo cual se ha convertido en una broma entre ellos, y después dobla la hoja de papel a lo largo y la sella para enviarla. Una vez que ha convencido a uno de sus hermanos para que se la entregue, sube las escaleras, se sienta delante del tocador y se mira el rostro en el espejo ovalado. Bonito, pequeño y apacible.

Precisamente ella sabe cómo ser un bálsamo, piensa. Cómo ser delicada. Cómo calmar a los bebés, meciéndolos en la cadera y haciendo ruidos graciosos para distraerlos de los males de la vida. Sabe cómo tranquilizar a su madre, qué gestos amables tener con ella para que se le pase el mal humor. Kate pone en orden el caos de la salita por la mañana, organiza los periódicos que han quedado esparcidos por el escritorio, vuelve a poner en su sitio la tapa del tintero, que está bocabajo. Recoge lavanda, la seca en la cocina, en ramos atados con una cinta, y la mete en saquitos perfumados que cose ella misma para los cajones de la ropa de cama, introduciendo y sacando la aguja en bucles intrincados de color. *Qué paciencia tiene Katie*. Conoce el orden. Conoce la calma. Y, si para casarse con Charles tiene que ser siempre la apaciguadora, lo aceptará, ya que a nadie se le daría mejor que a ella, de eso está segura. Y, en cualquier caso, ya no puede vivir sin él.

* Pudin tradicional escocés preparado con harina, pan rallado, fruta seca, sebo, azúcar, especias y leche.

ANNE

Cuando era pequeña, antes de conocer a los Dickens, mi padre era lechero. No sé a qué se dedica ahora, ni dónde está, ni si está vivo o muerto o si lo han enviado a las Américas, y tampoco me importa. Pero por entonces se dedicaba a eso, y mi familia vivía en dos habitaciones y cuidaba de seis vacas, y le vendíamos en tazas de lata la leche que nos daban a la gente que esperaba fuera. Por supuesto, cuando pienso en las majestuosas casas en las que he vivido desde entonces, no me parece que un lugar así pueda, de ninguna manera, llamarse «hogar». Me he acostumbrado a una vida acomodada, a expresiones como «plumón», «biblioteca» y «cuarto del bebé». A *chifoniers*, baúles y bordados. Pero en aquella época no conocía nada que no fuera estiércol, paja y hedor, palabras para referirse a cosas de las que no debía hablarse en compañía de gente refinada.

Por entonces era una criaturilla escuálida, y no muy femenina que digamos. No me agradaba demasiado cuidar de bebés, ni sus aullidos, ni que lanzasen comida por todas partes y de algún modo aterrizase tanto en tu pelo como en el suyo a la vez. Pero, como la mayor de ocho hermanos, eso era lo único que había a mi alrededor. De niña no podía ordeñar una vaca sin tener a un bebé en el regazo o sin que uno de los niños tirase algún cubo y me tocase a mí volver a colocarlo, o sin que uno de mis hermanos tropezase en lo más llano con su propio faldón y armase un jaleo tremendo.

—Vas a ser una pésima madre, Annie Brown. ¿Es que no puedes vigilar a ese niño ni un momento y quitármelo de en medio? —solía

decirme mi padre.

Pero eso no era lo que quería yo.

—Pobre del hombre que elija a Annie.

—Tampoco pienso elegir yo a ninguno, de todos modos. Ni aunque supliquen.

—Con esa cara, ni que fueras a poder elegir —replicaba él con la velocidad de un rayo.

Y mis hermanos resoplaban de la risa y yo me ponía colorada como una baya y sostenía a la pequeña Bessie en brazos, y le daba una cuchara para que la mordisqueara y que así se callaran todos.

No he pensado en ella, en ese bebé, en veinte años. En su cuerpecito, que se quedó rígido y amarillento en mis brazos, con la piel aún perlada de sudor.

Es curioso lo rápido que te vuelve todo, cuando se lo permites.

Si respiro hondo y abro la cortina tras la que he ocultado el pasado, y viajas en el tiempo conmigo, como el viejo señor Scrooge y el fantasma, aún puedo verme como era entonces. O, al menos, la versión de mí misma que era por entonces, puesto que el tiempo me ha cambiado como la marea cambia la orilla: siempre igual y siempre diferente. Y, en cierto modo, no concibo que esta versión de mí tenga algo que ver con aquella.

Estoy sentada en un taburete de ordeñar a la luz del amanecer, con las faldas recogidas por encima de las rodillas para no mancharme con la paja húmeda. Hay una fila de cubos vacíos pegados a la pared, esperando a que los llene de nuevo.

Tengo dieciocho años, y no conozco nada más allá de mi propia mente.

Puedo ver a mi madre delante del fuego de la cocina a través de la abertura que hay en la pared que une el establo con nuestra casa.

Con unos brazos como alambres y una mano en el hueso protuberante de la cadera. Con el pelo oscuro recogido en un moño, con mechones sueltos que le bajan por el cuello. La pequeña Bessie está a sus pies, llorando. Lleva dos días llorando y nadie sabe por qué.

Veo también a mi hermano Thomas sentado, apoyado contra la pared. Tiene el zapato en la mano, partido en dos, y las lágrimas le abrasan los ojos, y veo a mi padre tratando de unir los pedazos cosiéndolos, porque la escuela para niños pobres no deja que entre nadie sin zapatos. Yo solo pude aprender a leer porque era la mayor, claro. Mis hermanas pequeñas no aprendieron a leer ni una palabra, porque nunca podíamos tener once pares de zapatos a la vez.

Matthew, Ivy, Martha y Stanley están sentados en taburetes a mi lado, tirando de las ubres de las otras vacas en la fila en movimiento. Jem, el más pequeño, aparte de Bessie, trae otro cubo vacío de la parte delantera de la casa y lo coloca junto a la pared con un golpe metálico. Jem es patizambo, y todo el mundo se ríe de él por eso, salvo yo, que no le veo la gracia.

El hedor agrio a leche flota en el aire y se mezcla con el olor a excrementos y al de los cuerpos calientes de los animales que se empujan y se retuercen, con las orejas rodeadas de moscas. Se te pega a la ropa, y al pelo, y es imposible deshacerse de él. Te despiertas con él, te vas a dormir con él y comes con él. Así son las cosas en nuestra familia, y más te vale no quejarte, porque las vacas son las que nos mantienen vivos.

No me gusta verlas ahí, como estaban ese último día.

Ese último día de trabajo, de discusiones y de consuelo mutuo, de comidas, de enfados y de cocinar. El último día de preocuparse por zapatos que no se abrochan bien, o por lo que se siente al ser objeto

de burlas, o por el motivo por el que llora la niña.

Si hubiéramos sabido que era el último día, supongo que nos habríamos comportado de un modo distinto unos con otros. Quizá nos habríamos puesto emotivos, nos habríamos despedido o dado instrucciones a los que se quedaban atrás, lo cual es más útil que la emotividad, como bien sé. Quizá mi madre me habría dejado algo, alguna manera de comunicarse tras su muerte, de mostrarme cómo lidiar con la situación o qué hacer, para que no me sintiera tan sola y tan asustada después. Pero ya es demasiado tarde para eso.

Al principio tan solo es una enfermedad.

Nos acecha con sigilo y sutileza. Un mareo momentáneo. Un retortijón en el estómago. Calor en la frente. Después, Thomas se dobla sobre sí mismo. Ivy deja escapar sonidos agudos de miedo desde su cama. Es una enfermedad que no se cura, sino que tan solo va en aumento, se apodera de uno, luego de otro y de otro más, y yo me veo indefensa ante ella; su marea me arrastra. No puedo detenerla.

Mi madre, tumbada bocarriba, huesuda y resistente, quejándose y sudando bajo la manta.

Martha retorciéndose, amarilla, sobre el colchón.

Los demás, una maraña de extremidades en sábanas empapadas. Y los ruidos que hacen no son muy distintos de los de las arcadas y los gruñidos de las vacas en el establo.

Mi padre, Jem y yo somos los únicos intactos.

Me siento en el taburete y mezo a la pequeña en los brazos, hacia delante y hacia atrás, deprisa, como si pudiera evitar que sienta algo si la mantengo en movimiento. Como si pudiera aliviar el sufrimiento que le destroza el cuerpecito. Siento como si estuviera en un sueño. Pero no logro despertarme sacudiéndome ni dándome

pellizcos, y veo que los demás están igual. Jem está sentado en el catre con las rodillas encogidas y un paño húmedo en la mano. No llora ni arma ningún escándalo, sino que lo va pasando en silencio de uno a otro, de uno a otro, con el rostro inexpresivo. El tiempo se ha detenido dentro de nuestras cuatro paredes, y la única unidad de medida que tenemos es quién está sucumbiendo, y cuánto tardan en dejar de aferrarse a la vida.

La casa se llena de muerte. Se sume en ella. Los rostros cambian. Los ruidos cesan. El silencio se asienta. Las vacas yacen unas sobre otras, desplomadas, en la penumbra del establo. Y todos están inmóviles: mi madre, mis hermanas y mis hermanos. Lo que nos ha atacado, sea lo que sea, les ha arrebatado la vida.

Unos hombres con la cara cubierta con un paño grueso se llevan sus cadáveres. Thomas, con el zapato aún partido en dos. Martha, arrastrando el cabello rubio por la mugre del suelo, y Mathew, y Stanley, y también Ivy, tan menuda y ligera que no hace falta más que un hombre para cargar con ella. La levanta con una delicadeza que no me gusta ver.

Y nosotros esperamos, mi padre, Jem y yo. Nos observamos, cautelosos, en busca de algún indicio. Un ojo lloroso. Una mejilla encendida. Los tres permanecemos tan callados como podemos.

Al día siguiente, cuando ya se han marchado todos, mi padre se levanta y empuja la amplia puerta para abrirla; durante un momento me ciega la luz del sol, y mi padre desaparece tras ella.

Lo llamo a gritos, pero no regresa.

Lo maldigo. Lo llamo «maldito cabrón asqueroso», le digo que lo castigará Dios, y le doy un puñetazo a la pared. Y entonces rompo a llorar. Un llanto espantoso, salvaje. Y durante todo el rato Jem está ahí sentado, sin pronunciar palabra.

Al principio no me quiero mover. Quiero quedarme en el catre, hecha un ovillo, y esperar a la muerte. Pero la muerte no me quiere. No va a venir.

Me levanto temblando y bajo la vista a Jem, que está sentado contra la pared, abrazándose las rodillas.

Me mira con esos ojillos tan curiosos suyos.

—¿Quién va a ser el próximo en morir?

—Ninguno de nosotros, Jem. No seas zoquete. —Se me rompe la voz con cada palabra de no usarla—. Ni tú ni yo vamos a morir. Tú no vas a morir, y yo tampoco.

—¿Por qué?

—Porque Dios no lo quiere.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Me dejo caer a su lado, de modo que los dos nos quedamos sentados con la espalda apoyada en la pared del establo.

Tal vez dé igual, pienso. Las vacas, de las que dependíamos para ganarnos la vida, están muertas. Si mi padre se hubiera quedado, se lo habrían llevado a Marshalsea, y a nosotros con él, y no habríamos salido de allí jamás.

Tengo que pensar.

Sé que tenemos una tía. La hermana de mi madre. Vive en la costa; nunca he estado allí, pero sí he oído el nombre del lugar: Broadstairs. «Broadstairs, donde vive Nelly», solía decir mi madre. «Cómo me gustaría ir a Broadstairs, donde vive Nelly —decía—. ¿Sabéis que allí los burros deambulan en libertad por los acantilados?». Y luego sacudía la cabeza ante la idea y volvía a centrarse en las vacas, todas atadas y apretujadas en el establo hacinado.

He recordado ese nombre todos estos años; lo he guardado en un

rincón de la cabeza. Y ahora aquí está, esperándome cuando lo necesito. Tal vez sea eso lo que me ha dejado mi madre, después de todo, aunque ella no lo supiera. En cierto modo, me parece bastante cómico que las cosas que parecen insignificantes, como una historia sobre unos burros, resulten ser decisivas, y las cosas a las que se les da tanta importancia resulten no ser de utilidad para nadie.

Preparo una bolsa para los dos, para Jem y para mí, con todo lo que pueda encontrar que sea necesario rescatar, lo cual no es mucho. Una Biblia con las esquinas de las páginas dobladas que apenas puedo leer. Un anillo que mi madre guardaba debajo de la cama. Cuando empujo la vieja puerta podrida para que se abra a la tarde, tan solo miro atrás una vez. Miro los cubos de leche, aún colocados junto a la verja. El pasto para las vacas, los montones que no se han comido. La cacerola con la que mi madre estaba a punto de cocinar. El cuchillo que esperaba a que lo agarrara.

Sé entonces que nunca perdonaré a mi padre. Nos ha dado la espalda y nos ha abandonado. En ese momento me juro a mí misma que no confiaré en nadie para mantenerme a salvo más que en mí misma. Jamás.

Cierro la puerta de una patada y nos marchamos; dejamos la casa, y toda la vida y la muerte de su interior, en el pasado. Recorremos la calle con las capuchas subidas a pesar del calor para que ningún vecino nos vea. Y todo el rato Jem va agarrado a mi brazo, como si se estuviera ahogando y solo yo pudiera mantenerlo a flote.

KATE

Está diluviando. Día tras día, llovizna o llueve a mares o bien cae un torrente constante y monótono. El cielo está siempre gris, los parques no son más que charcos de agua estancada y las carreteras están inundadas de varios centímetros de agua. Los carruajes empapan a los transeúntes, que se escabullen a toda prisa, calados e irritados. Kate siente que ese tiempo la está volviendo loca, allí atrapada en casa. Mira por la ventana y ve los contornos borrosos de los árboles, preguntándose qué comerá la gente en el primer día de matrimonio.

—Estás entornando los ojos, Katie —le dice su madre, que se ha detenido en el vano de la puerta, cargando con un montón de libros.

—Qué va. —Siente un destello de irritación que trata de ignorar—. O no lo pretendía, al menos.

—¿No te planteas llevar gafas ahora que vas a casarte?

—No. Menos aún ahora que voy a casarme —contesta Kate con entusiasmo—. Ya paro de entornar los ojos.

—Muy bien. Pronto dejará de llover, Kate.

—Ya lo sé.

Kate se imagina en el día de su boda, arrastrando el bajo del vestido por el barro, con los rizos empapados pegados a la cara y el ramo desintegrándose y cayendo en un charco en el exterior de la iglesia. Todo resbaladizo y mojado. No puede quedar más lluvia en el cielo, piensa. Es imposible.

—Qué buen tiempo hace…, si eres un pato, claro —bromea su padre sin falta a la hora de cenar, arqueando una ceja.

E incluso a Kate le cuesta esbozar una sonrisa.

Charles le manda listas de lo que ha comprado para la casa. Kate las estudia con detenimiento mientras se imagina la mesa de madera de cerezo, la cómoda de caoba, y le responde: «¿Te has acordado del cazo de la leche, para la cocinita? Mi madre dice que también debes acordarte de comprar un juego de decantadores. ¿Te has acordado de la plancha para mis cuellos y vestidos?». Y después la arruga y la tira a la papelera porque teme sonar demasiado exigente.

Arde en deseos de estar con él, agarrada de su brazo, decidiendo qué comprar, pero no hay tiempo. El carruaje siempre está ocupado transportando a gente de aquí para allá a causa de la lluvia, y su madre siempre está intentando coser cosas para su ajuar, enfadándose y pinchándose el dedo con la aguja.

Solo sale una vez; toma el ómnibus y recorre las calles empapadas bajo el enorme paraguas que le sobra a su padre. Va en busca de una cofia de encaje como las que ha visto en la revista *Women's Fashions*, una prenda que las mujeres casadas llevan en casa.

La dependienta, que le recuerda a un pastel, brillante, redonda y con hoyuelos, saca varias cofias y las dispone sobre la superficie de cristal del mostrador. Kate escoge una, se la prueba y sostiene en alto el espejo. Tiene rosas rosadas diminutas entretejidas en la tela de encaje para que parezca que están posadas sobre el pelo. Es perfecta. La mujer la envuelve con delicadeza en un papel azul claro y la mete en una caja, y Kate se la lleva a casa pegada al cuerpo bajo la capa, como si fuera algo mágico.

A Charles le han publicado sus textos en dos pequeños y elegantes tomos verdes. Llegó un día a la puerta de entrada, hizo una reverencia exagerada y ridícula y dijo: «Boz, a su servicio», y sacó a Kate a la tarde gris para bailar como un loco con ella mientras

sostenía los libros en alto por encima de la cabeza. Kate se sintió increíblemente joven, viva y atontada de felicidad, y dio brincos para alcanzar los libros, cuyos verde esmeralda y dorado resplandeciente contrastaban con el cielo invernal, mientras las hojas se sacudían con la brisa.

Por las tardes, cuando no está Charles, se tumba bocarriba en la cama y acaricia con los dedos las palabras familiares, el título grabado en el lomo de ambos tomos: *Escenas de la vida en Londres por Boz*. Vuelve a estar en la celda de los condenados de la prisión de Newgate, con sus paredes desnudas y su devocionario. Su melancólico amanecer. Charles ya le ha hablado y le ha escrito sobre ello. Se lo ha descrito mientras paseaban juntos. Lleva a sus lectores a lugares a los que no pueden ir. Pero ella, Kate, siempre habrá estado allí primero.

Ahora está escribiendo algo nuevo. *Pickwick*. Las partes que Kate ha leído son graciosas, una gran broma afectuosa sobre el mundo. Charles le dice a Georgy que va a ponerle el nombre de su gato a un personaje, y ella lo mira encandilada. A veces, cuando salen a bailar o a visitar a amigos, Kate intenta imaginar lo que ve Boz, lo que garabateará su pluma en las páginas más tarde. Intenta averiguar dónde reside el humor. Pero solo puede revolotear alrededor de su mundo, tratando de captarlo. Sus palabras son estruendosas, pesadas e imprecisas, mientras que las de Charles hacen acrobacias ágiles. Sus hermanos se burlan de ella, Mary dice que no es muy avispada y su madre le dice que es torpe. Su padre le pide que le haga el té, o que le zurza los calcetines, o que toque algo relajante al piano, y se ríe con los demás cuando se tropieza con el gato o confunde a Fred con Charles y está a punto de lanzarse a sus brazos sin querer. Pero cuando Charles la ve, se le iluminan los ojos, como si

Kate se encontrase más allá de los personajes que danzan por sus páginas y estuviese, de alguna manera, en el interior del lugar desde el que él mira. Está dentro de su círculo, al tanto de la broma, en lugar de ser el hazmerreír. Y pronto vivirá allí.

El tono de sus cartas ha cambiado. Ahora son más urgentes, menos juguetonas. Suena como un hombre, como un marido, debería sonar, o eso piensa Kate, dándole vueltas al anillo con óvalos de color azul cielo en el dedo. Recordando lo que sintió al besarlo.

«Espero que no te retrases».

Cinco palabritas que le provocan una descarga de emoción.

—Qué exigente es —dice Mary, sentada en la cama con las piernas cruzadas y con la carta en la mano—. No sé si me gusta.

Pero a Kate, en secreto, sí que le gusta. Cuando una persona se muestra exigente es que quiere algo, y que ha de obtenerlo. Y Charles la quiere a ella. No se lo podría decir jamás a Mary, pero le gusta su vigor, el modo en que la somete, y cada vez más a medida que Kate se vuelve indiscutiblemente suya. Tal vez Mary se ría, piensa, pero así es como se supone que debe ser el matrimonio.

Y eso es justo lo que quiere.



Un cielo plomizo. El sol se abre paso con timidez, vacilante, como si acabara de recuperarse de una larga enfermedad.

Kate avanza sobre las frías baldosas de la iglesia y se mira los pies, con sus zapatitos verdes.

Más adelante, al final del pasillo, está la silueta borrosa de Charles. La está esperando y, aunque su contorno esté difuminado, esboza una sonrisa, de eso Kate está segura. Quiere verla, sentir la calidez familiar y el peso de su sonrisa, pero está demasiado lejos, y Kate

está intentando no entornar los ojos, de modo que baja la vista al ramillete, con sus pequeños capullos de damasco compactos y sus ramitas de mirto entremezcladas con el verde. Lo está aferrando con tanta fuerza que teme partir los tallos. Comienza a sonar el órgano, una sinfonía confusa que atraviesa el aire frío, y Kate se apoya en el brazo de su padre mientras caminan juntos hacia el altar. Conforme Kate se acerca, ve que Charles va tomando forma, que se aparta el pelo de la cara con ese gesto que conoce tan bien.

La música cesa de golpe y las notas se tropiezan unas con otras. Y allí están los dos, cara a cara. Charles la toma de la mano, y la de él está limpia, sin manchas de tinta, y Kate no recuerda haberla visto nunca así. Casi no parece suya.

En casa, el banquete de bodas espera su regreso. El pastel glaseado, con dos corazones y una flecha hechos de azúcar de cebada. Las flores naranjas en delicados jarrones, los dulces en los platos de porcelana. El baúl de Kate en el vestíbulo, con los tocados en cajas envueltas en papel marrón. Todo está a la espera de ese intercambio de promesas. Kate lo mira desde debajo de la cofia blanca y se pregunta cómo es posible que un momento pueda ser demasiado grande para contenerse a sí mismo; que esté cambiando todo y, a la vez, nada.

Charles le guiña. Durante un segundo recuerda el momento en que su madre dijo que era vulgar, pero trata de ignorarlo. Le devuelve la sonrisa a Charles, y el párroco, con el cabello lacio peinado hacia un lado por protocolo, comienza a pronunciar su discurso cantarín. Es un cántico de lo más suave, nada que ver con el de los predicadores furiosos de la infancia de Kate en Edimburgo, sino más bien un agradable balbuceo que acompaña la ceremonia matrimonial. No hay silencio piadoso. A su madre no se le ha pasado aún la obstinada

tos invernal, y la mitad de los votos quedan ahogados tras ella. Georgy, con su mejor tocado, pregunta en un susurro agudo cuándo van a poder irse a casa a cenar, por si los bollos se enfrían. Y de pronto, en medio de la calma, vuelve a sonar el estrépito del órgano y, antes de que se pueda dar cuenta de lo que ha ocurrido, Kate está recorriendo con Charles el pasillo de la iglesia de nuevo, atravesando las altas puertas y saliendo a los adoquines, rodeados de los escasos invitados, y de repente ya es una esposa, hasta la muerte. Su carne, su vida, se ha fusionado con la de Charles. Se ha llevado a cabo una transformación. Es un milagro, o se supone que debe serlo. Kate ha cambiado para siempre. Y aun así, de algún modo, el suelo que pisa sigue firme, el chico que reparte los periódicos sigue chillando en alguna parte, en la calle de al lado, y Kate sigue teniendo un poco de frío ante la brisa de abril.



Charles se sienta a su lado en la cama, que chirría bajo su peso. Kate siente la rigidez de las sábanas nuevas y le llega el olor de las rosas secas que ha metido su madre entre los pliegues del camisón antes de irse.

Fuera, el viento de Kent agita las ventanas de la pequeña cabaña en la que están celebrando la luna de miel. La lluvia está empezando a tamborilear los cristales. La cabaña es de madera, blanca, con dos plantas y un jardín trasero, solo lo bastante grande como para colgar la colada. Han viajado hasta allí en la diligencia, apretujados con los demás viajeros, que les lanzaban guiños cómplices y le daban palmadas en el muslo a Charles durante el trayecto de dos horas.

Allí fue donde Charles pasó la infancia, antes de que la sombra de la deuda se extendiera sobre su familia. Es algo sobre lo que apenas

habla, ni siquiera ahora. Ni siquiera con ella. Kate tan solo ve destellos de ello en los labios fruncidos de Charles, en su rigidez. Sabe que no debe preguntarle al respecto. Pero allí, en ese lugar sagrado de una época pasada, Charles le mostrará su infancia, se la llevará del brazo a ver el cauce fangoso del arroyo poco profundo junto al que pasaron durante el viaje. Kate comprará rodaballo en la lonja y lo cocinará al fuego, tal y como le ha enseñado Ruth, abierto y frito con nata y ajo. No tienen tiempo de ir a ver el mar en Broadstairs, el pueblo del que Charles le ha hablado, donde, según le ha contado, los burros vagan a sus anchas sobre los acantilados y crecen montones de flores amarillas en la arena. Esos placeres van a tener que esperar, aunque Kate los ansía. Solo tienen una semana, durante la vacancia judicial de Pascua. Una semana antes de que comience de nuevo el frenesí y puedan enviar a Charles aquí o allá en cualquier momento, recorriéndose el país según los antojos de la prensa. Antes de que el trabajo se lo arrebate de nuevo.

Pero esta noche la vela arde con una luz tenue y proyecta sombras que danzan por toda la habitacioncita. El vestido que Kate se ha puesto para viajar está colgado del respaldo de la silla. Los zapatos de Charles, delante de la chimenea, juntos y ordenados.

Charles acaricia con delicadeza el edredón y luego acerca la mano al muslo de Kate, enterrado bajo la pesada tela del camisón. Kate casi quiere detenerla, quiere posar la mano sobre la suya y pararla para que no llegue el momento. Siente un deseo repentino e inexplicable de seguridad. Cuando recobra el aliento se recuesta, y la cama vuelve a chirriar, y los dos se ríen mientras Charles hace una mueca en la oscuridad. Ahora Charles se está acercando de verdad, tirando de ella hacia él, y Kate le permite meter la mano con suavidad por debajo del camisón para que la pose sobre su piel. Le

sorprende lo desnudo que siente el muslo en la zona en la que se le ha subido la ropa, con la mano de Charles cálida e inmóvil sobre él. Siente su boca en los labios, el roce de la barba incipiente en la mejilla, y ahí está otra vez esa sensación de magnetismo, de atracción. Se deja llevar por ella mientras siente cómo surge entre los dos una especie de calor.

Ahora sabe cómo puede sentirse cerca de él. Ahora lo entiende. Ahora tiene una forma de salvar la distancia entre ellos, de adentrarse en el mundo de Charles y hacer que él se adentre en el suyo. Allí, en la oscuridad, él es completa y absolutamente suyo. Está eufórica.

ANNE

Jem está a mi lado, delante del mar, con la mirada apagada. Escuchamos juntos el rugido de las olas bajo nosotros, en la negrura, y vemos el reflejo fragmentado de la luz de la luna en la superficie del agua.

Hemos tardado más de lo que pensaba en llegar hasta aquí andando. Me muero de hambre. Jem debe de estar igual de hambriento, ya que solo hemos comido los dos pequeños cucuruchos de boquerones fritos que he comprado por el camino. Pero no sería muy apropiado que llegáramos en plena noche y nos pusiéramos a aporrear la puerta. De modo que nos sentamos donde estamos, al borde del acantilado.

—¿Cuánto tiempo vamos a tener que esperar aquí? —me pregunta Jem.

—Hasta que salga el sol.

—¿Y cuánto falta para eso?

—No lo sé. No soy un reloj —contesto, y seguimos esperando.

Jem está aún aferrado a mí, sujetándome el brazo con la mano como una tenaza. No me suelta y, cuando intento liberarme de sus deditos, se queja tanto que paro de intentarlo y lo dejo en paz.

Nunca antes había visto el mar. Ahora apenas logro distinguirlo; solo sé que parece un monstruo, con un poder propio, y entiendo que los hombres lo teman. Nos quedamos allí sentados observándolo durante unas dos o tres horas, mientras Jem se queda dormido pegado a mi cuerpo y luego se despierta sobresaltado.

Cuando la luz se extiende sobre los acantilados, me pongo en pie.

Tengo las faldas, ya de por sí sucias y con manchas, húmedas por la hierba mojada. Me las sacudo y, juntos, Jem y yo ponemos rumbo al pueblo despacio.

Logro encontrar la casa de mi tía a base de preguntar. Broadstairs es un sitio bastante pequeño, con un único hotel y una o dos tabernas. Es un pueblo de pescadores, más que nada. No tengo ni idea de cómo voy a encontrar trabajo aquí. Debe de haber alguna granja cerca. El hombre con cara de sueño al que le pregunto nos mira de arriba abajo a Jem y a mí, y reparo entonces en lo mugrientos que estamos. Pero no hay nada que podamos hacer. Nos acercamos a la casita; Jem va arrastrando los pies, y un frío repentino se apodera de mi estómago.

—Ponte recto, Jem. Que se te vea buena actitud —le digo, aunque no tengo claro cómo nos va a ayudar una buena postura en todo esto.

La casita es baja y se la ve destartalada, con arbustos de rododendros medio muertos apoyados contra un muro en ruinas. Me transmite una sensación desagradable, pero logro reunir el valor suficiente para llamar con fuerza a la puerta.

Una mujer achaparrada, con el pelo asomando de una cofia que parece sucia, abre unos centímetros la puerta y nos mira a través de la rendija.

—¿Sí?

—¿Tía Nelly?

—¿Quiénes sois?

—Yo soy Annie, y este es Jem. Somos los hijos de tu hermana Gert.

La mujer abre la puerta y se queda ahí plantada, mirándonos, con todo el rostro fruncido.

—Pero ¿qué estáis haciendo aquí?

—No sabía… No sabía a dónde ir.

Mira a nuestra espalda, a la luz del alba, con curiosidad.

—¿Y dónde está Gert?

—Está muerta —contesto, y siento que Jem me aprieta el brazo con los dedos más aún.

—¿Muerta?

—Sí.

Nuestra tía permanece en silencio durante un momento con un rostro inexpresivo.

—Será mejor que entréis —dice, y se aparta para dejarnos pasar a la cocina, con su hedor a grasa y las ollas sin lavar—. Sentaos —dice. Obedezco, y Jem sigue agarrado a mí como si fuera un salvavidas—. Gert, muerta… ¿De verdad? ¿Estás segura?

—Sí —respondo—. Lo siento.

Me observa casi como si no se lo creyera. Yo me quedo ahí sentada, devolviéndole la mirada, intentando no aguantar la respiración. Tratando de ver algo, algo de la amabilidad de mi madre en los ojillos de esta mujer.

—Te pareces a ella —me dice al final.

Por algún motivo, esa idea me da ganas de llorar.

Mi tía se pone una mano en la cadera y ladea la cabeza.

—¿Y vuestro padre dónde está?

—También ha muerto. Como todos los demás.

—¿Cómo?

Parece que la palabra se le atraganta, y me pregunto si no solo estará asombrada, sino también conmovida.

—Se produjo un incendio —digo con cautela—. Uno enorme. Y solo logramos escapar Jem y yo. Las vacas están muertas. No queda nada. Y no sabía a dónde podíamos ir. Pensaba que…

—¿Qué pensabas?

—Que tú podrías ayudarnos. —Apenas puedo mirarla a los ojos de lo desesperada que estoy por que no nos rechace—. Que tal vez podríamos quedarnos aquí durante un tiempo, mientras encuentro trabajo y hallo la forma de… de apañárnoslas.

—¿Quedaros aquí?

—Así es.

—¿Y dónde diablos se supone que voy a meteros?

—En cualquier parte. Podemos dormir donde sea, hasta que consigamos arreglárnoslas.

—Ay, por el amor de Dios. Gert muerta…

Mi tía se sienta, agotada, y se apoya la cabeza en las manos. Luego vuelve a mirarme.

—Fue horrible —digo, y me salen las palabras con un hilo de voz, pero de todos modos ella no quiere oírlas.

—Apestáis. Los dos.

Baja la vista con repulsión hacia la mancha oscura del pantalón de Jem, de cuando se lo mojó durante el viaje.

—Lo lavaré todo. Ni os enteraréis de que estamos aquí.

—Vais a tener que dormir en la cocina. No hay dormitorios para vosotros.

Oigo pasos pesados en el vestíbulo, y entonces entra un hombre, agachando la cabeza para no darse con el dintel bajo de la puerta. Es corpulento, con una densa barba oscura y unos ojos tan hundidos que parecen desaparecer en su rostro. Se detiene.

—¿Quiénes son estos? —pregunta.

—Gert ha muerto.

—¿Que ha muerto? ¿Cómo?

—Un incendio. —Mi tía nos mira, dubitativa de pronto—.

Necesitan un sitio donde quedarse durante un tiempo. Son sus hijos.

—No se irán a quedar aquí, ¿no?

El hombre se pasa las manos por la cara, aterrado ante la idea.

—Había pensado que se podían quedar solo durante un tiempo. No tienen ningún otro sitio al que ir.

El hombre, mi tío, estudia a Jem.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

Jem baja la vista al suelo.

—¿Es mudo o qué?

Mi tío me mira, con sospecha.

—Está cansado —respondo al instante—. Y su madre ha muerto. Yo me llamo Anne, y este es Jem.

El hombre se gira y va a por una taza del estante que hay sobre el fregadero de la cocina.

—El chico no me va a servir de nada. Es demasiado pequeño.

—Bueno, ella sí que me puede ayudar a mí. Anne.

—Claro. Haré lo que sea.

—Me ayudarás en la cocina. ¿Entendido?

—Sí.

Mi tío se vuelve hacia ella con el rostro arrugado por la incredulidad.

—Nelly, no nos los podemos quedar. Aquí no hay sitio para obras de caridad.

Odio a los hombres así, pienso con una emoción tan intensa que me quema la garganta, y durante un momento de locura quiero que nos echen. Preferiría que nos muriésemos los dos en la calle a tener que aguantar a ese hombre, sus pisotones, su intimidación. Preferiría morir de hambre. Pero, claro, en realidad no lo preferiría, de modo que no digo nada, y tan solo espero.

—Los voy a acoger por mi hermana. Por Gert —dice, y me mira—. Pero solo durante el verano.

O sea que tenemos el verano. Por ahora, con eso tendrá que bastar. Le estrujo la mano a Jem por debajo de la mesa. Por ahora, será más que suficiente, pienso. Y después, de algún modo, nos sacaré de aquí.



Cuando llega la noche ya he limpiado la cocina entera de arriba abajo para demostrarle a mi tía lo útil que puedo serle. Mis tíos se llevan la única vela de sebo que les queda al piso de arriba, y yo me siento con Jem delante del fuego agonizante. El suelo de la cocina huele a la grasa quemada de la que no he conseguido deshacerme. En el rincón, veo dos trampas para ratas de mimbre. Sigo teniendo tanta hambre que durante un momento me planteo comerme el queso de las trampas, incluso a riesgo de que me atrapen los dedos. Pero luego pienso en que nunca me han gustado las ratas, y no me hace ninguna gracia la idea de que se le suba una a Jem en plena noche y lo despierte, y en lo que mis tíos nos harían si mi hermano gritase. Acerco a mi hermano a mí con cuidado para que pueda apoyar la cabeza sobre mi brazo, y me recuesto contra la piedra tosca de la pared de la casa.

—Annie.

—Duérmete.

—Annie.

—¿Qué?

Vuelvo a cambiar de postura en el suelo, intentando no golpearme el codo con las losetas.

—No me gusta este sitio.

—Ya está bien de ingratitud. Nos han acogido cuando no tenían por qué hacerlo, y debemos estarles muy agradecidos, ¿me entiendes?

—Quiero ir con mamá.

—Pues no puede ser.

—¡Quiero ir con mamá!

Cada vez chilla más, y más me vale detener la rabieta antes de que se convierta en algo que no voy a poder parar.

Lo agarro del brazo con fuerza.

—No puedes ir con ella y lo sabes. Ahora cállate y escúchame. No puedes contarle a nadie lo que les ha pasado a mamá y a los demás. Lo de la fiebre. ¿Me entiendes? Es un secreto. Se creerán que se lo vamos a contagiar, ¿comprendes? Se asustarán de nosotros.

—No diré nada —responde, y noto que lo he asustado—. No se lo contaré a nadie.

—Tienes que decir que han muerto en un incendio.

—De acuerdo.

—Y no puedes decir nada sobre papá.

Un movimiento en el rincón. Una rata. Me quedo inmóvil para que Jem no se dé cuenta.

—Y ahora duérmete y deja ya de compadecerte —le digo en una voz baja y tensa, y Jem se queda callado, apretujado contra mi cuerpo, como si fuera a desvanecerse si se separase de mí.

Me quedo tumbada a oscuras, sintiendo cómo se alza y me envuelve una ola de desesperanza, como el negro mar brillante rompiendo contra las rocas mientras estábamos en lo alto del acantilado. ¿Cómo voy a seguir adelante con Jem a mi lado? ¿Cómo voy a poder hacer nada? Y entonces pienso en mi padre. En que no volvió la vista hacia nosotros mientras abría la puerta y nos

abandonaba. Lo mataría si volviera a verlo. Lo mataría con mis propias manos. Aprieto el puño y me obligo a contener la ira, ya que esa clase de pensamientos no le hacen bien a nadie.

Le doy vueltas a todo, tratando de urdir un plan. Podría intentar encontrar a alguien con quien casarme, si no me pongo muy exigente. Soy joven, aunque no demasiado atractiva. Aun así, la idea me pone enferma. No pienso casarme nunca, me digo. Jamás. No voy a ser tan necia como para atarme a un hombre y tener que seguirlo a todas partes, como hizo mi madre, y tener que acatar sus órdenes y darle hijos cuando a él le dé la gana, hasta que se canse y nos abandone a todos. Voy a mantenerme alejada de la gente y, de alguna manera, conseguiré salir adelante, pase lo que pase. Al fin y al cabo, hasta ahora lo he logrado.

—¿Acaso no estamos vivos? —le digo al silencio.

La rata, que estaba bordeando la pared para esquivar la trampa, se detiene durante un segundo, como para reflexionar. Las dos estamos vivas, pienso, contra todo pronóstico. La rata permanece inmóvil durante un momento, con unos ojillos resplandecientes. Y luego sale pitando hacia la puerta y desaparece de mi vista.

KATE

—¿Lo ves?

Kate entorna los ojos ante la luz del sol vespertino.

Llevan cuatro días casados.

No puede pensar en nada que no sea Charles. Lo atraviesa, como el costurero que le dio él como regalo de boda, con su nombre en marfil atravesando las vetas. Piensa en los secretos que se cuentan tumbados juntos bajo las sábanas. En su cuerpo liberado de corsés, estructuras y rellenos, inhalando y exhalando en libertad al ritmo de la respiración de Charles. En el olor de la piel de Charles, la curva de su hombro.

—¿Qué le parece, señora Dickens? —le pregunta Charles, poniéndole la mano en la parte baja de la espalda.

Kate vuelve a mirar.

Tras el grueso tronco del roble hay una casa de ladrillo rojo. Amplia y hermosa, como una vieja dama majestuosa, piensa Kate. Delante hay una pequeña rotonda y unos escalones que conducen a un porche de madera de color crema pálido. La casa está rodeada de jardines por todos los lados; ahora están embarrados por la lluvia de la primavera, pero se extienden hacia las colinas de detrás, en tonos marrones y verdes difuminados y moteados.

—Cuando era niño —dice Charles, apoyando los codos en el muro empedrado—, mi padre solía traerme aquí de paseo.

Kate también se inclina hacia delante y agacha la cabeza bajo las ramas inclinadas para poder ver mejor la casa, para poder sentirse casi como el pequeño Charles mirándola. Lo ama tanto que desea

viajar al pasado y querer también al niño que fue.

—Debía de tener unos cuatro o cinco años. No más. Y mi padre me preguntaba si me gustaba. La casa, digo. Y yo decía que claro, que me parecía la mejor casa que había visto jamás.

—Bueno, es que lo es.

Kate apoya la cabeza en el hombro de Charles y siente la tela fría de su levita en la mejilla.

—Después averigüé que se llama Gad's Hill Place. Y recuerdo en particular que mi padre me dijo que, cuando fuera mayor, si era perseverante y me esforzaba, tal vez también pudiera tener yo una casa así. Me dijo que, si de verdad trabajaba duro, tal vez pudiera tener esta misma.

Kate contempla la casa. Su fachada grande y sólida. Ya se imagina a ellos allí: Charles trabajando delante del ventanal y ella sentada a la mesa de madera de la cocina, con los alimentos del huerto amontonados en cestas, recién cosechados. Los niños jugando en el césped en verano. Amigos que vienen de visita.

—¿Nos imaginas ahí, Kate?

—Sí.

—¿A que nos puedes ver tan bien como si nos hubiera dibujado Phiz? Tú, mi querido pastelito, mi esposa, te sentarás sobre una manta, bajo ese árbol, y Charley sembrará el caos de una forma u otra, y tendremos la casa llena de perros que ladrarán, y beberemos cerveza de Kent y pensaremos en lo afortunados que somos.

Kate se deja llevar por la visión de Charles, por su romanticismo. Por la manera en que logra darles vida a los elementos de una historia, de modo que casi puedes verlos. La manera en que conoce el papel de Kate en esa historia mejor que ella misma.

—¿Volvemos a la cabaña?

—¿No quieres pasear?

—Creo que de pronto no me apetece pasear, señora Dickens.

Charles la agarra de la cintura y Kate se pega a él y permite que la bese con una fiereza que incluso un hombre que pasa por allí en un carro deja escapar un largo silbido grave. Se separan, sobresaltados, y se ríen, y después recorren despacio la carretera hacia Chalk y dejan Gad's Hill allí, robusta y majestuosa en la ladera, esperando su futuro.

PARTE DOS

KATE

1836

Lenguado frito

Calentar la grasa en una sartén. Retirarles la piel a los filetes, lavarlos y secarlos con papel de cocina. Mezclar huevo y agua en un plato y añadir los condimentos. Rebozar los filetes en harina, luego en el huevo y por último en el pan rallado. Cuando la grasa se estabilice y se forme una ligera capa de vapor (a unos 190 °C), freír los filetes por ambos lados hasta que adquieran un tono dorado claro. Servir en un plato caliente, adornado con perejil y limón.

Kate coloca el tenedorcito de plata en paralelo al cuchillo con precisión y endereza su mejor camino de mesa, con flores retorcidas en suaves espirales de seda. En tres horas llegarán los invitados a cenar.

Se sentarán por primera vez en su mesa de comedor, comerán la comida que ha preparado ella. Estrenarán el nuevo juego de vasos, de los cuales por ahora solo han usado tres. Ha planificado el menú y ha puesto las recetas por escrito. Ha ensayado tres veces cada una, y ahora Charles palidece ante la idea de comer otro bocado de filete de ternera relleno y asado con peras.

Kate mira la lista.

Dejar reposar el vino
Dejar enfriar la gelatina de manzana
Untar los platos con mantequilla
Quitarles la piel a los filetes de lenguado y dejarlos a un lado

Llevan dos meses casados. Kate ya siente las habitaciones como suyas, el pequeño dormitorio y el comedor y el salón, conectados unos con otros por puertas. La cocina y el sótano abajo, el pequeño trastero arriba. Las chimeneas con paneles de madera, los sillones verde oscuro, los armarios llenos con la vajilla de la boda. Una casita de juguete, pero es Charles quien lleva la voz cantante en el juego. Es Charles quien decide en qué ángulos deben colocarse los muebles, dónde se deben colgar los abrigos y en qué orden, cómo se deben disponer los libros, y que el papel de escribir ha de colocarse en montones y las plumas han de estar siempre al lado. Es Charles quien determina que no deben quedar residuos en la jabonera, que debe estar junto al vaso de agua en el lavabo y que las cortinas del dormitorio deben colgar de una manera determinada. Incluso en Chalk, durante su luna de miel, Charles movió las cosas de sitio a su gusto en esos pequeños cuartitos inclinados, e incluso, para el asombro de Kate, arrastró la cama para que el cabecero señalara al norte, y le dijo que así era como había dormido él siempre. De modo que ahora ella también duerme con la cabeza hacia el norte, obediente aunque perpleja.

A Kate le gustan sus instrucciones, a pesar de su extrañeza. La envuelven como uno de sus abrigos, reconfortantes y cálidas, y gracias a ellas sabe qué está bien y qué está mal, qué lo hace feliz y qué lo irrita. Resulta casi placentero mantenerlo todo a su gusto; es un jueguecito. Pero, cuando a Kate se le olvida algo, el destello de desagrado que le cruza el rostro a Charles le provoca una ansiedad que la reconcome. Cuando él sale a pasear y deambula por Londres durante horas, Kate va de una habitación a otra para comprobar que todo esté en su sitio. Para recolocar todo lo que Fred ha cambiado de sitio con sus prisas perpetuas. Para poner orden en la casita de

muñecas, como la llama Mary.

El único sitio en el que puede respirar tranquila es en la cocina. Allí, en el piso de abajo, siente que está en su lugar. Hannah, la criada, es la única que aparece por allí cuatro mañanas a la semana, con ese rostro serio, pálido y rechoncho, y recibe las instrucciones de Kate con un «sí, señora» o un «no, señora», y después se va a toda prisa, con la capucha levantada, sale por la verja y desaparece en la ciudad.

Kate estudia la mesa y, nerviosa, les hace los últimos ajustes al cuidado ramillete de hojas verdes y a las velas, y luego descorcha el vino para decantarlo. ¿Habrá puesto la mesa demasiado pronto? Puede que el mantel se manche de hollín. Pero, si lo hubiera dejado para más tarde, se habría puesto nerviosa. Mejor estar preparada, piensa. La luz de las velas ocultará las manchas. Dejará las ventanas cerradas, de todos modos, a pesar del calor.

Oye voces que provienen del vestíbulo; una de ellas, la de su marido. Sorprendida, levanta la vista y ve que hay tres personas que han llegado varias horas antes de lo acordado, y aún le queda mucho por hacer. Charles, su amigo Maclise y Fred están esparciendo sus pertenencias por el pasillo que se ha pasado la mañana limpiando.

—Katie. —Charles le da un beso y se deja caer en el sillón que tiene más cerca—. Maclise ha venido pronto para hacer unos bocetos para un retrato mío.

—Hola, Mac.

—Ah, la Amada —dice Maclise—, con su delantal y su cofia, ni más ni menos.

Así es como Charles la llama ahora; ya no le dice ni «ratoncito» ni «cerdita». Él es el Inimitable, como ha empezado a firmar, medio en broma, medio en serio. Y ella, la Amada. Un par de personajes

sacados de una obra sobre la felicidad.

—No os esperaba tan pronto —dice Kate, con las manos en los cordones del delantal, vacilante.

—No te cambies de ropa por nosotros, Katie —contesta Charles—. ¿Podemos abrir una ventana o vamos a tener que morir asfixiados?

Kate se acerca a la ventana y la abre. Siempre puede poner el mantel de repuesto más tarde.

—Empieza a hacer calor fuera. —Maclise se desploma en el sofá y se tumba con las piernas cruzadas, abanicándose con un periódico—. ¿Qué es lo que huele tan bien?

—Filete de ternera relleno y asado con peras —responde Kate.

—Extraordinario. —Maclise se quita los zapatos y deja escapar un suspiro—. Qué envidia, Charlie. Boz no solo tiene a todo el pueblo rendido a sus pies, sino que además tiene en casa a la esposa más hermosa que se pasa el día preparando montones de comida deliciosa.

—Es un tesoro —responde Charles, que estira los brazos para agarrarla de la cintura y acercarla a él—. Vas a tener que casarte pronto, Mac, para poder probarlo por ti mismo.

—No sé dónde voy a poder encontrar una candidata tan perfecta.

—Voy a traeros a todos algo de beber —dice Kate—, para refrescaros antes de empezar a trabajar.

—No hay mucho peligro de que Fred haga tal cosa, no te preocupes —dice Charles.

Kate repara en el destello de acritud que hay tras la broma y ve que Fred se sonroja.

Prepara una bandeja con vasos de agua con hielo y se los lleva, y deja a Maclise sacando los lápices para hacer un primer boceto y a Charles acomodándose en el sillón, peinándose con la mano. Fred,

que no tiene ningún plan, se escabulle al trastero, donde aún duerme en una cama plegable.

Kate debe ser el pegamento; lo ha decidido. Va a lograr unir a los hermanos, va a enseñarle a Charles cómo ablandarse, y va a enseñarle a Fred su valía. Creará un hogar, y hará que sea todo lo que ha empezado a entender que no fue la infancia de los hermanos: tranquila y fácil, reconfortante y segura.

Charles se está empezando a hacer famoso. A tener éxito. De modo que va a necesitarla más aún. Kate oye hablar de Pickwick, Winkle, Snodgrass y Tupman mientras hace cola en las tiendas o cuando socializa con la multitud en el exterior del teatro. Cuando salen por la ciudad juntos, ve que las chicas le lanzan miradas, que lo admiran. Charles disfruta de ello, como es natural; a veces les hace la pelota, les besa las manos o se pasa los dedos por el pelo con una especie de timidez pretenciosa. Como haría cualquier hombre, se dice Kate mientras lo agarra del brazo con más fuerza. Pero, aunque se percata, también lo disfruta en secreto; es el mundo respondiéndole, confirmándole lo acertada que fue la decisión de casarse con él. Se enorgullece de su puesto en el mundo, a su lado. Charles es el Inimitable. Pero ella, Kate, es la Amada.

Se pone manos a la obra al fresco de la cocina: unta de mantequilla los platos, pica el perejil y corta los limones en rodajas. Desliza el cuchillo bajo las escamas del pescado, extrae con delicadeza las tiras de carne blanca y las deja en hielo, listas para la sartén. Todo espera: el aceite a calentarse y chisporrotear, el ajo a dorarse, la sal a potenciar el sabor. Todos los ingredientes desempeñan una función, pero ninguno sería nada sin los demás.

Cuando se despierta a la mañana siguiente en el dormitorio a oscuras, le retumba la cabeza. Tanto el reloj como la luz moteada que titila en la pared le anuncian que son más de las ocho. Se da la vuelta para abrazar a su marido, pero no está en la cama.

Kate se permite adentrarse en los recuerdos de la velada, el calor, el ruido y la risa. Los elogios, no solo dedicados a él, por una vez, sino también a ella. Cómo se habían maravillado los invitados de Charles, que procedían del mundo de los libros y la erudición, ante el frescor del lenguado al limón y ante el anillo de gelatina de manzana, que temblaba en su lecho de fruta. Y ante la textura ideal de las peras escalfadas. Cómo los había entretenido él con su ingenio. Cómo se había sonrojado ella ante los cumplidos.

Kate debería levantarse también, abordar la tarea de limpiar los restos de la velada. Ir a ver a su madre, quizá. Pero no; tan solo se vuelve a girar y se permite acomodarse en la hendidura de la suave almohada, donde ha estado durmiendo Charles y ahora hay un mechón de pelo. Desearía poder pasar la mañana tumbada en el sofá mientras Charles escribe, viéndole recorrer la página con la mano, con su tinta azul, retorciendo el mundo a su antojo y convirtiendo a quienes lo habitan en sus propias creaciones. Exagerándolos o distorsionándolos y resaltando sus peculiaridades.

En días como ese, en los que Charles se levanta pronto y la deja durmiendo en la cama caliente, le escribe una nota y la mete debajo de la almohada de Kate. Un secreto maravilloso que ella lleva consigo todo el día. «El camisón de algodón blanco». «El vestido de verano azul». «El de terciopelo a cuadros». Cuando llegue a casa, ella lo estará esperando vestida tal y como le ha pedido. Charles subirá las escaleras y se la encontrará allí, justo como él quiere. «El lazo del pelo verde claro». «El tocado de encaje». «La camisola de algodón».

Kate estará tumbada en la cama, y él le levantará el vestido despacio, centímetro a centímetro, hasta desnudarla.

Kate mete la mano debajo de la almohada y se topa con el cuadradito de papel.

«La bata de brocado».

Y esa noche Kate se sentará a leer, bien envuelta en la bata, esperando el crujido de las escaleras bajo los pies de Charles, y se incorporará en cuanto lo oiga.



Cuando llega julio, en Furnival's Inn ya hace un calor asfixiante. Kate ve por la ventana a los muchachos que reparten el periódico holgazaneando bajo el arco en busca de sombra y a los vendedores de fruta abanicándose con trapos que arrancan de sus cajas. Está metiendo la colada en bolsas para que se la lleven, aplastando las sábanas para que quepa todo. Le duelen los brazos del esfuerzo, pero Hannah está lavando los platos del desayuno, y es miércoles, que es cuando la mujer con cara de cansancio viene a recoger la colada, y no hay nadie más que la pueda ayudar. Entre las dos, Hannah y ella se encargan de limpiar los desechos, la suciedad y el hollín de la chimenea que parece impregnarlo todo. La sombra de grasa que parece extenderse sin fin por la cocina. Se ha cambiado la delicada cofia rosa por una más resistente ahora que no hay nadie alrededor que pueda verla. Estaba manchando el encaje de sudor.

Pickwick ha tenido mucho éxito, y todo el mundo quiere a Sam Weller, el personaje inventado por Charles, y por tanto su marido está siempre o bien escribiendo, y no quiere que nadie lo moleste, o bien fuera de casa. A veces trae a invitados para los que Kate debe cocinar y a los que debe atender, pero se pasa la mayor parte del

tiempo garabateando, con la cabeza gacha y la lengua asomando entre los labios por la concentración. Kate lo ve recostarse de vez en cuando en la silla y murmurar algo para sí mismo. Se le transforma el rostro mientras se adentra durante un momento en la personalidad de otro. Luego se le relaja de nuevo, sumerge la pluma en la tinta y vuelve a deslizarla por el papel.

Kate sabe que no debe molestarlo. Se mantiene lejos, moviéndose con extremo cuidado escudriñando el entorno en busca de cosas con las que pueda tropezarse o chocar. Calculando la distancia entre los objetos antes de cruzar la habitación tras él. Cuando la llama para pedirle que le lleve el té, ella obedece y se lo deja sobre el escritorio, cerca de los papeles, con las manos temblorosas por el esfuerzo. Pero, cuando llega, Charles ya se ha olvidado de que se lo había pedido y la mira como si no existiera. Una mirada vacía, desconcertada. Pero, cuando Fred entra tambaleándose, intentando guardar silencio de un modo cómico y exagerado, Charles estalla.

Kate hace todo lo posible por reducir la distancia que separa a los hermanos; se apresura a advertir a Fred cuando lo oye acercarse, o encuentra la manera de que la ayude, de involucrarlo en alguna tarea, para que salga de casa por las mañanas. Cuanto peor lo trata Charles, más parece perder el rumbo. Y Kate no soporta lo rápido que se enfurece su marido. La sobresalta, como el estallido de unos fuegos artificiales o un aporreo inesperado en la puerta. Ya era consciente de su ira antes, claro, pero nunca la había tocado tan de cerca, ni había sido tan ineludible, ya que altera la paz que tanto le gusta mantener.

Y ahora esa paz es incluso más importante. En su interior está creciendo un bebé, y es algo que Kate había esperado, algo por lo que había rezado, arrodillada junto a la mesita de noche, con Charles

a su lado y los ojos cerrados con fuerza por la intensidad del deseo. No quiere que el bebé note los destellos de tensión que le recorren las venas cuando alguien se enfada. Quiere mantenerlo en su capullo, protegido. Encargarse de que crezca con sumo cuidado, sin exponerlo a nada que pueda alterarlo.



—Te lo he traído todo —dice Mary, que está en la puerta, helada, rodeada de bolsas—. Incluso más de lo que tú sabes, por si se te acaba.

—Me alegro tanto de verte —dice Kate, y se da cuenta de que está llorando.

—Oye, no llores —le pide Mary—. Si he estado aquí al lado, en Brompton. —Y mete las bolsas dentro de casa—. ¿No está Charles para ayudarme con todo esto?

—Ha salido a pasear. Por ahora déjalas ahí, en el vestíbulo, y pasa, que tienes que entrar en calor.

—Mamá te manda besos, y dice que no salgas a no ser que sea necesario, porque hace un frío espantoso. —Mary se desata el tocado, se quita la capa y la cuelga en el perchero—. Qué acogedora tienes la casa. Eres un ama de casa perfecta, Kate. Mucho mejor que mamá. Lo tienes todo tan ordenado…

—Es por Charles —dice Kate sin pensar.

—¿Charles?

—Es muy exigente con ese tipo de cosas.

—Claro. Típico de él. Pero todo el mundo sabía que ibas a ser un ama de casa perfecta, de todos modos. Pero ¡mira el bebé!

Mary se queda contemplando el vientre de Kate con las manos en las caderas y la cabeza ladeada en ese ángulo tan familiar, como de

pájaro.

—¡Tengo la barriga enorme! —dice Kate con pesar, medio riéndose.

—Es normal, supongo. —Mary deja la bufanda en la mesita—. ¿Cuánto rato va a estar Charles de paseo?

—No lo sé. Puede que horas.

—¿No te sientes sola?

—A veces —contesta Kate, y vuelve a sentir las lágrimas a punto de brotar—. No, la verdad es que no. —Es feliz. Qué ridiculez. Recoge la bufanda que ha soltado Mary y la deja en el armarito que hay junto a la puerta—. Ya te enseñaré dónde dejar cada cosa para que no se moleste. Pero ahora ven a sentarte y a charlar conmigo.

Mary se acomoda junto al fuego en el mejor sillón de Charles y Kate, al volver de la cocina, está a punto de decirle algo, pero al final tan solo deja la bandeja sobre la mesa y le ofrece una sonrisa a su hermana.

—El té.

—En realidad debería estar cuidando yo de ti, y no al revés —dice Mary mientras apoya los pies en el reposapiés.

—Por ahora no es necesario —responde Kate—. Yo soy la anfitriona, y estamos en mi casa.

Se oye un ruido a lo lejos, en el vestíbulo, y a Kate se le van los ojos hacia la puerta de manera instintiva. ¿Será Charles, que ha vuelto pronto? Pero todo está en silencio de nuevo. Debe de ser algún vecino.

Mary la está observando.

—¿Qué ocurre?

Kate sacude la cabeza, compungida.

—Kate, ¿qué te pasa?

—Nada , solo que… No es nada, en realidad, solo que ese es el sillón de Charles.

—¿Este? —Mary mira a su alrededor, sorprendida—. Pero Charles no está en casa.

—No, ya.

—¿Y te preocupa que me siente aquí?

—No, no, para nada.

—¿Le tienes miedo?

—¡No! ¡Por supuesto que no!

Kate sacude la cabeza, incrédula. ¿Tenerle miedo a Charles? ¿A su Charles, con lo divertido, ingenioso y juguetón que es? Charles es su mundo. El centro de su hogar. El sentido de su vida. Pero ¿que si teme decepcionarlo? ¿O no estar a la altura? ¿O el modo en que la mira cuando las cosas no están en su sitio? Tal vez. Tal vez eso sí que le dé miedo.

—Cuéntame cómo va todo por casa —le pide Kate para cambiar de tema mientras se acomoda en su sillón—. ¿Cómo están los mellizos?

—Monísimos. Ya dicen un montón de palabras, pero todas mal. Se pasan el día entero hablando entre ellos y nadie entiende nada de lo que dicen.

—¿Y Georgy?

—Sigue siendo un incordio.

—No seas cruel.

—Está muy bien.

—¿Y los demás?

—Como siempre. En todos los sentidos. ¿Dónde está Fred, por cierto?

—Se ha ido al campo para que tengas más espacio.

—No es que yo sea muy grande, pero supongo que este sitio

tampoco.

—Vamos a mudarnos. Cuando nazca el bebé. A una casa de verdad.

—Claro, ahora que Charles es tan famoso… La gente habla de él a todas horas, ¿sabes? Incluso en el ómnibus, no dejan de parlotear sobre *Pickwick*. Aunque no podemos decir nada porque a mamá le parece vulgar. Normal que ahora os podáis permitir una casa de verdad.

—Ahora sí que estás siendo vulgar.

Pero, a pesar de todo, la invade el orgullo.

—¿Habéis encontrado ya alguna casa?

—No, pero Charles está buscando, y habrá espacio para todo el mundo, para ti, para Fred, si quiere venir, y tendremos una niñera y una cocinera.

—¿Y qué harás tú durante todo el día, si vais a tener cocinera?

—No lo sé —responde Kate, y es cierto.

—Echo de menos tus bizcochos —comenta Mary mientras se bebe despacio el té—. Y tus tortitas. Te echo de menos a ti, en realidad.

—Gracias. Aunque ya veo que los bizcochos son lo primero.

—Por supuesto.

Mary señala el vientre de Kate con la cabeza.

—¿Cuánto queda?

—Un mes. Puede que un poco más.

—¿Y cómo es?

—Lo mejor del mundo.

—¿Tienes miedo?

Kate se lo piensa.

—Sí.

Permanecen allí sentadas mientras la habitación se va

oscureciendo, y Kate se posa las manos en el vientre.

—¿Te quedan galletas de esas?

—¿Cuáles?

—Las de jengibre.

—No. Pero a lo mejor podemos hacerlas mañana, si quieres salir a por los ingredientes.

El fuego crepitante resulta reconfortante en esa tarde lúgubre. Kate recuesta la cabeza en el sillón y siente que el bebé se mueve en sus entrañas. De pronto se siente plena, como si pudiera dejar de esperar y exhalar por fin. Cierra los ojos.

Cuando la puerta se abre de golpe, se despierta con un sobresalto.

—¡Está nevando! —está diciendo Charles, sacudiéndose la nieve del abrigo—. ¡Es la primera nevada del año!

Kate se pone en pie, desorientada, con el corazón en la boca.

—Charles.

Él se para en seco, asimilando la estampa.

—Anda, hola, Mary Hogarth. Pensaba que llegarías más tarde.

—Hola, Charles.

Charles mira a Mary, que está tendida en su sillón, con los pies apoyados en su reposapiés.

—Estás en mi mejor sillón.

—Eso me han dicho.

Kate abre la boca para decir que su hermana solo iba a sentarse allí un momento, mientras que Charles estuviera fuera, pero a Charles se le dibuja una sonrisa en la cara. Mary se la devuelve, y Kate se ríe también, presa de un alivio repentino.

—Voy a tener que andarme con cuidado cuando esté usted por aquí, señorita Mary.

—Así es, señor Dickens.

Y Charles se vuelve a reír.

—Bueno, te dejo disfrutándolo. Solo había entrado para buscar mi libreta. Volveré a la hora de cenar, Kate. ¿Te encuentras bien?

—De maravilla.

—Bien, bien. —Charles recoge la libreta de la mesa a toda prisa y la blande ante Mary con entusiasmo—. Cuando vuelva, espero encontrarte en mi escritorio terminando *Oliver Twist*.

—No me atrevería.

Charles alza las cejas fingiendo incredulidad, y luego levanta una mano, distraído.

—Bueno, hasta luego.

Y desaparece, dejando que la puerta se cierre de golpe tras él mientras se oyen sus pasos alejándose por el pasillo.

Durante un momento tan solo se oye el crepitar del fuego.

—A mí no me parece un hombre tan difícil de llevar —dice Mary al fin—. Tienes que ponerte firme, Katie. Pareces un conejillo asustado.

—Yo no soy tú, Mary. —Kate se sienta, ofendida—. Le gustan las cosas… de una manera muy particular. A Charles hay que… ablandarlo. Tengo que ser su bálsamo. —Las palabras de su madre parecen de pronto carecer de autoridad. Prueba de nuevo, con las suyas propias—. Debo mantenerlo todo tal y como a él le gusta para que pueda dedicarse a escribir y… Y tú no eres su mujer. Es distinto.

—Bueno, pues ahora que estoy aquí, ya me pondré firme yo por ti. —Mary deja la taza de té sobre la mesita con un golpe sordo—. Eres demasiado dócil, pero, bueno, siempre lo has sido.

Kate sacude la cabeza, algo exasperada. Qué insolente es su hermana. «Dócil» suena a algo que se diría de una vaca, o de un perro mimado. Aunque, mientras se vuelven a sumir en ese silencio

agradable, no puede evitar pensar que tal vez deba mostrarse más relajada, como ella. Más alegre. Tal vez, si lograse hacer sonreír a Charles, como lo consigue su hermana, él no la despreciaría tanto.



Con Mary allí, todo es más apacible. Charles tolera cosas que no suele tolerar con Kate. Mary, la más dura de las dos, parece ablandarlo de algún modo. Si cuelga el abrigo en el gancho equivocado, Charles apenas parece darse cuenta, o lo cambia de sitio sin más mientras le cuenta algo que cree que la hará reír.

Kate ve que Charles le acerca una silla a su hermana, ve la vitalidad de su cuerpo mientras se sienta para hablarle de cómo le ha ido el día, y se pregunta, con una sensación de deslealtad que la deja helada, si es posible que sienta algo por ella. Le cuesta encontrar las palabras para describirlo. Algo más allá del cariño fraternal. Pero no. Sacude la cabeza como si así pudiera descartar la idea. Es imposible. Solo lo piensa porque el embarazo intensifica las emociones. Ha leído al respecto.

Es a Kate a quien desea, y es ese deseo, piensa ella, el que lo vuelve tan irritable. Con Mary se puede relajar, mostrarse alegre, como un hermano. Pero con Kate puede serlo todo, y ella lo seguirá amando con dulzura, sin cesar, obediente. Vuelve a mirarlos a los dos, sentados a la mesa, y se fija en que Mary abre mucho los ojos, haciéndose la inocente, cuando gana uno de sus jueguecitos de palabras. Es un afecto fraternal, está segura de ello.

Y a ella, a Kate, Charles la desea con pasión, incluso ahora, a pesar del bebé, ¿no es cierto? Al principio seguía queriendo tocarla, y ella se había inquietado cuando acordaron que no debía hacerlo, según les había aconsejado el médico. No quiere aflojar el hilo que los une.

Y Kate se esfuerza el doble para cuidarlo de otras maneras: le masajea los hombros después de cenar o le prepara su desayuno favorito en la cocina. Pero, ahora que se pasa tanto tiempo descansando, va a tener que soltar ese hilo también, va a tener que dejar de adaptarlo todo a las necesidades de Charles. Y la inquietud se apodera de ella. Pero la idea de que algo vaya mal con el bebé es peor, peor que cualquier otra cosa. Y, además, el bebé los unirá más aún. El bebé es otro hilo que los conectará.

Al principio, Kate solo sentía cierta curiosidad, mientras su cuerpo se estiraba y se transformaba por sí solo. Pero ahora, a medida que va quedando menos, el miedo empieza a cernirse sobre ella como una nube.

El cuerpo de su madre logra colarse en sus pensamientos con insistencia. Los sonidos que había emitido cuando estaba recluida en el piso de arriba, en su dormitorio, dando a luz a los mellizos. Casi inhumanos. Kate recuerda que toda la familia se había sentado en el salón, haciendo como que no los oían. Mary tocando mal el piano para ahogarlos todo lo posible. Sus hermanos mirándose los pies. Kate decide, con una firmeza que reserva para los asuntos más importantes, que no dejará escapar esos ruidos. Que no va a hacer que Charles y Fred intercambien miradas de horror y lástima.

Toma precauciones; sigue los consejos médicos al pie de la letra, ansiosa. Abre el folleto que le ha enviado su madre cuando Charles y Mary están otro cuarto, ocupados. Recomienda confianza y alegría. A Kate la alegría se le da bien. Pasa a la última página y contempla las imágenes, pero hace que le suden las palmas de las manos, y vuelve a cerrar el folleto a toda prisa.

Cuando va a verla el médico, Kate se convierte en la alegría y la confianza personificadas, incluso cuando el hombre saca su

sobrecogedora colección de instrumentos de metal.

—Por experiencia, señora Dickens —dice mientras le extrae algo frío de debajo de las faldas—, le recomiendo que permanezca tumbada durante cuatro semanas una vez que nazca el bebé.

—¿Cuatro semanas?

Una eternidad. ¿Quién se ocupará de la casa?

—Como mínimo. Lo ideal es que le den de comer con una cuchara especial para inválidos durante las primeras dos semanas, para evitar incorporarse.

Ha oído hablar de esas cosas. Pero ¿de verdad es necesario? Charles y Mary se reirían, y Kate no lo podría soportar. Charles lo incluiría en uno de sus libros. De ninguna manera puede permitirlo. Es imposible que a todas las mujeres les den de comer de ese modo después de dar a luz, ¿no? El mundo se iría al garete.

—Pero ¿y qué hay de las mujeres que no pueden permanecer tanto tiempo tumbadas? ¿Las mujeres que trabajan?

—Las preparan para ello —responde el médico de manera abrupta —. Durante generaciones. Y usted, señora Dickens, no está preparada.

Siente que el médico la observa, que se percata de su inseguridad.

—El autocontrol, la moderación y la cautela, señora Dickens, son las claves para un buen parto.

Kate ordena y archiva todas esas palabras mentalmente.

—Mi madre no tuvo que quedarse tumbada durante tanto tiempo, y tampoco tuvo que usar una… una cuchara especial —dice, vacilante.

—Entonces, su madre fue muy afortunada. —El médico se pone de pie, serio—. El prolapso uterino, señora Dickens, no es algo que se deba tomar a la ligera.

Kate no pretende tomárselo a la ligera. Cuando el médico desaparece para mantener una conversación en términos masculinos con Charles en el pasillo, Kate decide que va a esforzarse más por moderarse y controlarse. Deja de leer sentada, obedece y se tumba cuando se lo ordenan, y se permite descansar por las tardes, mientras Mary y Charles hablan en voz baja en el salón.

Oye a Charles hablarle a Mary sobre personajes que ha visto durante sus paseos nocturnos, sobre destellos de pobreza, absurdidad o injusticia. Kate los escucha e intenta distinguir las palabras. Pero, cuanto más descansa, más sueño tiene, y no es capaz de mantenerse despierta para oírlas. Se despierta cuando la casa se ha sumido en el silencio. Le encantaría poder escuchar, pero su cuerpo, que cada día pesa más, parece arrastrarla y alejarla de la vida cotidiana en una inexorable marea.

Charles y Mary salen a buscar una nueva casa y, cuando vuelven, le cuentan a Kate sus experiencias, como si fueran un dúo cómico, y cuando Mary se ríe hace reír también a Charles. Un día le llevan a casa una mesita de noche para guardar los accesorios de lactancia. Está pintada de un tono azul cielo y tiene unos tiradores extraños y retorcidos en los cajones. Lo han encontrado en una tienda de tesoros antiguos. Mary le habla de las armaduras que se alzaban como fantasmas en los rincones de la tienda, y Charles imita al dependiente con el rostro consumido. Kate está sentada, con los pies hinchados apoyados en el reposapiés, tratando de no sentir celos, preguntándose qué pasará ahí fuera, en el mundo. Esperando, cada día, a que llegue la tormenta.

ANNE

He encontrado trabajo ordeñando vacas a las afueras del pueblo. Me pagan en leche, no en dinero, pero al menos es suficiente para poner fin a las quejas de mi tío por ahora.

La primera mañana, conforme la luz gris del amanecer se alza sobre el establo, pego la cara al costado caliente de la vaca. Me resulta casi insoportable lo mucho que me recuerda a casa. El olor a leche que desprende el animal. Me inunda el cuerpo, de modo que no logro distinguir el presente del pasado, el olor de la tristeza, y me veo obligada a separar la cara y dejar la mente en blanco para recuperar el control. Tan solo me permito pensar en el ritmo de las manos sobre sus ubres. En la leche que cae en el cubo. En frotar y limpiar y taparle la boca con fuerza a Jem cada vez que se despierta por la noche gritando y noto el calor de su orina en la pierna. Y todo lo demás lo aparto; vacío todo mi interior y solo existe mi exterior.

Pero el domingo por la mañana, cuando todos aún duermen, y Jem se ha despegado de mí y se ha dado la vuelta, salgo a hurtadillas de la cocina, cruzo la puerta trasera y bajo a la playa.

Cuando llego a la arena, el sol está justo saliendo, somnoliento y blanco, sobre el agua. Hay montículos pálidos de roca por todas partes, como si el mar hubiera despojado a la playa de su carne y hubiera dejado sus huesos allí olvidados. Me agacho para quitarme los zapatos y las medias de lana. La sensación de la arena mojada bajo los pies me acelera la respiración. Es una sensación a la que no estoy acostumbrada. Bajo la vista al agua que se me acumula entre los dedos de los pies, tan gélida que me sobresalta, y me alegro de

haber venido a Broadstairs.

Nunca he sido de las que creen que Dios tiene un plan que yo pueda entender, y menos teniendo en cuenta que ha muerto todo el mundo. Pero contemplo las huellas recientes de las gaviotas sobre las ondulaciones de la arena. La curva de la bahía. Las algas verdes flotantes que bordean la arena y el mar. Y pienso en que todo este tiempo ha estado aquí este mundo sin que yo lo conociera, y en que más allá, al otro lado del mar, hay más mundo aún. Y por primera vez, aunque no tenga motivos para ello, siento esperanza.

KATE

—Intenta darle el pecho, Katie.

Su madre cruza el dormitorio y recoge al bebé. Kate está tumbada, apoyada sobre unos cojines, agotada y conmocionada, con una taza de té en las manos temblorosas.

Está anocheciendo, y la penumbra se extiende por la habitación y proyecta nuevas sombras en los rincones familiares. De algún modo, ahora el pequeño dormitorio parece distinto. Pero es que el mundo ha dado un giro dramático. Nada ha salido como ella esperaba.

Ha sido una noche de dar vueltas de un lado a otro, de sudar y de gimotear, de ver cómo se abría paso por el cielo el amanecer con la cabeza apoyada contra el cristal helado de la ventana, mientras su cuerpo trataba de dividirse en dos. Un día de murmullos en el pasillo, de idas y venidas más allá de su cama, en los lugares en los que el mundo no se había detenido. Kate no estaba preparada para eso, para que se le escurriera el autocontrol como el agua y se quedara sumida en su propia oscuridad. Su cautela, su moderación, su alegría; lo había protegido todo con recelo. Ahora intenta recuperarlas, pero no sabe por dónde empezar.

Kate se lleva al bebé al pecho y le pega la naricita al pezón, tal y como le han enseñado.

—Así —le dice su madre—. Eso es.

Pero los labios del bebé, que no dejan de buscar con desesperación, no se aferran al pezón.

—Más abajo, Kate.

Pone al bebé en una postura distinta contra el pecho y siente cómo

le succiona la piel con la boquita, tanteando a ciegas.

—No puedo —dice Kate—. No…, no se engancha al pezón.

Lo cambia de postura de nuevo.

—Deja que pruebe por sí mismo. Déjalo ahí. Ahí.

Un dolor abrasador como el fuego. Y luego nada. El bebé se separa y deja escapar un ruidito de insatisfacción por el fracaso.

—Quizás es que los dos estáis demasiado cansados —sugiere su madre.

—No. Ya… Ya lo teníamos, estoy segura. Espera…

Kate lo intenta de nuevo, pero el bebé, inquieto, gira la carita de un lado a otro como si quisiera librarse de la difícil tarea.

—Será mejor que ahora duermas, Kate, y ya lo intentaremos de nuevo cuando te despiertes —le dice su madre con firmeza. Y con la sombra de un ceño fruncido—. Voy a atizar el fuego para que se caliente un poco la habitación.

Le quita el bebé de los brazos a Kate con delicadeza.

Kate se recuesta, intranquila. Piensa que la culpa es de su torpeza. Debe de ser eso. Siempre ha sido su maldición. Nunca le sale nada bien; todo parece resistírsele. Y ahora su propio bebé también. Decide intentar sacarse la idea de la cabeza.

Su madre se mueve de un lado a otro en silencio, apagando las velas y avivando el fuego. Y luego cierra la puerta tras ella y se lleva al bebé, envuelto en telas blancas, al salón para que lo admiren de nuevo, hablen de él y lo celebren mientras se comen la cena que ha quemado Mary.

Ya han entrado a verla, claro, tanto Charles como Mary, y la madre de Charles, y su hermana Fanny, después de que hubieran lavado a Kate, le hubieran puesto un camisón nuevo y hubieran tratado de ocultar su palidez. Todo lo que rodea a Kate y al bebé está limpio,

huele a fresco y es blanco, como para alejarlos lo máximo posible de la sangre y del caos de su reciente separación. Charles ha brindado por su hijo y heredero, le ha puesto un apodo extravagante, le ha dado un beso a Kate y le ha dicho que es un «milagro». Mary ha observado detenidamente al bebé y ha afirmado que es precioso, pero que está un poco arrugado. La madre de Charles no ha dejado de repetir lo mucho que se parece a su hijo. Todos se han comportado como era de esperar.

Bajo las mantas, Kate se recorre el vientre con las manos, vacilante, y durante un breve instante toca el desastre de entre las piernas, aún doloridas, por donde la sangre sigue brotando y manchando los pliegues del algodón. Recordatorios de la nueva y terrorífica capacidad de su cuerpo para subyugarla de maneras que nunca antes había imaginado. Para convertirla en una marioneta.

Piensa en el bebé, retorciéndose, pegado a su pecho. Su boquita hambrienta. Su frustración. A oscuras, cierra los ojos para ahuyentar la duda. Mañana irá mejor, cuando deje de ser una sombra de sí misma. Cuando regrese la normalidad, con la luz del día, y le devuelva el color.



Cuando Charles vuelve a casa del trabajo, entra en el dormitorio para tumbarse con Kate en la cama, con su hijo entre ellos. Los padres de Charles están de visita, han ido a ver al bebé, y ahora mismo están sentados con la madre de Kate, manteniendo una conversación que llega amortiguada. Kate oye sus voces, educadas y cautelosas. Antes de que se marchen, el padre de Charles volverá a pedirle dinero a su hijo, de eso Kate está segura. Es imposible que haya venido solo a ver a su nieto. Encontrará la manera de

aprovecharse del éxito del que ahora disfruta su hijo, de esquivar la desesperación económica que parece acecharlo constantemente.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta Charles en voz baja.

—Muy bien.

Siente la mentira ligera en la lengua; se escapa con facilidad de su boca.

Los dos bajan la vista al bebé, que está dándole puñetazos al aire con esos movimientos espasmódicos tan graciosos suyos, con el pañal bien ajustado alrededor de la barriguita. Charles extiende el brazo y le agarra la manita.

—Quiero que Charley tenga una mejor infancia que la mía —dice con cierta tensión en la voz, como si tuviera un nudo en la garganta.

—Y la tendrá —responde Kate—. Por supuesto que la tendrá.

Charles la mira con unos ojos acuosos y luego baja la vista al bebé, que está dando pataditas, bocarriba.

—No me gusta hablar de esa época.

Kate posa la mano sobre los finos vellos del brazo de Charles, que tiene la camisa remangada. Siente como si se le fuera a partir el corazón de ternura.

—Charley es muy afortunado —le dice en voz baja— por tener un padre tan bueno y trabajador.

—Tendrá todo lo que necesite para abrirse paso en el mundo.

Lo dice como si estuviera intentando convencerse a sí mismo.

—Claro que sí.

Charles está escribiendo un libro sobre un niño pequeño. Un niño maltratado y pobre. Les ha leído algunos fragmentos a Mary y a ella, cuando ha tenido tiempo. Cuando Charles escribe sobre la crueldad, a Kate le da ganas de llorar.

—Y, por supuesto, tiene una madre perfecta. —Charles se separa y

le hace cosquillas al bebé en los pies—. En ese aspecto es uno de los niños más afortunados de Inglaterra.

Kate no puede contarle que esa mañana ya ha intentado darle el pecho a su hijo cuatro veces y ha fracasado en todas las ocasiones. Que las mujeres se están empezando a preocupar. Así que tan solo le sonríe, y Charles les da un beso a cada uno y se marcha con su copa de jerez para enfrentarse a sus padres. Kate baja la vista a la carita de su bebé, aún a medio formar, fruncida contra la vida, esperando a suavizarse en el futuro, y se maravilla ante la masculinidad de su cuerpecito. Es una especie de milagro que haya creado algo tan diferente de sí misma. Es suyo, debe criarlo, cuidar de él para que crezca. Pero no puede hacerlo.

No entiende qué es lo que está haciendo mal. Al parecer el bebé y ella no logran entenderse; sus cuerpos, que hasta hace nada estaban conectados, eran uno, parecen piezas de un puzle que no encajan. Lo han intentado todo: de una postura y de otra, tumbados y sentados, tratando de tomarlos por sorpresa a ambos, o de analizar cada intrincado momento del proceso para comprender dónde está el problema, pero el bebé sigue sin engordar.

Kate no deja de pensar en los cuadros que ha visto, cargados de óleo, de madonas pálidas amamantando a sus pequeños reyes. Pezones rosáceos, pechos redondos. Querubines regordetes colgados de ellos, desafiando la gravedad, con el halo flotando. Y recuerda también a su madre, en calma, con uno de los mellizos mamando estrepitosamente mientras ella estaba recostada, leyendo *Blackwood's Magazine* o algún libro viejo y desgastado de Austen. A veces incluso se quedaba dormida, con el bebé al lado, aún mamando, y el libro abierto y abandonado.

Desesperada, levanta al bebé para intentarlo de nuevo y, una vez

más, se retuerce y se resbala sobre el pezón húmedo de su madre. Sale disparado un arco de leche que le empapa la cara y le salpica en el ojito oscuro y el fino vello de la ceja. El pequeño toma aire y luego abre la boca para dejar escapar un aullido de frustración. Kate se lo lleva al hombro y le da unas palmaditas para calmarlo. Está furioso conmigo, piensa con una ligera sorpresa. Es la única emoción que no puede soportar, que la destroza. Con solo seis días de vida, su bebé ya está furioso con ella.

—Charley —le dice, aún probando cómo suena el nombre—. Charley, no te enfades.

El bebé se agita contra ella y le da golpes con el pequeño puño apretado en el cuello.

Kate oye a su suegro fuera, en el salón, quejándose con una voz débil y avergonzada, y a Charles, paciente, dirigiéndose al escritorio y acordando una cantidad.

—Yo nunca he tenido ningún problema —oye que dice su madre a través de las delgadísimas puertas de la sala de estar—. No sé por qué le está costando tanto a Kate.

—A lo mejor solo necesita un poco más de tiempo —dice Mary.

—¿Podríamos, tal vez —oye Kate decir a su marido a la hora de cenar, con la voz entrecortada por una exasperación que apenas logra contener—, volver a poner los cubiertos en su sitio?

A Kate le encantaría levantarse y tomar el control, poner orden en la cocina, pero nadie le permite levantarse de la cama. Piensa en el prolapso uterino y junta las piernas con fuerza.

Dos semanas después del parto, el cuerpo de Kate empieza a dejar de producir leche. Charley le mordisquea el pezón con frenesí, arqueando el cuerpo como un cerdito tieso. Pero no sale nada. Kate se incorpora en la cama un día tras otro y Charley le retuerce los

pezones sangrantes para un lado y para el otro, y luego se lo llevan y lo vuelven a traer y, cuando no la ve nadie, las lágrimas le recorren la cara.

Se bebe las incontables tazas de la amarga infusión de cardo bendito que le llevan e intenta aplacar la dolorosa sensación de angustia que le produce no poder hacer justo lo que debe hacer una madre.

—Cálmate, Kate —le dice su madre—. Que te estás dejando llevar por la autocompasión.

—Mamá —interviene Mary al instante—, sé buena con Katie. No es culpa suya.

—¿Puedo salir a tomar el aire?

—Tienes que quedarte aquí, ya lo sabes —le recuerda su madre—. Puede que te siente mal moverte. Debemos seguir los consejos del médico, sobre todo teniendo en cuenta que nada está yendo como debería.

Las palabras le duelen como moratones. Su madre se lleva la taza de Kate y la deja sobre el platillo.

—Vamos a tener que buscar a alguien —dice—. No podemos seguir así. Charley sufrirá las consecuencias.

—No, por favor. Por favor. Una nodriza podría traer enfermedades o… o cualquier cosa. Podría…

—Encontraremos a la candidata ideal.

—Charles ya ha ido a ver a una familia que tal vez tenga a alguien, Katie —le explica Mary—. Ha dicho que los bebés parecían robustos y saludables. Y la chica era agradable y los quería a todos. Ha dicho que lo tenía todo tan limpio que se podría comer en el suelo.

—No —insiste Kate—. Por favor, no.

—Tienes que parar, Katie, y dejar que alimenten a Charley —dice

Mary, ansiosa—. Es necesario.

—Dejad que siga intentándolo un poco más. Por favor.

Su madre se gira con brusquedad desde la ventana.

—Kate, no has podido darle el pecho al bebé. Hay que pagar a alguien para que se encargue de ello o Charley no se desarrollará bien, o peor, morirá. A Charles no le hace ninguna gracia el fracaso ni el gasto que supone, pero, en cualquier caso, así son las cosas.

Se lleva al bebé de los brazos de Mary y sale del dormitorio, tensa y exasperada.

Kate permanece en la cama, inmóvil, mientras la embarga la angustia, una oleada de tristeza turbia y difusa. Siente que la delgada mano de Mary le agarra la suya.

—No me querrá.

La almohada ahoga las palabras.

—¿Quién?

Kate se refiere a los dos, pero dice:

—El bebé —responde entre sollozos desconsolados—. Si no le doy el pecho. No va a saber que… No sentirá que soy su madre.

Mary se sienta en el borde de la cama como un pajarillo.

—Pues claro que lo sabrá. —Le da unas palmaditas suaves a su hermana en el hombro—. No digas eso. Te querrá. Estoy segura.

En algún lugar, al final de un túnel, el bebé parece satisfecho al fin, dormido, embriagado por la leche, en los brazos de la nodriza, o pasando de su abuela a su padre y a su tía como un paquete. Kate no es capaz de levantar la cabeza de la almohada para sostenerlo; no soporta mirar a la chica que está sentada en su lugar con el bebé colgado del pecho. La chica tiene el rostro rosado. Es bajita. Un poco

rechoncha. No puede ser mucho mayor que Kate. Se pregunta qué la habrá conducido hasta allí. A llevarse al niño de otra mujer al pezón y alimentarlo. ¿Dinero? ¿Desesperación? La envidia la corroe, una emoción tan cruel que no puede reconocerla como propia.

Su madre le pregunta por qué llora mientras arma un alboroto en el palanganero, colocándolo todo en el orden equivocado, de modo que, cuando Charles vaya a la cama más tarde, tendrá los labios fruncidos y estará tenso. ¿Acaso no quiere que su bebé crezca bien? ¿No quiere que lo alimenten? ¿No se da cuenta de la suerte que tiene por que su marido pueda permitirse pagar a una nodriza? Pero da igual lo que deba querer o pensar, porque sus lágrimas se niegan a escuchar. No dejan de brotar, de recorrerle el rostro desesperadamente, de modo que ya no parecen conectadas a nada, sino que tan solo la empapan de tanto en tanto por voluntad propia.

Oye a Mary, su hilo de voz suplicante.

—Katie, por favor, levántate. Te vendría bien. Estoy segura. Por favor.

—No puedo.

—Pero es que estoy convencida de que te haría sentir mejor.

Su madre intenta que Kate espabile con una actitud tajante, exasperada, o con regañinas periódicas, como si fuera una niña que se niega a escuchar. Sabe que debe contener las lágrimas, por Charles. Teme que piense que es débil o, lo que es peor, una mala madre, pero al parecer no es capaz de recuperar el control. Mary es la única que le permite llorar; le rodea los hombros con sus delgados brazos mientras jadea y le aparta el pelo húmedo de la cara.

—No pasa nada, Kate. No pasa nada. ¿Te preparo algo rico de comer?

Kate oye a su antiguo yo en la voz de Mary. La Kate que se

ocupaba de Georgy, de Helen y de Mary cuando se encontraban mal, que jugaba a ser una madre.

Charles, con los ojos cansados, se sienta con ella por las tardes y la toma de las manos a oscuras.

—Come algo, ratoncito.

—No quiero.

—Es necesario.

Kate abre la boca, obediente, y nota la avena grumosa, espesa e insípida en la lengua hasta que se obliga a tragársela.

—Eso es —le dice Charles mientras deja la cuchara—. ¿No quieres sentarte, Kate?

Kate cierra los ojos y se desentiende del esfuerzo que supone hablar con él.

—Kate —insiste Charles—. ¿Te puedes incorporar, al menos?

Tras sus palabras se vislumbra la irritación.

Kate oye el chirrido de la silla cuando se levanta Charles.

—No puedo trabajar con esta preocupación constante, Kate. No entiendo por qué te cuesta tanto incorporarte un poco. Intentarlo al menos. Solo un poco. —Se aparta el pelo de la frente, nervioso—. Tengo fechas de entrega y contratos que no puedo cumplir.

Kate mueve la boca para articular unas palabras que brotan con dificultad.

—Quiero hacerlo.

Charles la mira desesperado.

—No basta con quererlo, Katie. ¡Tienes que hacerlo!

Kate aparta la cara, desconsolada.

—¡Es un asunto muy serio! ¡No voy a aceptar un «no» por respuesta!

A estas alturas ya está enfadado. Su madre y Mary permanecen en

silencio en la habitación de al lado.

—¡El médico dice que estás bien! Que no tienes ningún problema físico. Tienes que levantarte antes de que termine la semana o lo consideraré una gran debilidad de carácter por tu parte. Consideraré que has fracasado como esposa. Que has fracasado como madre.

Con cada una de sus palabras, las partes de Kate que ya de por sí están fragmentadas y dispersas se alejan aún más unas de otras. Ahora parece que ya no importa si se levanta o no.

Charles se marcha a la sala de estar, rabioso, y cierra de un portazo tras él. A través de las puertas, Kate lo oye despotricar y dar vueltas de un lado a otro, y también las voces conciliadoras de su madre y de su hermana, y las quejas esporádicas del bebé.

—No puedo trabajar —está diciendo Charles—. ¿Cómo voy a trabajar con esta preocupación? ¿Por qué se niega a levantarse? Ha descansado durante cuatro semanas, por lo que ya está fuera de peligro, o eso dice el médico. Hemos hecho todo lo necesario. No corre ningún peligro físico, pero no se levanta.

—No puede, Charles. No se puede levantar —le explica Mary en una voz baja pero firme.

—¡Pero ha de hacerlo!

—Le pasa algo. Esto no es propio de Kate —insiste Mary—. No es propio de ella.

Y luego la voz de su madre, quejumbrosa.

—Siempre le ha costado moverse. Siempre ha sido lenta. Indolente, incluso.

—¡No digas eso de Kate!

—Mary, ¡tú aún eres una niña! ¡No sabes nada del mundo!

—¡Pero conozco a Kate!

—Debemos calmarnos —interviene Charles—. Hay que mantener

la calma. Tantas emociones intensas no pueden ayudar a nadie.

Una pausa, larga e inquietante. Kate oye el tictac del reloj de la sala de estar a través de la pared.

—Mary, ¿tú qué opinas? —pregunta Charles, más relajado.

—Creo que deberíamos llevárnosla a algún sitio —oye que dice Mary en voz baja.

—¿De viaje?

—Sí. Para que se airee.

—Iremos a Chalk —decide Charles—. Escribiré para ver si podemos alquilar la cabaña durante un mes. ¿Querrías venir con nosotros, Mary, para cuidarla? ¿Podrías prescindir de ella, Georgina? Podemos ir a la cabaña, con el bebé, si no logro cumplir con algunas de mis responsabilidades antes de que acabe el mes.

—Por supuesto —dice su madre—. Mary debe ir con vosotros.

—Deja que se lo diga yo —pide Mary.

—Mañana por la mañana —dice Charles—. Déjala descansar por esta noche.

Kate cierra los ojos. Chalk. Su camita. La colada ondeando en el jardín. El aire. La casa majestuosa al borde de los campos, aún esperando a que ellos pasen a formar parte de su historia. La historia en la que todo el mundo es feliz y todo es tal y como debería.

Tras las cuatro semanas que ha pasado en cama, Kate se siente las piernas como dos palillos de cera mientras baja los escalones de Furnival's Inn y sale a la luz del sol. Repara en que, de algún modo, ya no es invierno, sino casi primavera, en que una estación ha dado paso sutilmente a la otra mientras ella estaba ausente.

Mary lleva al bebé en brazos, envuelto en mantas, como un

paquete. Mientras la diligencia traquetea en dirección a la costa, Kate apoya la cabeza en el hombro de su marido y deja que el movimiento de las ruedas la adormezca. Cuando se despierta, ya es por la tarde y el sol se está ocultando tras los campos. A lo lejos, el ancho Támesis se extiende hacia las marismas y más allá. Los pescadores están recogiendo los espadines. La cabañita, donde vivieron esos días tan perfectos, sigue allí, junto a la carretera, pequeña, limpia y ordenada, como si la hubiera estado esperando todo este tiempo. Cuando bajan del carruaje, entre los gritos de los hombres sobre el equipaje y los caballos, Charles extiende una mano para ayudarla y le lleva la otra a la parte baja de la espalda, tal y como hizo casi un año atrás.

—Señora Dickens —le dice, y percibe una suavidad en su voz que llevaba tiempo sin oír.

Las cintas del tocado de Mary ondean al viento.

—Así que aquí es a donde os escapasteis en vuestra luna de miel.

—Sí.

Kate inspira el aire fresco de Kent.

Charley se agita en los brazos de Mary y deja escapar un lloriqueo quejumbroso.

—Shhh, Charley —le dice Mary—. Venga, vamos a ver la cabaña y tu camita.

Kate la ve llevarse el bebé al hombro, le ve la espaldita redonda mientras apoya la cabeza contra el cuerpo de su hermana. El viento le azota la manta de punto y le desprende una esquina, y Kate extiende la mano por instinto y se la vuelve a remeter. Ve que Mary se da cuenta del gesto y le lanza una mirada rápida a Charles.

Charles se adelanta con las bolsas y, con un chirrido, abre de par en par la puerta blanca de madera de la cabaña que da a la habitación

silenciosa. Es todo tal y como Kate lo recordaba. Sencillo y reconfortante. Sigue oliendo a jabón. La vajilla los espera en el armarito. Las paredes parecen albergar aún algo de su antigua felicidad, como si todo lo que ocurrió allí hubiera penetrado en ellas y las hubiera transformado de alguna manera. Mary entra con Charley y se lo pasa a Kate, que lo sujeta mientras siente que sus deditos se aferran a su chal. Lo nota más robusto y pesa más de lo que recordaba.

Charles se marcha escaleras arriba con las bolsas, rápido e inquieto como siempre, y las deja a las dos allí de pie, juntas, Kate con el bebé en los brazos, y la nodriza aún en el vano de la puerta, vacilante.

—Qué casita tan ideal —dice Mary con una voz alegre.

Es tarde, ya ha pasado la hora de cenar. Por la habitación se extienden sombras alargadas. Kate siente las garras del hambre por primera vez desde hace semanas. No tiene ni idea de qué van a comer. Pero Mary enciende una vela y la deja a un lado, y Kate ve que de alguna manera ellos, Mary y Charles, se han encargado de que les dejaran comida. En la superficie de madera de la cocina los espera un cuenco con pescado. Espadines. Kate está segura de que son frescos, de que los han pescado ese mismo día. También hay patatas. Dos limones. Una porción de mantequilla blanda. Espárragos frescos y firmes. Una cebolla. Kate se queda ahí mirando la comida, sin saber qué hacer.

—Espero que puedas ocuparte tú de todo eso, Katie —dice Mary mientras se lleva a Charley de sus brazos con soltura y se sienta a la mesa, acariciándole la coronilla—. Charles está ya harto de mis intentos de cocinar. ¿Por qué huele tan bien tu hijo?

Kate oye a Charles arrastrando los muebles en el piso de arriba, colocándolos a su gusto.

Mary la está observando desde la silla.

—Por favor, cocina tú, Katie. Ya lavaré yo todo luego.

Kate quiere irse al piso de arriba, meterse en la cama y no salir jamás.

—Por favor, Katie.

Kate saca el cuchillo. Se acerca una tabla de madera de roble. Toma aire.

En un movimiento cuidadoso corta la cebolla a lo largo y le llega su olor dulce y penetrante. Mary finge no estar observándola desde la silla.

Al principio le tiemblan las manos mientras las pasa de un ingrediente a otro. La carne fresca del pescado. La mantequilla que se desliza por la sartén. Luego se va sintiendo más segura. Tanteando el terreno. Recordando quién era.



La nodriza se aloja en la misma calle, un poco más abajo, y Mary ha alquilado una habitación en una casa de allí cerca. Cuando el tiempo lo permite, Kate se sienta en una silla en el jardín, enterrada bajo las mantas. Deja al bebé tumbado en un edredón delante de ella, dándole pataditas al cielo. Por primera vez en semanas, Kate no quiere llorar al verlo.

Mary le trae cosas de la casa, tazas de té o fruta que encuentra en el pequeño mercado de Gravesend.

Kate va reviviendo poco a poco, como si estuviera entrando en calor, recuperando el color de las mejillas. El aire salobre se adentra en ella y dispersa su tristeza con su bravura. Cocina todos los días: huevos con beicon y tostadas con mantequilla para desayunar, relucientes, y pescado fresco para cenar. Apio, judías, cebolla y coles

del huerto de la casita. Prepara el *haggis* tal y como le ha enseñado su madre, con nuez moscada y cilantro y cocinándolo a fuego lento en caldo. Cuando Charles vuelve a casa de sus paseos y lo saborea, Kate recuerda lo que se siente al alimentarlo.

Aunque no puede alimentar a Charley, empieza, al menos, a conocerlo. A permitirse posar la mirada sobre él, vacilante. A no apartar la vista cuando vuelve a sus brazos con la leche de otra mujer burbujeando aún en los labios. Empieza a sostenerlo, a sentir su peso contra su cuerpo. A observarle el remolino del pelo, las arruguitas del cuello. El modo en que extiende los brazos hacia los lados cuando se sobresalta, como un actor expresando sorpresa.

Por las mañanas, mientras Charles escribe, Kate y Mary se sientan juntas en el jardincito con un cuenco de manzanas y Charley entre ellas. Kate está tejiendo un nuevo gorro de ganchillo para el bebé, enrollándose el suave hilo azul en la mano. Ve a Mary acariciarle la barriguita a Charley.

—¿Cómo lo sabías? —le pregunta Kate—. ¿Cómo sabías que en Chalk mejoraría?

Mary, al lado de Charley, sobre la manta, alza la vista hacia ella.

—Pues porque te conozco —responde, pegándose las rodillas al pecho y apoyando la barbilla sobre ellas.

Se inclina hacia delante y le hace una pedorreta al bebé en el cuello, que se vuelve loco de alegría. Kate pasa el hilo por arriba y por debajo una y otra vez, sosteniendo el gorrito contra el pecho, creando la forma redondeada de la cabeza de Charley con las manos.

Los tres van paseando hasta Gravesend para cenar, con Charley a cuestas, en una especie de arnés creado con un chal. Encuentran una taberna y se sientan en el rincón, junto a la chimenea, con jarras de cerveza y un estofado salado que les sirven en cuencos

desconchados. Mary imita al dueño, que habla con una voz muy aguda y llama a Charles «señor Dickin», y Charles escupe el panecillo de la risa. Kate vuelve a pensar en cuando su madre dijo que era vulgar, y luego se da cuenta de que ya no le importa. Que quiere estar con los dos, con Mary y con él, que son suyos, con sus risas estridentes y desenfadadas y sus juegos confusos, y que, si están juntos, esas dos personas harán que siempre salga todo bien al final. Puede que Charles no se dé cuenta, pero Mary sí, siempre. Si recae. Si vuelve a sentir que se está sumiendo en esa tristeza extraña e inquietante. Vale la pena, ¿no? Por tener un bebé. Un bebé suyo de verdad, que gorjea y le chupa el cuello con esa boquita suave y que huele a todo lo bueno del mundo, a vainas de vainilla y a tardes de verano y a galletas calentándose en el horno. Solo necesita saber cómo recuperarse. O que Mary lo sepa por ella.

Pero, aun así, sigue habiendo un agujero. Una herida que no ha terminado de sanarse con la brisa marina. Kate no ha olvidado las palabras de Charles. Lo frágil que ha sido su fe en ella. La ansiedad por no ser una buena madre moldea la alegría que le proporciona el bebé. Ahora forma parte de la esencia de esa alegría.

Salen a pasear los dos solos, Charles y ella, y llegan hasta Gad's Hill. Kate lleva a Charley bien envuelto en el chal. Hablan de temas triviales: de las verduras que estarán en temporada a principios de primavera, de la búsqueda de una nueva casa. De las cartas que les manda Fred desde el campo y de que nunca se toma nada en serio.

Se detienen delante de la gran casa que Charles le enseñó cuando estuvieron de luna de miel, con la que tanto había soñado de niño, y la contemplan bajo la luz de la tarde lluviosa.

Charles posa la mano sobre la de Kate, apoyada en el muro. La está observando con cautela.

—Me alegro mucho de que estés mejor.

—Sí que lo estoy, y mucho.

—Te he echado de menos.

—Lo sé. Ya me vuelvo a sentir como siempre.

—Menos mal. Sabía que volverías. Mi pequeña Kate, tan sensata.

Charles alarga el brazo para recolocarle el gorrito al bebé, que se le había caído hacia delante y le tapaba los ojos.

Hay cosas de las que no se habla, piensa Kate. Traiciones que no puede verbalizar. Una tristeza abrumadora que la ha marcado por dentro y lo ha teñido todo. Incluso a Charles, con su mirada tierna y sus palabras cariñosas.

—Estaba preocupado por ti —le dice ahora.

—Ya no hay por qué preocuparse.

Kate esboza una sonrisa radiante.

—Así me gusta.

Charles contempla el pálido círculo de la rotonda que tienen delante, con los árboles aún chorreando por la lluvia. Dos gorriones picotean la hierba con timidez.

Kate siente el impulso repentino de tenderle la mano a través de la sombra de la distancia que los separa.

—Me sentía… No sé cómo me sentía —dice—. Pero no me encontraba bien.

—Pero ahora estás mejor.

Habla con una firmeza en la voz que requiere que se le dé la razón.

—Sí.

—Mary es un ángel.

—Y tanto.

—¿Podría quedarse con nosotros? Si tus padres pueden prescindir de ella. ¿Podría?

Kate siente las lágrimas brotar y parpadea para contenerlas.

—¿Quedarse a vivir con nosotros?

—¿Por qué no? Tendremos espacio en Doughty Street. Puede ayudarnos con Charley, y ser nuestra hermana.

Kate vacila durante un segundo ante sus palabras. ¿«Ser nuestra hermana»? Es que es mi hermana, piensa. Ya es mi hermana. Pero la alegría se impone ante ese pensamiento.

—Me encantaría —dice, y de repente no puede dejar de sonreír, y lo repite para que Charles esté completamente seguro de que lo dice en serio—. Ay, Charlie, me encantaría.

—Fantástico —dice Charles—. Le escribiré a tu padre.

KATE

Mantequilla maître d'hôtel

Poner medio kilo de mantequilla fresca en un plato,
el zumo de dos limones y dos cucharadas grandes de perejil picado,
media cucharadita de sal y la mitad de esa cantidad de pimienta.
Mezclar todo bien y guardar en un lugar fresco para su uso.

Por toda la casa resuenan los martilleos y los golpes y el ruido de los embalajes al abrirse y revelar espejos enormes para el vestíbulo o la repisa de la chimenea. Charles no soporta el caos y el estruendo, de modo que escribe tres páginas de instrucciones complejas y detalladas, se las deja a Kate en el escritorio y se marcha a su club.

Kate está enamorada de su nueva casa. Le encanta todo sobre ella. Quiere sumirse en ella. Huele a madera nueva, a barniz y a pintura. Hay una gran puerta principal con unos escalones delante, barandillas de hierro forjado negro y un picaporte de latón. Y un cuarto para los niños en la buhardilla, en una habitación con techo en pendiente y una ventanita alta para que no corran peligro. Hay espacio para los criados, para cuando Fred vaya de visita, para pasar el rato con juegos en el salón después de cenar y para que Charles escriba sin que lo molesten. En la primera planta hay un dormitorio para Mary, con una ventana que da al jardincito londinense bien cuidado, con sus macetas y sus arbustos aromáticos de romero y lavanda. Y hay una cocina en la que se cuela la luz amarillenta por las tardes y lo baña todo con su cálido resplandor. Con una amplia mesa de madera, un asador, un estante con sartenes, comida

envuelta en paños y ramilletes deshidratados de plantas aromáticas.

Están buscando a una cocinera, porque una no puede tener una casa así sin una cocinera. Kate encontrará a alguien servicial. Al fin y al cabo, es su cocina. Si quiere preparar unas tostadas de caballa o un postre experimental que no esté del todo hecho por dentro, puede hacerlo. Claro que puede. Ya está planeando las cenas que va a celebrar, cenas para ocho o diez personas, no solo para cuatro o cinco, que se sentarán alrededor de su nueva mesa de caoba. Gente del mundo literario y otros amigos inteligentes de Charles, y viejos amigos de la familia Hogarth.

Tal vez sus padres vayan de visita una tarde, y entonces ella podrá asombrarlos con recetas complejas, sirviéndoles mantequilla *maître d'hôtel* en lugar de la normal y añadiendo platos extravagantes: queso fundido, berros y ensaladas bañadas en un dulce aderezo español. Tal vez eso la ayude a deshacerse de la etiqueta de «indolente» que aún, en secreto, le abrasa el alma.

Y, de todos modos, ya tiene bastante con lo que mantenerse ocupada fuera de la cocina por ahora, puesto que requiere bastante trabajo ordenar todo lo de la mudanza, dirigir a los hombres con las cajas, imprimir tarjetas que indiquen su nueva dirección e ir a comprar alfombras para el salón y una pantalla para la chimenea del comedor. La casa le recuerda a un panal de abejas, con tanto movimiento constante, tanta agitación, tanto por instalar y crear y hacer. Y, por supuesto, está embarazada de nuevo, así que tiene que descansar mucho. Una Katey, piensa, a juego con su Charley. Le gusta la costumbre de llamar a los hijos así. La armonía. En el parto aún no piensa. Ya lo ha hecho una vez y logró recuperarse. Puede hacerlo de nuevo.

Ahora no para de llegar dinero, tan rápido como Charles pueda

llenar la página de tinta, y permite que Kate lo gaste. Charles deja por escrito los detalles de lo que hay que comprar, el color y la marca de las alfombras, el tipo de reloj que hace falta para el vestíbulo y la madera con la que debe estar fabricado… Escribe cheques a su nombre con los que Kate puede pagar, como esposa suya que es. Y ella se recorre Londres haciendo pedidos con su lista, meticulosamente precisa y deliberadamente austera. Ha entendido que el dinero siempre conlleva ciertos riesgos, que siempre se topará con unos labios fruncidos si algo ha costado más de lo esperado. Cuando el cordero lechal le sale demasiado caro, Charles se toma la mañana libre en el trabajo y se la lleva por la ciudad para mostrarle la carnicería que tiene los mejores precios. La amenaza siempre está presente, al parecer, por muy alto que llegue Charles. Está entretejida en su vida cotidiana. El miedo a la deuda les acaricia los pies como una corriente que amenaza con arrastrarlos si Charles deja de escribir durante un mero instante.

Además de esos libros que apenas es capaz de escribir lo bastante rápido como para cumplir el contrato, Charles ha escrito también una obra que van a representar en el teatro. Es corta, una comedia, para antes de la función principal de la noche. El pequeño trío, Charles, Mary y ella, van a verla, y Kate se recuerda a sí misma cuando era niña, con su mejor vestido de seda verde en el teatro, teniendo que rechazar a unos pretendientes con mentes lentas y ojos esperanzados. ¿Cómo se habría sentido si hubiera sabido entonces que se acabaría casando con este hombre, con la estrella de Londres, y que llegaría al teatro agarrada de su brazo? La esposa del dramaturgo. Sabe que es pura vanidad, y que debería reprimirla cuanto antes, pero de tanto en tanto deja que sus ascuas resplandezcan en su interior, cálidas y gratificantes.

Deben centrarse en estas cosas, celebrarlas juntos, piensa Kate. No dejar que la preocupación extienda su fina y perturbadora red sobre ellos. Preocupación por los padres de Charles, que siempre amenazan con arrastrarlo al desprestigio. Por lo enfadado que está él siempre, por la infancia que tan solo permite que Kate vea en pequeños destellos. Por la hermana de Charles, siempre tan delicada. Por los gastos, y por la facilidad con la que Charley se resfría, y por la mirada indecisa y perdida de Fred. Kate quiere ignorarlo todo, apartarlo como quien barre el polvo de la cocina, y dejar solo los momentos en los que pueden ver y sentir lo bueno de la vida. Mary, con sus bromas, su juventud, su alegría, se sitúa entre ellos y evita que a Charles y a ella les afecten los problemas del otro, y lo vuelve todo más fácil. Kate lo sabe, y debe reprimir esos celos infundados.



Este año está haciendo una primavera fría, con chaparrones repentinos que salpican las aceras y luego dan paso a fuertes ráfagas de viento. Mary se envuelve bien con la capa mientras se bajan del carruaje, y Charles le tiende la mano para ayudarla. Kate los sigue, ajustándose los guantes, fingiendo no ver todas esas caras que se giran al pasar.

Se abren paso a través de la multitud reunida delante de la entrada. Kate ya está más que acostumbrada a todo eso, a las miradas furtivas, a los saludos entusiastas esporádicos de alguien a quien no recuerdan. Los enérgicos apretones de manos. El modo en que la gente le clava la mirada a Charles y a ella la ignora, como si no estuviera. Empieza a entender la fama como una admiración unilateral, una historia de amor apasionada de la que una de las

partes no es consciente.

En el interior del teatro ya hace calor y huele a cera derretida mientras se sientan en el palco. Kate se abanica y baja la vista al programa que tiene en el regazo.

Is She His Wife? Or, Something Singular!

Anuncian a Boz, el autor, entre montones de signos de exclamación. Qué título tan curioso, piensa Kate. «¿Es su esposa?». ¿Cómo puede dudarse de algo así? O lo es o no lo es. Le echa un vistazo a su marido, orgulloso, y luego mira hacia delante, al teatro rebosante de vida y color. Todo el mundo ha venido a dejarse entretener por Charles. A oír sus palabras inteligentes. Es una obra sobre unos recién casados, según le ha contado él de pasada.

Y entonces, cuando empieza, Kate se da cuenta de que también es una obra sobre la desdicha.

Las disputas entre el señor y la señora Lovetown, sus desgracias, sus incompatibilidades y el rechazo mutuo, todo expuesto por su propio nuevo marido para que se ría todo el mundo. El frío se le extiende por el cuerpo. Todo el mundo sabe que Charles se ha casado hace poco. Que ella es su mujer. Ella sabe que Charles escribió la obra mucho antes de que se casaran. Que no es su propio matrimonio el que se está representando en el escenario con insultos hirientes y frases sarcásticas. Pero ¿cómo puede demostrarlo? ¿Cómo va a saberlo la gente? La voz de Charles es la que habla por los dos en el escenario, ante las candilejas, y la gente puede interpretarlo como quiera.

A su alrededor cae una lluvia de bromas. El público se ríe, y Charles también, y Mary, a su lado. Kate cierra los ojos y piensa en lo extraña que es la risa. En que asciende y desciende como una canción, gutural y animalesca. En la multitud, que parece haberse

convertido en una única criatura que responde al unísono. Qué poder debe de tener Charles, piensa, para ser capaz de invocar a esa criatura de ese modo y hacerla cantar a su son.

Kate abre los ojos y mira los rostros difuminados de los actores y las actrices, con sus vestidos borrosos, y, cuando se asegura de que nadie la está mirando, entorna los ojos para verlos con más nitidez.

¿Se está imaginando los susurros tras las manos, las miradas furtivas que le lanzan? Quiere gritar que ella es feliz. Que son felices. Se inclina hacia Charles, sonriente, pero él está girado hacia Mary, que está diciéndole algo al oído. Ve que a Charles se le arruga el rostro de la risa, y la expresión pícara de Mary, la alegría por su propio poder en los ojos. Juntos, su marido y su hermana son como dos niños que comparten bromitas. Kate se pregunta, de pronto, cuándo fue la última vez que hizo reír a Charles. Si lo ha conseguido alguna vez. O si siempre es ella la que se ríe. Puede hacerlo sonreír, puede hacer que la desee, puede enorgullecerlo, puede hacer que se muestre cariñoso o emotivo, puede darle un hijo, pero no puede hacerlo reír. Es cierto. La aguda siempre ha sido Mary. Sabe ser afilada, como su madre, pero blande su arma con delicadeza. Kate siempre ha sido la hoja roma.

Está encantada de tener a Mary con ellos, de que haga reír a Charles, para que ella pueda pasar tranquilamente a un segundo plano, que es donde le gusta estar, compartiendo la diversión que crean ellos dos con sus planes y sus juegos, e intentando, en la medida de lo posible, contribuir con los suyos. Solo a veces siente algo más. Una punzada. Mary es suya, se dice. Siempre lo ha sido.

De vuelta a casa, en el carruaje, le agarra la mano a su hermana.

—Estás helada.

—Un poco.

—¿Quieres que vayamos de compras mañana?

—Sí, vale.

—Conozco una nueva sombrerería en la que venden sombreros con plumas.

Mary sonríe en la oscuridad del carruaje y apoya la cabeza en el asiento blando.

—Me encantaría tener uno.

—Mary, no tienes buen aspecto —interviene Charles—. Te estamos agotando al ir tan a menudo al cine y a conciertos. A veces se me olvida lo joven que eres.

—Estoy perfectamente —responde Mary—. Es solo que estoy cansada. Tu obra no tendría que haber sido tan graciosa, Charlie. Me has dejado agotada de tanto reírme.

Cuando llegan al vestíbulo oscuro de casa, en Doughty Street, y Charles sacude el paraguas para secarlo, ya es casi la una. Kate se quita el tocado y luego se lo quita a su hermana. Es cierto que, a la luz de la lámpara de aceite, Mary parece tener mala cara. Tal vez Charles tenga razón. Solo tiene diecisiete años, aún es casi una niña. A veces se les olvida. Kate depende de ella de un modo que quizá no sea conveniente. Y él también. Charles se quita la capa y la cuelga en el perchero.

—Creo que será mejor que me acueste —dice Mary.

—Estás agotada —contesta Charles—. Descansa, Mary. Kate te subirá un poco de té.

—No, no te molestes, Katie. Voy a dormir directamente.

—Mañana quiero leerte un poco más de mi *Oliver* —le dice Charles —. Después de almorzar, tal vez.

—Ay, sí, por favor —responde Mary—. Me encanta.

—A mí me asusta —dice Kate—. Apenas puedo respirar mientras

lees. Ahora subo a darle un beso al bebé.

El reloj del vestíbulo da la una. Mary vacila en el primer escalón.

—Bueno, buenas noches.

—Que duermas bien.

La silueta menuda de Mary desaparece. Kate ve a su marido seguirla con los ojos mientras se aleja. Deja el bolso en la mesa del vestíbulo, se quita la capa y la deja junto a la de Mary, en los ganchos de detrás de la puerta.

Todos los criados se han acostado ya. La casa está en silencio. Charles está inclinado sobre el cajón, guardando las fichas con las que les permitían entrar al teatro. Kate se acerca y lo agarra de la mano, se la detiene en pleno movimiento, y hace amago de besarlo. Pero Charles se aparta, inseguro. Ya habían acordado que no lo harían mientras Kate estuviera embarazada. Pero en ese momento Kate quiere que centre toda su atención en ella. Quiere reforzar la felicidad de ambos, sentirla en el tacto de Charles. Tal vez no pueda hacerlo reír, pero hay cosas que solo ella puede hacer. Puede calmarlo, sosegarlo, llevarle la fría palma de la mano a la frente. Puede hacerlo entrar en calor, y alimentarlo, y alimentar su deseo. Puede comunicarse con él en ese lenguaje secreto que comparten, en el que solo ella puede hablarle.

Charles la observa en la penumbra, contempla su figura. Y luego apaga la lámpara de aceite y vuelve a empujar el cajón de la mesita para cerrarlo. Se acerca a Kate y ella permite que le suba las faldas por las piernas en el vestíbulo oscuro y la empuje contra las capas colgadas en la pared.

Kate se despierta en la oscuridad más absoluta. Un estruendo en el

piso de abajo. Fred, piensa, adormilada. No, Fred no está en casa. Mary sí. Están en la nueva casa. Mary está en la habitación contigua, en su cuartito. Charley está en el cuarto de los niños.

Se incorpora. Algo va mal, está segura. Charles está roncando suavemente a su lado. Le lleva una mano al pecho y la posa allí con delicadeza, sintiendo su ascenso y su descenso, pero Charles no se inmuta. Podría despertarlo, pero le cuesta mucho dormir, y Kate ni siquiera está segura de haber oído algo. Lo más probable es que sean los basureros, que han venido a recoger los desechos de debajo de la casa. O alguien del servicio, que no puede dormir.

No hay ni una pizca de luz; las cortinas del dormitorio están bien cerradas para que no entre corriente. Kate se levanta, atraviesa el cuarto a tientas, en dirección a la puerta, y casi se tropieza con la tina. Se toca el vientre y nota al bebé agitándose.

En el pasillo hay una figura blanca y borrosa.

—¿Quién anda ahí? —pregunta Kate casi sin voz, aún ronca por haber estado durmiendo—. ¿Quién anda ahí?

—Soy yo.

No es más que Mary, con el camisón y la bata. Kate exhala.

—Mary, ¿no puedes dormir?

—Me cuesta… Me cuesta respirar.

Se apoya contra el marco de la puerta con la mano, tambaleante.

Kate se acerca a ella todo lo rápido que se atreve a oscuras y le quita la vela apagada que lleva en la mano.

—No pasa nada —le dice—. No pasa nada.

Agarra a su hermana del brazo, se la lleva al salón, que está vacío, y la acompaña al sillón que hay junto a la chimenea. Bajo el resplandor de la ventana, tiene el rostro completamente blanco. Y unas ojeras violáceas.

—Siéntate —le pide Kate—. Siéntate aquí un momento. Me da a mí que te hemos dejado agotada.

—No.

—Que sí. Voy a traerte algo. Un vaso de agua. Espera.

—No, no me dejes aquí sola. En un segundo me recupero.

Permanecen allí durante un rato, en silencio, mientras Mary, en el sillón, inhala y exhala con dificultad, deprisa, y Kate se queda agachada a su lado. La luz de la luna ilumina de un modo extraño los objetos de la habitación y acentúa su novedad. Destaca cosas que se pasan por alto a la luz del día. El brillo del barniz del tocador, el borde de una copa de oporto. Al otro lado de la ventana, los árboles están completamente inmóviles, como el decorado de un teatro.

—Ya estoy bien, creo.

Mary esboza una sonrisa repentina, sin aliento, que se convierte en una risa ahogada.

—Menos mal.

Kate también se ríe por el alivio. Su voz suena fuerte en el silencio de la habitación.

—No podía… Apenas podía respirar —dice Mary.

—Ya. Supongo que habrás tenido una pesadilla.

—Sí.

—Y te ha dado un soponcio.

Es lo que solía decir su padre, y de algún modo resulta reconfortante.

—Sí, eso parece.

—¿Seguro que no quieres que te traiga un poco de agua?

—No, no. Siento haberte despertado.

—No te preocupes, no pasa nada —le asegura Kate y le da un beso en la frente fría—. Puedes despertarme siempre que lo necesites. A

mí y a Charles.

—Gracias.

—¿Te acompaño a la cama?

Kate la agarra de la mano para ayudarla a levantarse y está a punto de chillar en la oscuridad. Mary tiene las manos hinchadas, todos los dedos gruesos y abultados, con un tono morado. Se las suelta, sorprendida, y le caen de nuevo a los costados, flácidas.

—Mary. Tus manos.

—Ya lo sé.

—¿Cuándo se te han puesto así?

—Pensaba que se… que se me pasaría solo —responde Mary—. Se me ponen así a veces, por la noche. Pero luego… se me pasa.

Se le ha vuelto a agitar la respiración, se le acelera como un carro descontrolado bajando una colina, y de pronto la acompaña un ruido áspero, casi como un chirrido.

—Siéntate otra vez, siéntate. Tenemos que llamar a un médico. Respira más despacio.

—No puedo… No puedo… No…

Vuelve a sentar a su hermana y le sostiene la cara con las manos.

—Respira. Eso es. Despacio. Inhala y exhala.

Se fija, con un sobresalto, en que se le está poniendo morada la piel de alrededor de los labios, de un color tan intenso como una mancha de bayas.

—Mary. —Kate articula la palabra, pero no emite ningún sonido—. Mary.

No, no, no, piensa. Todo estaba empezando a estar bien de nuevo.

—El corazón —está diciendo Mary—. El corazón.

—¿Qué pasa? ¿Dónde? ¿Qué quieres decir?

Kate le lleva una mano sudorosa al cuello para comprobarle el

pulso. Le late desbocado. No mantiene un ritmo constante, sino que se le acelera, se agita y luego se detiene durante unos segundos. Kate retira la mano.

—Quédate aquí. No te muevas.

Kate se tambalea hacia las escaleras con las piernas temblorosas, tratando de ir a por Charles, pero él ya está bajando las escaleras, diciendo algo, preguntándole qué está pasando.

Kate no habla, pero lo lleva hasta Mary, que se ha desplomado hacia un lado en la silla y respira como si tuviera un metal chirriante en el pecho. El tono morado se le sigue extendiendo por la cara y forma vetas sobre la carne.

—No puede… —La voz de Kate no tiene ninguna fuerza—. No puede…

De pronto todo está en movimiento: los sirvientes aparecen de la nada, la niñera está en lo alto de las escaleras, con el rostro iluminado por una vela titilante, y Charles se acerca a Mary a toda prisa, la agarra por los hombros e intenta hacer que respire, que se incorpore, y Mary se hunde más aún en el sillón, incapaz de mantener la cabeza en su sitio. Kate ve que Charles le está diciendo algo, que le está gritando, pero no distingue las palabras. En algún lugar del piso de arriba Charley está dando gritos, despierto por culpa del jaleo, y Kate no se puede mover, como si tuviera los pies pegados al suelo, no se puede separar de Mary, tendida en el sillón, con el cuerpo hinchado y flácido. Con un esfuerzo colosal se obliga a moverse, a seguir las instrucciones que le están dando, a darlas ella también, a salir corriendo de un lado a otro de la casa, a por agua, a asegurarse de que llamen al médico adecuado, a por brandi, a despertar a la cocinera, que está dormitando en la cocina, y hacer que vuelva a avivar el fuego. Lleva a cabo todas las tareas con

movimientos mecánicos y, mientras tanto, el terror se le va expandiendo por el estómago, repugnante e inmenso. Se acerca a la ventana para esperar al médico, mirando hacia abajo, hacia la calle. No viene nadie. El reloj da las dos y, tras ella, en el sillón, el cuerpo de Mary comienza a convulsionar una y otra vez como si estuviera poseída. Charles está agarrándola, sujetándola contra el sillón. Kate intenta acercarse a su hermana, intenta rodearla con los brazos, pero Charles la aparta y Kate se choca, aturdida, contra la mesa.

—Aparta, Kate. Retírate. No la vas a poder ayudar.

No quiero ayudarla, quiere decir Kate. Quiero abrazarla. Quiero aferrarme a ella para que no me deje. La necesito. Pero no consigue mover la boca lo bastante rápido como para formular las palabras. No puede ver a Mary, tan solo partes de ella, una mano, un hombro, sacudiéndose en la oscuridad.

No se puede creer que nadie sea capaz de detener lo que está ocurriendo. No pueden hallar ninguna respuesta, algún modo de evitarlo; tan solo pueden quedarse mirando mientras todo se desarrolla. Kate vuelve a intentar acercarse, hacer algo.

—Ve a ver si viene el médico, por el amor de Dios, Kate.

Se retira de nuevo a la ventana y contempla la calle desierta, intentando con desesperación detectar algún movimiento entre toda la calma, pero nada. Y entonces, al fin, cuando están a punto de dar las tres, una pequeña silueta encorvada con un maletín en la mano dobla la esquina a toda velocidad, a lo lejos. No es más que un hombrecillo, piensa Kate sobresaltada conforme se acerca. Solo eso. Un hombrecillo al que su mujer ha despertado en plena noche, con mal aliento y refunfuñando.

Recorre el pasillo deprisa y pasa por delante de Hannah, que le ha abierto la puerta al médico y ahora está pegada a la pared, aterrada,

con la cara pálida como la luna.

El médico sigue a Kate en silencio por las escaleras hasta donde yace Mary, encogida, sin gemir ya. Cuando Charles alza la vista, aliviado, las palabras salen en tropel de su boca en una explicación urgente y confusa de lo que ha ocurrido. Pero Kate, inmóvil, ve el rostro del médico antes de que este atraviese la habitación, y su expresión de resignación parece arrebatarle de repente todo su valor y la deja en la puerta como un fantasma.



Las cortinas están cerradas ante la luz de la tarde. El cuerpo de su hermana, hinchado y amoratado, yace inmóvil bajo pliegues de seda rosa. A su alrededor, abandonados, hay tubos, bombas, vasos de agua, tapones y vasos medidores.

Charles está tumbado sobre ella, y solo se le ve la nuca revuelta.

Está muerta, se oye pensar Kate. Tienes que levantarte, quiere decirle a Charles. No te puedes quedar aquí.

Charles lleva allí, en la cama, desde el caos de la noche. Ha estado pegado a Mary, frotándole las manos y dándole sorbos de brandi de un vaso cuando Mary podía tomárselos. Hablándole como si fuera una niña.

Al recordarlo, Kate comienza a sudar. No podía mirar a su hermana pequeña, no podía ver lo que estaba ocurriendo. Y ahora ahí yace, con la mirada perdida y sin respirar. Kate intenta moverse sobre el satén resbaladizo del edredón para tomar a su hermana en sus brazos y tratar de sentir algo de lo que debería estar sintiendo, pero no hay espacio para ella en la cama. De modo que retrocede y le da una palmadita en el brazo a Charles, ausente, contemplando los dibujos del armario que se entrelazan con las vetas de la madera.

—¿Cómo vamos a soportar esto? —está diciendo Charles—. ¿Qué vamos a hacer?

Kate no lo sabe. No le funciona el cerebro a la velocidad suficiente como para hallar una respuesta.

Su madre no ha estado allí. No ha podido llegar a tiempo. Ahora la están reteniendo a la fuerza para evitar que entre en la habitación en la que se encuentra el cadáver. Para que no corra hacia él, gritando. Kate la oye en el piso de abajo, las idas y venidas de su dolor, lejano, como si perteneciera a una desconocida. Y a su padre sujetándola, protestando, tratando de razonar con ella.

Charles alarga el brazo, le quita el anillo a Mary, sacándoselo con delicadeza del dedo hinchado, y se lo pone en el suyo. Kate se da cuenta, desde esa extraña distancia desde la que observa todo lo que está sucediendo, de que Charles está llorando. Nunca antes lo ha visto llorar, con el rostro desfigurado de ese modo. Charles la agarra de la mano y se la aprieta con fuerza.

Kate se sienta en el borde de la cama. Observa el pequeño anillo en el dedo de Charles y se pregunta, ausente, por qué se lo habrá quedado él, por qué no se lo ha dado a ella.

Lo único que puede sentir es el espacio que ocupaba Mary.



En el cementerio, las flores de cerezo algodonosas tiemblan en las ramas. Está lloviznando. Los parientes le tocan el brazo y le dicen cuánto lo sienten, y Kate asiente y se oye hablar. Un paro cardíaco, les ha dicho el médico. Ahora Kate siente que, como respuesta, a ella también se le ha parado el corazón. Se le ha quedado frío como una piedra.

Se ve en el espejo, el rostro pálido y aturdido envuelto en crespón

negro. El duelo personificado. Pero, aun así, no siente nada.

«Joven, preciosa y buena», esas son las palabras que han grabado en la tumba de Mary. Charles es quien ha elegido que las tallen en la piedra blanca. Los allegados se enjugan las lágrimas de los ojos.

Charles ha comprado la parcela del cementerio, ha elegido la lápida y la ha pagado. Dice que, cuando muera, quiere que a él también lo entierren allí con ella, en Kensal Green. Kate piensa, entumecida, en su familia, la de Charles. En sus propios hijos, su esposa. ¿Los enterrarán a todos también con él? No hay espacio suficiente.

Fred, cerca de ella, se ajusta con torpeza el brazalete de luto. No parece él en absoluto. Ya no irrumpe en las habitaciones como un perro, enérgico y alborotado; ha perdido toda la alegría. Se limita a quedarse inmóvil, como un chico desgarbado, presa de la seriedad.

Kate alza la vista al cielo. No siente nada en absoluto.

A su alrededor sobresalen del suelo cruces y pilares de piedra: un mar de objetos extraños. Cada uno de ellos, una persona.

Se ocupa de Charley, lo acaricia mecánicamente mientras se lo pega al hombro. Ayuda a Betsey con los bebés. Le busca un pañuelo limpio a su madre. Escucha a Charles hablar con los allegados que le aprietan la mano. Charles dice que han perdido a un ángel. Que las últimas palabras de Mary fueron sobre él, que es su único consuelo. Que Mary se cayó de espaldas a sus brazos por las escaleras mientras iba a la cama, y murió allí, abrazada a él. Sin preguntar por nadie más.

Kate no recuerda que dijera unas últimas palabras. Tal vez no las oyese. Pero Charles parece muy seguro, totalmente convencido de que Mary se las susurró a él. Y ahora todo está bajo agua, desde que vio a Mary en las escaleras. No confía en su memoria.

Por primera vez que Kate recuerde, Charles no ha podido trabajar. No ha hecho más que sollozar, tumbado en la habitación de Mary. Todo es «hemos», en plural. «Hemos sufrido una gran pérdida». «Hemos perdido a una hermana». «Hemos perdido a nuestro ángel». La infancia de Kate con Mary parece escapársele, absorbida y destruida en el torbellino del sufrimiento de Charles.

Más tarde, en Brompton, Kate va al piso de arriba para tratar de encontrarla. Recorre el pasillo y se acerca al dormitorio de Mary. La puerta está entreabierta. Mira el interior, la quietud absoluta de la habitación. El cepillo de Mary, con pelos oscuros enredados en las cerdas. Su osito de peluche sentado en la cama, rígido e inexpresivo. Sus zapatos de baile, que aún mantienen la forma de su pie.

«Me aprietan —dice la voz de Mary—. Déjame probarme los tuyos».

Kate cierra la puerta y va al piso de abajo para ayudar a Ruth con los platos. Se agarra con cuidado a la barandilla mientras baja los escalones, ya que no termina de confiar en que esté en su propio cuerpo, ni en que las piernas le vayan a obedecer.

De camino a casa, en el carruaje, Charles le aprieta la mano, con el anillo de su hermana resplandeciente en el dedo. *Pero lo quiero yo*, dice una voz en algún rincón de la mente de Kate, tan remoto que apenas distingue las palabras. *Quiero ponérmelo yo. ¿Por qué lo tienes tú? ¿Por qué se lo quitaste?*

—Has estado maravillosa todo el tiempo, ratoncito —le dice Charles—. Maravillosa. —La acerca a él y le pasa el brazo por encima de los hombros. Añade—: Sé que ha sido muy duro. Pero no te has quejado ni has sucumbido ante tus emociones, ni has dejado que te domine el dolor. Eres una chica buena y sensata. Y hemos sufrido una pérdida enorme.

Kate mira la lluvia por la ventana. Nunca ha estado tan cansada.

Cuando llegan a Doughty Street, cruzan la puerta y entran en el vestíbulo, ya casi es de noche. Charles se quita el sombrero y el abrigo, y le quita la capa y el tocado a Kate, y lo cuelga todo. Luego pide que le traigan el té y empieza a dirigirse al salón.

—Ahora vuelvo —dice Kate y baja las estrechas escaleras que dan al sótano.

La criada se para en seco, con un paño húmedo en la mano, y abre la boca para hablar, pero Kate pasa de largo, entra en el pequeño cuarto de baño, cierra la puerta tras de sí y se apoya contra ella.

Es el único sitio de la casa al que sabe que no irá Charles. Se levanta las faldas. Tiene la ropa interior empapada de sangre. Se arrodilla sobre el suelo de piedra, agarrándose el vientre, y ve la mancha roja extenderse por la tela.

Podría llamar a Hannah, pero no quiere verle la cara de susto y desconcierto, ni lidiar con su juventud y su necedad; ni ocuparse de Charley, que le agarrará la cara con los deditos. No quiere dar órdenes ni quiere que la lleven al dormitorio y la traten como a una inválida. No quiere que llamen a un médico que le introducirá los dedos sin delicadeza y le oprimirá el vientre sensible como si fuera un trozo de carne. Que le dirá que debe permanecer tumbada y tener cuidado. Ni siquiera quiere estar con Charles, que le dirá lo buena que es, lo calmada, lo sensata y estoica. Si grita, la despreciará. Charles está absorto en su propio sufrimiento, en su propia Mary, tan diferentes de los de ella. No puede soportarlo. Tan solo quiere quedarse allí, en el suelo, perdiendo a su bebé en el silencio de esa habitación oculta, apretando los dientes para aguantar el horror. Quiere dejar que todo se esparza en un rojo espeluznante sobre las baldosas. Rozar la muerte sola, en privado, donde nadie pueda

decirle cómo ha de sentirse.



Charley va vestido con su ropa de bautizo y le están saliendo los últimos dientes. Tiene las mejillas tersas, rojas y brillantes como manzanas, casi como si fueran a abrirse con la presión de lo que sea que esté pasando ahí dentro. Un hilo de baba cuelga del sonajero, tambaleante, mientras lo mordisquea con furia.

Han pasado siete meses desde que enterraron a Mary. Vuelve a ser diciembre, y pronto llegará la Navidad. El suelo del exterior de la iglesia es duro, rígido. Las barandillas están cubiertas de hielo.

Charles está a su lado, junto a la fuente, haciendo malabares con el bebé, que está tratando de liberarse de la tela de encaje para lanzarse a los brazos de su madre. Kate sacude la cabeza, sonriente. Su hijo le profesa un amor apasionado, pegajoso, ilimitado. Es a su mamá a quien quiere, siempre a su mamá. Aunque Kate conserve aún el recuerdo de esos primeros días, que apaga los colores de la maternidad, el bebé no. Pero hoy es su padre quien lo sostendrá, llorando, para pasarlo a las manos de Dios. La prima de Kate va a ser la madrina, ahora que Mary no está para asumir ese papel. Kate le sonríe en la penumbra de la iglesia, tratando de ocultar el dolor de su corazón.

Sobre ellos, ángeles de alabastro con bocas de bebé abiertas. Con unas alas cortas y pequeñas detrás. ¿Será Mary una de ellos ahora?

Su mente no deja de retroceder, de alejarse de lo que está ocurriendo y regresar al pasado. Así es el luto. Parece fragmentar el presente en mil recuerdos inesperados y no deseados.

Mary, un pajarito con el camisón, usando lo poco que queda de agua caliente, sacando la lengua y cerrando la puerta del baño.

Mary con la sartén para tortillas robada, corriendo hacia la cocina. «La tenía Kate. Kate se la ha llevado a la casa de su amante. Kate y el señor Dickens, sentados en un árbol…». Y Kate persiguiéndola por el pasillo y agarrándola de la parte de atrás de la falda: «¡Devuélvemela, Mary Hogarth, devuélvemela!».

Inhala con brusquedad y trata de recobrar la compostura.

Y el bebé que ha perdido. Otro angelillo de alabastro. Expulsado de su cuerpo.

Ahora lleva dentro otro bebé. Golpeándole las entrañas con esas extremidades insistentes y pequeñitas, ocupando los huecos que han dejado sus pérdidas, tratando de llenarlos de vida. Si es una niña, ahora se llamará Mary, no Katey, claro. La armonía, interrumpida.

En las cartas de bordes negros que ha enviado a sus parientes ha dicho las palabras que se esperan. Las palabras que dice Charles. «Si existen los ángeles, Mary era una». «Mi querida hermana está ahora en un lugar mejor». Ha regresado con su creador, en un descanso eterno, demasiado buena para esta Tierra.

Mary con quince años, angulosa, junto a la verja. «¿Lo has besado, Katie? ¿Lo has besado?».

Las dos juntas, con sus camisones, una casi encima de la otra, con los codos pegados, escribiendo cartas conjuntas para sus primas y sus amigas, riéndose de las modas horribles y de los hombres pomposos. Intentando sonar como heroínas de Austen, altivas y sabihondas. «Es un ser deplorable y barrigudo». Y Kate tachándolo, diciendo que es demasiado cruel, y Mary enterrando la cara en la almohada para amortiguar las carcajadas y evitar que las regañen por el ruido.

Se le parte el corazón al recordar a esa Mary, su Mary, borrada por su posterior belleza y bondad. Con todos los bordes redondeados,

como si se hubiera alejado demasiado de Kate y se hubiera desdibujado. Y Kate no podrá volver a acercarse por más que lo intente durante el resto de su vida.

A Charley se le cae el sonajero y aterriza con un estrépito en el suelo. Charles hace alguna broma y todo el mundo se ríe, y cuando se agacha para recoger el juguete Kate ve el resplandor del anillo de Mary en su dedo. En ese instante lo odia. Un destello de rabia, pura y chispeante como el aceite caliente en una sartén. Una emoción desconocida. La desconcierta. Asustada, desvía la mirada al pálido altar e intenta recitar una oración. Se le pasa la sensación tan rápido como le ha llegado. Charles la mira y le ofrece esa sonrisa tan familiar, la de siempre.

No es más que Charles, con sus altibajos. Charles, con sus emociones fuertes, que sacan las de ella. Le posa la mano en el brazo con delicadeza.

El párroco se humedece el dedo y pronuncia el nombre de Charley, pero de pronto Charles grita algo y la gente se ríe a su alrededor. «Boz». Kate, lenta para captar las bromas, como siempre, se da cuenta de que ha gritado «Boz».

El párroco alza la vista, sobresaltado, y mira a Charles.

—Charles Culliford Boz Dickens —anuncia Charles, riéndose.

Boz. Está por todas partes. Se adentra incluso aquí, en la calma de la iglesia, colándose entre los nombres que han elegido, alterando su formalidad.

Las risas de la multitud aumentan, con Fred a la cabeza. Kate se une a ellas porque no se vería bien que permaneciese inexpresiva cuando ha de interpretar su papel. No quiere que nadie piense que ella no se está divirtiendo también. Que no es capaz de encontrarle la gracia a las cosas tan rápido como antes.

El párroco traza la húmeda cruz y determina así el destino de Charley, y Boz queda escrito a ojos de Dios, convertido en realidad.

Charles puede inventarse lo que sea, piensa Kate. Contar cualquier historia del modo que quiera. Solo él puede inventarse otra versión de sí mismo, y que la Iglesia la bendiga.

Extraña la capacidad de Mary de suavizar las cosas, de unir a Charles y a ella con su risa. De tener a Charles comiendo de la palma de su mano. Añora el muro de contención que Mary constituía entre ellos. Ahora han quedado desprotegidos, uno ante el otro. Y no parecen encajar como deberían.

Al bebé se le mete el agua por la nariz y la arruga, indeciso, antes de dejar escapar un breve lamento. Charles lo envuelve y lo zarandea como si fuera un paquete, pero el pequeño Charley alza la cara hacia el techo de la iglesia con un aullido, quejándose de su frente húmeda y su nuevo nombre.

Kate es afortunada, lo sabe.

Tiene un marido que la trata bien y es gracioso e inteligente. Una casa preciosa. Y el dinero suficiente, y un hijo, y otro bebé en camino. Aunque nada vuelva a ser lo que era, es suficiente. Más que suficiente.

Charles le rodea la cintura con el brazo y le susurra algo gracioso, y Kate sonríe, remendando la fisura de su perfección para los presentes, quienes les están devolviendo la sonrisa, vestidos con su ropa de domingo.

PARTE TRES

ANNE

1839

Los veo por primera vez en la playa.

Una larga franja de luz atraviesa el cielo, como si alguien lo hubiera rajado con un cuchillo.

Estoy volviendo de la granja, de las afueras del pueblo, con el cubo de leche rebosante.

Abajo está subiendo la marea. La franja de arena se está reduciendo y solo quedan unas pocas personas en ella. Hay un par de pescadores con la piel curtida inclinados sobre su red y cuatro pequeñas siluetas a lo lejos, tanto que apenas puedo distinguirlas.

Los niños no son más que dos manchas blancas en la playa. Ella, una cabeza oscura brillante en el centro del círculo que forman las faldas rosas extendidas sobre la arena. Él, en movimiento constante, dejándose caer de espaldas, levantándose de nuevo, sacudiéndose la arena del pelo como un perro mojado.

Sé de inmediato, por supuesto, que se trata de él. Todo el pueblo está hablando de él, de su visita. No se ha hablado de otra cosa, pero, a decir verdad, aquí no hay mucho de lo que hablar. He oído sus historias alguna que otra vez, o a alguien contar una de sus bromas o imitar a uno de sus personajes ante las carcajadas de los demás, pero no estoy tan interesada en ellos por ese motivo, sino porque no puedo dejar de contemplar su felicidad, y de preguntarme a qué se deberá.

Dejo el cubo en el suelo y me acerco al borde del acantilado para

mirarlos, donde las flores amarillas crecen de entre las rocas.

Durante un momento parece que la mujer se ha quedado dormida; se le cae la cabeza hacia atrás contra el respaldo de la silla que han bajado a la playa, pero luego uno de los pequeños le tira del vestido y se despierta, le dice algo y se ríe. Y luego el bebé empieza a gatear, y el otro niño también, y todos se abalanzan sobre el vestido de la mujer y tiran de él, suplicantes. El viento arrastra sus gritos cómicos y los alza en ráfagas hasta donde me encuentro yo, con las manos metidas en el jersey de punto.

La marea no deja de subir, y empieza a alcanzar la zona donde los niños han dejado sus cosas amontonadas, pero están todos tan ensimismados que nadie se ha dado cuenta. Casi quiero bajar y avisarles de que les va a llegar el agua a los zapatos, y reprenderlos por su descuido, pero no lo hago, claro. Tan solo los observo desde mi sitio en el acantilado porque no me puedo ir. La escena es como una pantomima representada en un teatro, y yo estoy en lo alto, en los asientos baratos, y no puedo dejar de mirar. A lo mejor yo también sería así, me digo, si tuviera esa posibilidad. Si tuviera una vida en la que todo es tan fácil. ¿Cómo no iba a serlo?

Debe de quedar una media hora para que el agua alcance las rocas. Los pescadores se han marchado, conscientes del peligro.

En la playa, las olas ya le llegan a los tobillos al señor Dickens, y han alcanzado la silla de su mujer, de modo que se levanta, se ríe, recoge a una de las manchas blancas en brazos y corre por la playa mientras le ondea el pelo al viento.

Yo vuelvo a agarrar el cubo y me dirijo a casa.



Cuando los veo de nuevo el domingo, en la iglesia, sus hijos están

muy arreglados, con sus trajes de marineritos y el pelo repeinado y engominado, brillante como la melaza. Por los susurros que se extienden por los bancos, parece como si el mismísimo arcángel Gabriel hubiera entrado por la puerta, y no un escritor de comedias. Pienso en los dos momentos en los que los he observado sin que me vieran y me guardo bien ese secreto contra el pecho, como si de algún modo les hubiera robado una parte de ellos. Los niños son preciosos y rollizos, y el vestido de seda de ella brilla a la luz del sol.

Y después, cuando salgo de la iglesia al aire cálido de la mañana y estoy esperando a que mi tía termine de soltarle su larga queja al cura, lo oigo. Es solo un cotilleo que dice de pasada un marido a su mujer y me llega a mí. Se comenta como si fuera algo insignificante. Como si no fuera a cambiarlo todo.

El escritor y su mujer están buscando a un aya.

A unos cinco metros de mí, el señor Dickens está charlando a la sombra de un árbol con su mujer, que tiene a la bebé en los brazos y al niño colgado de sus faldas. Me late la sangre por las venas con tanta fuerza que puedo oírla. Me paso las manos sudorosas por la falda, lista para dar un paso adelante, pero, antes de que me dé tiempo a reunir el valor necesario, el señor Dickens se ha alejado de ellos a toda prisa y desaparece al doblar la esquina.

Sin pararme a pensar en lo que hago, lo sigo. Oigo a mi tía llamarme a mi espalda con voz de enfadada, con Jem a su lado, pero no me doy la vuelta. Echo a correr, medio riéndome por lo ridículo que es todo esto. Lo sigo deprisa por lo alto del acantilado, sorteando a los burros que están comiendo hierbas silvestres, intentando seguirle el ritmo.

Para ser tan pequeñito, es rápido. Empiezo a entender que no me va a resultar fácil alcanzarlo sin gritarle, lo cual no es la mejor

manera de presentarte como aya, alguien que debe mostrarse humilde y sosegada, que debe pasar desapercibida, de modo que tan solo sigo yendo tras él, con la esperanza de que en algún momento se detenga para descansar. Mientras avanzábamos, me fijo en los zapatos tan curiosos y llamativos que lleva, con punteras de charol que brillan entre la hierba. Lleva un bastón con el extremo de oro y un chaleco de un amarillo vívido, por lo que parece estar siempre reflejando la luz del sol y lanzando pequeños destellos extraños y deslumbrantes mientras camina.

Cuando llevo siguiéndolo una hora, empiezo a sudar. Ya ni siquiera me atrevo a rendirme y darme la vuelta, porque no tengo ni idea de cómo llegar a casa a salvo.

Cuando llega al faro se detiene y mira el horizonte. Más abajo, las olas rompen contra las rocas. Su perro da brincos a su alrededor con la boca abierta de la emoción. Empiezo a acercarme al fin, y estoy a punto de llegar hasta él, pero entonces se levanta y vuelve a caminar, y yo lo sigo, maldiciéndome.

Caminamos durante horas por los acantilados. Tengo tanta sed que me noto la garganta seca. Nunca he visto a nadie pasear durante tanto tiempo sin motivo. Ya casi podría estar a medio camino de Londres, creo, y casi estoy enfadada con él, como si recorrer una distancia tan larga cuando no es necesario fuera un capricho que no debería darse. Para cuando llegamos a Broadstairs, por la tarde, el sol se está poniendo tras la línea recta del mar. Estoy tan cubierta de polvo y tan acalorada que estoy a punto de caerme al suelo. Veo la amplia fachada blanca del hotel a lo lejos. Dentro de nada el señor Dickens desaparecerá en el interior, y habré perdido la oportunidad de hablar con él. Habré caminado todo este rato para nada, y él encontrará a alguna otra chica para contratarla. No soporto la idea.

Con un último esfuerzo repentino, acelero el paso para alcanzarlo cuando dobla la esquina.

—Disculpe, señor —casi grito.

Y él se gira, sorprendido. Durante un momento no sé qué cara va a poner. Si va a estallar o a adoptar una expresión infantil. Me mira deprisa de arriba abajo, asimilando mi cuerpo delgaducho y agotado.

—Mi tía me ha dicho que están buscando a una chica —le digo.

Por entonces mi forma de hablar era distinta. No la había pulido a base de copiar y practicar, dándoles vueltas a los sonidos en la lengua hasta que se quedaban a vivir ahí. En realidad nunca he creído que a los Dickens les importase mucho cómo hablara, pero después me empecé a relacionar tanto con gente de bien que se me fue pegando solo.

—Para ayudar con los niños y demás —añado deprisa, por si me ha malinterpretado.

Nos quedamos allí, a la sombra de los edificios, los dos sin aliento por la caminata frenética sobre los acantilados. Es joven; debe de ser solo un poco mayor que yo. Y de pronto siento casi como si fuera su igual: una idea peligrosa. Aparto la mirada para aparentar humildad. El perro lo observa con atención mientras merodea a su lado, como si esperara sus órdenes. Cuánto lo quiere este animal, pienso. Y eso hace que me caiga mejor.

—¿De verdad me ha seguido hasta el fuerte y de vuelta? —me pregunta.

—Pues…, sí, señor.

—Pero ¿por qué no me ha dicho nada?

—No… No quería interrumpirlo, señor.

Deja escapar una carcajada breve y brusca como un disparo de

pistola.

—¿Ha estado caminando durante cuatro horas para no interrumpirme?

—Sí, señor.

Me mira, encantado.

—¿Su nombre?

—Anne Brown, señor.

—Qué nombre tan apropiado, señorita Brown. Podría uno buscar por toda Inglaterra y no encontraría a nadie con un nombre tan increíblemente apropiado.

—Gracias, señor.

Ahora se está quedando conmigo. Burlándose de mí, como un hermano. Como mi hermano Thomas, con el zapato aún partido en dos, intentando tirarme del taburete cuando nadie estaba mirando. Por un momento me quedo paralizada, atrapada en el pasado, mientras el mundo se encoge a mi alrededor. Con un esfuerzo, logro dejar atrás a mi estúpido hermano, que ha fallecido y no va a volver jamás, y regreso a esta tarde, con el señor Dickens apoyado en el bastón, observándome. El perro hace sus necesidades en la hierba alta, a unos metros de nosotros.

—¿A qué se dedica su padre, señorita Brown?

—Es albañil, señor. En Londres.

—Muy bien. Una profesión noble. ¿Y no la necesita en casa?

—No, señor. Todo va muy… muy bien en Londres. Y mis hermanas también ayudan. Yo solo estoy aquí por… por la brisa marina.

Es extraño cómo, una vez que se ha descartado la verdad y has contado tu primera mentira, comienza a tejerse algo que parece casi tan sincero como la verdad. Y, si no tienes cuidado, no tardarás en

olvidar qué es cierto y qué no.

—¿Está usted acostumbrada a lidiar con niños, señorita Brown?

—Soy la mayor de ocho, señor.

En cierto modo es verdad.

—Ah, ¿sí? Bueno, pues entonces no se hable más. Podría decirse que está usted incluso sobrecualificada. —Levanta el bastón y señala con él el hotel blanco, a lo lejos—. Venga al Albion mañana a las dos en punto. No, a la una. Mi mujer acordará las condiciones con usted, si todo es del agrado de las dos. Solo será para el resto del verano. Como aya; supongo que así se podría llamar el puesto. ¿Cree que le vendría bien algo así?

—Sí, señor —digo al instante—. Muy bien, señor.

—De acuerdo. Venga mañana, entonces.

Tras agitar el bastón, se pone en marcha hacia el hotel, caminando deprisa. El perro se queda en su sitio, olisqueando el poste de una valla. No entiendo por qué no lo sigue.

—Su perro, señor —le digo, insegura.

—¡No es mío! —grita por encima del hombro, sin girarse.

Me quedo allí plantada durante un momento, embriagada por el triunfo y el alivio. El perro, liberado de su hechizo, sale trotando hacia la playa. Lo veo bajar por el sendero pedregoso, deteniéndose de vez en cuando para levantar la pata sobre la hierba.

El trabajo aún no es mío, me recuerdo. Solo es una posibilidad. Pero, aun así, me tiemblan las manos.

Me siento en el muro y pienso en que he tenido al señor Dickens delante de mí, con el extremo dorado del bastón brillando al sol, tan cerca que podría haber alargado el brazo y tocarlo. Pienso en su actitud juguetona, su ingenio, esa despreocupación ante su riqueza. Nunca he estado tan cerca de un hombre así. De una vida así, en la

que todo resplandece y nunca falta de nada. La idea me atrae como un imán, a pesar de haberme pasado la mañana sentada con los demás en la fría iglesia oyendo un sermón sobre los peligros de la fama y del oro. Sobre la vanidad, y que nunca trae nada bueno.

Dadme una oportunidad, pienso. Solo una oportunidad, y la aprovecharé. Lo deseo con tantas ansias que me martillea el corazón. Y, para conseguirlo, solo tengo que adaptarme al molde en el que quieren que encaje.



Al día siguiente me froto la cara con jabón carbólico hasta dejármela casi en carne viva y las uñas rojas. Me pellizco las mejillas con toda la fuerza que puedo para darles cierta apariencia de salud. No quiero que la sombra de mi historia los asuste y les arrebate la felicidad.

Me detengo en el pasillo y respiro hondo. Si no le caes bien a la señora Dickens, no hay mucho que puedas hacer, Anne Brown, me digo a mí misma. Pienso en las palabras de mi padre: que seré una mala madre. Que no se me dan bien los niños. Pero estos niños se me van a dar bien, me digo. Cueste lo que cueste.

Llamo a la puerta con determinación y me sorprende ver que se abre casi de inmediato y aparece el señor Dickens, con un paraguas en una mano y un bastón en la otra. Parece que va a salir. ¿Habré llegado en un mal momento?

—Señorita Brown.

—Buenas tardes, señor.

Me mira rápido de arriba abajo, con una mirada penetrante, y me preocupa haber cambiado de algún modo, o no ser como él recordaba, y que me rechace de inmediato.

—¿Va a perseguirme por Kent de nuevo, como ayer?

—No, señor.

—Bueno, pues entonces pase, pase, no hace falta que se quede ahí plantada.

El señor Dickens se aparta y se pega contra la pared con brusquedad, y yo paso por delante de él y entro en las salas de techos bajos. Están muy bien cuidadas y ordenadas. De inmediato me transmiten la agradable sensación de seguridad de un hogar, aunque este sitio no tenga nada que ver con los hogares que he conocido. Hay una carta en la mesa pendiente de envío, con unos garabatos delicados en el sobre y la tinta aún fresca. Mantas de playa todavía con arena bien dobladas en una cesta. Una maceta con flores recién cortadas del jardín. Olor a madera, a humo.

La señora Dickens está sentada en un sillón verde, junto a la ventana. Ahora veo lo abultada que tiene la barriga, tanto que parece estar aplastándole el cuerpecito menudo contra el sillón, como si no fuera a poder levantarse por más que lo intentase. Tiene a una bebé con el pelo rubio y fino en el regazo, y a los pies hay un niñito de unos dos años, quizá, jugando con unas piezas de construcción. Al ver a su padre, lanza las piezas por los aires y sale corriendo por la habitación con los brazos extendidos, a punto de tropezarse con el faldón.

—Papá.

El señor Dickens lo recoge y lo lanza al aire, tan alto que temo que se golpee la cabeza contra el yeso.

—Hola, Snodge.

Vuelve a bajar al niño al suelo y el pequeño se queda de pie, tambaleante, antes de volver a tirarle de la chaqueta, con la cara colorada.

—Quiero caballito.

—Estoy muy ocupado, hijo. Pero ha venido la señorita Brown a jugar contigo. Es un caballito excepcional, ¿no es cierto, señorita Brown?

Estoy demasiado desconcertada como para responder, pero de todos modos al chico no le interesan mis aptitudes en ese sentido, y vuelve a tirar de la chaqueta de su padre.

—Papá, caballito.

—Ya está bien —dice con una firmeza que me hace levantar la vista.

Pero, si había algo de ira en su voz, se desvanece tan rápido como ha llegado, y ahora se está apartando el pelo oscuro de la frente, como si intentara alisárselo.

—Kate, esta es la señorita Brown. Señorita Brown, esta es mi esposa.

La saludo con un movimiento de la cabeza que espero que sea adecuado.

—Hola, señorita Brown —me dice la señora Dickens.

Habla con una voz suave, con un ligero deje escocés, pero nada que ver con los escoceses de rostros colorados de las obras de teatro, que resoplan y jadean y le gritan al público. Y entonces me sonríe, y la calidez de su sonrisa me da ganas de llorar como una niña pequeña. Es como si hubiera estado conteniendo el mar tras un muro de hielo, y un solo soplo de su amabilidad amenazara con derretirlo y crear un agujero en él. Me veo obligada a apartar la vista para recobrar la compostura.

—La señorita Brown es experta en bebés —dice el señor Dickens—. Es perfecta para ayudarte, ¿no te parece, Kate?

—Encantada de conocerla, señorita Brown.

La señora Dickens vuelve a sonreír y se aparta los rizos con una mano pequeñita y rolliza. Lleva una sortija azul en el dedo. Sus uñas son como caracolas pálidas. Me llevo las mías, cortas y rotas, a la espalda para ocultarlas.

—A la señora Dickens —dice su marido— la acosan los niños a todas horas. No puede ni moverse por su culpa, y hay que rescatarla de ellos.

Me mira con las cejas arqueadas, como si me estuviera retando a llevarle la contraria. No tengo intención de hacer tal cosa, aunque en secreto me parece que le gusta exagerar, y me encantaría decírselo.

—Sí, señor.

—Fantástico. Nos vamos a llevar muy bien.

Nos está diciendo algo que él ya ha decidido por su cuenta, de modo que repito:

—Sí, señor.

—Bien, bueno, os dejo.

Me estudia una vez más y luego se despide de mí con un enérgico movimiento de la cabeza, y de su mujer con otro, y se dirige al vestíbulo distraído antes de darse la vuelta.

—Voy a dar un paseo, Kate. Volveré a la hora de cenar.

—De acuerdo, querido —responde ella—. Parece que va a…

Pero él ya se ha ido al vestíbulo y está gritando, sin mirar atrás:

—¡Estoy preparado! ¡Adiosito, Snodge!

—Osito —responde como puede el niño.

La puerta se cierra de golpe tras el señor Dickens, y con él se va todo el aire de la habitación. Yo me quedo ahí plantada, insegura, en esa quietud repentina.

La señora Dickens cambia a la niña de postura en el regazo para dejarla de cara a mí. Tiene la sombra de una pequeña papada bajo la

barbilla.

—Seguro que mi marido ya te lo ha explicado todo. Con lo que necesito ayuda es con los niños. Alguien que los bañe, que los vista. Que se los lleve a la playa por las tardes para que pueda descansar un poco.

—Sí, señora.

—Mamá juega —dice el pequeño, dándole palmaditas en la pierna.

—Ahora no, Charley. Construye una torre con eso. —Le da un golpe a las piezas con una mano, como para animarlo, y luego vuelve a mirarme—. ¿Tienes hermanos o hermanas, Anne?

—Sí, señora.

Martha, jadeando y asfixiándose contra mi hombro. Thomas, con los ojos amarillentos y saltones como lámparas en la oscuridad. El olor a sudor y a caca por todas partes.

—Qué bien. ¿Viven en Broadstairs?

—Están en Londres, señora. Pero uno de mis hermanos, Jem, está aquí conmigo.

—¿Y tus padres?

—En Londres también.

Por la ventana veo las nubes que se acercan sobre el mar. A lo lejos hay un barquito tratando de llegar a la orilla antes de que comience a llover, y lo observo con atención, intentando guiarlo con los ojos para que vuelva a casa a salvo.

—Caballito —dice el niño—. Haz de caballito ahora.

—No puedo hacer de caballito, Charley, porque estoy hablando con la señorita Brown. No debes interrumpirnos.

—Papá hace de caballito.

—Papá ha salido a pasear. Venga, ven a sentarte en mis rodillas como un niño grande.

Deja a la bebé a un lado y el niño se sube a su regazo y le agarra la cara con las manos a modo de protesta, supongo, por la ausencia de caballos disponibles. La señora Dickens se quita los deditos de su hijo de la boca, uno a uno.

—A Charley le gusta agarrar —dice en un tono amable—. Charles lo llama la Gran Langosta. Lo cual es muy apropiado porque, cuando intentas que te suelte, se pone todo colorado.

—Hola, Charley —le digo.

El niño deja de intentar meterle los dedos a su madre en la boca de nuevo y los dos nos quedamos mirándonos.

—¿Quién eres?

—Soy Anne.

—¿Qué haces aquí?

—He venido para cuidaros.

—Mamá cuida.

—Sí, tu mamá también te cuida.

Bajo la vista al suelo, donde está la bebé, rolliza y con unos ojos grandes y un gorrito para el sol, y me devuelve la mirada y emite unos ruiditos propios de los bebés.

—Hola, Mary —le digo.

Algo le cruza el rostro a la señora Dickens, una especie de sombra, y me pregunto, aterrada, si habré dicho algo malo.

—La llamamos Mamie. Mary era mi hermana, que falleció, de modo que ella es Mamie.

La vergüenza me abrasa.

—Lo siento mucho, señora.

—Por favor, no pongas esa cara de preocupación. Evidentemente no podías saberlo. —Baja la mano y le acaricia la espalda a su hija—. Mamie es una niña muy tranquila y tierna —dice—. Charles la llama

Mild Glo'ster, como el queso. No se enfada nunca.

O sea que es como tú, pienso. Y de pronto no puedo evitar imaginármelas como dos quesos tiernos y de sabor suave, uno más grande y otro más pequeño. Y es en ese momento, supongo, cuando reparo por primera vez en el poder de la mente del señor Dickens. A nadie se le da tan bien como a él meterte una idea graciosa en la cabeza y lograr que arraigue. Una vez que he visto el mundo a través de sus ojos, ya no puedo verlo tal y como es, sino que todo parece más cómico, y más trágico, de lo que lo era a través de los míos.

El queso pequeñito está gateando hacia la ventana con el trasero levantado y envuelto en grandes volantes. Encuentra el sonajero, que se había caído y había aterrizado bajo una silla, y se sienta para mordisquearlo.

La señora Dickens mira a su bebé, y luego a mí, y me doy cuenta de lo despacio que mueve los ojos siempre, como si nunca tuviera prisa y recorriera el mundo con la mirada a su ritmo aletargado.

—El señor Dickens es bastante… quisquilloso. Respecto a cómo se han de hacer las cosas.

—Entendido, señora.

—Son sus normas las que debes acatar, en todos los asuntos. Ya te ayudaré yo a aprender cómo le gustan las cosas.

¿Hay algo tras sus palabras? ¿Cierto nerviosismo? Pero el señor Dickens es un escritor famoso, un señor importante y magnífico. Es normal que sea exigente.

—Por supuesto, señora.

—Entonces nos llevaremos de maravilla. —Vuelve a sonreír—. Ven mañana a las nueve y empezaremos, si te viene bien.

—Sí, señora.

Se me acelera tanto el corazón que sale disparado y me deja a mí

atrás. Un trabajo. Un trabajo que me permitirá adentrarme en el mundo de esta familia, un mundo de abundancia, de casas cálidas donde la gente te habla como si importases. De niños satisfechos y rollizos, y bastones con puntas de oro que reflejan el sol, y de risas espontáneas, como si la vida fuera algo fácil y agradable. Quiero pellizcarme, pero no me atrevo, por si acaso se me escapa de las manos toda la buena suerte al llevar a cabo ese movimiento.

—Perfecto, entonces —dice la señora Dickens—. Estaré en casa para ayudarte a familiarizarte con los niños.

Asiento, me inclino hacia delante en una reverencia torpe y le doy las gracias. Y luego vuelvo a salir a la tarde oscura y miro el cielo, cargado con la promesa de la lluvia, y mientras me alejo del edificio amplio y blanco me doy cuenta de que ya añoro la comodidad de su interior.



No sé cómo desempeñar el trabajo de una criada. Solo he visto destellos de otras sirvientas en el pueblo, con la cabeza gacha y con gorra, corriendo de aquí para allá en busca de cosas, o de criados montados en lo alto de los carruajes con el rostro inexpresivo. Lo único que sé es que ni siquiera se debe notar tu presencia, y que siempre debes decir que sí.

Y así es como empiezo, en esos primeros días junto a la costa, pero no tardo en comenzar a ver que el señor Dickens es distinto de los demás hombres. De pronto te mira como si fueras lo más fascinante que ha visto en la vida y al momento te ignora como si te hubieras esfumado, ya seas un repartidor de periódico o el cura. Es la persona con la actitud más volátil que he visto nunca. Me inquieta.

A medida que pasan las semanas, Broadstairs se va llenando de

gente de Londres. El señor Dickens ha terminado un libro que ha titulado *Nicholas Nickleby* (un nombre que oigo tan a menudo, y con tanta familiaridad, que casi podría ser uno de sus hijos), y por tanto al fin tiene tiempo para tomarse unas vacaciones. Y allá donde vaya el señor Dickens debe llevarse a sus amigos, o eso me cuenta su mujer, ofreciéndome una de sus sonrisas amables. Tiene una sonrisa curiosa, toda amabilidad, pero entretejida de algún modo con una suerte de sombra que parece originar algo que nadie más puede ver. No logro entenderla del todo. Así es como sonreiría yo, si tuviera que sonreír a todas horas, después de que haya muerto todo el mundo.

Me fijo en que la señora Dickens siempre está presente, uniendo a todo el mundo, solventando los problemas antes de que ocurran siquiera, en un segundo plano, pasando desapercibida. Y también veo que a veces desearía formar parte de la diversión. En compañía, en ocasiones hace bromas espantosas. Juegos de palabras, supongo que se llaman. Es curioso, casi como si decidiera esforzarse por resultar graciosa y soltara la broma en un impulso y al final no le saliera bien. Pero su marido es generoso y no permite que quede mal cuando están con gente. Me doy cuenta de ello. Cuanto peor es la broma, más gruñe y se desternilla él, agarrándose el pelo, haciéndose el horrorizado, como si su mujer le estuviera haciendo daño con un humor tan horrible. Veo que hace como si fueran un dúo cómico, como si estuvieran en el escenario, involucrándola e incluyéndola para suavizar la incomodidad del momento.

También está su hermano, un hombre castaño con cara de aturdido y una risa estridente, y un amigo artista y un actor, y otros hombres con bigote vestidos con ropa llamativa, y dos jovencitas risueñas que la verdad es que me parecen bastante ridículas. Y todo son juegos y

pícnics y diversión, y los días pasan deprisa y con alegría. Algunas noches duermo en el suelo de la cocina con Jem, y otras en el hotel con los niños, para ocuparme de Mamie cuando se despierte. No me gusta pensar en lo que ocurre cuando no estoy con Jem. Pero tampoco me puedo permitir pensar en ello. Así que solo juego con los niños y les doy baños calientes en los que meto primero el codo para comprobar el agua, tal y como me ha enseñado la señora Dickens, y les pongo sus camisones blancos y suaves y los acuesto, e intento ser invisible, y decir siempre que sí a todo. Me aferro a esta nueva familia, a los cuerpos calientes de los pequeños y a la paz de su hogar, y no pienso en la sombra de temor que va en aumento a medida que transcurren los días de agosto, dejando paso a la incertidumbre.



Estamos en la playa y brilla el sol. Las mujeres tienen unas sombrillas clavadas en la arena para protegerse de su fulgor. Están sentadas bajo ellas, en círculos de sombra, riéndose unas con otras y picoteando la amplia variedad de comida que hay dispuesta sobre la manta. Tanta que casi se me anegan los ojos de lágrimas. Ternera asada fría, jamón, lengua y pato a la parrilla. Pasteles de ternera, hojaldres de fruta y un *blacmange* que se tambalea en una bandeja.

Las gaviotas merodean a nuestro alrededor, con sus rodillas temblorosas, esperando su oportunidad, y los otros pájaros más pequeños dan saltitos nerviosos entre ellas.

Intento no mirar la comida y mantenerme ocupada con los niños, sin levantar la vista. Charley y yo construimos un castillo de arena: primero reunimos un montón y luego le damos forma con las manos. El señor Dickens se acerca y le añade una caracola, y en ese

momento me fijo en el anillo que lleva, una baratija bastante femenina, nada que ver con lo que cabría esperar de un caballero.

—Toma —dice—, una ventana para tu torre.

—Ventana, no —replica Charley, y la aparta.

—Viene bien tener una ventana para que el rey pueda ver el exterior —digo deprisa y vuelvo a colocar la caracola en su sitio y le doy unas palmaditas a la arena húmeda—. No puede haber un castillo sin ventanas, Charley. ¿Cómo va a ver el exterior el rey?

El señor Dickens sonríe, satisfecho.

—Exacto, señorita Brown. Los castillos han de tener ventanas.

La señora Dickens ha preparado langosta hervida que ha guardado en las cestas que usan para los pícnics, servida con unos panecillos.

—Prueba un poco, Anne —me ofrece.

De pronto todo el mundo me está mirando.

—¿No quieres probarla? —insiste y me sonríe, ofreciéndome un trozo.

Vacilante, lo acepto y muerdo la carne blanda, y saboreo la sal y el toque de limón. Sabe a Broadstairs. A frescura y a libertad.

—Está muy bueno, gracias —digo, porque tengo que decir algo, mientras siento que la mirada de todos los presentes me quema la cara.

La señora Dickens vuelve a recostarse, feliz, y se lleva un hojaldre de fruta a la boca, y la costra de azúcar le cae sobre el vestido como copos de nieve. Reparo en que le gusta complacer a los demás. Intento recordarlo y añadirlo al pequeño inventario que guardo en la cabeza, para poder complacerla yo más a ella. Tengo uno para cada uno de ellos. No poner nada fuera de su sitio en la casa. No dejar pasar ni el más mínimo indicio de enfermedad en los niños. No

adular a Charles, que prefiere la franqueza.

Creo que estoy empezando a entenderlos. O a entender cómo encajo yo con ellos. Cómo ser lo que quieren que sea. Pero, para mi sorpresa, me parece que a los niños les caigo bien tal y como soy. Se alegran cuando me ven y, de algún modo, me doy cuenta de que yo también me alegro de verlos. Es muy distinto, supongo, cuidar de niños cuando no tienes frío ni hambre ni nada que hacer además de jugar. Empieza a resultarme casi divertido.

Me llevo a Charley a la orilla, con Mamie apoyada en la cadera, y buscamos plumas para hacer una bandera. Cuando regresamos, los demás están hablando de América. De lo mucho que admiran allí los libros de Charles, y de que hay interés por que haga una gira. La señora Dickens parece quedarse callada cuando se saca el tema. América, pienso. Menuda idea. Cruzar el mar hacia Dios sabe dónde, poniendo en peligro la vida y la integridad física. Menuda aventura.

El señor Dickens agarra un palo y lo tira para un perro que sale disparado tras él, lanzando arena por los aires. Y luego me mira.

—¿A ti te gustaría viajar por el mundo, Anne? —me pregunta tranquilamente—. ¿O eres más de quedarte en casa, como mi Kate?

La señora Dickens parece dolida durante un segundo. No se me ocurre qué responder a la pregunta, salvo que nunca he tenido el lujo de planteármelo siquiera. Que es algo que me queda tan lejos como el rey de España, y que permitirme pensar en esos asuntos no puede traer nada bueno.

—¿Y a dónde iba a viajar? —digo, pero al momento me arrepiento, ya que al señor Dickens se le ilumina la cara ante la pregunta.

—¡Eso! ¿A dónde te gustaría viajar? Si tuvieras el mundo entero a tu disposición y fueras libre de ir a donde quisieras.

Todos me miran, entretenidos. Me entra el pánico y me suda la nuca. La verdad es que no me sé el nombre de ningún sitio. Siento como si estuviera ante un acantilado y fuera a caerme en el enorme agujero de mi propia ignorancia.

Así que tan solo digo:

—He oído que el mundo es casi todo igual, vayas a donde vayas.

Me sale más brusco de lo que pretendía. Charles estalla en carcajadas.

—No hay nadie como Anne —le dice al grupo— para bajarle los humos al mundo.

Agarra otro palo, aún riéndose, y lo lanza con fuerza. No hay nadie como Anne, dice, como si fuera su igual. Formo parte de ello, pienso. De la pantomima. Estoy con ellos en el escenario, interpretando mi papel. Atrapando a Charley cuando intenta escaparse y riéndome mientras le da patadas a la arena con las piernecitas blancas. Si estuviera ahora en lo alto del acantilado y mirara hacia abajo, me vería a mí misma en la escena.

Charley se me sube a la espalda y me alejo hacia las rocas a cuatro patas, relinchando como un caballo, y en ese momento estoy segura de que veo un rostro entre las rocas.

Se rumorea que siguen viniendo contrabandistas a la bahía. A veces me los imagino arrastrando barriles por la arena húmeda por la noche. Trato de ignorar ese pensamiento. Esta vida tan cómoda me está volviendo asustadiza. Pero, cuando miro de nuevo, estoy convencida de que hay una cara. Una cara pálida, acechando tras las rocas. Miro más de cerca y entorno los ojos para ver mejor. Y entonces me doy cuenta de que es Jem. Observándonos.

Me invade el terror. Desesperada por ahuyentarlo, pienso en cómo puedo indicarle que se vaya y vuelva a casa sin llamar la atención.

No puedo permitir que esté aquí, no puedo dejar que le vean la cara y la ropa, mugrientas por la falta de atención, por todas las horas que he tenido que dejarlo solo en la cocina inmunda de mi tía. No puedo permitir que vean su mirada atormentada, o peor aún, que se vuelva loco, como le pasa a veces cuando regreso a casa del trabajo, cuando me muerde y me da patadas y grita las palabras soeces que solía decir nuestro padre antes de calmarse de nuevo. Me quedaría sin trabajo al instante. Lo estoy haciendo por Jem, me digo entonces. Por los dos.

—Arre, caballito —dice Charley, dándome golpecitos en el hombro con el puño.

Me giro hacia el mar, dando la vuelta a cuatro patas, tratando de no mirar hacia las rocas ni pensar en Jem merodeando por allí.

—¡Arre, arre, arre!

—¡Snodge, paciencia! —grita el señor Dickens desde lejos.

—Más rápido, caballito, por favor —chilla Charley, y yo relincho una y otra vez mientras me raspo las rodillas con la arena a través de las finas medias de lana. No me atrevo a girarme, no me atrevo a mirar atrás, por si el señor Charles, tan perspicaz como siempre, sigue la dirección de mi mirada.

Cuando reúno el valor necesario para volver a mirar, Jem ya se ha ido. Animada por el alivio, me bajo a Charley de la espalda y lo dejo tumbado sobre la arena caliente. Y luego le hago cosquillas hasta que sus aullidos de gozo se alzan, estridentes, y dispersan mis preocupaciones y mi enfermizo sentimiento de culpa por la brisa salada del mar.



Me agarro bien el chal mientras camino con cuidado por el sendero

resbaladizo y arenoso, salpicado de las hierbas y flores silvestres que tanto me han empezado a gustar. El señor Dickens y su hermano han organizado un baile en el embarcadero inclinado que se adentra en el agua. Han permitido que los niños también asistan, y yo he de supervisarlos y, aunque se está haciendo tarde, estamos bajando juntos por el sinuoso camino desde el hotel, en lo alto del acantilado. Charley va agarrado a mi mano; la señora Dickens, aferrada a la barandilla para no caerse; y Mamie, en brazos del señor Dickens, como un premio que ha ganado en la feria.

Se está levantando viento desde el mar mientras el sol comienza a ponerse. Charley me tira del brazo. Tiene un nuevo muñeco, una marioneta de un soldado con un uniforme rojo, ojos azules y un bigote negro, tupido y brillante pintado.

—Mira mi soldadito, Annie.

—Es muy elegante —le digo—. ¡Ten cuidado de que no se le vuele el sombrero!

La bandera del embarcadero ondea con brusquedad al viento mientras recorremos la estrecha franja del muelle hacia la fiesta y, bajo nosotros, las olas rompen contra los muros a ambos lados.

Pienso que apenas nos separa nada del mar embravecido. Que estamos bailando, riéndonos y bromeando justo encima de él, como si su violencia no nos fuera a arrastrar en cuestión de segundos si nos cayésemos de pronto.

Hay un hombre tocando el acordeón, uno del pueblo a quien suelo ver en la iglesia, todo arreglado y formal y con la camisa abotonada hasta arriba, pero que ahora se la ha desabrochado y está sentado, remangado, moviéndose al ritmo chirriante del instrumento. Dejo en el muro la cerveza de jengibre y el bote de galletas de mantequilla para los niños, y me pregunto si más tarde encontraré la manera de

llevarle algo a Jem sin que parezca que estoy robando.

Todo el grupo está bailando y saltando por el embarcadero, unos dando vueltas en los brazos de otros y girando a toda velocidad. Fred pasa por delante de mí deprisa, haciéndole muecas a Mamie, que chupetea su galleta y estalla en gorjeos ante los adultos y sus locuras cuando pasan corriendo y la saludan con la mano. La señora Dickens, que tiene el vientre demasiado abultado como para bailar, está de pie, dando palmas. Charley da saltos sin moverse del sitio, y yo casi empiezo a sentir que me llama también la música, y repiqueteo el suelo con el pie bajo las faldas. Todo el mundo está embriagado por la música y la cerveza y el viento y el sol poniente, como miel sobre la arena.

Sentada cerca del grupo, pero un poco apartada, hay una chica a la que llaman señorita Christian, dibujando. Siempre está haciendo bocetos en su pequeño cuaderno, plasmando todas las fiestas. Sus dibujos me parecen muy realistas. Tiene un don para captar los detalles de la gente, como la inclinación de la cabeza o la forma de la barbilla.

Veo al señor Dickens estudiándola mientras la chica dibuja con la cabeza ladeada.

—¡Tenemos a Rembrandt entre nosotros! —grita en su dirección.

La chica sonríe, pero no dice nada. El señor Dickens se aparta de quienes bailan y se acerca a donde está sentada ella.

—Oh, noble genio, deje el pincel y baile conmigo.

La señora Dickens los mira y luego aparta la vista, todavía sonriendo como para demostrar que no le importa en absoluto. Hoy el señor Dickens está descontrolado, pienso, como una cometa al viento.

La señorita Christian niega con la cabeza.

—¡Se lo exijo! —grita, y la chica se ríe, insegura, y luego deja el bloc y se pone en pie.

Es bastante tímida, y se sonroja mientras se aproxima a él, vacilante.

Con un movimiento rápido, el señor Dickens la agarra y se la acerca para adoptar una postura de baile, agarrándola de la cintura, con la cara demasiado cerca de la suya.

La chica se ríe e intenta apartarse, pero la tiene inmovilizada, y no puede separarse sin forcejear.

—Ay, ya está bien —le dice, y noto que se está poniendo nerviosa —. ¡Señor Dickens, pare!

—Charles. —La señora Dickens lo llama desde el otro lado del embarcadero, aunque el viento amortigua su voz—. Deja que la pobre chica siga dibujando.

Pero, antes de que me dé cuenta de lo que está ocurriendo, el señor Dickens se está moviendo, tirando de la señorita Christian deprisa, corriendo con ella por la pendiente hacia el mar. Al final hay un poste alto, como dos veces el señor Dickens, cuya base azota el agua, y, cuando llega hasta allí, empuja a la chica contra él para que no pueda rodearlo y liberarse, sino que se quede atrapada, con los pies en el mar agitado.

La mayor parte del grupo sigue bailando; algunos, ensimismados, no se han dado cuenta de lo que ocurre, pero veo a la señora Dickens moverse con pesadez hacia ellos por el embarcadero, con una mano en el vientre.

—¡Charles! —grita con una voz débil que acarrea el viento—. ¡Charles!

Sin pararme a pensar, tomo a Charley de la mano y los sigo deprisa, aunque no tengo ni idea de qué demonios voy a hacer

cuando llegue. Conforme me acerco, veo que la chica se está retorciendo como un animal que intenta escapar de una trampa, y oigo al señor Dickens, cuya voz resuena como si estuviera interpretando un papel en el escenario.

—¡No se resista, pobre pajarillo!

La chica se ríe sin ningún humor y luego grita cuando el mar vuelve a alcanzarle los pies, y se vuelve a reír como para compensar el grito.

—¡Ay, por favor, suélteme! —le suplica.

Me estoy empezando a poner enferma observando la escena.

—¡Nunca, hermosa doncella! —grita el señor Dickens—. ¡Que las olas nos lleven a los dos!

Las olas vuelven a romper contra sus piernas, ahora tan altas que le salpican la cara, y la chica farfulla sacudiendo la cabeza y tratando de separarse de él. Pero, aunque el señor Dickens no es un hombre muy corpulento, ella no es lo bastante fuerte como para liberarse de sus garras sin correr el riesgo de caer al agua, de modo que siguen sacudiéndose contra el poste, con todo el peso de él sobre el de ella.

—¡Suélteme! ¡Suélteme! ¡Ay, por favor, mi vestido!

Ahora sus gritos se elevan, y el pánico auténtico de ella se mezcla con la teatralidad de él.

Los demás han empezado a bajar para comprobar a qué viene tanto jaleo, y se han quedado también ahí plantados, sin saber si reírse o no. Detrás de nosotros, en alguna parte, el acordeonista sigue tocando para nadie. Se oyen unas pocas carcajadas escandalosas de los hombres, pero se van acallando y parecen fuera de lugar. Charley lo observa todo en silencio a mi lado, como hipnotizado, aún agarrándome de la mano.

—¡Charles! ¡Charles! ¡Para ya! —vuelve a pedirle la señora Dickens

a gritos, con urgencia esta vez, pero su marido no la escucha.

Entonces entiendo que no va a parar por su mujer, que jamás parará por ella. Que no piensa escucharla, ni ahora ni nunca. Lo veo con total claridad en ese momento, y no me hace ninguna gracia.

—¡Su vestido! —repite la señora Dickens, impotente—. ¡Se lo vas a estropear! ¡Solo tiene un vestido de seda, Charles!

—¿El vestido? ¡Qué más me dará a mí el vestido! Cuando nos envuelva el manto de la noche, cuando ya nos hallemos al borde del gran misterio, ¿acaso nos importarán las futilidades terrenales?

Para, quiero decirle. Ya está bien de disparates. Deja de parlotear y de decir tonterías y de comportarte como un idiota. Aleja a la chica del agua. ¿Es que no ves que quiere que pares?

—¡Vamos, Poseidón! —está gritando el señor Dickens—. ¡Llévate a esta hermosa doncella! ¡Sacrificamos a nuestra gran artista a tu monstruosa voluntad!

Mamie rompe a llorar y empiezo a mecerla contra la cadera, distraída. Algunos de los hombres se dirigen hacia ellos, como si fueran a intervenir, pero luego se detienen, inseguros, como si los estuviera reteniendo una especie de fuerza que rodea al señor Dickens y lo vuelve intocable.

—No puedo. No lo soporto. Déjeme ir, por favor, ¡por favor!

Y entonces, tan rápido como la ha agarrado, el señor Dickens la suelta, le libera las manos, se aparta de ella y vuelve a subir por el embarcadero hasta donde está sentado el hombre del acordeón, aún tocando, bajo los banderines que ondean con frenesí.

—Ay, por el amor de Dios —dice la señora Dickens—. Oh, pobrecilla.

La chica está llorando mientras se aleja del agua. Tiene el vestido hecho un desastre, un amasijo de tela oscura que arrastra tras ella.

La señora Dickens se acerca a ella protestando con su suave acento. Los demás se alejan de la escena, como si estuvieran deseando reanudar la fiesta o distanciarse de la chica desconsolada.

—Ay, querida, pobrecita mía, el vestido… Debes de estar disgustadísima —le dice la señora Dickens.

La chica está jadeando y sollozando, y a mí no me parece que se deba en absoluto al vestido.

—Bueno, quizá se puede limpiar —dice la señora Dickens para reconfortarla—. Quién sabe.

La señorita Christian se sienta en el muro bajo con el rostro enrojecido. Los rizos se le han convertido en mechones lacios que se le pegan al rostro por el sudor. La señora Dickens le tiende un pañuelo con una «K» bordada en hilo rosa pálido. A unos tres metros de allí, el señor Dickens y su hermano siguen divirtiéndose, bailando y agarrando a los demás invitados para que den brincos por el muelle, pero el ambiente ha cambiado. Una chica, amiga de la señorita Christian, se aleja un poco del señor Dickens. Está entre la espada y la pared: teme seguirle el juego y teme negarse. Algunos de los hombres siguen sonriendo, pero es como si se les hubiera quedado la sonrisa fija en la cara, como si desearan seguir divirtiéndose pero no tuvieran claro qué hacer.

—No le hagas caso —le dice la señora Dickens a la chica para consolarla—. A Charles. No le hagas ni caso. Cuando está de buen humor se vuelve demasiado efusivo.

—Ah, no, no pasa nada —responde la señorita Christian, ansiosa —. Es solo por el vestido. No tengo otro de seda, pero no pasa nada.

—Seguro que queda como nuevo cuando se seque. Venga, vamos a extenderlo para ver si el viento ayuda. —La señora Dickens se agacha a pesar del barrigón e intenta estirar la tela empapada en

forma de abanico—. Ya está, imagino que así se secará. Voy a traerte una galleta y un poco de azúcar para que se te pasen los nervios.

Se pone en pie con torpeza y se gira hacia donde la espero yo con los niños, a tan solo unos metros.

—Anne, ¿puedes llevarte a los niños al hotel y acostarlos? Nosotros iremos más tarde —me dice con una sonrisa. Siempre está sonriendo—. Estos niños, con sus jueguecitos y sus travesuras…

Desvío la vista hacia donde está sentada la chica, aún llorando a solas.

—Demasiada efusividad —añade la señora Dickens, como si le preocupara que pudiera estar pensando otra cosa.

No digo nada, pero asiento y me llevo a Charley de la mano, me paso a Mamie a la otra cadera, y vuelvo a subir por el embarcadero con los dos.

Charley permanece en silencio, con los ojos muy abiertos, aún aferrándose a su marioneta. Mamie también se ha quedado callada ante todo el jaleo. Les doy un baño en el hotel, en la tina, y les froto los hombritos con un trapo hecho una bola. Una vez que están en la cama, a salvo, me siento en la silla que hay junto a la cama, a la luz de la única vela que hay en la estantería.

Estoy inquieta.

He visto a niños comportarse de ese modo en el barrio pobre en el que vivía. Agarrando a las niñas como si su miedo no fuera auténtico, como si quedara anulado en aras de la diversión. Pero no esperaba verlo aquí. La vela arde en su danza solitaria, y yo la observo en silencio mientras me atraviesa una nueva sensación incómoda.

Al día siguiente me encuentro con que todos han vuelto al hotel, incluso las chicas. Las veo desde la puerta, ya que las habitaciones

son tan pequeñas que el cuarto de los niños casi da a la sala de estar. Todavía se están riendo, haciendo mímica y susurrando entre ellos. La señorita Christian se ha convertido en un narciso, sea lo que sea eso, en el juego en el que cada uno se pega un trozo de papel a la cabeza y hay que adivinar qué pone.

—¿Soy algo bonito? —pregunta, ladeando la cabeza de manera inquisitiva, y el señor Dickens asiente y dice que sin duda.

La señorita Christian se ríe, encantada, y mientras tanto la señora Dickens los observa desde su sillón, sonriente, como si ella también estuviera encantada de ver a su marido elogiar a una chica guapa.

Y entonces el señor Dickens propone una canción y la señorita Christian se sienta a tocarla, y canta como si ayer no hubiera estado gritando y empapada y asustada.

—Bravo, señorita Christian.

Cuando acaba, el señor Dickens se pone en pie y aplaude con fuerza. Su hermano lo acompaña.

—Además de belleza, también tiene talento, ¿no te parece, Fred?

La señorita Christian se sonroja y sonríe.

Me pregunto entonces si estaré equivocada, si tan solo estaré tan extrañada y asustada por mis orígenes humildes. A lo mejor da todo igual. No era más que un vestido. Ya se comprará otro. Ya se sabe que las chiquillas son muy bobas con los vestidos, y la señorita Christian es igual de boba que las demás por haberse echado a llorar por un vestido de seda. Al final resulta que está encantada de verse acompañada de un hombre tan famoso y aclamado, y de seguir siendo el centro de la atención y la diversión.

Tal vez lo ocurrido en el embarcadero no importe en absoluto.

Unos pocos días después, cuando entro en el vestíbulo con Mamie tras su siesta, veo a la señorita Christian allí. Tiene unos folios envueltos en un papel marrón, y algunos de sus dibujos, y veo que les está dando vueltas en las manos, nerviosa.

La señora Dickens se acerca a ella.

—Hola, Emma. Qué sorpresa verte tan temprano.

—No sabía si avisar o no. Es solo que he… he dibujado al señor Dickens. Creo que se parece bastante. Y me preguntaba… si querría verlo. Me dijo que le gustaría.

Parece vacilar, pero la señora Dickens alarga el brazo para que le entregue los dibujos.

—Está trabajando, pero déjame echarles un vistazo. Seguro que le encantará verlos. Habla maravillas de tus dibujos, querida.

—Y tengo… tengo algunos cuentos de temática escocesa, por si pudiera leerlos. Sería todo un honor. Puesto que usted es escocesa, pensaba que a él le podrían gustar, así que…

La señora Dickens se ríe, complacida.

—Ah, estoy segura de que estará encantado.

Atraviesa el vestíbulo y se acerca al señor Dickens, que está sentado en su escritorio. A través de la puerta le veo la cabeza desde atrás, inclinada sobre el papel, mientras garabatea con frenesí.

Con Mamie en brazos, le doy el sonajero y ella lo agita, y me la llevo hasta la ventana y miro la llovizna. La señorita Christian espera, como si no estuviera yo allí, o como si mi presencia no importase más que el cubo de carbón que hay en el rincón.

Empieza a llegar al vestíbulo el rugido de unas voces bajas. El señor Dickens, enfadado. Ella, aplacándolo. El sonido aumenta, y la señorita Christian pasa el peso del cuerpo de un pie al otro. Y entonces la voz del señor Dickens retumba por las habitaciones,

fuerte y cortante.

—Y odio las historias escocesas —grita, de modo que lo oímos con total claridad, y al momento se me van los ojos hacia el vano de la puerta, a mi pesar—. ¡Al igual que odio todo lo escocés!

La señorita Christian se estremece. Abre la boca y la vuelve a cerrar deprisa. Se le están sonrojando las mejillas. Es como ver a un animal sufriendo. Bajo la vista rápido y miro a Charley, que está construyendo una torre, para que no piense que la estoy observando.

—Annie —dice Charley—. Toma un bloque, Annie. No me estás ayudando.

Le hago caso y lo coloco en la pila, distraída. Percibo las miradas desesperadas de la señorita Christian hacia la puerta, y está más claro que el agua que se está planteando salir huyendo, pero no se mueve. La señora Dickens se apoya un momento en la mesita del vestíbulo para estabilizarse, con la respiración agitada, y luego se acerca adonde aún está esperando la señorita Christian. La señora Dickens le ofrece una sonrisa, todavía con el rostro sonrosado.

—Ahora mismo está ocupado, querida, pero los verá más tarde, te lo aseguro. Ya los guardo yo por ti. Los voy a dejar aquí. —Los pone en la cómoda—. Son maravillosos. De verdad —le dice con amabilidad—. Menudo talento tienes.

—Ay, es usted muy amable —responde la señorita Christian, casi deseando, sospecho, poder desaparecer como en uno de los trucos del señor Dickens—. No quería… No pretendía molestar. Es solo que dijo que… que le parecían buenos, así que… Y no tiene por qué echarles un vistazo a los cuentos. Ni a nada. Por supuesto.

La señora Dickens vuelve a sonreír alegremente.

—Ah, no te preocupes, querida. Es solo que está de mal humor, nada más. Ya me aseguraré yo de que lo vea todo cuando no esté tan

ocupado. Bueno —añade mientras junta las manos—, ¿te quedas a tomar el té?

La pregunta suena forzada, y la señorita Christian también percibe la amabilidad artificial.

—No, no. Debo irme ya. De nuevo, lamento las molestias.

—Bueno, te dejo marchar, pero ¿vendrás esta noche para jugar?

—Ah, sí, por supuesto. Adiós.

La señorita Christian, insegura, vuelve a atravesar la puerta principal, y luego la oigo cerrarse y veo a la señora Dickens girarse hacia la ventana y mirar el mar mientras se lleva una mano a la cabeza como si le doliera.



El verano casi ha llegado a su fin. La familia tiene planeado regresar a su casa de Londres en menos de dos semanas. Yo no hablo del tema, pero el temor me ronda, siempre a mi lado, volviéndome consciente de los días que me quedan. Empiezo a pensar en qué voy a hacer, o en cómo pedir una carta de recomendación que pueda usar para conseguir otro trabajo, pero, tras haberme acostumbrado a permanecer en silencio y ser discreta durante tanto tiempo, no tengo ni idea de por dónde empezar.

Se me acaba solucionando el problema con tanta facilidad, y tan rápido, que me cuesta creérmelo.

Estoy en el cuarto de los niños, con una pila enorme de pañuelos de Mamie, todos lavados y listos para que los doble, y con Mamie sentada a mi lado en su cojín, balbuceando sin decir nada, como le gusta hacer, cuando entra la señora Dickens. Lleva puesta la cofia de casa, bajo la cual rebotan unos rizos marrones como criaturitas con mente propia.

—Deja que te ayude —me dice al tiempo que agarra un pañuelo.

—Gracias, señora —respondo, aunque no me hace ninguna falta la ayuda.

Levanta la mirada hacia mí.

—Me parece que te has integrado de maravilla con nosotros, Anne.

—Gracias, señora.

Casi parece nerviosa, aunque no entiendo por qué.

—Me estaba preguntando —me dice mientras nos vamos sincronizando al doblar las prendas— si estarás ocupada en otoño. O si tienes ya planeado trabajar en otro sitio.

—No, señora —contesto, y oigo el fuerte tictac de mi corazón ante sus palabras, como un reloj al que le han dado cuerda—. Quiero decir que no tengo ningún otro plan en ningún sitio.

—Bueno, en ese caso…, el señor Dickens y yo… nos preguntábamos si te gustaría seguir trabajando con nosotros en Londres. En nuestra casa de la ciudad.

—Sí —respondo—. Sí, por favor, señora. Me gustaría mucho. Me encantaría.

—¡Ah, magnífico! —Se sonroja de satisfacción y casi me parece que va a levantar la mano y tocarme el brazo, pero al final tan solo dice —: Qué alegría. Estoy segura de que Charley estará encantado. Te ha tomado mucho cariño.

—Y yo a él también, señora.

Me doy cuenta en ese momento de que me está mirando como me mira a veces, como si mi presencia importase. Es una sensación extraña, como si fuera parte de una historia que no comprendo.

—Bueno, pues te dejo que sigas —dice al fin, y asiente, satisfecha.

—Gracias, señora.

Una vez que se ha marchado, bajo la vista al suelo, a donde está

Mamie, y dejo escapar una carcajada tan repentina y alegre que Mamie se ríe también, y seguimos riéndonos juntas hasta que agita los brazos con tanta fuerza que se cae del cojín y tengo que recogerla.

No pienso en Jem. En lo que le ocurrirá cuando me vaya, en si tiene uno de sus berrinches sin que esté yo ahí para tranquilizarlo. No pienso en las cosas que he visto aquí que me han generado una ligera desconfianza. Tan solo me dejo llevar por el puro alivio que siento al saber que, tras haber probado el lujo, no voy a tener que volver a renunciar a él, sino que voy a poder quedarme con todos ellos, con sus pícnics y su ropa de cama limpia, sus juegos, sus bromas y sus hojaldres de manzana calientes comidos en la arena.



A través de la celosía de la sucia ventana, veo sentado en el muro a Jem, a quien he mandado afuera a jugar. Está dándole patadas al muro, siguiendo una especie de ritmo. Quiero salir de inmediato y decirle que pare antes de que se derrumben los ladrillos, pero desvío la mirada hacia mi tía, que está en mitad de la cocina con los brazos cruzados.

—Ah, ni hablar —dice—. En cuanto te vayas, Jem dejará de vivir aquí.

—Pero eso no puede ser.

—Ah, ¿no?

—No tengo dónde dejarlo —respondo, aterrada—. Os enviaré mi sueldo. Todo lo que gane, salvo lo que necesite para vivir.

—Dije que os podíais quedar durante el verano, y no hay más que hablar.

—Pero os pagaré por su estancia, de verdad —insisto con la voz cada vez más aguda—. No os costará nada.

—Jem ya es lo bastante mayor como para trabajar. Le he escrito a mi tío para preguntar por un puesto para él, porque nosotros estamos hartos de sus tonterías.

—No son tonterías —replico—. Se le ha muerto la madre. Se le ha muerto todo el mundo.

—No me provoques, jovencita. Hay un puesto de trabajo en una fábrica de Londres para él, y a cambio le dan una cama caliente. O lo tomas o lo dejas.

—¿Qué tendría que hacer?

—Trabajar con las máquinas, o limpiarlas por debajo hasta que sea lo bastante mayor como para manejarlas.

Se gira, agarra una escoba y se queda ahí, sujetándola, como si fuera a defenderse de mí con ella.

—Es demasiado pequeño —le digo—. Ni siquiera ha cumplido los ocho años todavía.

—Los quieren pequeños, para que se puedan meter por debajo de las máquinas.

—Se hará daño. No los tratan bien. Y lo sabes.

El miedo me asfixia.

Mi tía se lleva una mano a la cadera y me mira con unos ojos hostiles y agotados, aún sujetando la escoba.

—¿Y qué vas a hacer con él si no? ¿Llevártelo contigo? Ya te he dicho que aquí no se va a quedar.

En ese momento odio a mi padre con tanta fuerza y pasión que creo que, si entrase por la puerta de mi tía en ese mismo instante, lo tiraría al suelo de un puñetazo. Lo odio por habernos abandonado, por hacerme cargar con esto por él.

—Ya crecerá —digo, desesperada—. Y entonces podrá pagar su estancia. O trabajar.

—No quiero oír ni una palabra más. —Oigo el tono de advertencia de su voz. Pero luego la suaviza, solo un poco—. A ti te ha ido muy bien en tu trabajo, Anne. Seguro que tu madre estaría orgullosa.

Ese pensamiento me resulta tan doloroso como si un cuchillo me atravesara la piel. Mi madre, sentada en su taburete, siempre tan dura. «Deja ya de quedarte embobada con las vacas, Annie, y ven a echarnos una mano». El vacío que ha dejado es tan grande que temo que me absorba por completo si no me alejo del borde.

—Pero Jem… —insisto.

Mi tía vuelve a cerrarse en banda.

—He dicho que no quiero oír ni una palabra más al respecto. No me gustan sus berrinches y no lo quiero aquí. Lo he acogido por deferencia hacia tu madre y me niego a que siga aquí cuando no estés tú para lidiar con él, y no se hable más.

Se da la vuelta, vuelve a colgar la escoba del gancho como si fuera a zanjar así el asunto, se marcha de la cocina y me deja sola.

El carruaje de los Dickens aguarda como un enorme insecto negro y reluciente delante de la casa de mi tía.

—Te veré cuando tenga días libres —digo, de pie en la cocina, colgándome la mochila al hombro. Me estoy escapando. Me cuesta creérmelo. Jem me observa, agarrándome del brazo con tanta fuerza que temo que se rompa los dedos—. Los dos vamos a estar en Londres, ¿eh? Y, cuando tenga dos días libres seguidos —le digo mientras me agacho para acercar la cara a la suya—, te llevaré a la playa. —Pero no tengo ni idea de cuándo será eso. Tal vez de aquí a un año. Tal vez nunca—. Para entonces estarás hecho todo un hombretón trabajador —le digo alegremente— y me comprarás

arenques en escabeche con tu sueldo y nos los comeremos sentados en el muro.

Jem baja la vista a sus manitas sucias.

—Ahorraré todo mi sueldo de niñera, Jem, para los dos. Solo me voy porque tengo que trabajar muy duro para los dos, ¿sabes? Para ti, en realidad.

Quiero que sea cierto, pero las palabras me salen con la fragilidad de una mentira, y Jem sigue sin mirarme.

—Para ya, Jem —interviene mi tía, tensa y frustrada—. Ya está bien. Tu hermana se tiene que ir y no hay nada que puedas hacer al respecto, así que más te vale dejar ya de quedarte callado y comportarte como un hombre.

Desde el principio, Jem no ha querido hablar con nadie que no fuera yo, como si su voz se hubiera esfumado con todos los demás. No sé cómo le irá en una fábrica.

—Jem —le digo, con urgencia de pronto—. En Londres has de hablar, ¿me entiendes?

Entonces sí que me mira.

—No puedes seguir estando callado todo el tiempo. No puede ser.

Fuera, oigo al señor Dickens llamar con brusquedad al cochero y luego a mí.

—¡Vamos!

—¡Voy! ¡Ya voy! —grito, intentando quitarme a Jem de encima mientras atravieso la puerta de la casa de mi tía—. Quédate aquí, Jem. Ha llegado la hora de despedirse.

Pero, cuando salgo por la puerta, mi hermano sigue aferrándose a mí con una fuerza férrea. Veo que el señor Dickens ha clavado la mirada en Jem a través de la ventana del carruaje. Me empiezan a sudar las palmas de las manos. Se baja del vehículo de un salto y

levanta una nube de polvo al aterrizar.

—Ya voy —digo, pero es a Jem a quien se está acercando el señor Dickens, y cuando llega a nosotros, aún enganchados y forcejeando, se agacha un poco y su impaciencia parece desvanecerse.

—¿Y este quién es?

—Jem —respondo, y le doy una palmadita en la espalda a mi hermano para que se enderece.

—Hola, Jem —le dice el señor Dickens, pero Jem tan solo baja la vista al suelo.

—No habla mucho —le explico—. Pero es solo porque es un poco tímido.

—¿Por qué estás triste, Jem? —le pregunta el señor Dickens, y habla con un tono de voz que no le había oído usar antes, tan dulce y tierno que apenas lo reconozco—. Es porque vas a echar de menos a tu hermana mayor, ¿no es cierto?

—Va a estar perfectamente —respondo yo demasiado rápido—. No hay por qué preocuparse por él.

El señor Dickens se pone en cuclillas a su lado en el camino.

—Te prometo que la vamos a cuidar muy bien. Dentro de nada tendrá una tarde libre para poder venir a visitarte aquí, junto al mar, y ver cómo te va.

Jem lo observa, completamente inmóvil.

—Está muy bien que le tengas tanto cariño a tu hermana, Jem —le dice entonces el señor Dickens, en voz baja y un tono curioso—. Nuestras hermanas son ángeles que bajan del cielo en forma de mortal para cuidar de nosotros, ¿sabes? Pero ahora debes ser un hombre y dejar que se vaya.

Me cuesta respirar. Intento separarme, pero Jem me agarra con más fuerza.

—Debes dejarla ir —insiste el señor Dickens—. Venga, vamos, Jem. Además, eres un niño muy afortunado, por poder quedarte aquí, junto al mar, ¿no? Espera aquí un momento.

El señor Dickens va corriendo al carruaje con su ímpetu característico y mete los brazos en el interior. La cara de Charley aparece al instante en la ventana, furioso, y veo que el señor Dickens lleva su pequeña marioneta en la mano. Vuelve a acercarse a nosotros y se la tiende a Jem, que suelta una mano de mi brazo y la acepta asombrado.

—Para ti.

—¿Qué le tienes que decir al señor Dickens?

Me suena la voz cortante, casi como si estuviera suplicándole que hable. Jem mueve la boca de un modo casi imperceptible, pero de ella no brota ningún sonido.

—Le da las gracias —digo desesperada—. Ha dicho: «Gracias, señor».

Pero el señor Dickens ya se ha ido, ya está regresando al carruaje, donde Charley ha empezado a llorar y su madre está tratando de calmarlo meciéndolo sobre la rodilla. Jem se aferra a la marioneta, asombrado por ser su nuevo dueño, por lo insólito que le resulta. El muñeco sobresale de su manita, rígido, con los ojos pintados asomando entre sus dedos.

—Vamos —me grita el señor Dickens de pronto por encima del hombro.

Y obedezco. Me libero de Jem deprisa y lo dejo ahí plantado en el vano de la puerta de la casita. Sus ojos, oscuros y redondos, son como dos pozos de tristeza en su rostro. Está jugando con los hilos de la marioneta, enrollándolos y desenrollándolos con la mano mientras me observa alejarme hacia donde me esperan los demás. El

cochero sube mi maleta y la ata al techo con las otras.

Charley está asomado a la ventana.

—¡Annie! ¡Mi Annie viene a Londres!

Estira los dedos y les hago cosquillas, y mientras tanto noto la mirada de Jem en la nuca con la misma intensidad que si me hubiera tocado.

—Siéntate, Charley —oigo que le dice el señor Dickens, y la ternura que le ha demostrado a Jem tan solo unos segundos antes se ha esfumado por completo, se ha desvanecido tan rápido que cuesta creer que haya existido.

Entonces me apresuro, me resbalo mientras subo los escalones y me siento. La amplia carretera se extiende ante mí. El carruaje se pone en marcha con un traqueteo y no vuelvo a mirar atrás.



Perdonad esta idea tan fantasiosa, pero, si es posible pensar que una casa se asemeja a una persona, para mí la casa de Doughty Street es como la señora Dickens. Tiene su delicadeza. Su armonía. Su orden. Con esa vajilla de porcelana en los armarios, apilada en torres impecables. El mobiliario, cálido y sin estridencias, en tonos rojos y marrones apagados. El reloj de caoba del pasillo. Una pantalla para la chimenea hecha con sus propias y cuidadosas manos. Cuando entras por la puerta, sientes que te envuelve su confort.

Estoy en el vestíbulo, pegada a la pared con Mamie en brazos y dejando que la familia vaya y venga por delante de mí con las cajas de la mudanza, hasta que el señor Dickens grita que deberían mostrarme mi habitación para ver si es de mi agrado.

—Dado lo tarde que es, te la enseñaré yo misma —dice la señora Dickens—. Dejemos a los niños con Sarah y que los suban más tarde.

Una chica nerviosa aparece y se lleva a Charley y a la bebé, y yo sigo a la señora Dickens por las escaleras. Se agarra a la barandilla con cuidado, como si el peso de su barriga fuera a hacerla caer hacia delante, pero, cuando llegamos a la primera planta, me paro en seco y casi dejo escapar un grito. Delante de mí hay un ave negra y enorme. Tiene unas plumas gruesas y grasientas, está viva y me mira con fijeza.

—Ah, sí —dice la señora Dickens, distraída—. Esta es Grip. —Se gira y grita por las escaleras—: Charles, Grip ha vuelto a aparecer en el piso de arriba. ¿Puedes venir a llevártela?

Se oye un grito amortiguado abajo.

—Puedes pasar a su lado —me indica la señora Dickens al verme la cara, y se ríe—. Debería haberte avisado.

—¿No me morderá, señora?

—Bueno. A estas horas no suele morder, creo. No debería pasar nada.

Bordeo el pájaro pegándome contra la pared para evitar su pico, que parece tan afilado como un cuchillo. Mira que tener un cuervo de mascota, pienso. Ay, estos ricos, de verdad. Como la vida no les da los golpes suficientes, han de tener un animal en la casa para que les dé picotazos.

—Este —dice la señora Dickens, que sigue subiendo las escaleras y se detiene en una de las habitaciones de la derecha— es nuestro dormitorio, de mi marido y mío. Aquí está el vestidor. La cocinera ya te lo enseñará todo como es debido por la mañana, pero este es… —señala una puerta cerrada— el cuarto en el que murió mi hermana. —Titubea—. Al señor Dickens no le gusta que entre nadie aquí. Estaba… estaba bastante unido a mi hermana. Todos lo estábamos, claro. Pero la idea de que entre alguien lo perturba, ¿sabes? Incluso

aunque sea sin querer.

—Por supuesto, señora —digo.

Pienso en lo que le dijo el señor Dickens a Jem sobre las hermanas y los ángeles.

La señora Dickens vacila, como si quisiera añadir algo más, pero cambia de opinión y sigue subiendo por las escaleras de caracol hasta lo más alto de la casa.

—Este será el cuarto que compartas con los niños, si te parece bien.

—Sí, señora, gracias. Muchas gracias.

—Fantástico. Pues haré que te suban el equipaje y dejaré que acuestes a los niños y os vayáis a dormir, y ya volveremos a hablar por la mañana y te encontraremos un uniforme que te puedas poner. Por ahora, hay un camisón encima de la cama.

—Gracias, señora.

—Buenas noches.

Vuelvo a sentir que quiere algo de mí, pero no sé el qué. Aguardo, pero la señora Dickens se da la vuelta y cierra la puerta con suavidad.

No me lo puedo creer. Siento como si me hubieran sacado de una pesadilla.

La cama es suave y está limpia. Es la primera cama propia que tengo. Sobre ella hay un camisón blanco. Es mío. Me imagino durmiendo sin el cuerpecito de Jem acurrucado bajo el brazo y siento un dolor espantoso. Lo ignoro. Ahora voy a tener que cuidar de Charley y de Mamie por la noche, de todos modos. Voy a estar ocupada con ellos, me digo, y más ocupada aún cuando llegue el nuevo bebé, y no voy a tener tiempo para ponerme emotiva sobre cosas que no se pueden evitar.

Así que tan solo contemplo la pequeña cajonera impecable y el

palanganero, con su jabonera y sus florecillas diminutas pintadas. Me asomo a la ventana para mirar las copas de los árboles meciéndose y agitándose al viento, y me doy cuenta de que es la primera vez en la vida que duermo en un sitio desde el que se puede ver el exterior.

Me quito el viejo vestido de lana y la cofia y los dejo caer al suelo. Levanto el camisón de algodón y me paso los pliegues rígidos por encima de la cabeza mientras inhalo el olor a detergente. Luego me acerco a la ventana, la levanto para abrirla y miro hacia abajo, hacia el patio.

Me cuesta creerme dónde estoy.

Y pienso hacer lo que sea, lo que haga falta, con tal de seguir aquí.

KATE

1839

Carlota rusa

Cubrir la base de un molde redondo y liso con bizcochos de soletilla, colocándolos muy juntos, en forma de estrella o similar. Cubrir los lados colocando los bizcochos de canto para formar una pared compacta. Poner el molde sobre hielo y preparar una crema de licor con un vaso de brandi. Llenar el molde mientras permanece sobre el hielo y dejar hasta el momento de servir. Darle la vuelta sobre un plato y retirar el molde.

El otoño se acerca, y en la ciudad ya vuelven a encenderse las chimeneas que han permanecido inactivas durante los calurosos meses de verano. Con el regreso del frío, llegará el tercer bebé de Kate. Está más asustada que nunca de que la tristeza vuelva a surgir de la nada durante los meses posteriores. Con Mamie, no pudo contar con el apoyo de Mary, de modo que esa tristeza descendió sobre ella como la niebla contaminada de la ciudad, hasta que perdió el control y sucumbió, recluida entre las almohadas mientras los días transcurrían y se fundían unos con otros. Al igual que le sucedió con Charley, no empezó a recuperar la normalidad hasta que dejó de verse obligada a guardar reposo en cama con Mamie y pudieron escapar de la casa. Y no soporta la idea de volver a pasar por ello una tercera vez, de modo que trata de no pensarlo, y le da besos a Mamie en su cuna, admira la inteligencia de Charley con el alfabeto y se dice a sí misma que ha de estar agradecida. Porque ¿acaso no tiene todo lo que quiere? ¿Todo con lo

que podría soñar?

Intenta, en un momento dado, escribirle una carta a su madre para compartir con ella su temor. Pero su madre está demasiado ocupada como para ir a Doughty Street, y Kate no puede salir ahora e ir hasta Brompton en ómnibus. Comienza la carta preguntando por la salud de todo el mundo, lo que le ocupa la mayor parte del folio.

«Me encantaría que vinieras —le escribe—. A veces…».

A veces tengo miedo. A veces siento que me voy a ahogar.

« … A veces me preocupa mucho el bebé que está por llegar. ¿Te has sentido tú así alguna vez?».

Le añade el punto al signo de interrogación y le manda saludos afectuosos, y le pregunta por Ruth, y si le puede enviar la receta del bacalao.

La respuesta de su madre, cuando llega, es algo brusca. Los mellizos están resfriados. Ella está muy ocupada con los conciertos. Últimamente no les va muy bien a nivel económico. ¿Podría Charles intervenir para apoyar al padre de Kate en un asuntillo de la redacción del periódico? Es normal estar preocupada, por supuesto, pero no duda de que todo irá bien, y de que Kate lo superará, como siempre. Su padre le manda besos. Saludos para Charles, y todos esperan su próxima obra con gran ilusión, sobre todo los chicos.

Kate despliega la receta del bacalao y la deja en el cajón de la cómoda.

Han encontrado una casa al borde de Regent's Park, una más grande que la de Doughty Street, y más majestuosa también, por lo que se van a mudar de nuevo. Kate intenta no pensar en lo que van a dejar atrás, ni rememorar su infancia, cuando debía meterlo todo en cajas para luego sacarlo una y otra vez, sin llegar a asentarse nunca. Van a seguir estando en Londres, al fin y al cabo; no se van al otro

extremo del país, y con tres niños pequeños han de ser prácticos. La casa de Doughty Street ya se les ha empezado a quedar demasiado pequeña, y ya no hay espacio ni para la vida familiar ni para las cenas que organizan ni para los niños, que están creciendo, ni para el servicio, que no deja de aumentar. No hay una escalera aparte, de modo que siempre se topan todos con todos en los escalones, mientras las chicas cargan con las bacinillas o con el agua de los baños de los niños o con una bandeja con copas de jerez que han de llevar a la cocina para lavarlas. Y Charles ha traído a casa a un perro enorme que no para de entrar y salir de las habitaciones dando brincos con una mirada inquieta. Pone a Kate nerviosa, siempre ladrando cuando alguien llama a la puerta y abalanzándose sobre ella cuando entra, y persiguiendo a Grip, que deambula por ahí picoteándole los tobillos a todo el mundo y causando revuelo cuando se la deja libre en la cocina. Tienen una vida animada, tan animada como el propio Charles, que parece tener cada vez más energía, mostrarse más agitado, vestir de una manera más extravagante y tener un humor más volátil y una risa más estridente. A veces Kate piensa que se está convirtiendo en Boz, en lo que la gente espera que sea Boz.

Kate también está adaptándose a su papel: cada vez más jovial, más maternal, más sensata. Hace gorros de papel para las fiestas de cumpleaños de los niños, recibe a las personas a las que Charles no quiere ver y les ofrece un té y unas palabras amables a modo de consolación. Organiza recitales musicales, se pone el delantal y hierve el pudín de Navidad en el lavadero, con las mejillas sonrosadas por el vapor. Elabora menús para ocho o diez comensales, se pasa las tardes remangada preparando una carlota rusa o un *blancmange* con arroz, y Charles actúa en el salón después

de la cena; lee *Sikes y Nancy* hasta que las mujeres rompen a llorar y los hombres sacuden la cabeza horrorizados. A veces Kate se pregunta si lo exagerarán para parecer más honorables. Todos saben qué papeles han de interpretar, y quizá por eso resulta tan reconfortante. Ellos son el público embelesado, ella es la esposa cariñosa y Charles es todos los demás, y así el espectáculo va tal y como estaba previsto.

Por las mañanas, cuando les llevan los niños, se tumban todos, los cuatro, en el dormitorio en penumbra, y se inventan juegos o cantan canciones infantiles, *The Grand Old Duke of York* o *This Is the Way the Farmer Rides*, y Charles deja caer a los niños desde el pecho para que chillen y rueden por las sábanas con un ataque de risa.

Cuando se va de viaje, le escribe cartas a Kate para decirle lo mucho que los echa de menos, lo mucho que la echa de menos a ella. Alude a su intimidad, deja entrever secretos que solo ella puede entender, y cuando vuelve la desea con más pasión que nunca. La ira que sentía Kate cuando murió Mary, tan ferviente y terrible y nueva, queda suavizada por estas cosas, que parecen volver a unirlos. Pero sigue estando ahí, aguardando, bajo todo eso.

Ahora se ausenta más que nunca, se dedica en cuerpo y alma a causas benéficas y su implacable curiosidad lo lleva por todos los rincones del país. Está intentando encontrarle trabajo de editor a Fred, pero su hermano no parece ser capaz de mantener ningún puesto durante mucho tiempo. Charles se exaspera, y Kate trata de calmarlo. De tanto en tanto se habla de América, de hacer una gira por allí, y cada vez que se menciona el asunto a Kate le martillea el corazón. La idea de que se vaya sin ella, tan lejos y durante tanto tiempo, le resulta casi insoportable, pero dejar allí a los niños e irse con él y no verlos durante seis meses o más… Eso ni se lo plantea.

Le dan vueltas y vueltas a la idea, tanto Charles como Macready y Daniel Maclise, y Fred, a veces, hasta que Kate ha de salir de la sala entre lágrimas. Charles dice que Anne, la nueva aya, se puede quedar con los niños. Charley adora a Anne, eso es evidente para Kate. Ve cómo alza la carita redonda hacia ella para exigirle toda clase de juegos y aventuras, y cómo la chica, tan delgada y callada e inexpresiva con todos los adultos de la casa, se transforma en un burro que rebuzna o un pirata. Kate no puede dejar de mirarla.

Una tarde, en el hotel de Broadstairs, le preguntó a Charles, vacilante, mientras lo miraba por encima de la labor:

—¿No te parece…? ¿No te parece que esta chica, Anne, tiene algo de Mary?

Charles levantó la vista, incrédulo.

—¿De Mary? ¿Estás loca?

—No, claro, no, tienes razón —respondió deprisa—. Son solo locuras mías.

—Se parece lo mismo a Mary que a mi meñique.

—Ya, es verdad, tienes razón.

Aun así, en cuanto la chica apareció en el vano de la puerta del Albion, Kate lo había sentido. Le había costado apartar la vista del rostro delgado y sencillo de Anne, hablarle como a alguien a quien iban a contratar como aya.

Cuando se había detenido en las escaleras con ella, delante de la habitación de Mary, había querido decirle: «A veces me recuerdas a ella. Tu postura. Tu complexión angulosa. Algo en tu rostro, cuando adoptas ciertas expresiones». Pero, claro, no podía decírselo. Así no es como se mantiene la autoridad con los sirvientes, y eso es algo que ya le cuesta bastante de por sí. De modo que había reprimido el pensamiento y había seguido subiendo hasta el cuarto de los niños,

con la chica tras ella.

Se acostumbrará a esta nueva casa, está decidida, y este será su hogar. Charles no quiere tener más hijos, y se lo ha dejado claro, aunque lo que no ha dejado claro es qué harán para evitarlo. Y en cierto modo está aliviada. De modo que esta nueva casa será donde se quedarán hasta que Charley, Mamie y este último bebé sean adultos.

ANNE

A medida que transcurren las semanas dejan de darme miedo los ruidos de los basureros que vienen por la noche y de los zorros que aúllan en el jardín como si los estuvieran matando a sangre fría. Empiezo a no prestar atención cuando oigo al señor Dickens entrar en el dormitorio rosa del que nunca hablamos, cerrar la puerta y llorar como nunca he oído llorar a un hombre. Comienzo a darme cuenta de cómo cobra vida la señora Dickens en la cocina cuando ha de prepararse una gran cena, y de que lo da todo para complacer a los invitados con sus comidas. Pero es el señor Dickens quien le muestra exactamente dónde ha de comprarse la carne, y exactamente qué cortes elegir, y cómo le gusta que la sirva. En ocasiones me parece evidente que a la señora Dickens no le agrada el plan, pero allá va ella con su cesta, sonriente. Vuelvo a repetirme que nunca me casaré. Nunca. Ni aunque aparezca un hombre maravilloso con un sombrero de copa reluciente y me lo pida de rodillas.

A veces el señor Dickens lee fragmentos de algunos de sus libros, que ahora son muy famosos, y yo me acerco a la puerta y pego la mejilla contra el marco y el ojo a la rendija, aunque sé que lo que estoy haciendo se consideraría escuchar a escondidas y me avergüenzo de ello. Veo los colores de los vestidos de las mujeres a la luz de las velas y los movimientos rápidos y bruscos del señor Dickens en el sillón desde el que lee.

Nunca he oído a nadie hablar como habla el señor Dickens. Las palabras parecen derramársele de la boca. Escondida allí, en el

pasillo, las repito para mí misma en voz baja. «Decoro». «Humanidad». «Injusticia». «Dignatario». Planeo, en secreto, hacerlas mías. Siento una especie de culpa extraña al respecto, como si estuviera robándolas, como si fueran la vajilla del armario de la cocina.

Oigo a la señora Dickens llorar con las partes tristes, y veo que el señor Dickens la tiene hechizada, y que le parece que todo lo que hace él es lo más inteligente que se ha hecho jamás. ¿Y quién soy yo para ponerlo en duda cuando todo el mundo lo celebra, cuando todas las demás mujeres lo ven como un regalo caído del cielo? Nos dice cómo cree que debemos comportarnos para ser buenas, y nos cuenta lo que él considera malo, y nos hace coincidir con él, y eso, supongo, es bastante significativo.

Un día lo oigo mientras lee un fragmento de un libro suyo llamado *Oliver Twist*. Oigo a Oliver suplicando que no lo vuelvan a echar de la casa del amable caballero. Oigo que lo venden por cinco libras y ha de soportar la crueldad. Que lo entregan a la violencia de Londres tal y como yo la conozco, o como la conocí en su día y ahora se me revela de nuevo. Oigo que se estremece. Que está desolado.

Cuando el señor Dickens termina la lectura con su grandilocuencia habitual, y todos los caballeros vestidos con levita y las damas de ojos acuosos estallan en su aplauso habitual, me escabullo a la cocina de nuevo y me siento delante del fuego con las demás. Me caliento las manos y me digo a mí misma que no es más que una historia. Que se la ha inventado el señor Dickens, que la ha creado de la nada para que los ricos lloren y les den su dinero a los pobres. No sabe nada de la pobreza, ni de lo que es vivirla. ¿Cómo iba a saberlo? Yo no he tenido más remedio que dedicarme a servir a los demás, y ningún hombre acomodado, con sus zapatos con punteras de charol

y con la despensa llena de carnes resplandecientes, podrá comprender jamás lo que es eso.

Al día siguiente le pregunto a Rosie, la criada, si sabe cómo termina la historia de Oliver Twist, y me dice que Oliver era en realidad un caballero que había acabado por accidente en el hospicio, que tan solo se había visto separado de su distinguida familia.

—A mí no me parece gran cosa —dice Rosie con desdén mientras frota las bacinillas en el fregadero con los brazos brillantes por la espuma—. Y no entiendo por qué iba a querer alguien sentarse a escuchar eso durante horas. Yo preferiría tener una tarde libre e ir a ver un espectáculo de variedades con una historia de verdad y bailes. ¿Por qué no te vienes conmigo algún día?

—Vale —respondo entre risas.

Y luego Rosie me habla de la obra de teatro que fue a ver en Navidad sobre un bandolero y su hija, en la que la chica recibe un beso tan apasionado que se desmaya, y se pregunta si eso puede pasar por tan solo recibir un beso, porque no le hace mucha gracia la idea, y Oliver Twist queda olvidado.

Aun así, me digo, iré a ver a Jem pronto. Le llevaré castañas calientes o algo así. Cuando llegue el día apropiado.

Pero de algún modo las semanas van pasando y se acerca el invierno y sigue sin llegar el día apropiado. Tan solo podría escaparme un domingo, después de la iglesia, y me digo a mí misma que voy a ir, pero luego, cuando pienso en que debo marcharme, veo a las otras chicas en el piso de abajo por la tarde, atándose los cordones de las botas y preparando una especie de pícnic para ellas con las sobras.

Rosie descuelga el chal del gancho y se pone los guantes con

cuidado sobre los dedos en carne viva.

—¿Vienes a la ciudad con nosotras?

—No puedo.

—Ay, venga, Annie. Que hay una feria y todo.

—Vamos, Annie —me dicen todas—. No seas ermitaña. No te aísles. Diviértete en tu día libre.

Una feria, pienso. No suele celebrarse una feria justo en mi día libre. Y sabe Dios que he estado trabajando duro toda la semana. Además, tampoco conviene molestar a Jem cuando lleva tan poco tiempo en su nueva vida. Ha de asentarse primero, antes de que vaya a verlo. De modo que salgo con ellas y veo a los malabaristas en el parque, lanzando las mazas hasta las nubes y haciéndolas girar. Ya iré a ver a Jem la próxima vez, me digo mientras saboreo las especias de las bolitas de brandi, servidas en un cono de papel, y siento el brazo de Rosie enganchado al mío, y nos reímos del payaso que da volteretas por unos peniques, con una boca abierta pintada de rojo. Iré a visitarlo cuando no llueva. Cuando no haga tanto viento. Pronto.



A Mamie le están saliendo los dientes y lleva toda la mañana quejándose en su cuarto, pero, por más que lo intente, no consigo encontrar el sonajero que le gusta chupetear. He buscado debajo de todos los muebles, y en todos los lugares en los que Charley suele esconder las cosas, y estoy empezando a pensar que se lo ha llevado alguno de los animales: o Grip con su enorme pico entrometido o ese perro larguirucho que merodea por los pasillos intentando mordisquear las alfombras. Entonces, mientras bajo las escaleras y paso por delante del dormitorio principal, cuya puerta está

entreabierta, lo veo abandonado sobre la cama. Entro en el cuarto para recogerlo, pero en ese momento oigo un sollozo agudo que proviene del rincón, y me quedo paralizada.

La señora Dickens está llorando.

Está en el sillón esquinero, dándome la espalda. Me dirijo hacia la puerta con la velocidad y el sigilo de un gato.

Pero entonces oigo que me llama en voz baja:

—Anne.

Me quedo en el vano de la puerta, rígida.

—Lo siento, señora. Solo he entrado para llevarme el sonajero de Mamie. Pensaba que había salido.

—No puedo hacerlo otra vez. Creo que no puedo. —Apenas es capaz de formular las palabras. No sé a qué se refiere, pero aguardo, cautelosa—. Estoy muy asustada —añade.

Me acerco a donde está sentada, junto a la ventana. Cuando ve que me estoy aproximando, gira la cabeza y rompe a llorar de nuevo con unos sollozos desconsolados. Me pregunto por qué, de entre todo el mundo, me lo estará contando a mí, y entonces caigo. Se siente sola. Está en esta casa enorme y llena de gente, y se siente sola.

No lo puedo explicar, ni siquiera a mí misma, pero tengo la extraña sensación de que he estado esperando este momento desde que nos conocimos. Siempre me ha mirado como si quisiera acercarse más, salvar la distancia que nos separa, como si quisiera más de mí que el mero hecho de ser su aya, la que se lleva los desechos y el agua sucia del baño, la que acata órdenes sobre los niños. Y yo siempre he sabido que, de alguna manera, me beneficiaría de ello si me quedaba cerca.

Levanto la mano y la poso sobre su brazo con la mayor delicadeza posible. Ella me mira con fijeza, con unos ojos cargados de terror.

—Ha sido muy muy duro las dos veces, y no sé… No sé si voy a poder hacerlo otra vez. Si sobreviviré.

—¿Y no podría… —digo como una estúpida porque no sé qué otra cosa decir—, no podría pedirle ayuda al señor Dickens? Para que venga un médico distinto o que… que le dé consejos y demás.

—No quiero molestarlo con mi debilidad. A Charles lo abruma que la gente le pida ayuda. Es lo último que necesita. Es muy bueno, y trabaja mucho por todos nosotros, y lo agobia estar siempre tan solicitado. Este es un asunto femenino, y debería al menos… Debo lidiar con él por mi cuenta, creo. —Se gira hacia la ventana con tristeza—. Pero echo muchísimo de menos a mi hermana.

Mira hacia abajo, hacia la calle silenciosa.

—Por lo que he podido ver, los partos son muy complicados —digo con cuidado—, pero hay maneras de llevarlos mejor.

Las palabras parecen resonar con ella, y me devuelve la mirada, nerviosa.

—Ah, ¿sí?

—Mi madre… —Llevaba tanto tiempo sin decir esas dos palabras juntas que las noto extrañas en la boca—. Mi madre —repito con más valor— tuvo ocho hijos, y con cada uno pensaba que iba a morir. Y no murió en ninguna de las ocasiones, sino que salió airosa, y para cuando llegaba la Navidad ya estaba encinta de nuevo.

—No es que… No es que crea que voy a morir, aunque sé que es posible, claro. Es que… No sé cómo explicarlo. Es que, después de parir, siento como si me derrumbara. Como si me perdiera, y no… no soy capaz de recuperar… la felicidad.

No sé cómo tomármelo.

Nunca he oído nada parecido. Aunque en ese momento sí que me viene a la cabeza un recuerdo de una mujer a la que conocía mi

madre que se volvió loca, como una cabra, y se tiró al Támesis con sus gemelos, o al menos eso fue lo que oímos. Las mujeres son frágiles tras dar a luz, o eso era lo que solía decirse, y ese es uno de los motivos por los que nunca me ha atraído demasiado la idea.

Miro a la señora Dickens, su rostro tierno y surcado de lágrimas. Su delicadeza y sus movimientos lentos que tanta calma transmiten. No va a saltar desde ningún sitio. Es una madre nata, de eso estoy segura. Pero la tristeza es una cosa muy extraña, y me inquieta. Una vez más, me doy cuenta de que se me acelera el corazón ante la idea de verme envuelta en asuntos que no me incumben, y ante este sentimiento inesperado que experimento hacia la señora Dickens. Cierto afecto.

—¿Te quedarás conmigo, Anne? Una vez que llegue el bebé —me pregunta.

—Pues claro, señora —respondo con mi voz de aya obediente, aunque se me desboca la mente ante la idea—. Me encantaría.

La señora Dickens apoya las manos en el vientre y vuelve a mirar por la ventana, y luego cierra los ojos. Yo me llevo el sonajero y vuelvo al cuarto de los niños, donde está Mamie gritando, y la recojo y la tranquilizo hasta que se queda calmada en mis brazos, justo como a ella le gusta.

KATE

Cuando llega la hora, va todo más rápido que la última vez. Kate se desviste con cuidado, como si pudiera mitigar la intensidad del dolor y ralentizar su inevitable clímax al tardar más en quitarse el reloj de muñeca y la peineta de carey. Antes de cerrar las cortinas para dejar la habitación a oscuras, mira el cielo, blanquecino y frío, y se despide de él en cierto modo.

Llama a la chica, que llega, pálida y tensa, con una jarra de agua fresca, y se queda cerca de la puerta, insegura. Kate no se lo dice a nadie más, ni llama a la comadrona aún. Empezará ella sola.

—¿No entras?

La chica se adentra un poco más en la habitación. Kate se pregunta durante un breve instante qué ha hecho, por qué ha invitado a esa desconocida, a alguien que lleva tan poco tiempo en la casa, a participar en un acontecimiento tan íntimo. No es nada habitual. Se ajusta el cuello del camisón y se sienta al borde de la cama para disimular la incomodidad. Toma un libro que le ha dado Charles y luego lo vuelve a soltar cuando le llega el dolor.

La chica cruza la habitación hacia ella, alarga el brazo y le toca la espalda.

Kate contiene el aliento. Casi la siente como la mano de Mary. Esos dedos tan delgados. Ese tacto delicado.

—Mi madre le diría que apretase aquí —dice la chica—. Con fuerza.

—Ajá.

Kate se acurruca sobre las sábanas mientras las contracciones se

apoderan de ella.

Al encogerse, la chica le pone un brazo en lo alto del pecho, a lo largo de la clavícula, y con el otro le hace presión en la parte baja de la espalda. El dolor parece aplacarse.

—Ya está, ¿ve? —dice la chica mientras se aparta.

—Así mejor —dice Kate con la voz temblorosa—. Creo que así mejor.

—Debe quedarse erguida: ni tumbarse por completo ni inclinarse hacia delante. Y debe seguir moviéndose. Ayuda a distraerse, ¿sabe?

—Sí.

Kate extiende los brazos y se levanta a duras penas, apoyando todo su peso en el hombro de la chica.

—Y debe inspirar y espirar de manera constante —añade—. Como el mar en la playa, como en Broadstairs. Un vaivén continuo.

Kate piensa en el mar ondulándose sobre las caracolas. En las grandes rocas blancas que asoman de la arena cuando baja la marea. Por alguna razón le calma el dolor, no del todo, pero lo suficiente. Continúan así las dos y van pasando las horas, tres, cuatro y luego cinco. Nada tiene sentido, piensa Kate entre las punzadas. Esta criada delgaducha, más joven que ella, le está diciendo cómo proceder. La está tocando y agarrando de un modo íntimo. Consolándola tanto que siente que no podría pasar por esto sin ella.

Por la mañana, el médico irrumpe en la habitación con ímpetu, envuelto en un abrigo negro. Kate siente que la chica le retira la mano de la suya y trata de volver a agarrarla, agitando el brazo desde las sábanas, pero le dicen con brusquedad que permanezca tumbada y quieta. Anne se retira al rincón, intentando volverse invisible y acatando las instrucciones con humildad, como si no hubiera estado cargando con el peso de Kate en el hombro y

hablando con autoridad tan solo un rato antes. Hacia el final, cuando Kate no siente más que dolor, el médico permite que la chica se acerque, a falta de otra acompañante femenina, y Anne se sienta encorvada al borde de la cama.

—No te vayas —intenta decirle Kate—. Quédate aquí cerca.

Y siente que la chica le aprieta la mano con delicadeza. Con cada contracción, Anne se inclina sobre ella, le rodea el pecho con el brazo y respiran juntas, inhalan y exhalan, hasta que se le pasa.

Anne estira el cuello, intentando ver, expectante, en ese momento desgarrador de antes del llanto. Y, cuando llega, el médico le pasa el bebé a la comadrona, que lo envuelve en una toalla y lo deja sobre Kate.

Es una niña.

—Qué diferente es —dice Kate, exaltada—. Es muy diferente de Mamie.

Mira a Anne, que sonríe, una sonrisa menos reservada que las que le ha visto esbozar hasta ahora. Las dos tienen las mejillas sonrosadas, encendidas por su pequeño triunfo, por las horas que han pasado juntas en secreto, aisladas del mundo exterior allí arriba.

—Ha de guardar reposo en cama durante cuatro semanas, señora Dickens —le dice el médico con sequedad y cierra la puerta tras él.

Kate siente cómo se le agita ese viejo pánico en el pecho.

La chica se pone en pie y le sirve un vaso de agua de la jarra que hay en el palanganero.

—Ha de beber —le dice sin más—. Beber ayuda.

Kate da un sorbo, sosteniendo el vaso con las manos temblorosas, mientras la comadrona termina su labor, guarda las últimas cosas y se marcha, mirando a Anne con recelo mientras se aleja.

Las dos se quedan allí sentadas durante un rato.

—No tengo claro… —dice la chica con cautela, con la vista clavada en la bebé, envuelta en mantas— que sea necesario quedarse en la cama. No lo había oído nunca. Al menos durante tanto tiempo.

—Es por… Me dijeron que es por cómo me han criado. Que no estoy hecha para el esfuerzo físico y que debo ir con cuidado. Pero lo odio.

No puede formular las palabras, de modo que no las dice: que quizá no es tan delicada como cree todo el mundo. Si no, ¿cómo es que funcionan los métodos de esta sirvienta para hacerla sentir mejor?

—Charles no querrá que ignoremos los consejos del médico —dice Kate—. Estoy segura.

—¿No podría hablar con él?

—Se enfada conmigo. No sé por qué. No sé cómo expresarme. —Está hablando de más, compartiendo información que debería ser privada—. Mi… mi hermana, la que falleció… A ella se le daba mejor hablar con él. Yo parezco enfadarlo, y no sé por qué. Y ahora, sin ella, al parecer he perdido… No logro…

—No llore —le dice la chica, y le da unas palmaditas afectuosas en el dorso de la mano—. No llore.

Las sombras se están extendiendo por la habitación, y con ellas esa pesadumbre desconcertante y familiar. La niña, aún con la cara colorada, se agita, succionando la nada con esa boquita diminuta. La nodriza llegará pronto para alimentarla, separada de sus propios bebés para ocuparse de la de Kate.

La chica se pone en pie y se alisa el delantal.

—Voy a tocar la campanilla para que preparen el baño.

—Ah, no te vayas todavía, por favor. —Suena frágil, desvalida. Intenta hablar de nuevo para ver si logra reunir algo de autoridad—:

Preferiría que te quedases aquí.

Pero la chica tan solo niega con la cabeza.

—Querrán que esté en el cuarto de los niños. Ya sabe usted que Charley y Mamie querrán ver a su hermanita, y el señor Dickens también vendrá cuando se haya bañado usted. No va a estar sola, ¿de acuerdo?

Y entonces, con destreza y autoridad, tapa bien a Kate con la manta, se marcha y cierra la puerta con suavidad tras ella.

ANNE

Estoy en el pasillo con la espalda apoyada contra la puerta del dormitorio. Soy consciente de lo mucho que me necesita la señora Dickens porque todavía me arde la piel en la zona en la que me ha agarrado. Aun estando tan por encima de mí, siendo una dama refinada, se aferra a mí como si no soportara verme marchar.

Ahora debo retomar mis obligaciones, me digo, y no entrometerme. Debo ser discreta, no ponerme sentimental ni pasarme de la raya. No me lo puedo permitir. Y, aun así, mientras subo las angostas escaleras hasta el cuarto de los niños, vuelvo a pensar en la señora Dickens a mi pesar. Pienso en lo mucho que la aterra tener que guardar reposo en esa habitación tan calurosa y asfixiante. En lo asustada que se la veía. «Después, siento como si me derrumbara», me ha dicho. Y, si ocurre lo peor, me dice una vocecilla, ¿qué será de mí?

No dejo de darle vueltas al asunto durante toda la mañana. Espero a que el señor Dickens vaya a ver a su hija, a oír su risa, y lo veo salir al pasillo, sonrojado y feliz. Espero a que salga a pasear y a que vuelva con el perro siguiéndole los talones, agotado por la energía de su dueño. Y luego, cuando sube al cuarto de los niños, como suele hacer antes de cenar, para cantarles sus cancioncillas graciosas y subirse a Charley a las rodillas, me lo encuentro en la escalera y, antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, ya estoy hablando con él.

—¿Podría hacerle una pregunta, señor?

Se detiene y me mira con recelo.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

—Es… es por la señora Dickens, señor.

—¿Qué le sucede?

Me mira a los ojos con fijeza y me doy cuenta del poder que poseen los suyos.

—No creo que… Creo que le haría bien no estar aislada arriba, sin compañía.

—Es necesario, señorita Brown, y es lo que le ha aconsejado el médico.

Lo dice con desdén, como si ya estuviera todo resuelto, y hace amago de seguir bajando al vestíbulo.

—Si me lo permite, señor —digo entonces, y el señor Dickens se gira, sorprendido—, a mí me parece que no le ha ido demasiado bien así hasta ahora.

Me fulmina con la mirada. Me temo que me va a decir que me vaya al piso de arriba, haga las maletas y me marche. Pero tan solo dice:

—Cierto.

—Y, entonces, señor, ¿no podría dejarla bajar mañana? Aunque sea para estar sentada.

—Siempre consigue sorprenderme, señorita Brown.

—¿En qué sentido, señor?

—Nunca parece asustarse ni asombrarse.

—Esas cosas me las guardo para mí, señor.

Arquea las cejas. En ese momento me doy cuenta de que le gusta. Le gusta la determinación, el coraje, y no le gusta la debilidad.

Esta gente me necesita, pienso. Me necesita, y no sé por qué.

—Es solo porque fui la mayor de ocho, señor, ¿sabe? Y, aunque no

se me ocurriría decir que sé más que los médicos, por supuesto, estoy segura de que no puede ser bueno estar recluida durante varias semanas seguidas. Estoy segura.

Me estudia como si para él fuera un objeto curioso. Y luego dice:

—Muy bien, señorita Brown. Ayude a bajar a la señora Dickens mañana, o cuando esté preparada.

De modo que al día siguiente la bajamos y se sienta junto al fuego con una manta en el regazo. Y le traen a Charley y a Mamie y a la bebé, y lee una novela y cena con una bandeja y sonríe. Me agarra de la mano y la aprieta, agradecida, y me pide que me quede un poco más de tiempo con ella, y veo que el señor Dickens se da cuenta, y parece pensativo.

Me he arriesgado y ha valido la pena. Me digo a mí misma que soy astuta, y que eso es algo que refuerza mi puesto en esta casa, y quizá vuelva a correr más riesgos.

Una semana más tarde, el señor Dickens me pide que vaya a su despacho, y llamo a la amplia puerta, nerviosa por lo que pueda querer.

—Pase, señorita Brown —dice en voz alta.

Me detengo ante él y recorro todo el despacho con la mirada. Nunca he estado en un lugar como este, y me siento como una glotona, tratando de absorberlo todo, de metérmelo en la cabeza para no olvidarlo. Los montones de papeles apilados en el escritorio. Los adornos. La pluma, tan usada que en cualquier momento dejará de servir. El olor a humo de puro en el aire.

—Tenía usted razón respecto a la señora Dickens. Le va mucho mejor que en las otras ocasiones.

—Gracias, señor.

—Ha sido usted muy sabia, señorita Brown.

Bajo la vista para aparentar modestia.

El señor Dickens se recuesta en la silla y se cruza de piernas.

—¿Cómo le va a ese muchacho, a su hermano, en la costa?

Siento que la lengua se me convierte en cuero.

—Debe de ser un alivio para usted —sigue diciendo con suficiencia, como si no se hubiera percatado de mi desasosiego— saber que está allí, con todo el aire fresco y la libertad que podría desear. El sueño de cualquier niño, me atrevería a decir, señorita Brown. A mí me habría encantado pasar la infancia en Broadstairs.

Asiento con la garganta demasiado seca como para hablar.

El señor Dickens junta las manos.

—Bueno. Pues debe tomarse un día libre para visitarlo. Lo organizaremos.

—Creo que ya ha… que ya está en Londres, señor.

—¡Ah, estupendo! Entonces lo tiene usted más cerca aún para ir a verlo.

—Sí, señor —respondo.

Se gira hacia la ventana con rotundidad y se detiene durante un momento, mirando las fachadas traseras de las casas y más allá.

—Quería hablar con usted por una razón, por supuesto, señorita Brown —me dice al fin.

Asiento y aguardo.

—A veces tengo ciertas dificultades con la señora Dickens. Tiende a preocuparse con facilidad. Tal vez se haya dado cuenta.

—Es sensible, señor.

—Así es.

Me observa, y yo a él, y todo el tiempo siento que, entre sus palabras, me está comunicando algo más.

—Necesita que la animen con delicadeza. Que la guíen, digamos,

en la dirección correcta. Y siento que puedo confiar en usted, señorita Brown.

—Me alegra oír eso, señor.

Se recuesta de nuevo en la silla y apoya la barbilla en la mano.

—Me gustaría ir a América, señorita Brown. Y me gustaría que viniera conmigo mi mujer.

—Entiendo, señor.

—La señora Dickens está preocupada, como es natural. Por dejar a los niños. —Me está mirando con atención, evaluando mi reacción—. Si lográsemos convencerla de que van a estar bien, tal vez… podríamos encontrar la manera de llevarla a usted con nosotros. Como doncella de mi esposa, quizá.

—¿Doncella, señor?

Pienso en las chicas de la cocina, que estarían furiosas; en cómo sería dejar atrás el uniforme de aya. En todo lo que podría ver, y que pensaba que alguien como yo se moriría sin haber visto. Todas las posibilidades danzan en mi mente.

—Sí. ¿Le gustaría?

—Muchísimo, señor.

—Bueno, pues en ese caso, Anne Brown —me dice—, ¿nos entendemos?

Siento una punzada en el estómago, un destello de culpa. Lo conozco a él, y la conozco a ella. Sé muy bien que él es volátil y alocado y a veces cruel, y que ella es delicada, franca y vulnerable. Pero no puedo decir que no.

Y así es como dejo de llevar la cofia y el delantal, y de moverme con sigilo entre el cuarto de los niños y la cocina sin tener derecho a estar en medio. Ahora llevo un vestido que la señora Dickens ya no necesita. No es más que un vestido de día sencillo, con unos guantes

de salir antiguos y un tocado con flores. Pero son las mejores prendas que he llevado nunca, y con ellas estoy irreconocible. Y, mientras me miro en el espejo de mi pequeño dormitorio, disfrutando de mi nueva apariencia, deleitándome con mi nueva apariencia, trato de ignorar la incómoda sensación de haber hecho una especie de trato. Que mi nuevo papel va acompañado de la expectativa tácita de que haré lo que él desee.

Una tarde, el señor Dickens me pide que entre en el salón cuando paso por delante y me dice que le lleve un libro a su mujer que le gustaría que leyese.

—Le va a romper el corazón —me dice.

Al mirarlo, no sé si le gusta la idea, pero sé de inmediato cuál va a ser mi papel en ella.

La señora Dickens me lee partes del libro mientras le cepillo el pelo. Es una historia de una esposa que hace un gran sacrificio por su marido.

—¿Qué te parece? —me pregunta, lanzándome una mirada nerviosa.

—Ah —digo, cautelosa—. Creo que es una historia muy noble.

—Tienes razón —contesta—. Sí que lo es.

La señora Dickens es tan manejable como una masa de pan, de modo que, si le inculcas una idea, la absorbe y se amolda a ella. A veces pienso que no es nada raro que en ocasiones el señor Dickens se enfade con ella. Que la ignore, como si no tuviera ningún interés en ella o como si la despreciara. Y luego, en otras ocasiones, me parece que no podría tener ninguna otra clase de esposa. Que lo único que el señor Dickens quiere en realidad es un hogar que se amolde a él y a sus deseos, y que la ha elegido a ella por ese motivo en concreto, y a mí para ayudarlo a moldear a su mujer.

Desde que me he convertido en la doncella de la señora Dickens, veo que las chicas de la sala del servicio me miran con envidia. Ahora ya no me invitan a la feria, y Rosie ya no me pide que me siente en el muro con ella los domingos por la tarde para compartir patatas fritas, secretos e impresiones sobre la casa. Los criados varones reparan en mí de un modo distinto a cuando era tan solo una humilde aya, mirándome de reojo la cintura estrecha y los finos pliegues de la tela que arrastro por las baldosas tras de mí. Yo me quedo mirándolos fijamente a todos porque no pienso tolerarlo. Soy demasiado astuta, me digo, mientras me miro el nuevo tocado en el espejo del pasillo. ¿Acaso no he llegado hasta aquí por mí misma, superando a los demás y corriendo riesgos?

A veces, cuando el ama de llaves no está en casa, me asignan algunas de sus tareas de manera temporal, incluso en la nueva casa, en Devonshire Terrace, que es tan imponente y majestuosa que me da escalofríos. Está llena de habitaciones enormes y chimeneas más grandes que las de Doughty Street, y hay un cochero pelirrojo que vive al final del jardín que viene a cenar a la cocina y está siempre enfadado con todo el mundo por cualquier cosa insignificante. Pero no transmite la sensación de hogar que transmitía la antigua casa. Hay criados que atienden a los invitados en las fiestas, y una planta entera de habitaciones para los niños, y una sala para el servicio, pero de alguna manera la señora Dickens parece más pequeñita aquí, más insegura. No cocina tanto; parece dudar a la hora de interrumpir el flujo de trabajo y el ajetreo de los empleados del piso de abajo. Y, cuanto más duda, más parece que el mundo sigue adelante sin ella, y el espacio que solía ocupar ella en la cocina se cierra, de modo que se retira al piso de arriba y tan solo cose. La

diversión continúa a su alrededor, solo que no está muy segura de cómo tomar parte en ella.

El señor Dickens, por supuesto, se divierte de sobra por los dos, y resulta asombroso. La casa está llena de animales: cobayas y conejos para los niños, un águila feroz que está atada en el jardín, y Timber, el perro, que siempre se abalanza sobre los invitados, y el mastín gigante que no hace más que babear acurrucado junto a la chimenea. Cuando lo visita su hermano Fred, trae consigo una avalancha de bromas y payasadas como nunca antes, y hace que todo el mundo baile la polca en el salón. Y, cuando se proponen divertirse, ay, no me gustaría estar en ninguna otra casa de toda Inglaterra. Me siento tan afortunada que casi me resulta vertiginoso.

Cuando llega el cumpleaños de uno de los niños, el señor Dickens saca un juego de magia de Dios sabe dónde, un maravillosa maleta cargada con todo lo necesario, incluso un turbante extraño y una capa ondulada, y monta un espectáculo. Se cierran las cortinas y los niños se sientan en el suelo con las piernas cruzadas, y el señor Dickens entra en la sala a la luz de las velas entre gritos ahogados exagerados, con una barba falsa y unos ojos que brillan en la oscuridad. Y gesticula y recita conjuros, y hace que las cosas desaparezcan y vuelvan a aparecer, y, ay, qué alegría se refleja en su rostro al ver que todos le seguimos el juego, que los niños se ríen y chillan y gritan, y los adultos también, y se quedan con la boca abierta cuando saca un pastel de ciruela de un sombrero de copa, o cuando un periquito, aturdido, sale del bolsillo de su camisa, sin saber, al igual que todos nosotros, cómo ha llegado a verse enredado en este espectáculo.

A la mañana siguiente a dicha fiesta, estoy inclinada sobre la amplia mesa de roble de la cocina, mirando los juegos de té de plata

llenos de migas que hay que limpiar y volver a guardar en el armario, y preguntándome cuál es la mejor manera de proceder, cuando oigo una tos y levanto la vista.

En la puerta me encuentro al hombre más alto que he visto jamás, tanto que ha de agacharse para esquivar el dintel.

Se presenta como Edward Cornelius y se pasa la gorra de una mano a la otra, como si no supiera qué hacer con ella.

—Vengo a limpiar el piano.

—Muy bien, señor Cornelius —respondo, y luego añado, porque no me gusta la mala educación—: Llega usted tarde.

El hombre deja escapar una risita amable, como si no le importase, pero no puedo evitar sentir que le ha molestado, y me arrepiento de haberle hablado tan mal.

—Bueno, no pasa nada —me corrijo—. Le acompaño.

Lo llevo al salón y, mientras subo las escaleras, siento su gran presencia moviéndose con pesadez tras de mí, y me hace sentir rara, aunque no sé exactamente por qué.

—Si necesita cualquier cosa, estaré abajo. Solo ha de preguntar por la señorita Brown.

Sin embargo, pese a que no es mi intención, me doy cuenta de que me he quedado observándolo mientras se ocupa del instrumento. No parece importarle, de modo que no me marcho. Levanta la enorme tapa y saca las herramientas de su bolsa. Tiene un rostro agradable a la vista, pero, aun así, no puedo evitar sentir que transmite cierta tristeza; se lo noto en los ojos mientras le saca brillo al piano con un paño, completamente concentrado.

—Bueno —dice al fin—. Diría que ya está listo.

Se limpia las manos con la tela de algodón con cuidado, como si fuera muy importante.

—Muy bien —respondo. Lo acompaño hasta el vestíbulo y señalo la puerta principal con la mano—. Ya sabe usted dónde está la salida.

—Así es. Bueno, adiós, señorita Brown.

—Adiós, señor Cornelius —digo, toda remilgada.

Vuelve a ponerse la gorra y se aparta con torpeza el mechón de pelo negro que se le ha escapado. Luego se dirige a la puerta y sale a la calle, y trato de no pensar más en él, salvo cuando la señora Dickens se sienta al piano más tarde con Mamie en el regazo y la ayuda a tocar una melodía, agarrándole las manitas rechonchas a la bebé con las suyas menudas. Y entonces recuerdo durante un momento las enormes manos del señor Cornelius, lo manchadas que las tenía de barniz y lo torpes que eran, y el cuidado con el que las había movido por las teclas, no obstante, como si no estuvieran hechas para ninguna otra cosa. Y en cuanto me asalta ese pensamiento me paro los pies, porque no me parece que pueda llevarme a ningún sitio. A ningún sitio que me interese.



No he visto a Jem desde que lo dejé aquel día de septiembre, y a estas alturas ya no puedo posponerlo más. Me llevo pan y queso de la cocina y salgo temprano. Recorro las angostas calles en dirección al East End. La niebla amarillenta de Londres se cuela por todas partes, lo envuelve todo, por arriba, por debajo y por los lados, como si quisiera asfixiar la ciudad. Pienso en cómo estará la casa cuando regrese, toda rodeada de vegetación, con la chimenea encendida y la cocina repleta de naranjas y del aroma de las especias para el pudín de Navidad, y ese pensamiento me hace seguir adelante.

Cuando veo el edificio de la fábrica, compruebo la dirección para asegurarme y aprieto los puños en los bolsillos. Parece algo sacado

de uno de los libros del señor Dickens. Oscuro e inquietante, todo manchado de hollín, con un ambiente de trabajo y todo lo que ello conlleva. Es una fábrica, me digo; aquí se fabrican cosas, y no van a decorarla como si esto fuera un cuento. Sabía a dónde estaba mandando a Jem. Pero, aun así, la culpa me araña el estómago como un gato.

La mujer que me recibe en la amplia puerta negra espera que lleguen visitas, puesto que es domingo por la tarde, y en la ventana de arriba hay pequeños rostros que aguardan con expresiones de esperanza a los que no soporto mirar. La mujer desaparece en el interior y, cuando regresa, veo que tras ella, en el pasillo en penumbra, está Jem, acobardado de mí. Se me revuelve el estómago al verlo, aunque no sé si de cariño o felicidad o terror por la culpa que siento.

—Hola, Jem —le digo.

—Tu hermana ha venido a verte —interviene la mujer con brusquedad, y luego se aparta para dejar que mi hermano pase por delante de sus faldas—. Antes de una hora debéis estar de vuelta, por favor. Si no, recibirá una sanción.

—Venga, vamos, Jem —le digo—. Más nos vale aprovechar el tiempo al máximo.

Pero Jem se queda cerca de la mujer.

Cruzo el vano de la puerta para tomarlo de la mano y llevarlo al exterior, y luego le digo, adoptando una voz alegre:

—Vamos, Jem. Cielo santo, cómo has crecido, ¿eh?

Aunque tampoco ha crecido tanto en realidad. Caminamos durante un rato, alejándonos de la verja, y me siento en un muro.

—Bueno, ¿acaso no te dije que vendría a visitarte? —le digo al fin, pero Jem sigue sin hablar—. ¿Cómo te va por aquí, con todos los

demás niños y niñas? ¿Estás trabajando mucho, como un buen chico?

Jem desvía la mirada hacia la calle, donde hay un perro delgaducho y hambriento olisqueando entre los edificios.

—Sé que trabajar es duro, Jem. Cuando haya ahorrado lo suficiente con mi sueldo, dejaré mi puesto y vendré a por ti, y viviremos juntos en alguna parte, en una casa propia —le digo—. ¿Has visto lo elegante que voy vestida? Ahora soy una doncella.

Pero Jem no oye mi buena noticia, y tampoco parece interesarle lo más mínimo. Está empezando a irritarme.

—Jemmie —le digo—, ¿es que no le vas a decir nada a tu hermana? He venido hasta aquí para verte.

Cambia de postura y, al hacerlo, se le abre la solapa de la mochila que lleva en bandolera. Dentro, veo la marioneta que le regaló el señor Dickens hace tiempo, en Broadstairs, toda desgastada y rasgada. La agarro y la saco.

—¿Qué le has hecho? ¡Jem!

Le doy la vuelta sobre el muro y me fijo en que, donde antes tenía unos ojos blancos, ahora solo se ve la madera sucia y astillada de detrás.

—¡La has destrozado! ¿Es que no estás agradecido por que un hombre tan bueno y famoso te haya regalado un juguete tan bonito? ¿Eh? —le digo con una voz aguda y estridente—. ¡Debería darte vergüenza! ¡El niño al que cuido ahora nunca haría algo así! ¡Jamás! ¡Él sí que es un niño bueno!

Soy consciente de lo que estoy diciendo, de mi histeria, pero no puedo contenerla. Es como un caballo desbocado que se me escapa, hasta que estoy a punto de sacudir a Jem, y solo entonces logro controlarme.

Jem permanece impertérrito; no logro interpretar su expresión, ni comprenderla. Toda mi ira respecto al muñeco se desvanece.

Nos quedamos allí sentados en el muro, en silencio, durante un rato, y Jem les da patadas rítmicas a los ladrillos, como si fuera un tambor.

—Bueno, no pasa nada, Jem —digo al cabo de un rato—. No pasa nada.

Entonces alza la vista hacia mí, y al fin le cuento todo lo que quería contarle, que el señor Dickens hizo aparecer un pastel de ciruela en un sombrero para los niños durante el cumpleaños de uno de ellos, y que tienen un cuervo que se llama Grip y le encanta enterrar patatas en el jardín, todas en fila. Le hablo de lo mucho que se divierten en Doughty Street, y le cuento todas las historias con detalle, y Jem me escucha, pateando el muro, primero con un pie y luego con el otro, y no habla, como si se hubiera tragado su propia voz.

Y entonces, cuando llega la hora, lo tomo de la mano y me lo llevo de vuelta al alojamiento de la fábrica. Lleva la marioneta rota en la mochilita, y me pregunto por qué no la tirará, dado que está hecha un asco.

—Bueno, pues nada, Jemmie —le digo mientras me agacho hasta quedar a su altura—. Me alegro mucho de haberte visto. Y de ver que estás muy bien.

Me encantaría que me hablase, ya que no me ha dicho ni una palabra, y me tiene completamente desconcertada.

—Volveré pronto y saldremos de nuevo.

Me mira, tan pequeñito e inexpresivo.

—Bueno, pues adiós. Y pórtate bien.

Me sale la voz como si estuviera en una obra de teatro, aguda y ensayada, como he escuchado hablar a Charley a veces, cuando

actúa en alguna obra en casa. Pero Jem no responde con la frase que le toca. Le suelto la mano, se va sin pronunciar palabra y entra en el edificio bajo y oscuro, y yo me doy la vuelta y regreso por el callejón, en dirección a casa.



Para mi sorpresa, y para el enorme regocijo de las cocineras, no pasa demasiado tiempo antes de que Edward Cornelius, el limpiador de pianos, vuelva a por mí. No me parece que le haya dado ni una pizca de esperanza en ese sentido, pero ahí está, de pie en la puerta de la cocina después de cenar, con la gorra en la mano, como si hubiéramos acordado una cita.

—Señorita Brown —me dice, asintiendo.

No me hace ninguna gracia sentir que se me acelera el corazón al oír su voz, y me planteo rechazar su visita. No pienso atarme a nadie, y mucho menos a un marido que saldrá pitando en cuanto le convenga sin pensárselo dos veces, corriendo por la calle a toda prisa, dejándome otra vez en el fango. Y me da igual lo alto y apuesto que pueda ser.

Pero las empleadas de la cocina nos están observando con disimulo, y por alguna razón no quiero humillarlo, así que, cuando me tiende la mano, la acepto.

No hablamos demasiado, pero caminamos acompasados por la calle mientras oscurece. El otoño se está imponiendo y ya hace fresco, de modo que veo las nubes que forma mi aliento ante mí, y las del suyo. No siento la necesidad de ponerme a parlotear sobre nada, y al parecer él tampoco. Por algún motivo, el silencio que nos envuelve es agradable. Seguimos paseando despacio por delante de los estruendosos vendedores ambulantes, de los repartidores de

periódicos que se soplan los dedos para calentárselos en las esquinas y de hombres que se apresuran a volver a casa del trabajo como una multitud de escarabajos negros soltados por la ciudad, y atravesamos el ruido que nos rodea agarrados del brazo.

Esa noche, mientras subo las escaleras para irme a la cama, me digo a mí misma que no voy a volver a pasear con él. Que con esa vez ha sido suficiente.

Pero, cuando regresa y me espera en la puerta de la cocina con esos ojos tan serios, para mi sorpresa, por algún motivo no puedo decirle que no. De modo que adoptamos esa rutina, de manera amistosa: paseamos por las calles después de cenar, sin hablar demasiado, oyendo tan solo el golpeteo de nuestros zapatos sobre el duro asfalto, mientras la noche cae sobre la ciudad a nuestro alrededor.

No es buena idea, ya lo sé, teniendo en cuenta que no me interesa nada de lo que quiere de mí, y me digo a mí misma una y otra vez que voy a parar. Pero, cuando lo tengo delante, siempre lo agarro del brazo y me voy con él.

Un día en que solo trabajo media jornada, me lleva a una feria de frutas y verduras, lo cual me parece una actividad un poco extraña para alguien con intenciones románticas. Pero, aun así, paseamos juntos, agarrados del brazo, a través de la multitud que admira los montones resplandecientes de hortalizas, y vemos a los jueces merodear con unas rosetas de papel, mientras los dos permanecemos en silencio en medio del alboroto. Y me doy cuenta de que estoy pensando que, a pesar de que no haya nada que ver más que tubérculos y granjeros con rostros colorados y serios tras ellos, estoy feliz. Que me resulta agradable sentir su brazo entrelazado con el mío. Pero, cuando entro en casa por la puerta del servicio bajo la penumbra del atardecer, se queda ahí durante un momento,

esperanzado, y mientras le doy las buenas noches y me giro con brusquedad, me siento, de pronto, asqueada. Y en ese mismo instante tomo la decisión de no volver a ver a Edward Cornelious nunca más.



La señora Dickens está sentada en el taburete bajo delante de mí con el camisón, y yo le estoy tirando de los mechones oscuros de las sienes para enrollárselos y crearle rizos, tal y como me han enseñado.

—Quieren que vaya a América —me dice despacio—. Me da mucho miedo, Anne. El viaje y todo…

Miro su reflejo, sus ojos azules con los párpados caídos, abiertos de par en par por el miedo.

—No puedo evitar pensar que debo ir —prosigue—. Para estar con Charles. El trabajo que hace es muy importante. Le preocupan mucho las personas desamparadas, los niños abandonados y la justicia, ¿sabes? Y podrá visitar muchísimos sitios y escribir sobre ellos, para tratar de ayudar mejor a los pobres aquí.

Me enrollo un mechón de pelo en el dedo, bien apretado.

—Y, por supuesto, está empezando a ser muy famoso allí. Debería tener a su mujer a su lado, ¿no? Pero los niños… Estaremos tan lejos… Y durante tanto tiempo… ¿Qué opinas, Anne? ¿Qué crees que debería hacer?

Me mira en el espejo, atribulada, y yo me detengo con el papel para rizar el pelo en la mano. Pienso en la cara de la señora Dickens cuando está con sus hijos, en lo mucho que se le ilumina, y pienso también en ellos, teniendo que pasar tantos meses sin su madre. En Charley, que vive por y para ella, y a quien le costará dormir y comer

sin que ella lo tranquilice y lo convenza. En cómo se asoma en lo alto de las escaleras cuando su madre tiene que salir. «Mamá, vuelve. Mamá, no te vayas», grita mientras sale corriendo y consigue esquivarme, por lo que a veces me pongo más firme con él de lo que debería.

Pienso en el señor Dickens, y en lo que me ha pedido que haga. En América, y en la enormidad del océano, y en mí atravesándolo para averiguar qué hay al otro lado, para verlo con mis propios ojos.

—Creo… —digo, y hago una pausa—. Creo que debería acompañar a su marido.

Se le nota el alivio en el rostro.

—¿Eso crees?

—Sí.

Me detiene la mano con la que estoy dándoles forma a los rizos y me la sostiene durante un momento.

—No sé qué haría sin ti, Anne. Parece que nunca consigo tomar ninguna decisión. Nunca sé qué es lo mejor. Y tú vendrás con nosotros, ¿no? No podría ir sin ti.

—Estaré a su lado, por supuesto —contesto con cautela—. Si el señor Dickens me da su permiso.

—Te pareces tanto a mi hermana —me dice vacilante, como si las palabras acarrearan cierto peligro—. A Mary. La que falleció.

—Gracias —contesto.

Así que de eso se trata, pienso. De ahí viene esa sensación tan extraña que tengo desde el principio. Estoy aquí para ocupar el vacío que ha dejado ella. Por eso me mira de ese modo, como si estuviera intentando encontrar algo que ha perdido.

Me suelta la mano, un poco demasiado rápido, y dice:

—No debería haber dicho eso. Qué tontería.

Apoyo los dedos en su hombro con delicadeza, como para decirle, sin palabras, que no pasa nada.



Es casi medianoche, solo quedan unos minutos para el fin de la década y estoy asomada a la puerta con las demás sirvientas, a quienes esta noche no regañan ni mandan al piso de abajo. Todo el mundo hace como si no nos viera, como si el espíritu de la Navidad nos hubiera vuelto invisibles, y podemos deambular por sitios a los que no solemos tener acceso.

América me está llamando, el vasto mar que contemplaba sentada en la playa de Broadstairs, preguntándome qué habría más allá de su plano horizonte. Esta década veré cosas, me digo. Cosas con las que no podría ni haber soñado. Solo debo mantener esta danza entre él y ella, ocupar el lugar de la hermana perdida, ser la voz de mi empleador en el oído de ella.

En el majestuoso salón, la familia y sus invitados están jugando a algo llamado *snapdragon*, un juego en el que hay que intentar sacar pasas de un cuenco con brandi al que le han prendido fuego. Las llamas azules danzan por la superficie líquida. Todos se acercan al cuenco entre risas, a punto de quemarse, gritando, y se alejan deprisa de las llamas que les acarician el rostro. El señor Dickens se quema el bigote por acercarse demasiado, y durante demasiado tiempo, a las llamas, y chilla, y el olor a pelo chamuscado inunda la sala entera, y Mamie llora porque no sabe lo que está ocurriendo, y no le gustan las luces atenuadas ni el calor ni las risas fuertes. También hay una niña, la hermana de la señora Dickens, Georgina, que no debe de tener más de doce años. Sostiene a Mamie en brazos y la pequeña se calma casi de inmediato.

—Caramba, Georgy —grita el señor Dickens por encima de todo el jaleo—, ¡menuda madrecita estás hecha!

Y veo a la niña henchirse de orgullo ante el comentario, adorando al señor Dickens, como todo el mundo.

Me apoyo contra el marco de la puerta y poso la mejilla sobre la madera fría, y saboreo la sensación de que, ahora mismo, todo es perfecto. Yo no formo parte de ello, lo sé, pero estoy aquí, y no importa nada más, ni los limpiadores de piano con manos fuertes, ni lo que le hecho a Jem, ni el trato que he hecho con el señor Dickens, ni la extraña sensación amenazante que me invade a veces en esta casa. Nada. Todo eso ha quedado en algún lugar de la oscuridad, y yo estoy con todo el mundo, alrededor de la luz.

PARTE CUATRO

KATE

1842

Hominy

Hervir maíz duro en leche y añadir azúcar o sal al gusto.

Las gaviotas merodean por la barandilla del barco de vapor, montando guardia mientras Kate mira hacia tierra firme. Levanta una mano para saludar a la multitud reunida abajo, que ya no es más que una masa borrosa entre la niebla. Entre ellos, en alguna parte, está Macready, despidiéndose de ella, pero no lo distingue; no podría ni aunque tuviera buena vista. El viento le azota las mejillas y Kate levanta las manos para cubrirse bien con la capa. El hielo se extiende por la cubierta, fragmentándose en grietas finas. Kate frota una de ellas y ve cómo se derrite bajo su pulgar.

Con un aleteo frenético, una de las gaviotas abandona su puesto y alza el vuelo con una violencia sobrecogedora. Kate se aparta y Charles la agarra del brazo para estabilizarla con una mano enguantada. Kate ve a la gaviota girar al viento con las alas extendidas, flotando sobre el mar. Casi la envidia por tener la capacidad de decidir si seguir el barco de vapor o dar media vuelta y regresar a casa. El puerto se empieza a quedar atrás y la multitud se va haciendo más y más pequeña, una franja oscura que bordea Inglaterra.

La niebla, densa y pesada, ha flotado sobre ellos toda la mañana, mientras esperaban sentados en la humedad del puerto a que llegaran los últimos paquetes postales y a que cargaran las últimas

cajas. A que los hombres, resbalándose y gritándose unos a otros, arrastrasen las maletas, las bolsas de viaje y demás valijas desde la gran pila del puerto. Y a que subiesen a los pollos, apiñados en jaulas, y los barriles de cerveza, y a que condujeran por la rampa a la vaca, con esa mirada de terror, atada por el cuello y con las pezuñas resbalándosele por los bordes. Con un torbellino de ruidos a su alrededor, gritos roncos y pisotones en la cubierta, y relinchos de caballos en el borde del puerto, alejándose por instinto del filo, con el mar revuelto debajo. Y Charles, apoyado sobre la barandilla, mirándolo todo con un brillo intenso en los ojos, como si lo estuviera absorbiendo, como una esponja enorme, para luego derramarlo sobre las páginas.

La humedad lo invade todo, se cuela en el interior del barco, incluso en las profundidades de su camarote, y entre las capas de ropa en las que va envuelta Kate, las bufandas, los chales y los tres pares de medias de lana. Se posa sobre su grueso gorro de fieltro y lo deja mojado al tacto.

Ahora, a medida que baja la temperatura, todo se está empezando a congelar. Kate aún no consigue orientarse por el laberinto que es el barco de vapor: la red de pasillos estrechos con paredes metálicas y techos bajos, algunos sin salida, o con puertas que no se abren, mientras los motores retumban sin cesar bajo sus pies, en las paredes y en cada parte de su cuerpo. Si se parase a pensar en ello, entraría en pánico. Para colmo, le está empezando a molestar cada vez más el diente que tiene malo, y se le está hinchando un poco uno de los lados de la cara. Tiene un algodón humedecido con aceite de clavo pegado al interior de la encía, y ahora pasa la lengua por él y saborea su amargor.

La noche anterior la pasaron en el barco, y los amigos que estaban

en Liverpool con ellos habían ido a ver el camarote. Mientras recorrían el interior de la nave en busca de la puerta, todos se habían mostrado vacilantes. Pero Charles había estallado en carcajadas, celebrando lo absurda que resultaba la situación, como tanto le gusta hacer, puesto que aquello no tenía nada que ver con las fotos que les habían mostrado ni con las promesas que les habían hecho, y los demás también se habían reído, a falta de otra cosa que hacer. Kate recuerda la alegría forzada, lo gracioso que había sido, todos apelotonados en ese espacio tan agobiante de proporciones ridículas, lo imposible que parecía que alguien pudiera vivir allí durante varias semanas seguidas, y se había tenido que enjugar las lágrimas de la risa.

Ahora contempla el enorme océano que se extiende entre Liverpool y ella. La tierra casi ha desaparecido; ahora no es más que una manchita entre la niebla. En algún lugar de esa superficie están sus hijos, y el hilo que la une a ellos se está estirando, cada vez más delgado. Ya no puede oír sus llantos. La idea la pone enferma. Las grandes paletas giran y los alejan cada vez más de la tierra firme, y a los lados del barco el agua se agita bajo su impulso. Kate se aferra al brazo de Charles, que la aprieta contra él. Ve que cerca de ellos hay un hombre que no para de mirarlos, como si estuviera pensando en cómo entablar amistad con ellos. Hay más viajeros que les lanzan miradas furtivas, y Kate se da cuenta en ese momento de que pronto los cercarán.

Está decidida a proteger a su marido, tal y como hace en Londres, interponiéndose entre él y los ávidos ojos de los demás. Quedándose en el comedor mientras él se escaquea, respondiendo a una infinidad de preguntas sobre Oliver, Pickwick y Nell Trent, y hablando, con paciencia y sin cesar, de Charles y de lo que piensa hacer a

continuación, de las ideas que tiene, de modo que, aunque perciba la decepción de sus interlocutores, al menos pueda refractar algo del resplandor de Charles con su presencia y proyectarlo sobre ellos.

Se retira la mano de su propia mejilla palpitante y la posa sobre la mano de Charles. Ha decidido viajar con él para serle útil. Para cumplir su papel de esposa, ser una compañera que lo ayude. Ha elegido esto en lugar de quedarse con los niños. Todo el mundo dice que es lo correcto: Anne, Charles, Macready. Todos. De modo que, si ahora no puede ser madre, y solo puede ser esposa, eso hará.

En algún lugar de las entrañas del barco se encuentra Anne. Kate se pregunta cómo estará allí abajo, apretujada con los demás sirvientes, y si sentirá el mismo terror por alejarse de todo lo que conoce. Durante un vertiginoso momento la añora, añora el consuelo que le brinda en secreto.

Cierra los ojos y pega el rostro contra las gotas de humedad que se están formando en el abrigo de su marido.

—Voy abajo —dice en voz tenue—, a seguir deshaciendo maletas.

La azafata les había enseñado el camarote antes de partir, había sacado armaritos plegables de los cajones y les había mostrado el almacenamiento que había oculto dentro de los asientos, todo diseñado para aprovechar al máximo el escaso espacio disponible.

Ahora Kate se detiene allí, en medio del diminuto cuarto, y siente que vuelve a entrar en pánico. El techo le parece demasiado bajo, como si fuera a caerse sobre ella, y las paredes inclinadas parecen estar esforzándose por contener la gélida masa de agua que se extiende al otro lado. Se dice a sí misma que no está atrapada allí, que puede volver a salir a cubierta cuando quiera. Se gira hacia la

izquierda y hacia la derecha, frotándose las palmas de las manos en las faldas, intentando enjugarse el sudor, pero no logra calmarse, y justo cuando está empezando a pensar en pedir ayuda, en que no puede respirar, oye pasos en el pasillo. Se detienen justo delante del camarote. Unos golpes en la puerta que conoce bien.

Anne.

Al abrir no ve nada más que un montón de prendas de punto de las que asoma una nariz.

—Santo cielo —exclama Kate, y deja escapar una risa aguda y ridícula.

—La humedad y yo no nos llevamos muy bien —dice el bulto de telas—, así que prefiero evitarla.

—No te culpo.

—¿Puedo pasar y ayudarla con lo que sea necesario antes de la cena? —le pregunta la chica con una voz que suena amortiguada tras la bufanda.

—Sí, ay, sí, gracias. —Kate se retira para dejarla pasar, pero apenas hay espacio para que quepan allí dentro las dos sin estar pegadas, y más con lo abultadas que están por la ropa—. ¿Qué tal abajo, en tu camarote?

—Muy bien, gracias —le dice la chica.

—Pero es pequeño, ¿no? El barco entero. Nos ha parecido muy gracioso lo pequeño que es.

Vuelve a reírse y luego, de pronto, rompe a llorar. La chica la agarra con esos brazos de pájaro que tiene.

—Vamos —dice—, ya está.

Y le da palmaditas a Kate en la espalda.

Kate la acerca más a ella y siente su delgado cuerpo a través de todas las capas de lana que las separan.

—Escuche —le dice la chica—, no puede volver a casa, y eso es así. Pero tal vez el viaje le venga bien. Aquí puede apoyar al señor Dickens como su esposa, y consolarlo. De modo que puede llorar si quiere, pero eso no va a cambiar nada, salvo que se alterará más, y él también.

Resulta escandaloso que una criada le diga algo así a su señora. Pero es lo que diría Mary, piensa Kate. Es justo lo que diría ella. Vuelve a atraer a la chica hacia ella mientras asiente como una niña.

Se abre la puerta del camarote y las dos se separan con un movimiento rápido y culpable mientras Charles, empapado por el húmedo aire marino, entra y se quita el abrigo. Kate se gira hacia la cama, incapaz de soportar la idea de que su marido vea esa situación, ese mundo del revés en el que la está regañando una criada a la que se supone que debería poder controlar.

—Anda, ¡si esto está lleno de gente! ¿Cómo lleva la vida en el mar, señorita Brown?

—Muy bien, señor.

—Ah, ya sabía yo que era usted marinera —dice mientras se sienta en la cama para quitarse los zapatos.

—Si no me necesitan, volveré abajo, señor —dice la chica inclinando la cabeza, impasible, para hacer una reverencia.

—Sí, muy bien. Ya nos veremos por la mañana, imagino.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Se marcha y, con la vista clavada en el suelo, cierra la puerta del camarote con suavidad tras ella. Kate oye sus pasos alejándose por el pasillo y, durante un breve instante, desea poder marcharse también.

Charles está moviéndose por el asfixiante camarote, colocando las cosas a su gusto, y ella, consciente de su papel, está dejando sus propias pertenencias alrededor de las de su marido para no alterar el

orden.

Se da cuenta de que nunca habían tenido que vivir tan apretados. Ahora sus dos mundos, tan distintos, se fusionan en estos pocos metros, y no pueden escapar el uno del otro. Kate se apretuja a su lado para llegar hasta el último baúl que aún está encajado entre la cama y la pared, y saca el pequeño dibujo de los cuatro niños que ha hecho Maclise para ellos.

Es un buen dibujo, a lápiz y aguada. Tan solo son líneas, una imitación, pero ha logrado captar de manera fiel a los niños en el papel.

En él aparecen Charley y Mamie sosteniendo los vasos en miniatura con los que hacen esos brindis tan graciosos, imitando a los adultos. «Viva Menganito. Tres hurras por su buen corazón». Y luego Katey, observando absorta una armadura que aparece en un libro, y el pequeño Walter con un sombrero extravagante.

Deja el dibujo en la diminuta mesita de noche, y luego cambia de opinión, lo vuelve a envolver con la tela y lo guarda en el cajón. Si lo ve todo el rato, dejará de parecerle especial.

Charles la agarra por detrás de pronto y tira de ella hacia la cama, y Kate chilla. Su marido le quita las botas y, con un movimiento rápido, se sube a la cama y se queda de pie sobre el colchón, con la cabeza gacha para no darse contra el techo bajo, y luego le tiende la mano y la sube allí con él. Kate se ríe, tratando de mantener el equilibrio sobre la cama con los pies enfundados en las medias.

—Bueno, a ver qué cae del techo. El comedor. Un salón de baile con una banda en miniatura.

Tantea el techo fingiendo seriedad, como si estuviera buscando un botón o un cajón oculto. Kate lo imita, riéndose, pasando las manos por la superficie, dejándose llevar por sus juegos, como siempre. Se

da cuenta de que es la primera vez que están juntos fuera de casa, los dos solos, desde hace años. Le recuerda a la casita de Chalk, donde todo había sido una aventura, una simulación vertiginosa. Charles la agarra y le da un beso apasionado en la boca.

—Qué contento estoy de que estés aquí —le dice.

—Yo también —responde Kate, y es casi cierto.

—Voy a cuidar de ti, Katie.

—Ya lo sé. Por supuesto.

—Y pensaremos en los niños cada día. Todos los días. Te lo prometo. Y hablaremos de ellos, y los recordaremos, hasta que podamos regresar a Devonshire Terrace.

Kate asiente y le escuecen los ojos por las lágrimas al ver que Charles es consciente de su sufrimiento secreto. La agarra de la mano y apoya la frente contra la suya, y Kate se pregunta durante un momento si se echará a llorar él también, y le parece casi insoportable pensar en la idea de que él comparta su tristeza. De que uno de los dos deba estar siempre feliz para compensar al otro, o será demasiado peligroso.

—Pero menuda aventura tan increíble, ¿no? —dice, y sonríe.

—Desde luego —dice Kate, aliviada, y sonríe también como para demostrarle que lo dice en serio.

—¡Bueno! —exclama mientras se separa y adopta una pose teatral —. A prepararnos para la cena, esposa viajera mía. ¡A nosotros no nos asustan los mares embravecidos!

Charles se baja del colchón y agarra a Kate por la cintura para llevársela mientras ella se ríe, protesta exageradamente y trata de alisarse la falda.

Cuando salen juntos a los pasillos oscuros en busca de los demás, Kate se agarra con fuerza al brazo de Charles y le hace preguntas

sobre el barco y sobre el viaje, preguntas que sabe que él estará encantado de responder.



Poco a poco se van adaptando a la vida en el mar, a las chuletas de cordero, las partidas de *whist* y el brandi servido con agua en vasitos pequeños. Las extrañas noches agobiantes y el zumbido de los motores. El golpeteo de los tacones de las botas en la cubierta que se acalla cuando cae la noche y se reanuda después. Un mundo de sonidos y olores desconocidos. Hace un frío glacial. No siempre consiguen encender el fuego, y el frío del mar, que los rodea continuamente, oscuro y aterrador, les cala hasta los huesos.

Los demás pasajeros quieren ganarse a Charles como si fuera una especie de premio. Orgullosa de él, Kate les sonríe y los encandila a todos y se queda en el comedor hasta las dos de la madrugada, aunque le escuezan los ojos por el cansancio, para que él pueda escaparse a escribir en el camarote. Cuando se acuesta a su lado, él la llama «ángel», una palabra que ahora siempre le recuerda a Mary.

Durante los primeros días del viaje, Anne y ella se sientan juntas por las tardes, y la chica intenta rizarle el pelo a Kate a pesar de la humedad o le remienda los rasgones de su ropa de viaje. No hablan mucho.

En esos silencios Kate no deja de pensar en Londres, a su pesar. En su cocina, en la comodidad de su vida cotidiana. En la esponjosidad de un bizcocho recién horneado. En un caldo escocés, humeante y sabroso.

—Me encantaría comerme un pastel de ciruela —dice con melancolía por encima del zumbido grave del barco.

—Me temo que va a estar complicado —responde la chica sin

levantar la vista de la aguja.

Kate deja la novela por tercera vez sin haber leído nada y mira a Anne. La chica sigue envuelta en prendas de lana, y mueve las manos sobre la tela como dos animalillos delgados.

—¿Qué comidas echas de menos?

La chica levanta la vista hacia Kate al instante.

—Pensar en esas cosas no va a traer nada bueno.

—Yo el beicon recién hecho.

—No pienso participar en esta conversación.

—La carne asada.

—No voy a seguirle el juego. No nos ayudará en nada, y lo sabe.

—Muy bien.

Una pausa. Kate vuelve a levantar el libro y deja que se abran las páginas humedecidas.

—Aun así, no me importaría nada poder comerme un panecillo caliente —dice la chica, y Kate se ríe y deja escapar una carcajada sorprendente que suena como una trompeta.

A veces, avergonzada en secreto, piensa que siente más afinidad, una alegría más auténtica y desenfadada, con Anne que con cualquiera. La línea que el mundo traza entre ellas le parece delgadísima, tanto que a veces se pregunta si estará viviendo la vida equivocada. Si no es lo bastante noble como para vivir en una casa con doncellas y sirvientes, ni lo bastante refinada como para tener que permanecer tumbada y bebiendo con una pajita, ni lo bastante brillante como para ser la esposa de un literato, siempre desesperada por huir de los invitados que van a cenar y esconderse en la cocina, donde arde el fuego, hierven las ollas y los sirvientes charlan de cualquier cosa.

Durante la tercera noche del viaje, Kate se despierta cuando el

mundo se tambalea con violencia en una dirección que no logra identificar. Se incorpora en la cama, sintiendo la pronunciada inclinación del barco, tratando de orientarse.

—Una tormenta —le aclara Charles al tiempo que busca a tientas la lámpara en la oscuridad—. Una muy fuerte.

De modo que así es como va a ocurrir, piensa Kate. El desastre que ha estado esperando.

Charles enciende la luz titilante que le permite a Kate ver la emoción infantil en los ojos de su marido.

—Voy a subir a ver qué ocurre —dice, arrastrando el chubasquero, y la deja sola en una cama que parece balancearse bajo ella.

Al cabo de una hora está ya tan mareada que ni siquiera siente miedo. Tan solo puede quedarse tumbada en la estrecha cama mientras el barco la lanza hacia la izquierda y luego hacia la derecha, se balancea, se inclina y se gira. Las cosas del camarote no dejan de resbalarse de un lado a otro. Un pendiente, un libro abandonado. Pero está demasiado mareada como para levantarse, de modo que deja que patinen y que se choquen contra una pared y otra mientras se aferra a la almohada. Charles llega y se va. Llega y se va. Y en un momento dado Kate se despierta y se encuentra a Anne dormida en la cama, a su lado.

Acerca a la chica hacia ella por instinto y entierra la cara en su hombro. Permanecen allí tumbadas mientras sus diferencias se desintegran, de modo que son solo cuerpos que se abrazan para encontrar un punto de apoyo en un mar revuelto.

Kate está demasiado mareada como para sentir vergüenza por abrazar a una criada de ese modo, demasiado mareada como para pensar en lo que opinará Charles al respecto. Tan solo puede pensar en la muerte. En si con la próxima sacudida o el próximo balanceo el

barco acabará volcando. En el agua negra al otro lado de la pared de la cabina, densa, contundente y fría, y en el cielo vacío que se extiende durante kilómetros a su alrededor.

En el comedor siguen sirviendo cabeza de cerdo, manzanas asadas y patatas que se deslizan por el plato cuando el barco se tambalea y dejan un rastro de grasa. En los días buenos, Kate come con cautela, bocado a bocado, y en una ocasión consigue mantenerse sentada el tiempo suficiente para escribir una carta con una mano temblorosa que enviará a casa por correo al llegar.

«No sé qué habría hecho de no haber sido por la bondad de mi querido Charles».

Y durante el resto del tiempo, mientras su marido se pasea por el barco con el impermeable, Kate se acurruca en los brazos de Anne en la minúscula cama.

Si sobrevivimos, piensa Kate, no volveremos a hablar de esto. ¿Cómo podríamos?

ANNE

Estoy sumida en una neblina, medio dormida, medio despierta, de modo que a veces ni siquiera sé dónde estoy o si es mi propia madre a quien estoy abrazando, o la madre de otra persona, o Jem.

Todos mis grandes planes, toda mi convicción de que no necesitaba a nadie más en este mundo, todo se está desmoronando. Intento levantarme para dedicarme a algo práctico y dejar atrás así el terror que me invade, pero no me puedo mover, de modo que nos quedamos las dos tumbadas juntas, la señora Dickens y yo, en ese mundo extraño e intermedio en el que nos hemos adentrado, donde cada una es una especie de madre para la otra, y nos acariciamos la frente, nos decimos palabras tranquilizadoras y nos calentamos las manos.

—Ay, mi Charley —está diciendo la señora Dickens—. Ay, mi Charley.

—A Charley no le va a pasar nada.

—Lo he abandonado. Seguro que me está llamando y yo no estoy ahí para él.

—Tengo un hermano.

Las palabras brotan solas, como lágrimas.

—¿Un hermano?

No respondo, y tan solo sacudo la cabeza, enterrada en la almohada, como para intentar olvidar que he hablado.

—Pero si dijiste que erais ocho hermanos, Anne.

—Solo queda Jem —digo con la boca pegada a su pelo, como para

amortiguar las palabras.

Kate abre los ojos y me mira con cara de sueño.

—¿Qué les ha pasado a los demás?

—Murieron. Todos murieron. —Se me quiebra la voz al revelar la verdad, silenciada durante tanto tiempo—. Solo queda Jem.

—Jem —repite Kate, y el sonido de su nombre en su delicada voz me provoca un sollozo tan brusco que me atraganto.

Kate me envuelve con los brazos y me acerca a ella, tanto que quedo cubierta por su capa de viaje como si fuera una manta. Su olor me reconforta.

—Mi hermana también murió —dice—. Mi Mary. Y mi hermano George también ha muerto. Es algo horrible. Horrible de verdad.

Lloro con una rabia que no recuerdo haber sentido antes en mi vida, y la señora Dickens también llora, los dos entrelazadas en la cama, como si fuéramos, al fin, iguales, y como si sintiéramos lo mismo, a pesar de todas nuestras diferencias. Mi mente, medio embriagada por el miedo al mar mientras nos sacudimos y caemos a la nada, parece sucumbir en ese momento, y toda la tristeza se desborda, y todos los pensamientos que había mantenido a raya salen en tropel. Mi madre, tan pequeñita y dura; la costumbre que tenía de guiñarte cuando hacías algo que le gustaba; Ivy y Martha haciendo muñecas de paja; mis hermanos peleándose y empujándose; y Jem, perdido ahora en los oscuros edificios de la fábrica; su silencio, sus patadas al muro con un pie y luego con el otro. Intento encontrar las palabras, hablar del horror enfermizo que llevo siempre dentro, pero, justo cuando estoy a punto de hallarlas, la señora Dickens se separa de mí y deja escapar un ruido débil.

—Ay, Anne —me dice—. Me encuentro fatal. ¿Podrías traerme un té?

Durante un momento no me puedo mover. Y luego consigo incorporarme y siento como si estuviera luchando por salir de un hoyo.

—Claro, señora —contesto al fin.

—Y, Anne, ¿podrías buscar a Charles y decirle que mande a alguien para que vuelva a encender el fuego? Tengo tanto frío que apenas me siento el cuerpo.

—Sí, señora.

—Eres un ángel.

Me levanto con las piernas rígidas y trato de sacarme de la cabeza a Jem, y mi infinita tristeza, aunque no logro deshacerme de ellos. Y entonces salgo del camarote al pasillo, recobro la compostura y vuelvo a adentrarme en mi cuerpo de criada.

KATE

Los pasajeros están amontonados en varios grupos en la cubierta, soplándose las manos. Han subido porque al fin corre el rumor de que están a punto de llegar. A Kate le parece que todos tienen aspecto de estar a tan solo unos días de congelarse, con unos rostros pálidos y agrietados y motas de hielo brillantes en las bufandas, los chales y los sombreros.

Una vez más, Anne, que está ahora a su izquierda, no es más que un montón de prendas de lana y dos ojos inexpresivos. Charles, que parece un pescador con su abrigo, está manteniendo una conversación animada con el hombre de bigote pelirrojo del comedor, gesticulando con los brazos, enfrascado en una discusión apasionada y vehemente que Kate no logra seguir, mientras sus palabras lanzan nubes blancas al aire. Empieza a escasear la comida en el barco, y las visitas al comedor provocan cierto descontento. Para desayunar comen una especie de maíz dulce con leche que llaman *hominy*, o picotean unas raquíticas tortillas de gallinas reticentes que siguen atrapadas en sus jaulas.

Se oye un grito que procede del otro extremo del barco, y todo el mundo empieza a moverse y a resbalarse. Charles toma a Kate de la mano, tira de ella y van derrapando mientras corren.

—¡Que me voy a caer! —grita Kate—. No, espera, que me caigo.

Pero su voz se pierde entre el caos, y Charles sigue tirando de ella hasta que llegan a la barandilla. Contemplan el horizonte, ansiosos por ver la tierra tras días y días de agua, pero no hay nada, tan solo la bruma que flota baja sobre el mar liso.

—¡Allí! —grita emocionada una mujer a su lado—. ¡Allí, mirad!

Kate entorna los ojos ante todo ese gris.

—¡Es América! —dice la mujer, señalando con una mano enguantada.

Kate siente una punzada de frustración por lo mal que ve, por cómo lo aplanan y lo oscurecen todo sus ojos, y hacen que se quede siempre por detrás de los demás, siempre más lenta, más insegura. Charles lanza tres vítores que se alzan en el aire gélido, y los pasajeros señalan y se ríen mientras les sale vaho de la nariz por el frío. Pero Kate no logra distinguir nada entre el agua que se agita bajo el barco; solo ve una masa blanca, pesada y difusa.

Y entonces sí que los ve: pedazos de tierra que se elevan desde el mar, pálidos por la escarcha, como los huesos de un gigante sumergido.

América.

La invade el alivio nada más ver la tierra, su solidez, su textura. Y también la emoción, al contemplar un lugar desconocido que jamás había imaginado que vería. Y un miedo espantoso por lo lejos que están. Ahora los niños están en otro continente, tan lejos que resulta doloroso, y los hilos que la unen a su hogar se han ido rompiendo uno a uno con cada kilómetro de agua gris que tiende el barco de vapor entre ellos.

—¿Qué le parece, señorita Brown? —grita Charles por encima del zumbido del motor—. ¿Podemos atrevernos a pensar que está usted experimentando una emoción fuerte al fin?

Anne se baja la bufanda de la boca y lo mira con ese rostro pequeño y serio suyo bajo la luz incolora.

—A mí no me parece que sea para tanto, señor —grita también—. Y con el trayecto tan largo que hay que hacer para verlo…

Charles deja caer hacia atrás la cabeza y suelta una carcajada, encantado.

Kate se agarra a la barandilla del barco y sonríe e intenta no pensar mientras los pedazos enormes de tierra se elevan más y más sobre el mar, cada vez más escarpados y frondosos: un país que se está formando ante sus ojos. América, con toda su libertad y su exotismo, justo allí, delante de ella, se dice mientras mira a Anne, a su lado. Y su hogar, ahora tan lejos como si fuera un sueño.

KATE

Bistec a la Soyer

Asar el filete aderezado con pimienta, sal, cayena y harina, todo mezclado en un recipiente. Ir dándole vueltas al filete y rebozándolo en la mezcla constantemente. Picar una chalota pequeña y ponerla en una cacerola con un poco de kétchup. Cuando el filete esté lo bastante hecho, añadir un poco de mantequilla, colar la salsa con un colador pequeño y servir muy caliente.

Las gruesas cortinas de la habitación del hotel siguen cerradas, aunque ya son más de las nueve. Kate retira un centímetro la pesada tela y mira las luminosas calles de Boston, refulgentes bajo el sol matinal. Abajo, delante de la entrada del hotel, hay una multitud de gente esperando. Cada mañana hay más personas, sosteniendo periódicos en los que aparece la cara de Charles para que se los firme, o con ejemplares encuadernados de *Pickwick*, o con una petición de esto o de aquello, o con una historia lastimera para que la escuche, de un hijo que está sufriendo o de una injusticia que, de alguna manera, solo él, Charles, puede resolver.

—Apártate de la ventana, Kate.

Su marido, sentado a la pequeña mesa de comedor, está cortándose el filete, que, como siempre, está nadando en un charco de mantequilla y pimienta negra molida. Kate palidece al verlo comer tal cosa tan temprano por la mañana. Le encantaría, contra toda lógica, poder bajar a las cocinas del hotel, estén donde estén en este lugar tan grande y laberíntico, y preparar algo un poco más casero.

—Kate —repite Charles—. Siéntate. Me estás poniendo nervioso,

revoloteando como un moscardón.

Kate se sienta al instante, se acomoda en el sillón y ve a Charles cortar el filete con el cuchillo sobre la charca amarilla de grasa. Mientras come, un escultor se acerca a él para medirle la nariz con una regla. Sentado a su lado está Putnam, el secretario que ha contratado Charles para todos sus viajes, siempre haciéndole la pelota, más tedioso que los papeles que sostiene para que los firme, sin dejar de hablar sobre a dónde van a ir y a quién van a ver, y cuándo, y cómo.

Kate los observa, entretenida. En este país, en esta ciudad, su marido no puede comer ni pasear por la calle ni salir siquiera sin que alguien intente que haga algo. De hecho, a menudo suele haber diez o veinte personas intentando que haga diez o veinte cosas a la vez. Todo el mundo se abalanza sobre él como si fuera un monarca de visita o un trozo de cordero en el mercado que hay que agarrar y pesar para determinar su valor. Cada mañana llegan dignatarios de la zona a estrecharle la mano incluso antes de que hayan retirado los platos del desayuno, y Kate permanece a su lado, como Victoria con Alberto, hasta que piensa que va a empezar a soñar con manos extendidas hacia ella, curtidas o rollizas o delgaduchas o sudorosas.

Llevan así desde que llegaron al oscuro puerto de Boston, con la ciudad extendida como sombras a su alrededor. Los periodistas se apiñaban en la pasarela, haciéndoles preguntas sobre el viaje a gritos, palabras familiares que sonaban extrañas y distorsionadas en sus bocas: «Dickens», «Londres», «viaje», «familia», «América», «héroe», «honor», «bienvenidos». Abajo, en la negrura del muelle, se había formado una multitud entre la carga y descarga de equipajes, los gritos, los ruidos, los chirridos y los tintineos. A Kate le había costado mantener el equilibrio en tierra después de haber pasado

tantas semanas tambaleándose, se había tropezado en los escalones y había estado a punto de caerse hacia la muchedumbre. Anne le había puesto la mano en el hombro, la había agarrado del brazo y la había ayudado a recuperar el equilibrio. Charles iba más adelante y no había visto nada, distraído por los vítores. Y, desde ese momento, no han recibido más que adulación. Mientras pasean, mientras duermen, mientras comen, como si fuera una nube que los sigue de aquí para allá, y de la que no pueden escapar.

Siempre que puede Kate baja la vista a su bordado; se lo lleva a todas partes para evadirse del entusiasmo. «¡Qué modesta es tu mujer!», le dicen a Charles con aprobación, y ella se alegra, pero a veces se pregunta dónde estará el límite entre la modestia y la timidez. Entre ser una buena esposa y no tener nada útil que decir. Charles se muestra tan vivaz que a Kate le preocupa que la consideren aburrida. Y lo único en lo que puede pensar es en sus hijos. En Katey, llamándola por la noche y dándose cuenta de que no está. Al pensarlo, la angustia le sube por la garganta.

También se pregunta qué pasará ahora que empiezan a recuperarse del cansancio del viaje. En casi seis años de matrimonio, nunca ha pasado tanto tiempo sin estar embarazada ni recuperándose de un parto. A veces se pone la mano en el vientre, vacío y ligero. Charley, luego el bebé que perdieron y del que no hablan, y luego Mamie. Y después Katey y por último Walter. Le parece que falta algo.

Han acordado no tener más hijos, pero siguen sin haber hablado sobre cómo van a asegurarse de que no ocurra. Expresarlo con palabras sería demasiado vergonzoso. El tiempo que pasan juntos en la cama, haciendo esas cosas, no es algo de lo que se hable. Es algo que permanece siempre en los vacíos que hay entre las personas.

Kate a veces piensa que, si Mary no hubiera muerto, tal vez habría sabido si lo que siente es normal, tal vez habría sido capaz de encontrar las palabras necesarias para preguntarle qué opinaba ella, cuando se hubiera casado. Si ella también lo anhelaba, si vivía por y para ello, a veces, en días sombríos o cuando algo la entristecía, o si lo sentía como una expectación que la embargaba en una fiesta o una cena; al ver a Charles ahí, riéndose y jugando, o cuando se acerca a una chica guapa y a Kate se le revuelve el estómago por lo mucho que lo desea. Sus amistades hacen comentarios velados al respecto, claro, pero suelen ser negativos, como si fuera algo que hay que soportar. Tal vez lo digan por moda. O tal vez, le susurra una vocecilla traicionera, el placer que siente al hacerlo no sea del todo apropiado.

Así que tan solo se repite que es un regalo de Dios, que es normal que se sienta bien al hacerlo porque es una manera sagrada de crear vida, y luego se atasca en la idea de seguir haciéndolo cuando no quiere crear ninguna vida, y no sabe cómo solucionar el dilema.

Lo que sí ha hecho, al menos, es leer un libro sobre el asunto, un libro que vio una vez escondido en el cajón de su madre en Brompton, con ilustraciones que le sonrojaron las mejillas. Por lo que sí tiene cierta idea de cómo prevenirlo. Pero es el hombre quien debe hacerlo. Charles también debe de saberlo, supone Kate. Seguro que sí. Debe de haber un libro así para hombres. Pero no se lo puede preguntar, de modo que tan solo espera que, entre los dos, encuentren la manera sin tener que hablar del tema.

—Ven a comer, Kate —le dice ahora Charles con la boca llena de carne mientras el escultor le mide la nuca con la cinta métrica como si fuera una cajonera que ha de encajar en un espacio reducido—. Esta mañana tenemos a la mitad de la población de Boston de visita,

y voy a pasar toda la tarde fuera. Y esta noche la cena es a las ocho, que no se te olvide. Los carruajes vendrán a las siete y media, e iremos escoltados por voluntarios durante todo el trayecto, claro.

Antes de marcharse a Nueva York, un hombre se acerca a Anne por la calle y le dice que está dispuesto a pagar una buena suma de dinero por la ropa de Charles, si se la roba de la lavandería. Cuando llega a casa, Charles se muere de risa al ver a Anne imitar al hombre. Como solía hacer Mary, piensa Kate. Todo es como antes, cuando los tres se aislaban juntos en un mundo privado.

Charles la presenta a todo el mundo como «la impasible señorita Brown», y se ríe con todo lo que dice como si fuera una broma divertidísima. Y, cuanto más encantado está él, más deliberadamente inexpresiva se vuelve ella y más insulsas sus observaciones. A veces Kate se pregunta si lo hará a propósito, y siente una punzada de celos.

Anne es suya. Es quien la consuela, quien le hace compañía cuando no está Charles, con quien habla de los niños, quien le relee las cartas que llegan desde casa y quien le dice una y otra vez que está segura de que todos están bien, y que, sí, se acordarán de aliviarle la tos a Mamie con menta. No han vuelto a tocarse más de lo necesario tras la inmencionable intimidad del viaje. Pero cada vez que Kate ha de tomar una decisión, cada vez que no sabe qué hacer, recurre a Anne. Si Charles le pide que lo acompañe a alguna parte, se sienta ante el tocador mientras Anne le riza el pelo y le pregunta qué opina. Y Anne reflexiona y dice que sí, que cree que debería ir. A veces parece saber lo que quiere Charles antes que él mismo.

NUEVA YORK

Entre el carruaje y la entrada del teatro hay montones de cuerpos apiñados que se retuercen y se agarran y se empujan unos a otros. Hay hombres uniformados por la calle, tratando de apartar a la multitud de la puerta del carruaje para poder abrirla, pero solo cede unos centímetros. A través de la rendija, el ruido se cuela dentro: una pelea por una entrada perdida, una mujer que grita una y otra vez que le han robado con una voz estridente y cargada de pánico. Kate, envuelta en su capa azul vaporosa, siente ya la necesidad familiar de alejarse de todo, de permanecer en la comodidad del interior oscuro. Cuando se abre la puerta por completo y Charles le tiende la mano para ayudarla a bajar el escalón, Kate atraviesa un muro de sonido que parece sentir hasta en los huesos.

El fervor los ha seguido desde Boston a New Haven, a Worcester, a Springfield, a Herford y ahora aquí, a Nueva York, una ciudad más grande, más sucia y más escandalosa a la hora de adorar a su marido que cualquier otro sitio en el que hayan estado hasta ahora. Es San Valentín, y ya ha pasado más de un mes desde la última vez que Kate vio a sus hijos.

Lleva un vestido blanco que le han confeccionado en Nueva York, ajustado por la cintura y con flores azules esparcidas por el bajo. Y una corona de esas mismas flores en el pelo, de un azul vívido e intenso, del color de las mariposas de los invernaderos. *Mazarine*. Le gusta el nombre; le da vueltas en la boca. Lleva un collar de perlas y unos pendientes que le ha prestado un joyero, pero le preocupa que

sean demasiado llamativos. Antes, en el hotel, se ha mirado en el espejo mientras Anne se los ponía y se los quitaba.

—Yo no tengo ni idea de estas cosas, señora —le dijo Anne. Y luego—: Pero creo que le quedan muy bien, y al señor Dickens le gusta la finura.

Y Kate se los puso de nuevo, aliviada.

Cuando atraviesan las puertas del enorme teatro, Kate levanta la vista. Todo resplandece. *Mary*, piensa. *Ojalá pudieras ver esto. Ojalá pudieras verme a mí*. Cientos de lámparas de gas titilantes en soportes ornamentados, más de las que Kate ha visto jamás, desprenden su hedor en el aire caliente. No puede distinguir los rostros de las personas, tan solo filas y más filas de movimientos borrosos y los destellos rápidos de color de los pañuelos ondeantes. Oye a gente llorando. Hay mujeres adultas abrumadas, abanicándose con debilidad para soportar el aire sofocante. En el escenario está tocando una banda: unos trompetistas con ojos saltones y un director de quien salen volando gotas de sudor mientras agita la batuta. Kate se da cuenta, absurdamente, de que están tocando *See the Conquering Hero Comes*, e intenta girarse hacia Charles para mirarlo a los ojos y reírse, pero Charles está distraído por las manos que le tienden para estrechárselas, tantas que parecen convertirse en un mar de criaturas extrañas que se agitan y se acercan a él.

Van moviéndose por el teatro como una procesión rara y solemne mientras oyen gritos de «Viva Boz» y «Que Dios bendiga a Dickens y a su buena señora», y le parece de lo más disparatado que ella, Kate, sea la «buena señora».

Por las paredes están salpicados los títulos de sus libros, en una fuente enorme y sinuosa, cada letra más alta que el propio Charles. Y hay banderines colgados, kilómetros y kilómetros de banderines,

enredados, con colores llamativos, y trepando por el teatro, de palco en palco. Y guirnaldas de rosas. Y, en el escenario, escenas de *Pickwick*, *Nicholas Nickleby* y *La tienda de antigüedades*. Ahí está la pequeña Nell abrazando a su abuelo, tan calmada, buena y dulce, la favorita de Kate. Y luego cae el telón y vuelven a levantarlo, y el actor que hace de Quilp se alza sobre ella, sudando por el calor de las velas. No puede apartar la mirada de la magia; nunca ha visto nada igual. Y todo por Charles. Todo por Charles. Siente que va a estallar de orgullo.

—Lo llaman *tableaux vivant* —dice el hombre que tiene detrás en un confuso intento de adoptar un acento francés, alargando cada letra.

Una vez más quiere reírse con Charles de ello, y se dice a sí misma que más tarde lo hará, cuando estén en la cama, cuando se haya ido todo el mundo. Cuando Charles sea suyo al fin.

Colgada sobre ellos, casi tan ancha como la propia sala, hay una gran bandera con el águila, y debajo pende una enorme imagen pintada de Charles, como si lo hubieran reclamado, como un terreno. Es suyo, de Kate, y a la vez no. Aparece en una pose de escritor, con una mirada de alegría perpetua y una sonrisa de sabiduría eterna. El anillo de Mary brilla en su dedo mientras agarra la pluma, un único toque de amarillo.

Los periódicos están llamando al evento la Gala de Boz.

Durante un momento Kate piensa en su niño, en Charley, en su otro nombre inesperado. Le resulta doloroso pensarlo. Aparta la mirada de la banda.

—Kate, mi amor, ven por aquí —le dice Charles, y Kate sabe que se dirige solo a ella, pero su voz se alza sobre el ruido de la multitud y ve que la gente se entera y se miran unos a otros.

—Kate —grita un hombre con pelo ralo y las mejillas sonrojadas por el calor—. Kate Nickleby, ¿no?

Se ríe como si fuera una broma graciosísima, y Kate sonríe y sacude la cabeza, como si le divirtiera también, y sigue a Charles hacia el escenario. Quieren que ella también sea un personaje. Quieren que sea un invento, como si ella también fuera un producto de la imaginación de Charles, y durante un momento extraño y vertiginoso siente que tal vez lo sea.

Kate ve que Charles pasa por delante de una chica y se queda cerca de ella. No debe de tener más de diecisiete años, con unos ojos azules impresionantes y una piel como la de una muñeca. Ve que él baja la vista a la cintura de la chica. Le da un beso en la mano que le tiende y Kate siente que le da un vuelco el corazón. Sonríe para ocultarlo.

—¡Boz! —grita alguien cerca de ella—. ¡Charlie Dickens! ¡Boz!

Su nombre suena extraño en sus lenguas, alargado y luego acortado. ¿Quién es Charles, su marido, para esos desconocidos, que lo llaman como a un viejo amigo con unas voces extrañas? ¿Qué es lo que les ha hecho sentir que lo conocen? Tan solo sus palabras, que viajan por el servicio postal. Ella lo conoce mucho mejor. Sabe a qué huele su piel. Sabe qué se siente al estar con él por la noche. Se aferra con fuerza a ese pensamiento.

Cuando, durante la cena, se la llevan con las demás mujeres, se ve atrapada en grupos de varias de ellas, todas intentando tomarla de la mano y adularla. Brindan por el presidente de los Estados Unidos, por la reina de Inglaterra, por los nobles de la naturaleza**, por los pobres y los oprimidos, por la literatura. Kate observa las pirámides de tartas que se alzan sobre las mesas, cincuenta o sesenta, cada una coronada con intrincadas escenas de *Pickwick* hechas de mazapán; el

brillo de las ostras sobre el hielo, de las sofisticadas gelatinas, del *blancmange* tembloroso y de las grandes fuentes de helado y merengue con crema inglesa, y sándwiches, jamones, lenguas y patos. Los cuencos rebosantes de almendras, pasas, manzanas y naranjas. Kate tiembla ante tantos excesos.

Se lleva la mano al cuello y se nota los fuertes latidos del corazón ahí. Todo por su Charles, a quien ella encontró de entre todos los hombres de Londres, y quien la ha encontrado y elegido a ella; y ahí está ella ahora, a su lado, interpretando su papel.

«Vaya, está usted preciosa, señora Dickens», le dicen las mujeres, apiñándose a su alrededor, ávidas de su amistad, de algún comentario amable. «Ya sabía yo que lo estaría». «Santo cielo, señora Dickens, adoro sus perlas».

Kate, tan tímida y sencilla, siempre chocándose con las cosas, elegida para un papel que nunca habría imaginado que interpretaría. De repente se ve desbordada por todo, el calor, las luces, los elogios, las gelatinas, los hojaldres de melocotón y las torres de caramelos recubiertos de azúcar, la sangre que le borbotea en las venas y sus niños, tan lejos que le cuesta respirar.



Sentada en una especie de trono, con un mar de mujeres que le sonríen, se lleva un bocado de un postre con merengue y azúcar glas a los labios y deja que el sabor le recorra la lengua. El merengue tiene un toque ácido de limón, mezclado con algo más dulce. Grosellas, tal vez. Se lo apunta mentalmente, con la esperanza de deleitar a sus invitados londinenses con la novedad.

—Bueno, cuénteme, querida señora Dickens… —La voz de la estruendosa señora con papada atraviesa sus pensamientos—. ¿En

qué se diferencia Nueva York de Londres?

Kate mira a su alrededor, a las demás invitadas, encantadas con su pregunta, y por quinta vez en una semana empieza a intentar responderla.

Pasa una hora antes de que pueda escaparse al fresco del aseo y huir de la tensión, sonriendo y rechazando todas las propuestas de acompañarla. Encuentra una zona donde no la ve nadie, tras una pared, y se queda allí un momento, disfrutando del silencio, lejos de las disputas y los cotilleos, con los hombros pegados a los azulejos.

Oye que se abre la puerta, el crujido de unas faldas y el tañido de unas carcajadas.

—¿No te parece vulgar para ser inglesa?

Kate se retira al instante para ocultarse mejor mientras el horror la invade.

—Las perlas son muy ostentosas, pero es que él también lo es. Por lo que he oído, es escocesa.

—Ah, bueno, eso lo explica todo.

Las chicas se ríen, y Kate busca la salida con pánico, y luego se da cuenta de que no puede llegar hasta ella sin pasar justo por delante de las mujeres.

—Es mona de cara, eso está claro, pero yo no la llamaría «guapa».

—Es bastante corpulenta.

—Sí, ancha de cintura.

Kate vuelve a pegarse contra la pared mientras se le extiende el calor por el cuello. Se abre una puerta de golpe y, de un cubículo, sale una chica joven que la mira con curiosidad. Kate hace como si se estuviera ajustando los pendientes, frunciendo el ceño mientras se mira en el espejo, fingiendo concentración, con unas manos torpes y sudorosas.

—Señora Dickens —dice la chica en voz alta—. ¡Ay, no me lo puedo creer, de verdad! Dios mío. Me encantaría acompañarla cuando vuelva a la sala. ¿Puedo?

Al otro lado de la pared hay un silencio sepulcral, y luego el repiqueteo de unos pasos y un portazo. Kate se lleva una mano a las mejillas ardientes.

—Ay, mi madre no se lo va a creer. Seguro que no se lo cree —está diciendo la chica con unos ojos que danzan como dos insectos agitados en su rostro—. ¿Podría conocer al señor Dickens? ¿Cree que escribiría sobre mí en alguno de sus libros? —Deja escapar una risa estridente e incómoda—. ¿Cree que lo haría? Ay, no me lo puedo creer. Y qué guapa es usted de cerca.

Kate sonríe y la agarra del brazo.

—¿Volvemos?

Intenta olvidarse de lo ocurrido a base de reírse, centrarse solo en quien la admira, pero la ilusión se ha quebrado. No se puede sacar la espantosa palabra de la cabeza. «Corpulenta». No le pertenece a ella, sino a un personaje de uno de los libros de Charles, uno que no quiere ser.

Deja a la chica con su madre con vagas promesas de presentarles a Charles más tarde y regresa a su asiento en la mesa, incapaz de concentrarse ya en nada que no sea su cuerpo, que de pronto parece ocupar demasiado espacio mientras atraviesa la sala. Deja que su mirada vague por toda la variedad de comida: los pasteles y las gelatinas y los *blancmanges* y los quesos, que ahora sudan bajo las luces. No debería tocarla, se dice. No debería comer nada, ni esta noche ni mañana, hasta que vuelva a estar delgada. No puede seguir así, con la gente hablando de ella, y dándose cuenta de que no está a la altura de las expectativas. Recuerda a Charles mirando la cinturita

de la chica de antes. Puede que pase una semana comiendo solo tostadas. Le dirá a la gente que no se encuentra bien. Pero, incluso mientras piensa todo eso, ya está extendiendo la mano y olisqueando un merengue de limón, metiéndoselo en la boca y dejando que se le derrita en la lengua y la reconforte.



Al día siguiente se despiertan agotados y con cara de sueño.

Le duele la cabeza por haber bebido tanto ponche. Se frota el cuero cabelludo y se nota las pequeñas heridas que le han provocado las horquillas que sostenían las flores.

Putnam, que ronda a Charles como si fuera su sombra, les enseña el correo de esa mañana. Charles está más pálido que un fantasma y tiene la voz ronca. Entre las cartas encuentra una petición que le hace escupir el té. Al parecer, la Gala de Boz ha tenido tanto éxito que se va a celebrar de nuevo esa misma noche, con las entradas a mitad de precio, y recogerán al señor Dickens y a su buena señora a las seis para repetirlo todo. Ambos se miran.

—Han sacado un beneficio enorme, ¿sabe? —dice Putnam con su monotonía habitual—. Por la demanda de entradas.

Charles le da un puñetazo a la mesa del desayuno, los platos saltan y Kate se tensa de manera imperceptible. Anne, sentada en un rincón, alza la vista con una expresión inescrutable.

—¿Qué pasa, que soy un monito de feria? En cuanto abro la boca, ya hay cien personas intentando verme la garganta, y cobrando por ese privilegio. ¿Debo dejar que me usen para el beneficio de cualquier estadounidense que quiera hacerse rico?

La sombra del dinero siempre está ahí. Kate lo sabe. El peluquero que le corta el pelo a Charles obtiene beneficios vendiendo sus

mechones. Hay una joyería que crea, sin permiso, imitaciones del busto para el que ha posado y las vende; cien cabezas distorsionadas de Dickens. Y Charles no gana nada con ello. Tan solo recibe el estipendio mensual de sus editores de Inglaterra. Se deja los huesos trabajando, hasta que le salen callos en los dedos de agarrar la pluma, hasta que le duelen los ojos.

Charles envía una carta para informar de que no se encuentra bien y no va a poder asistir a la gala. Al cabo de una hora aparece un médico en la puerta del hotel exigiendo permiso para entrar para poder obtener un certificado que lo demuestre. Mientras ve a Putnam tratando de ahuyentar al médico y a Charles paseándose furioso por la habitación, tirándose del pelo, Kate se siente inquieta, como si el honor de la noche anterior se hubiera convertido en otra cosa. Como si hubieran estado fingiendo todo el tiempo que era cuestión de gloria, y hubieran estado pavoneándose, cuando siempre ha sido cuestión de dinero. Hace que se sienta cada vez más ridícula, la misma sensación abrasadora que la había asaltado en el aseo durante la cena, y ve que Charles también la siente, y que el bochorno que supone no le hace ninguna gracia.

En Londres, el señor Dickens, el padre de Charles, se está endeudando de nuevo, y usando el nombre de su hijo para su beneficio. Fred no tiene una carrera estable. La familia sigue creciendo. Las ventas de *Nickleby* son bajas. Kate ha oído conversaciones cargadas de preocupación a través de la puerta, y ha visto a Charles abatido después. El esplendor de Devonshire Terrace, los sirvientes durante las cenas, la educación de sus hijos, los regalos y los juguetes y el cochero impetuoso que cuida del carruaje en el extremo del jardín, todo depende de su pluma. Y, al final, la supervivencia de Kate también pende peligrosamente de ella, a la

espera de que produzca su próxima historia. No quiere pensar en lo que ocurriría si esa historia no llegara nunca.

** En el siglo XIX, se llamaba *Noblemen of Nature* a los trabajadores manuales cuyo trabajo enriquecía a las naciones.

ANNE

La señora Dickens está dormida en la habitación del hotel de Nueva York, a oscuras.

Es temprano, demasiado temprano para querer irme a la cama, pero ella está agotada por haber pasado el día fuera. Le he limpiado el pelo con polvos y se lo he cepillado cincuenta veces, tal y como le gusta, y le he traído un camisón planchado del cajón, y he atenuado las luces, como siempre. Ahora está dormida, respirando con suavidad y con ese ritmo constante que ya me resulta tan familiar, y yo la observo, le miro la cara pálida sobre la almohada, y vuelvo a pensar en lo raro que es el trabajo que he acabado desempeñando.

Miro la aguja y un par de medias de la señora Dickens que hay que remendar. Estiro una con la mano y estoy alargando el brazo para agarrar la aguja cuando aparece la cara del señor Dickens en el marco de la puerta.

—Vamos a dejar que la señora Dickens duerma. Vayamos a dar un paseo.

Lo miro atónita.

—¿A dar un paseo?

—Sí, a dar un paseo, señorita Brown.

—Sabe perfectamente que no puedo.

—¿Y puedo preguntarle por qué no?

Hay tantos motivos que no sé ni por dónde empezar.

—La multitud, señor. Nos seguirán por todas partes, y se formará un gran escándalo.

—Ajá. Pero tengo un plan.

En ese momento atraviesa por completo el vano de la puerta. Veo que en una mano lleva una barba roja y exuberante y un sombrero del tipo que usan aquí los hombres de clase baja, y en la otra una especie de cofia colorida que cubre parte de la cara.

—Se los he pedido por encargo a un proveedor de artículos de teatro, junto con pegamento para la barba. Son estupendos, ¿no le parece? Puede ponerse una de las capas de la señora Dickens y nadie nos podrá reconocer. Nos escabulliremos por las puertas de atrás, como si fuéramos delincuentes a la fuga. ¿Qué me dice, señorita Brown? —Me mira con cara de pillo—. ¿Nos escapamos ahora que podemos?

—Me parece… Me parece a mí que está usted loco, señor.

Pero por alguna razón la idea comienza a llamarme. Aquí hay sitios a los que no puedo ir sola, y por primera vez podría salir y verlos por mí misma, en lugar de quedarme siempre en la habitación cosiendo en cuanto llega el atardecer. He visto por la ventana cómo cobra vida la ciudad por la noche, y se me está presentando la oportunidad de pasear por ella. ¿Y acaso no he venido para eso, para ver el mundo en toda su extrañeza, no solo para estar encerrada limpiando y cuidando de gente todo el tiempo?

Vuelvo a mirar la figura inmóvil y oscura de la señora Dickens entre las sábanas.

—Venga, señorita Brown. Habremos vuelto en un abrir y cerrar de ojos —me dice, y hay algo en su voz que me hace pensar en lo ridícula que he sido por haber creído que tenía elección siquiera.

De modo que casi sin darme cuenta, con el corazón a punto de explotar, estoy llevando al señor Dickens a la sala del servicio del hotel, vestida con la cofia y una de las largas capas de la señora

Dickens. Cuando salimos a la calle principal y nos dirigimos a la multitud, empiezo a aterrarme, y miro a la izquierda y a la derecha para ver si alguien nos reconoce. Tengo que hacer un gran esfuerzo por no volver al hotel mientras bajamos por Broadway, con las farolas de gas iluminando la noche.

De alguna manera, todo parece ahora el doble de intenso, el color de las sedas de las mujeres, las sombrillas, los volantes y las capas de todos los tonos imaginables, las amplias calles, el bullicio de la gente, con su extraño ritmo. El señor Dickens me está agarrando del codo, como si para todo el mundo fuéramos un matrimonio que ha salido a dar un paseo. Y, cuando me doy la vuelta para mirar atrás, nerviosa, veo que no nos sigue nadie.

La gente le dice: «Buenas noches, señor» al señor Dickens al pasar y, para mi asombro, lo oigo responder con un acento estadounidense horrible: «Ah, buenas noches, estimado señor», o: «Sí que hace buena noche».

Cuando me ve la cara, no puede contener la risa.

—Me va a delatar, señorita Brown.

—Me temo que ya se va a delatar usted solito, señor.

—Esta noche, nada de «señor». Somos iguales. —Me mira de reojo —. Ni una palabra de todo esto a la señora Dickens, por supuesto. No le gusta que la excluyan de las travesuras, pero nunca puede seguirles el ritmo.

No respondo, pero hay algo en el modo en que lo dice, con tanta despreocupación, que me deja una sensación extraña.

—Estimado señor —le dice el señor Dickens con su extraño acento a un hombre que pasa por allí, apresurándose, como si tuviera ganas de llegar a casa—, ¿cuál es el mejor sitio de por aquí para tomar una copa y bailar?

El transeúnte nos da la dirección, giramos para tomar un callejón y pasamos por delante de un cartel que dice Ostras de todo tipo. El callejón es estrecho, y no me atrevería a ir sola por aquí, pero, agarrada del brazo del señor Dickens, la ciudad resulta menos amenazante.

Subimos unas escaleras destartaladas siguiendo el sonido de un piano y de pisotones y, antes de que me dé cuenta, la sala parece estallar ante nosotros, repleta de luz y de bullicio, y tan llena de gente que temo que una señora vaya a desmayarse y que la multitud la arrastre. Hay un hombrecillo con una pandereta, golpeándola contra la pared y sacudiéndola, haciendo más ruido del que he oído en toda mi vida, y una mujer tocando el piano a golpes con una bufanda de un rojo intenso, y parejas apretujadas, empujándose y dejando escapar gritos que se alzan como pájaros hacia el techo.

Se nos acerca el camarero, tan achaparrado que parece un barril y desperdigando gotas de sudor con cada uno de sus movimientos. Nos toma la comanda y nos trae dos vasos de algo pálido que deja ante nosotros. Hace calor y el aire está cargado del dulzor de la cerveza, y el techo es bajo, como el de una taberna. Como el de casa, pienso, pero no se parece a casa en absoluto. Es un sueño extraño y alocado, a miles de kilómetros de todo, y yo estoy agarrada del brazo del señor Dickens, con su cómico disfraz, ambos atrapados entre dos mundos, con todo patas arriba.

—Dos sidras por aquí, amigo —dice el camarero—, para que se vayan animando. ¿Cómo se llama usted?

—¡Señor Cheeryble!

—Pues bébanse la sidra, señor Cheeryble, y tome a su buena señora de la mano y llévela a bailar. Luego les serviré otras.

Me dispongo a objetar, pero el señor Dickens, riéndose, agarra la

jarra y se la bebe de un trago, y luego me toma de la mano antes de que pueda negarme y al momento estamos bailoteando de un lado a otro de la sala. El señor Dickens va lanzando gritos de júbilo, con su típico brillo de desenfreno en los ojos, y yo apenas toco el suelo con los zapatos por la velocidad a la que bailamos. Llevaba años sin bailar, y no dejo de sacudir la cabeza, como si no pudiera creerme del todo lo que estoy haciendo. No sé cómo he acabado aquí, disfrazada, en los brazos del hombre más famoso en todo Nueva York, tan mareada de dar vueltas que apenas logro distinguir la izquierda de la derecha. Y puedo disfrutarlo sin compromiso, pienso mientras el calor de la sidra me recorre el cuerpo, ya que no soy su mujer; solo estoy fingiendo. No le he hecho ninguna promesa, no le voy a dar hijos y a verme obligada a mantener reposo en una habitación oscura a solas, llorando por ellos. Puedo disfrutar de la aventura sin el coste.

Cuando nos sentamos al fin, exhaustos por el esfuerzo, vuelvo a negar con la cabeza y el señor Dickens no deja de reírse de mí. Mientras estoy ahí sentada, lo absorbo todo, la música y el ritmo de los pisotones a nuestro alrededor, y al señor Dickens dando golpes en la mesa con la jarra con ese brillo en los ojos y pidiendo más con ese acento estadounidense tan espantoso, y nuestro secreto, que estamos fingiendo, estamos jugando, y nadie lo sabe salvo nosotros. Me aferro a todo, por si no vuelvo a sentir nada parecido jamás.

Cuando regresamos con los pies doloridos y nos colamos en las oscuras habitaciones del hotel como ladrones, la señora Dickens sigue durmiendo. Al verla ahí tumbada me avergüenzo, por alguna razón, de lo insensata que he sido. De haber fingido ser la esposa del señor Dickens, de haberme puesto la ropa de ella y de haber bailado con su marido agarrados de la mano mientras ella dormía aquí sin

tener la menor idea de nuestras aventuras.

Me quito la capa de los hombros deprisa y la vuelvo a colgar en su sitio, en la puerta; ya no me gusta sentir su peso sobre mí. El señor Dickens está a mi lado, admirándose a sí mismo en el espejo del tocador, y me giro hacia él con rigidez.

—Bueno, pues debería subir ya, señor, si no necesita nada más de mí.

Se quita la barba y me lanza un guiño.

—Que tenga usted dulces sueños, señorita Cheeryble.

Entonces me mira, y hay algo en su mirada que me hace volver a la puerta a toda prisa.

—Muy bien —digo, sin motivo alguno, y luego salgo al pasillo y subo las escaleras para meterme en la cama.

A la mañana siguiente, me alegra poder distraerme haciendo la colada y doblándolo todo para meterlo en las enormes valijas y baúles que se llevarán en el carruaje. Al retirar las cortinas y ver Broadway, iluminado ahora por la luz del sol, recuerdo haber paseado por allí del brazo del señor Dickens, en nuestro juego de simulación, y al momento vuelvo a centrarme en los baúles.

No me apetece demasiado hablar con la señora Dickens, sobre todo porque la sidra estaba bastante fuerte. Trato de mantenerme al margen, pero ella no deja de acercarse a mí y mirarme de una forma que no me gusta.

—Charles estaba cansadísimo esta mañana. Creo que está trabajando mucho.

—Sí, señora.

Doblo dos cuellos de encaje, rígidos por este almidón americano que huele tan raro, y los guardo en una maleta pequeña.

—Vaya, cómo tienes la piel, Anne —me dice entonces la señora

Dickens, mirándome a la luz del sol que se cuela en la habitación—. Se te ha quedado muy reseca. ¿No te duele?

Me llevo la mano a la cara, consciente de ella de pronto, y luego me doy la vuelta.

—Un poco.

—Debe de ser por viajar tanto en invierno —dice la señora Dickens —. ¿Nunca te has puesto crema?

—No.

Entonces se acerca deprisa al palanganero, con el entusiasmo propio de una niña, y trae un botecito verde atado con un lazo que ya he visto entre sus cosas. Lo abre y me llega una bocanada de algo que huele a ella. Un olor dulce e intenso.

—Se hace con rosas, azahar y una crema —me explica, y casi parece darle vergüenza—. Me la hacen desde que… desde que era una niña. ¿Me dejas que te eche un poco?

Miro el bote. La verdad es que me parece una muy mala idea frotarse cosas por la cara. Yo nunca me he echado nada en toda mi vida, y no empecé a aficionarme al jabón hasta que llegué a Doughty Street, y para mí que con eso ya es suficiente para cualquiera. Y no quiero que sea generosa conmigo esta mañana, cuando aún acarreo los secretos de anoche en mi interior y el sabor de la sidra en la boca. Pero es cierto que tengo las mejillas resecas del frío viento americano, y no tengo una manera mejor de ponerle remedio, así que me siento sobre la cama, resignada.

—A ver, te la voy a aplicar yo —me dice, encantada.

Y al momento siento su manita, los dedos recorriéndome la cara, la crema espesa en la piel. Y, ay, qué dolorosa me resulta en ese momento su delicadeza.

Me recuerda a mi madre. En sus caricias veo su figura, la huelo.

Me quedo inmóvil, todo lo inmóvil que puedo. Y entonces, al igual que en el barco, cuando brotó en mi mente el nombre de Jem de manera inesperada, como si fueran lágrimas, siento que mi tristeza se libera de las cadenas con las que la había retenido, y me separo de la señora Dickens con un movimiento brusco.

—Bueno, diría que con eso debería bastar —digo—, a no ser que planee cubrirme en aceite y freírme como un arenque.

La señora Dickens se ríe y yo me levanto con torpeza de la cama mientras me llevo las manos a la cara.

No me deshago del olor ni de la sensación de la crema durante todo el día. Y cuando me tumbo esa noche en el camastro en las dependencias del servicio, en nuestra última noche en Nueva York, con la piel tan suave como la seda, pienso en lo amable que es la señora Dickens conmigo cuando no tiene por qué. Y en lo extraño que es eso en este mundo, y me pregunto si me lo mereceré de verdad.

Lo del señor Dickens ha sido solo un juego, claro. Solo era para divertirnos un rato, sin hacerle daño a nadie, y ella no sabe nada. Pero no puedo evitar seguir pensando en la expresión de la señora cuando se sienta durante los encuentros con otras personas, enfrascada en su bordado, mirando a su marido como si todo lo que hace y dice fuera lo más maravilloso del mundo. En que se pasa los días esperando a que él le permita abrir las cartas que llegan desde casa, de pie junto a la ventana, sosteniendo el sobre como si le fuera a quemar la mano. Y me digo que no volveré a participar en los jueguecitos del señor Dickens.

KATE

Kate está delante de la ventana del hotel de Filadelfia, contemplando la tarde lluviosa. Han recorrido el país haciendo zigzag por los ríos y vías ferroviarias y han dejado atrás el fervor de Nueva York. Ahora solo hay alguna que otra persona interesada esperándolos en la entrada, esperanzada.

Hace poco Charles ha hecho declaraciones sobre el dinero, y a la gente no le ha gustado. Y sobre los derechos de autor. Sobre que una persona debería ser dueña de su historia, y los demás no deberían poder apropiarse de ella en cuanto se cuenta. Pero nadie quiere oír esas cosas. Los titulares de los periódicos se han vuelto en su contra. Se produjo una pelea a puñetazos durante una cena, y tuvieron que sacar a un hombre a rastras.

Kate se encontró a Charles paseándose por las habitaciones del hotel, tirándose del pelo, enfurecido por una nueva representación teatral de *Oliver Twist*.

—¡Es mi historia! —dijo Charles, como un niño que reclama un juguete—. ¡De mi puño y letra! ¡No pienso dejar que la retuerzan y la transformen como les dé la gana, sin que tengan en cuenta mi autoría!

—Es exasperante —dijo Kate con cautela—. Ya lo sé. Pero, Charles, tienes que pensar en cómo te percibe la gente, ¿no? En lo que pasará si enfadas a todo el mundo.

—¡Me importa un bledo! Si no se me permite decir lo que pienso, ¿qué puedo hacer? Es mi historia, y soy yo quien debe tener el control, Kate. Y pienso hacerlo.

—No puedes controlar a toda América —dijo Kate con una sonrisa, tratando de apaciguarlo.

—Puedo intentarlo —replicó Charles, y Kate casi llegó a creerse que, de algún modo, sí que podía. Charles se giró hacia ella y entonces sí que le devolvió la sonrisa—. Eres como un bálsamo para mí. Con este tiempo me duele el costado, como antes.

Kate se acercó a él y le llevó la mano a la zona que le molestaba, que le llevaba molestando desde la niñez. Se quedaron así durante un momento, y Kate deseaba con todas sus fuerzas poder ahuyentar a los invitados que esperaban, como una enorme nube de insectos, para abalanzarse sobre ellos, y quedarse solos los dos, tranquilos y afectuosos.

Ahora ve el carruaje acercarse y se aparta de la ventana, ilusionada, para mirarse en el pequeño espejo que hay sobre la chimenea. Oye pasos, rápidos, impacientes y sin duda de él, y se acerca a la puerta para recibirlo, pero, nada más entrar, Charles pasa por delante de ella como si no existiera y se sienta ante el escritorio, encorvado, con los hombros encogidos.

Tras ellos, Anne enciende las lámparas y retira las sábanas almidonadas como una criatura que se mueve con sigilo alrededor de una trampa. Kate cruza la habitación y, con cuidado, alarga la mano para tocarle el brazo a su marido, con la esperanza de calmarlo.

—Aparta, Kate.

Kate retira la mano al instante.

Es consciente de que Anne está junto a la puerta. No soporta que vea el disgusto de Charles, y en esos momentos no quiere que la consuele. Se aleja, desesperada por salir de la habitación, pero fuera está oscuro y no puede abandonar el hotel. Baja al comedor, aunque

no es nada apropiado que esté allí sola a estas horas, y mantiene una conversación tediosa de una hora con la esposa de un vendedor sobre la predilección de la reina por los vestidos de baile de tul rosa.

Cuando vuelve a subir, Anne ya se ha ido y Charles está en la cama, tumbado de costado, de cara a las cortinas.

Kate retira la sábana y se mete en la cama. Tiene los pies helados, pero no se atreve a frotárselos para entrar en calor.

Se quedan allí tumbados en silencio. Kate no sabe si Charles volverá a hablar con ella esta noche. Si se despertará por la mañana lleno de vida y de energía o si saldrá de la cama como si no soportase mirarla. Pero de pronto habla en mitad de la oscuridad, tan bajo que Kate apenas distingue lo que está diciendo.

—Hoy he vuelto a ver lo mismo.

—¿Qué has visto? —dice Kate con cautela, en voz baja, sin querer asustarlo y que deje de hablar.

—A un niño abandonado.

Kate siente las sombras de la infancia de Charles cernirse sobre ella, algo de lo que apenas hablan pero que siempre lo acompaña. Que los acompaña a ambos. Hacen que Kate quiera abrazarlo con fuerza, convertirlo de nuevo en un chiquillo para que ella pueda curar sus heridas.

—¿Un niño? —pregunta tras un momento de silencio.

—Sí.

Siente a Charles moverse en la oscuridad para quedarse de cara a ella.

—Un niño que lleva años abandonado en una celda. —Se le quiebra la voz en la última palabra y, tal vez para disimularlo, mueve la cabeza para apoyarla sobre el pecho de Kate, que siente su calor y su peso. Le posa una mano en el pelo y se lo acaricia—.

¿Cómo crees que se debe de sentir ese niño, Katie?

Kate vuelve a quedarse en silencio durante un momento y luego responde:

—No me lo puedo ni imaginar.

—Solo durante tanto tiempo. Sin nadie. Debe de tener el corazón partido.

—Sí.

Kate oye el susurro de las hojas de los árboles al otro lado de la ventana abierta. Un niño abandonado. Le llega un destello de un recuerdo, algo que Anne le dijo sobre un hermano en el barco, mientras las dos estaban tumbadas juntas en el momento crítico de la tormenta, bajo montones de prendas de lana, congeladas. Piensa en preguntarle al día siguiente. Ahora, tras el torbellino de las semanas que han pasado desde entonces, ya apenas lo recuerda. Y, en cualquier caso, lo único que quiere en este momento es que Charles diga algo, que siga compartiendo más cosas de su pasado con ella, el pasado que solo oye en susurros a oscuras, que logra colarse por las rendijas y se abre paso hacia ella. Quiere saber más sobre los lugares que Charles frecuentaba entonces. Marshalsea. La fábrica de betún. Sabe que ahora Charles se vale de la escritura para tratar de dejarlos atrás.

Pero ahora está callado, y Kate no se atreve a hablar. Baja el cuerpo por la cama para dejar la cabeza a la altura de la de Charles y lo besa, le da varios besos tiernos por la frente y alrededor de la boca.

—Te quiero —le dice—. Te quiero, te quiero.

Kate se pregunta quién más iba a prestarles atención a esas personas. Quién, aparte de Charles, iba a acercarse a ellos y a mostrarle al mundo su sufrimiento. Charles, con su pasión y su curiosidad y su rabia. Y quién, más que Charles, podría no solo

describirlo, sino también hacer que la gente lo sienta y lo viva, para que ellos también se enfaden, para que les importe. Él sabe cómo tocar la fibra sensible mejor que nadie, y hacer que la gente repare en estas cosas. Kate ya lo sabía, claro; lo había oído hablar sobre esos asuntos en cenas y con amigos, sobre sistemas políticos, pobreza e injusticias. Y Charles siempre le ha escrito cuando ha estado de viaje: «Mi queridísima Kate», le dice, y le cuenta largas historias impactantes sobre lo que ha visto, lo que le ha hecho reír, y sobre lo mucho que la echa de menos. Pero ahora está con él, a su lado, como nunca ha podido estarlo antes.

Ahora no siente dolores todo el tiempo, ni se preocupa a todas horas por si está empezando a sangrar o si tan solo se lo está imaginando, y ha de ir a comprobarlo al servicio cuatro veces al día, a levantarse las enaguas con miedo, preparándose por si encuentra una mancha roja. No se ve sumida en el letargo todas las tardes, dejándose llevar por la oscuridad y despertándose después aturdida y desorientada en el sofá cuando suena la campana que anuncia la cena. Es capaz de soportar viajes en carruaje tan turbulentos que Charles tiene que atar bufandas a las puertas para que Kate pueda colar las muñecas por ellas mientras se ríe incluso cuando los baches del camino los sacuden y la lanzan de un lado a otro. Se cae por todas partes, cuando los carruajes se mueven mientras ella aún está intentando encontrar el escalón o cuando los barcos se inclinan y se resbala y se hace un corte en el tobillo, justo encima del hueso. Tiene una vista demasiado mala como para soportar esta clase de viajes, y no dejan de moverse, de tomar barcos y trenes y carruajes que los llevan por entornos intimidantes, sin poder estar nunca cómodos, y sin quedarse nunca más de unas pocas noches en cada sitio. Pero eso no es nada, piensa Kate a veces. No es nada comparado con estar

embarazada. Lo más importante es que no está sola en esto, sino con él. Que forma parte de lo que está sucediendo, ve lo que él ve, y su mundo se está expandiendo junto con el de él. Y en los días buenos, Charles se muestra más dulce con ella y más agradecido que nunca.

Van de un sitio a otro constantemente, de modo que Charles encuentra más y más cosas sobre las que escribir, como si fuera a tragarse el país entero como una serpiente y digerirlo para transformarlo en frases plasmadas en tinta. En cuanto tiene algún momento de relajación, se pone a tomar notas. Una tarde, cuando ha salido, Kate se inclina sobre los papeles que ha dejado abandonados en el escritorio, curiosa, y se sorprende a sí misma al darse cuenta de que está intentando comprobar si la menciona alguna vez. Entorna los ojos, tratando de descifrar la letra apretada y curvada de su marido. Pero apenas aparece. Tan solo la menciona en una o dos ocasiones, fugazmente, como un personaje secundario, una sombra a su lado. Si alguien leyera esas notas, pensaría que Charles ha estado allí solo. Pues claro, se dice, sacudiendo la cabeza ante su propia vanidad. Es normal. A ver, ¿por qué iba a salir ella en sus historias, en algo que se va a imprimir y a leer, como si ella fuera algo de interés nacional? Aun así, es raro ser un vacío. Estar presente, pero no existir cuando la historia se relata.

Durante un momento extraño de locura se pregunta qué se sentirá al escribir algo por sí misma. Al fin y al cabo, las mujeres también escriben a veces. Un poema, piensa, desesperada. Antes, cuando era niña, le encantaban los poemas. O un cuento, como los que solía buscar en *Blackwood's Magazine* y luego representaba con Mary. Intenta imaginarse sobre qué podría escribir, pero se le queda la mente en blanco.

Luego ve su reflejo en el espejo que hay sobre la chimenea,

pequeñita, con hoyuelos y aún, para su horror, corpulenta, y se ríe en voz alta por lo ridícula que es.

ANNE

La señora Dickens ha ido con otras mujeres a una cena para conmemorar algo a lo que no le encuentro el sentido, algo relacionado con los sellos, y el señor Dickens también ha tenido que salir por algún asunto, de modo que tengo la noche libre. El hotel Harrisburg es pequeño, y no tiene sala para el servicio, así que bajo a tomarme una sopa en una mesa del rincón del comedor.

La soledad es bastante agradable, y poco habitual para mí, así que estoy sentada, disfrutando de la paz que me da saber que nadie me necesita para nada, cuando de pronto oigo unas carcajadas estruendosas en la puerta.

Levanto la mirada y veo al señor Dickens entrar. Me doy cuenta al momento de que está como una cuba, puesto que tiene las mejillas coloradas y el rostro iluminado con esa expresión de desenfreno que a veces adopta cuando ha estado bebiendo. No parece darse cuenta de que estoy ahí sentada, o, si se da cuenta, no le importa, de modo que sigo bebiéndome la sopa en silencio, esperando llamar la mínima atención posible. Está con tres mujeres y un hombre con bigote, y se sientan en una mesa en el otro extremo del comedor, todos felices y sonrosados, salvo por una de las mujeres, que tiene unos ojos oscuros y una expresión inquisitiva, con un aire de superioridad.

—¡Vamos a jugar a Especulación! —dice mi empleador, y los demás reciben sus palabras con un coro de alegría.

La mujer más bajita responde:

—Ah, señor Dickens, es usted único. Hágame caso, señora

Levelby: va a tenernos despiertas toda la noche con sus juegos.

—Ya barajo yo —dice el señor del bigote, juntando todas las cartas con sus largos dedos.

—Señora Rylance, tenga cuidado con el señor Dickens; puede verle todas las cartas desde ahí con solo inclinarse un poco —dice la amiga de la mujer bajita.

—Espero que no planee usted hacer trampas conmigo, señor Dickens —interviene la señora Rylance, la mujer de los ojos oscuros e inteligentes.

—Por supuesto que no, señora Rylance. La primera regla de las cartas es que no se debe engañar a las divinidades.

Aparto la vista. Ya estoy acostumbrada a presenciar esta clase de cosas: a verlo acercarse a las mujeres y elogiarlas como si lo hubieran sacado de un escenario, y a ver la sonrisa tonta que se les dibuja a ellas. No es más que zalamería, por ambas partes, o «cortesía», como lo llama el señor Dickens, pero por esta noche ya he visto suficiente, y empiezo a pensar en cómo escapar.

—Entonces, si sigue usted esa regla, estoy segura de que no debe de ganar nunca nada de dinero, ya que, según se dice, se encuentra usted con criaturas divinas a todas horas. Como hace un momento, en el carruaje, con la señorita Crossley.

—Me ha vuelto a pescar con su astucia, señora Rylance. Tal vez ahí resida su esencia divina. No me puedo resistir a su mente.

—La señora Rylance es inteligentísima, es cierto —contesta la mujer bajita—. Eso lo sabe todo el mundo.

El señor Dickens le da un largo sorbo a su copa y mira las cartas, distraído.

—Adoro a las mujeres ingeniosas —dice, casi para sí mismo.

—Como todos, ¿no, señor Dickens? —murmura el hombre del

bigote con cierta melancolía.

En ese momento la mujer de los ojos oscuros observa al señor Dickens con una mirada cargada de malicia.

—¿Y es la señora Dickens una de ellas? Seguro que lo es, pero apenas la he visto.

El señor Dickens se ríe por la nariz.

—La señora Dickens es lo más parecido a un burro que puede ser alguien de su sexo.

La señora bajita abre los ojos de par en par, como dos lunas. El hombre del bigote deja escapar una risotada.

—Vamos, vamos —dice entonces la mujer bajita en un tono persuasivo—. No sea malo con su mujer, señor Dickens. No se lo vamos a permitir. A mí me parece muy… simpática.

Y tanto ella como su joven amiga se parten de la risa.

—Sí, simpática es. Nadie puede decir que la señora Dickens y los burros no sean simpáticos.

Me quedo mirando mi cuenco de sopa, con la cara cada vez más colorada.

—Le digo que no sea malo con su esposa —insiste la mujer bajita mientras le da un golpecito en el brazo con el abanico—. No es nada caballeroso por su parte, he de decir.

La mujer de los ojos oscuros no dice nada, pero parece divertida, y el señor Dickens la observa.

—Señora Rylance, ¿podrá perdonarme por mi comportamiento tan poco caballeroso?

La mujer lo mira por encima de las cartas, reflexiva.

—Eso depende de si dice usted la verdad o no.

—Entonces debemos encontrar un testigo imparcial.

El señor Dickens posa la mirada sobre mí.

Me tenso.

—Anne. —Mi nombre se le resbala de la boca—. ¿Es mi mujer un poco burra o no?

Al parecer no encuentro las palabras, como si hubieran salido huyendo, aterradas del calor que me recorre las venas. Del modo en que trata de atraparme, como si fuera tan ligera como una pluma, para ponerme de su lado.

—Eso no es asunto mío, señor —logro decir.

—Pero se lo estamos preguntando —replica la mujer bajita.

Quiero decir que no debería hablar así de su mujer. Que no debería usar esa palabra, que implica estupidez y torpeza, con ella, que ha sido siempre tan buena con él. La he visto tropezarse y chocarse con cosas por todo el país, la he visto pálida de miedo o apretando los dientes, y me la he encontrado sollozando en un sillón al leer una carta sobre sus hijos, pero, desde que se subió al barco, no la he oído quejarse ni una sola vez.

—Yo no… no usaría esa palabra —contesto al fin, pero la debilidad de mi respuesta me causa una vergüenza abrasadora.

El señor Dickens les habla de ella a estos desconocidos como si la despreciase. Como si la considerase una necia. Y, aun así, yo no digo nada.

—¡Ajá! Lo han derrotado, señor Dickens —dice el hombre del bigote.

—Así es —añade la mujer de los ojos oscuros—. Lamentable.

—Os pido disculpas a todos —dice el señor Dickens, arrastrando las palabras—. La señora Dickens es más inteligente que Sócrates, y yo soy un sinvergüenza.

Se produce una breve pausa.

—Pero ¿da coces o no? —pregunta el señor del bigote, tras lo que

estalla en carcajadas, y el resto del grupo se une a las risas, dándole golpes a la mesa y rugiendo.

Aprieto los puños por debajo de la mesa.

No la he defendido. No he podido hacerlo. Me digo a mí misma que no he tenido elección. No podía haber dicho ninguna otra cosa. Pero, cuando me levanto y me dirijo hacia las puertas del comedor, siento náuseas por mi propia cobardía.

Cuando me detengo al fresco del pasillo, me digo que solo soy una criada. Que no es asunto mío. Que nada es asunto mío. Las criadas no deben inmiscuirse de ese modo, y eso lo tengo más claro que el agua, pero lo que no sé es cómo me va a ser posible acatar esa regla con estas personas. ¿Cómo voy a quedarme al margen? ¿Cómo no voy a empezar a preocuparme?

Sé qué se siente cuando la señora Dickens se asusta y me agarra la mano. Sé cómo se le enreda el pelo por las puntas. Sé que he de llevarle el agua para el palanganero y rellenar los frascos de los polvos que se aplica para mantener el sudor bajo control. Me llevo sus ligas cuando se le quedan demasiado flojas, y las medias cuando se le manchan, cuando les salen carreras o cuando se le ensucian los talones, y luego me pongo yo su ropa, heredada de ella, y es mi cuerpo el que roza la tela, y mi sudor el que se filtra en las zonas que antes ha sudado ella. Cuido de su cuerpo, lo protejo. Lo conozco mejor que el mío.

A lo largo de todo este agitado viaje he sentido su bondad con tanta intensidad que me dan ganas de llorar. Nos reímos juntas de cosas que el señor Dickens no entendería. Sé que siente una tristeza, como la mía, de la que nunca se puede librar del todo. Que me considera sabia y sensata, y cree que tengo buen corazón. Y, cuando estoy con ella, me lo empiezo a creer yo también por un momento.

Claro que en realidad no me conoce en absoluto. No soy la santa que cree que soy; he venido a sacar todo el provecho que pueda de esta familia, y no debo ser tonta. He abandonado a Jem para disfrutar del confort, y he salido de juerga con el marido de la señora Dickens mientras ella dormía. La he convencido para que dejara a sus hijos para mi propio beneficio. Nunca hago lo correcto si supone algún riesgo para mí. Esa voz tan horrible que oigo a veces me susurra que soy igual que mi padre.

Me alejo de las majestuosas puertas y subo las escaleras para acostarme.

Al día siguiente me pregunto si el señor Dickens vendrá a buscarme. Pero, si se avergüenza tanto como yo de los acontecimientos de anoche, desde luego no lo demuestra. Todo sigue como siempre. Cuando se marcha, para pasarse el día de aquí para allá, le da un beso a la señora Dickens en la coronilla y dice que se verán en la cena, y se va sin mirar atrás.

Y yo le paso el cepillo por el pelo a su mujer y la escucho hablar una y otra vez sobre el mismo tema. Le digo que sí, que seguro que sus hijos están bien. Que sí, que Charles parece cansado y debería descansar.

Y a mí me digo que no es un mal hombre. ¿Cómo podría serlo, cuando tiene textos tan famosos sobre el bien y el mal? Sabe Dios que es un buen hombre. Lo que dijo anoche fue cosa de la bebida y el agotamiento de tanto viaje.

Sin embargo, desde ese momento empiezo a notarlo más. Cuando la señora Dickens no entiende algo, me fijo en el destello de irritación que atraviesa el rostro de su marido, tan rápido que nadie más podría percatarse. Cuando se golpea la cabeza contra el marco de una puerta y deja escapar una risita demasiado alegre. Cuando no

logra seguir una conversación sobre algo inteligente y ofrece una respuesta tonta, y él la mira avergonzado. Cuando sus bromas no tienen gracia. Veo lo mal que le sienta, y que sabe que no tiene otra opción. La señora Dickens está siempre a sus órdenes, y eso sí que le gusta, de eso no hay duda. Pero, cuando pienso en lo cruel que es ante las necedades, no puedo evitar preguntarme, con cierta tristeza, cómo escribiría el señor Dickens sobre su mujer. Hay montones de personas que siguen juntas así, claro, con tantos roces que al final terminan por no encajar. Es la naturaleza del matrimonio y todo lo que conlleva, cuando se disipa la locura del principio. Pero, cuanto más me acerco, más me doy cuenta de que hay algo en ellos que no me gusta nada.

KATE

Han hecho una parada en una ciudad llamada Pittsburgh tras viajar por las montañas en tren y dejar atrás vacas y cerdos y cabañas y niños que jugaban descalzos al borde de las vías, y bajar por el ancho río en un barco de vapor. Kate iba agarrada del brazo de Anne, contemplando el largo acueducto mágico que se alzaba sobre el agua, mientras los campos daban paso a altos hornos esparcidos por la ribera. Una ciudad siderúrgica, envuelta en humo.

Kate no tiene claro el motivo, pero esas últimas semanas la chica parece estar más pegada a ella y tratarla con más delicadeza. Sigue siendo reservada, pero por alguna razón parece que el largo viaje que han hecho juntas ha reducido la distancia entre las dos de un modo que no sabría definir.

El hotel es cómodo y está situado en la parte alta de la ciudad, donde se erigen las casas lujosas, amplias y elegantes, por encima de la suciedad de las fábricas. Charles tiene a un viejo conocido de Londres aquí, un retratista que se ha instalado en la ciudad, y van a comer juntos en una sala privada con un par de amigos del hombre, lejos de las miradas curiosas que los siguen siempre en el comedor del hotel. Los hombres son bastante agradables. Hablan de los viejos tiempos en Londres, y Charles los hace reír a todos imitando al hombre que vieron en la estación de tren, que parecía un gato, con unos dientes blancos resplandecientes, y que los había mirado como si fueran ratones con los que jugar. Kate está contenta, en secreto, de que no haya ninguna otra mujer allí, ninguna esposa dulce, ninguna

hija, que pueda mirar a Charles con timidez y con las mejillas sonrojadas. Tan solo está Anne, que los observa en silencio desde el rincón.

Ahora las velas ya están casi consumidas y la diversión se está extinguiendo. Kate está sentada delante del fuego, con la cabeza gacha, centrada en el bordado, mientras los hombres siguen conversando sentados a la mesa, cubierta de los restos de queso y galletas. Charles está hablando sobre un médico que ha ido a ver por su trabajo y que es capaz de hipnotizar a las mujeres para que hagan lo que él quiera, tan solo con la intensidad de sus poderes magnéticos.

Kate sigue cosiendo, tirando del hilo a través de capullos de color magenta. Charles está diciendo que él también podría hacerlo, que está seguro de ello. Que ha visto cómo se hace y que está convencido de que, si lo intentase, él también tendría esos poderes mentales. El pintor responde que eso no son más que patrañas. Que es falso. Que ha oído que dicho médico, Elliotson, es un fraude. Que paga a las mujeres para que finjan estar bajo su control.

—Lo que las hipnotiza es el dinero y la fama —dice entre risas el pintor.

—Eso es totalmente falso —sentencia Charles, dándole una palmada a la mesa.

—Pareces muy seguro, Dickens —responde el pintor, mirando a Putnam como para pedirle que lo apoye—. Pensaba que tenías buen olfato para este tipo de sandeces.

—Te digo que no he visto nunca nada igual —insiste Charles.

Kate nota que se está agitando e intenta pensar, de manera instintiva, en algún modo de calmarlo.

—¿Las hipnotizaba?

—Así es.

—¿Alguna vez te ha apetecido intentarlo por ti mismo, ya que estás tan convencido de que tienes esos poderes? Es la única manera de averiguarlo, ¿no?

—Pues no —responde Charles—. Aunque sí que estoy bastante seguro de que podría conseguirlo.

Kate, con la oreja aún medio puesta en la conversación, siente que posa los ojos sobre ella.

—Bueno —dice el pintor, divertido—, a mí desde luego me gustaría verte intentarlo.

—Querida esposa mía.

Kate ve que Charles la está mirando, pidiéndole algo con la mirada.

—¿Sí?

—¿Qué te parece la idea?

—¿Quieres que sea yo la víctima?

Ve a Anne, a lo lejos, cambiar de postura en la silla de manera casi imperceptible.

—¿Te da miedo?

—En absoluto.

Kate le sostiene la mirada, sonriente, porque no es del todo cierto.

—Qué hombre tan afortunado eres, Dickens —dice el retratista, embaucado, mientras se cruza de piernas y ladea la cabeza como con curiosidad por ver hasta dónde llegará la devoción de Kate.

—Soy muy consciente —responde Charles, y Kate ve un destello de aprobación en su mirada que hace que el calor de antaño se extienda por ella como solo él lo consigue.

—Me encantaría formar parte del experimento —dice Kate mientras deja la aguja, el bordado y el bastidor en la mesa que tiene

al lado.

—Pues muy bien.

Charles se pone en pie de un salto, con uno de sus movimientos repentinos, va a por un sillón bajo y lo coloca en el centro de la sala, separado de los demás.

—Ven, Kate.

Kate se alisa las faldas, se enjuga el sudor de las palmas de las manos y se acerca a Charles. Le echa un vistazo de reojo a Anne, pero no logra mirarla a los ojos. El resto del grupo se queda en silencio, por lo que Charles abre los brazos con una teatralidad exagerada.

—Vamos, obediente víctima mía.

Kate se ríe y se sienta.

Charles da un paso hacia ella.

Ve los rostros de los hombres a su alrededor, contemplándola, y toda la sala parece palpitar.

Se dice que no es más que un juego. Una representación del hipnotismo, como uno de sus espectáculos de magia, o los personajes en los que se transforma cuando le apetece. Sykes. Quilp. Nancy encogiéndose horrorizada.

Charles levanta una mano y Kate cierra los ojos.

Ve figuras danzantes por los párpados. Siente a Charles tan cerca que le llega el olor de su cera para el pelo. La habitación se ha sumido en el silencio, pero Kate no distingue los movimientos de Charles del titilar de las velas.

Levanta la cabeza hacia él. Está desesperada por permitirse sentir lo que sea que Charles quiere que sienta; quiere entregarse a lo que está intentando despertar en ella, sea lo que sea, para que se demuestre que tiene razón. Se da cuenta de que está conteniendo el

aliento por la expectación, y empieza a costarle respirar, como si llevara un corsé muy apretado. No logra inhalar el aire suficiente, no se le llenan por completo los pulmones. Se le acelera la respiración más y más. Intenta mantener la compostura, tomar bocanadas de aire, y siente que Charles detiene la mano, y luego vuelve a moverla con más frenesí que antes.

—No puedo respirar —dice Kate, asustada.

—Mantén los ojos cerrados, Katie —está diciendo Charles, por encima de ella—. Haz lo que yo te diga. Escúchame.

Kate cada vez está más ansiosa; le están empezando a sudar las palmas de las manos y siente el pecho oprimido. La están observando, pero ella no puede ver a los demás, a esos desconocidos cuyas miradas le abrasan el rostro, y eso la desorienta, pero mantiene los ojos cerrados con fuerza.

—No puedo respirar. Ay, no puedo…

—Confía en mí, Kate. Solo tienes que confiar en mí. Mantén los ojos cerrados.

Se esfuerza por mantener el control, de sí misma y de su respiración, pero sigue sin poder inspirar el aire suficiente, y se da cuenta de que está llorando, sollozando y jadeando. La violencia del llanto la sacude y le caen las lágrimas por la barbilla. No sabe por qué está llorando, si es por sus hijos o por Mary, tal vez, o por algo que ni siquiera puede identificar, algo triste pero sin una forma definida. Se siente como si nunca fuera a poder parar de llorar, y luego, poco a poco, como si no debiera dejar de llorar, porque, si parara, tendría que recordar dónde está. Está empezando a sentir, incluso ahora, la presencia de las demás personas de la sala. Anne está en alguna parte, más atrás. Los hombres la están viendo perder el control, sometida a la voluntad de su marido. Se aferra a los

reposabrazos del sillón y clava las uñas en la tela. Oye la voz de Anne en la cabeza. Inspira y espira. Piensa en el mar, en el vaivén de la marea, en las piedras brillantes que se mueven con el agua.

Poco a poco se le estabiliza la respiración. Deja caer la barbilla hacia el pecho, como si se hubiera quedado dormida, pero en realidad es solo que no se ve capaz de abrir los ojos, de ver la mundana realidad de la sala, el montón de sillas y cortinas y copas de vino a medio beber.

—Vuelve con nosotros, Kate —le está diciendo Charles. Ha dejado de moverse y le habla desde arriba, con una voz tensa y temblorosa —. Vuelve con nosotros.

Kate siente un movimiento sobre ella y logra reunir la fuerza de voluntad necesaria para abrir los ojos con un parpadeo en el silencio que se ha impuesto en la sala. Charles, que está delante de ella, da un paso atrás, sonrojado. El retratista la está observando.

—Dios mío, Dickens —dice.

Le traen una copa de algo fuerte. Kate se lo bebe despacio, aún sentada en el sillón, apartada de los demás, mientras Charles parlotea con energía como si algo lo hubiera encendido. Habla sobre sus poderes, sobre el resultado de su experimento, sobre lo mucho que lo ha asombrado. Sobre lo que podría demostrar, o lo que podría significar. Dice que él siempre había sentido que tenía esa habilidad, que de alguna manera siempre lo había sabido. Kate mira a Anne, sentada inmóvil cerca del fuego. Charles tiene la mano apoyada en el hombro de Kate, frotándolo como para reconfortarla, y al mismo tiempo se muestra triunfal.

Unos criados con rostros inexpresivos les traen velas nuevas para que los hombres puedan seguir más rato despiertos, charlando sobre lo que ha ocurrido. Menuda estampa, piensa Kate mientras los

sirvientes vienen y van sin pestañear. Ella sentada, temblando y mareada en un sillón apartado, y Charles lleno de energía y entusiasmado. Y el aire de desconcierto entre los demás hombres, que ha dado paso a la risa, como una tormenta que se transforma en llovizna.

Charles dice que está preocupado por Kate, por lo pálida que se ha quedado. Y ella se lleva una mano a la cara, consternada también de pronto.

—Debes descansar, mi amor, después de tanta emoción. —Le quita la copa—. Ha sido extraordinario. No tenía ni idea de lo extraordinario que iba a ser. Anne, lleva a mi esposa a la cama. Esta noche ha participado en algo sobrecogedor.

Kate deja que Charles la ponga en pie. Se pregunta qué ha ocurrido. Cómo lo ha hecho. No puede pensar con claridad.

Charles rellena las copas de los hombres y mira a Anne y a ella mientras se marchan.

—Ha sido un milagro —está diciendo el pintor—. Tú, Dickens, eres un milagro, y has demostrado que estaba completamente equivocado. Nunca había visto nada igual.

Anne agarra a Kate del brazo y la ayuda a subir las estrechas escaleras que conducen a su habitación del hotel, y Kate se deja guiar. Se sienta a los pies de la cama, aturdida, y se quita los zapatos mientras Anne se ocupa de encender las velas y luego, en silencio, se arrodilla por detrás de Kate sobre el colchón para desatarle el vestido.

Anne nunca pregunta nada. Nunca expresa lo que siente.

—¿Cómo puede tener ese poder? —pregunta Kate casi sin darse cuenta para llenar el silencio—. ¿Cómo lo hace? ¿Qué explicación científica hay? No lo entiendo. ¿Y tú, Anne? ¿Cómo ha podido

hacerme sentir así tan rápido y con tanta habilidad, y con tanta potencia? ¿Crees que será por la conexión que tenemos, por lo mucho que nos queremos?

Anne no dice nada, tan solo ordena las pertenencias de Kate, la ayuda a acostarse y le cubre las piernas con una manta gruesa de punto que ha sacado de un armario.

—Es extraordinario. ¿No te parece, Anne?

Anne la mira y Kate ve algo en sus ojos que no logra comprender, como si la chica estuviera luchando consigo misma. No tiene su expresión habitual, tan serena, impasible y práctica, sino una más tierna y preocupada.

—¿Cómo puede tener esos poderes? —dice Kate. Está ansiosa y no sabe por qué—. ¿A ti no te parece extraordinario lo que ha hecho?

—¿Y qué más da lo que piense yo al respecto?

La chica se da la vuelta y dobla las enaguas con una frialdad profesional, alisándolas con la palma de la mano.

Kate siente una oleada de irritación. Quiere sacudirla, hacerle ver lo que ha experimentado. Quiere que sea consciente del poder de Charles y que lo reconozca por una vez, en lugar de mantenerse siempre tan imperturbable.

—A mí me gustaría saber tu opinión.

—Bueno, en ese caso… —Anne se detiene con la enagua de Kate aún en la mano.

Parece dividida de alguna manera, vacilante, inmóvil.

—Dilo —le pide Kate, y luego, para suavizarlo, agrega—: Por favor.

Anne suspira.

—¿Está completamente segura de que no ha sido cosa de usted misma?

—¡Para nada! —contesta Kate, sobresaltada ante la idea. Pero en realidad no está tan segura—. Para nada —repite.

Se recuesta contra la almohada fresca y cierra los ojos como para ignorar la incertidumbre. En cualquier caso, Anne no puede saberlo. ¿Cómo iba a entenderlo sin haberlo sentido?

Anne se sienta en la cama, a su lado.

—No… No me gusta verla tan alterada —le dice con delicadeza, tanta que Kate vuelve a abrir los ojos, curiosa ante esa ternura que ha adquirido su tono de voz—. No me… parece apropiado. Que deba verse involucrada en algo así, algo que la deja tan pálida y tan preocupada, cuando es todo puro teatro.

Puro teatro, piensa Kate. Recuerda que no podía respirar. Que le parecía que se estaba ahogando. De pronto se pregunta por qué iba a querer Charles que le pasara algo así, si la ama. La idea la perturba. Y viene acompañada de antiguos sentimientos que vuelven a alzarse como fantasmas. Como el de que los deseos de Charles siempre parecen absorber los suyos, de modo que no logra preservar la claridad de su propia experiencia, sino que se impone la de Charles. Y el de que siempre se siente inferior a él.

Más tarde, cuando Charles se mete en la cama a su lado, se muestra más cariñoso que nunca. Retira las mantas y le besa el cuerpo como si fuera algo frágil, algo digno de admiración. Y ella permanece tumbada a oscuras y cierra los ojos, sintiendo el roce de sus labios en los muslos, y lo oye murmurarle cuánto la quiere, cuánto la adora, y lo orgulloso que está de ella por haber sido tan valiente por él.

ANNE

Cuando hacemos una parada en Montreal, una ciudad militarizada atravesada por ríos y llena de soldados con casacas rojas elegantes, al señor Dickens se le ocurre la maravillosa idea de montar una obra de teatro, y de que tanto él como su esposa actúen en ella. A mí me parece una idea espantosa, teniendo en cuenta lo tímida y callada que es la señora Dickens, y que apenas ve más allá del borde del escenario. Pero se me encarga la tarea de persuadirla.

Al fin, tras escucharla hablar de sus preocupaciones durante dos tardes seguidas, y tratar de convencerla de la buena idea que es, y lo orgulloso que va a estar su marido de ella, y de lo pequeño que será su papel, accede, sonrojada y renuente. El señor Dickens, por supuesto, está de los nervios; ha pedido que le hagan una peluca en Nueva York, no habla de otra cosa durante días y se pasea por la habitación del hotel con el guion en la mano y lo tira sobre la cama enfurecido cuando no logra memorizar sus frases.

Cuando llega la noche de la primera función, me siento en la parte de atrás, espero a que salga la señora Dickens y vuelvo a notar esa extraña sensación de que he hecho algo mal. No tenía elección, claro. Pero, aun así, es algo que ha ido creciendo, cada vez más difícil de ignorar, desde Pittsburgh. Desde que la vi en aquella habitación, en ese sillón, tan pálida y asustada, y él tan feliz, y todos los demás celebrando al señor Dickens como si fuera un genio. Ella se había entregado a él como si fuera un cordero que llevan al matadero, para demostrar que su marido tenía razón. En ese momento, solo podía

pensar en el modo en que le había hablado de ella a aquella mujer de ojos oscuros. En cómo se había burlado de ella.

Aparece el señor Dickens dando brincos por el escenario para el deleite del público, que ruge y da pisotones y estalla en carcajadas ante sus payasadas, como si nunca hubieran visto nada tan divertido. Cuando sale la señora Dickens, me doy cuenta de que está asustada. Y es normal, puesto que incluso al mantener una conversación le cuesta sostenerles la mirada a los demás y suele mantener la vista bajada. Se sube al escenario despacio, con una mano apoyada en la cadera, nerviosa. Ha de decir varias frases, y las pronuncia titubeando, pero conforme el público la vitorea, ya que por supuesto saben quién es, parece ir ganando confianza, y para cuando se baja del escenario ya se la ve segura del todo.

—¡Has estado absolutamente brillante! —exclama el señor Dickens después, con el rostro colorado—. ¡Maravillosa, de verdad! —Se gira hacia mí mientras se deshace el nudo de la corbata—. ¡Imagínate, mi Kate actuando, y actuando increíblemente bien! ¡Macready no se lo creería jamás! ¿Qué le ha pasado a mi Kate, la tímida?

—No lo sé —responde ella con el rostro sonrosado—. A lo mejor me la dejé en Inglaterra.

—América ha hecho que te sueltes la melena. —La acerca a él y le da un beso, y yo aparto la vista—. Me gusta la Kate americana —dice, tomándole la mano y levantándosela en un gesto de victoria—. Kate, la valiente actriz itinerante, imperturbable ante los golpes y ante su extraordinaria tendencia a tropezarse.

El señor Dickens está tan embriagado por el orgullo que siente por ella, y ella tan emocionada, excitada y satisfecha de sí misma, que me hacen sonreír, a pesar de mis reservas. Pero no dejo que me vean, claro; tan solo sacudo la cabeza y digo que deshacerle los rizos del

pelo va a ser una tarea infernal.

Son como dos chiquillos traviesos. Pienso en el vaivén constante de su relación, en su inestabilidad emocional. En que siempre parecen estar al borde de la euforia o la desesperación. Y cada vez me doy más cuenta de que esa euforia solo llega cuando la señora Dickens se comporta tal y como él quiere. Es casi como si él tuviera una de esas figuras hechas de papel negro y, si ella no se ajusta a esa silueta, no la puede tolerar. Pero cuando encaja a la perfección en ella, todo va como la seda.

—Anne, ¿me has visto? —La señora Dickens está riendo como una niña—. Soy buena actriz, ¿eh?

—Buenísima —respondo—. Como si la señora Siddons hubiera resucitado.

—¡Estuviste muy acertada al animarme! ¡No habría dicho que sí de no haber sido por ti! —Me mira agradecida—. ¿Volvemos al hotel?

Se gira hacia su marido, pero él ya se está acercando, tan rápido como siempre, a una de las actrices, una criaturita diminuta con una melena dorada y un vestido azul llamativo. Tiene los ojos clavados en ella, como si quisiera devorarla. Observo a la señora Dickens mientras su marido le agarra la mano a la chica y le da un beso ligero y suave. Y luego la señora se gira hacia mí con una de sus sonrisas tristes.

—Necesito beber algo —me dice—. Estas obras me dan una sed tremenda.

Voy a la zona de la comida a buscarle a la señora Dickens un vaso de limonada y la dejo allí plantada entre una multitud de admiradores, con la mirada siempre fija en el otro extremo de la sala, en su marido.

El señor Dickens va por delante de nosotras, dando saltitos por el angosto sendero como si la cascada fuera a marcharse de allí si no llega él cuanto antes. Le veo la parte de atrás de la cabeza y la capa que lleva colgada del brazo bajo la tenue luz del sol mientras nos grita por encima del hombro una y otra vez para que vayamos más deprisa.

La señora Dickens y yo lo seguimos a duras penas; ella va levantándose las faldas e intentando no tropezarse con las rocas y las matas de hierba, y a mí no me sorprende, ya que no es ningún secreto que no ve ni tres en un burro.

Hemos viajado en carruaje desde Buffalo y el señor Dickens se ha comportado como un niño pequeño durante todo el camino, maldiciendo los retrasos y los momentos en los que el conductor hacía una parada para cambiar de caballos, como si el Niágara fuera a quedarse sin agua antes de que llegase él. Ya llevamos viajando meses, y no debe de quedar demasiado para que regresemos. Me cuesta pensar en eso, después de haber visto tantas maravillas. En volver a Londres, tan frío, gris y aburrido, donde seré otra vez una mera sirvienta entre todas las demás. Al pensarlo, siento como si me fuera a meter de nuevo en una caja y fueran a cerrar la tapa.

—¡Vamos, vamos! —grita el señor Dickens una vez más—. ¡Kate, por el amor de Dios, date prisa! ¿Es que no te hace ilusión verlo?

Miro hacia atrás por el sendero y veo a la señora Dickens tropezándose de nuevo y tratando de recuperar el equilibrio. Apenas veo ya al señor Dickens, más abajo, avanzando sin descanso, implacable, hacia la llamada del agua. Me muero de ganas de ver qué hay a la vuelta de la esquina, sentir la potencia del agua, verla con mis propios ojos. Pero en lugar de seguir, vuelvo a levantarme las faldas, me preparo para el esfuerzo y subo de nuevo por la colina

empinada por la que acabo de bajar.

Cuando llego hasta la señora Dickens, sin aliento y maldiciéndome a mí misma, me agarra la mano.

—Ay, cómo te agradezco que hayas vuelto —me dice mientras le veo el alivio en la mirada—. No puedo seguir el ritmo.

Le aprieto la mano, como hago a veces, y seguimos avanzando juntas despacio. Voy sujetándola para que no se caiga, cargando con todo su peso en el brazo.

Cuando estábamos en Nueva York, una vez se sentó en el borde de la cama, incómoda, y me dijo:

—Anne, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Por supuesto, señora.

—¿Soy corpulenta?

—¿Corpulenta?

—Sí.

Me miró con una mezcla tan extraña de miedo y actitud desafiante que me quedé sin saber qué decir.

—Yo no diría «corpulenta». Tiene usted aspecto de matriarca. Para bien.

—Es que como cuando estoy triste, ¿sabes? —dijo la señora Dickens, y parecía tan triste que casi resultaba cómico.

Claro que me he dado cuenta de que ha engordado. De que, con cada hijo, se le ha ido expandiendo el cuerpo, se le ha ido ensanchando y redondeando el vientre. De que ya no tiene la cintura tan estrecha. De que a su marido se le van siempre los ojos a la delicadeza y la delgadez de otras chicas. Le agarro la mano con más fuerza y la ayudo con más esmero mientras seguimos bajando por la cuesta cubierta de hierba.

Cuando llegamos a la entrada, la atravesamos de una en una y nos

encontramos en una cueva húmeda y goteante donde se halla el señor Dickens ante un muro blanco de agua. La señora Dickens, con los ojos abiertos como platos, intenta decirme algo, pero no logro distinguir las palabras.

—Anne Brown —me está diciendo el señor con un brillo en la mirada—. ¿Qué le parece?

Intento gritarle todo lo fuerte que puedo, como si quisiera expulsar así el dolor que me ha despertado tanta belleza:

—¡Me parece que no es más que agua, y demasiada!

Y el señor Dickens se ríe para sí mismo, y la señora Dickens sonríe y sacude la cabeza, como si fuera demasiado cómica como para que me entienda alguien. Él contempla el manto de agua que tiene delante, absorto en su poder, y mientras tanto ella estira el brazo y me agarra la mano con fuerza. Siento el peso de su mano en la mía. Nos quedamos allí, en medio de todo el estrépito, mientras la neblina nos rodea, como extraños juntos en un país que no conocemos, cautivados por el ruido del agua.



El reloj de una iglesia, como un gran rostro esférico, pálido y melancólico en la oscuridad, da las dos sobre nosotros. Observo las formas de Londres a través del cristal y tan solo puedo pensar en lo familiar y desconocido que me resulta al mismo tiempo, como si estuviera viendo algo sacado de un sueño que se ha vuelto real por primera vez. Las carreteras son más estrechas de lo que recordaba, y hace aún más frío.

En algún rincón de la parte de atrás, el perrito blanco que el señor Dickens ha traído a casa con nosotros deja escapar unos gemidos lastimeros desde debajo de la tapa de la cesta en la que va metido.

Me pregunto qué pensará del sitio al que lo han traído, y del que va a ser su hogar, sea cual sea su opinión al respecto.

Estoy pegada contra la ventana del carruaje, con la señora Dickens enfrente, con las manos juntas sobre el regazo, mirando las calles oscuras de Londres. Su marido está dormido a su lado, con la cabeza recostada contra el asiento bordado y la boca entreabierta. Parece hecho polvo, mayor de lo que es, como si se hubiera quedado agotado por pasarse la vida haciéndolo todo el doble de rápido que los demás.

—¿De verdad esa fue tu única opinión sobre el Niágara? —me pregunta la señora Dickens en voz baja para no despertar a su marido.

Alzo la vista hacia ella.

—¿Cómo?

—Las cataratas del Niágara. ¿Solo te parecieron eso, mucha agua?

Me observa a oscuras, y su rostro pálido va dando botes por el movimiento del carruaje.

—Me pareció lo más maravilloso que he visto nunca. —Las palabras me salen solas y a trompicones, como si hubieran estado esperando su oportunidad todo este tiempo—. Me pareció que era como Dios. Estuve a punto de llorar. Y no voy a volver a ser la misma tras haberlo visto. Jamás.

La señora Dickens me escucha con atención. Sus ojos son dos medias lunas en mitad de la oscuridad. No se ríe de mí ni me dice que soy una boba por decir esa clase de cosas. Y vuelvo a pensar en el cariño que le he tomado. En que ahora todo va a ser más complicado y más peligroso porque, por supuesto, nunca podrá ser mi madre ni mi hermana ni mi amiga, ni nada auténtico. Le doy vueltas a la idea en silencio, a lo triste que es, mientras el carruaje

llega a Devonshire Terrace, y el señor Dickens se agita y parece confuso bajo la luz gris.

Al oír el crujido de la gravilla, se incorpora de golpe y mira el exterior.

—Nuestros niños están ahí dentro, Katie. ¿Te lo puedes creer?

—No sé si voy a poder esperar hasta que amanezca.

—Bueno, ¡pues despertémoslos ahora! —exclama, y veo que se le iluminan los ojos de ese modo tan inquietante que ya conozco bien —. ¡Vamos a sorprenderlos!

—¡Ay, sí! —La señora Dickens es como la leña, siempre esperando las chispas de su marido—. ¡Sorprendámoslos!

Quiero decirles que no. Que sobresaltarán a los niños. Que es mucho mejor esperar a que amanezca. Pero no es mi lugar. De modo que, cuando nos detenemos, trato de tragarme las palabras, y Fred sale con un farol al camino de entrada y, tras él, la pequeña Georgina, toda ojos, con un camisón atado por la cintura, y los dos bajan hacia nosotros, en un torbellino caótico que reaviva mi viejo temor. Dejan salir al perrito de la cesta en la que viaja y se va al pasillo ladrando, dando vueltas sobre sí mismo como un loco, y los dos salen corriendo, casi tropezándose, hacia las escaleras; la señora Dickens se levanta las faldas para ir más deprisa, el perro va ladrando tras ella, y el señor Dickens se ríe y chilla.

Aunque sé que no debo, le grito:

—Señora, ¿no cree que se sobresaltarán si los despiertan de un modo tan repentino?

La señora Dickens me mira, sorprendida, y creo que sabe que es algo apresurado, pero sigue corriendo, dando pisotones sobre la moqueta. Yo la sigo y paso por delante de los rostros ojerosos de los criados. Y entonces oigo la voz del señor Dickens desde el cuarto de

los niños, gritando con la clase de júbilo que no he oído en él desde que estuvo con sus hijos por última vez.

—¡Hemos vuelto! —lo oigo decir—. Snodge, ya estamos aquí. Gloucester, despierta. ¡Mira quién ha venido!

Y entonces llega un gran estruendo desde el cuarto de los niños, un jaleo de ladridos y llantos y gritos, y cuando subo hasta el último piso, aún con la capa de viaje puesta, sin velas con las que ver algo, me encuentro con un caos absoluto. Veo a Katey en la oscuridad, con el camisón, gritando de placer mientras su padre la lanza por los aires.

—¿Te alegras de verme? ¿Te alegras, Lucifer Box***?

Walter, el bebé, está furioso, rojo como un tomate, y bastante más rechoncho de lo que lo recordaba. Lo sujeto entre sus mantas e intento calmarlo lo mejor que puedo mientras se tensa contra mi pecho, chillando con tanta furia que se ahoga, y Kate se agacha junto a Mamie, que está sentada, aturdida, en su camita.

—¡Vuestro padre el yanqui! ¡Vuestros padres ausentes! ¿Dónde han estado? —grita el señor Dickens, y Katey rompe a llorar de repente, y su padre la lanza por los aires de nuevo para hacerla reír.

—Mamie, cariño, soy mamá. Soy tu mamá. ¡Qué grande estás! ¡Ay, cuánto os he echado de menos! —está diciendo la señora Dickens, sollozando con la cara pegada al cuello de la niña, aunque Mamie tan solo mira todo el caos por encima del hombro de su madre, con los ojos como platos.

Con todo el movimiento, la luz de las velas proyecta sombras extrañas por las paredes, como si estuviéramos todos atrapados en la cubierta de una novela negra barata. El perrito, que se persigue su propia cola, acaba agarrando una muñeca de la caja de juguetes y le mordisquea la cabeza de porcelana pintada. En medio de todo el

ruido, veo que Charley ha comenzado a temblar a mi lado.

—Charley, ¿qué te pasa? —le pregunto—. ¿Tienes frío?

—Estoy demasiado contento. Estoy demasiado contento —está diciendo.

—¿Cómo vas a estar demasiado contento? —le digo con toda la dulzura que puedo reunir, pero el pequeño tan solo tiembla aún más —. Charley —le digo mientras me agacho para acercar la cara a la suya en la oscuridad—. Venga, vamos, cálmate.

Pero no me hace caso.

Entonces la señora Dickens mira a su alrededor, y percibo el terror que le cruza el rostro al ver a su hijo, y sé al instante que está pensando en la hermana que perdió, al igual que yo estoy pensando en la mía.

—No, no, no —dice abrumada—, otra vez no.

Abraza a Charley e intenta pegarse el cuerpecito de su hijo al suyo para inmovilizarlo, pero no sirve de nada.

Así son ellos, pienso en silencio. Siempre, siempre son así, y casi estoy enfadada, porque el enfado ahuyentará mi propio miedo. Encienden su luz con tanta intensidad y tanta rapidez, arrollando a todo el mundo con ella, que no hay manera de mantener el equilibrio ni la estabilidad. Y ella jamás le dice que no a él, sino que permite que su sentido común, su sensatez, se esfume ante la tempestuosidad de él, y yo lo he empeorado. Soy tan culpable como los demás de este desastre.

Cuando el señor Dickens se da cuenta de lo que está sucediendo, le pasa a Katey a Georgina, que está en el vano de la puerta, impasible, y sale volando al piso de abajo en busca de Macready. Llaman al médico, despiertan a los sirvientes y les piden que preparen sales en la cocina, que enciendan el fuego en el cuarto de los niños y que

llenen la bolsa de agua caliente, mientras Macready, el señor Dickens, Georgina y yo intentamos calmar a los demás chiquillos, y la señora Dickens no hace más que mecerse hacia delante y hacia atrás con el pequeño Charley entre los brazos, diciendo en un hilo de voz tan débil que solo yo lo oigo:

—No me tendría que haber ido. Ay, no me tendría que haber ido.

Cuando llega el médico, Charley comienza a respirar bien de nuevo al fin. El tartamudeo y los temblores disminuyen. El médico les asegura que no hay ningún problema mientras cierra su maletín. Que no es más que un exceso de excitación, una sobreestimulación de los nervios. Que el niño debe permanecer en reposo durante unos días.

Mientras habla, me doy la vuelta hacia la pared como si fuera a servir más agua, pero tan solo me quedo allí plantada, con la mano apoyada sobre la cómoda, rebosante de alivio. Ya pasó, me digo. No ha ocurrido nada grave. Te estás volviendo dramática por estar cerca de tantos literatos. La noticia va bajando de planta en planta, desde la familia hasta los sirvientes, y toda la casa, como un enorme animal, comienza a relajarse de nuevo.

Son casi las cuatro de la mañana, y la tenue luz del amanecer empieza a colarse por las ventanas. Todo el mundo se pone manos a la obra para restablecer el orden en la casa, y aún no hemos asimilado del todo que hemos vuelto, no nos ha dado tiempo a pensar en nuestro regreso después de tantos largos meses. En el piso de abajo le dan un hueso al perro, ante lo cual los erizos de la cocina se asustan y se convierten en pequeñas bolas con espinas, y luego lo dejan ladrando y gimiendo en el lavadero, sobre la pila de trapos. El señor Dickens baja con Macready, riéndose por todo el revuelo que se ha formado por nada, y al momento están los dos distraídos,

bebiéndose una copa. Típico de él, pienso. Irrumpe como un torbellino, llevando a todo el mundo a unos niveles de locura de los que es imposible bajar, y luego se va a tomarse una cerveza negra y deja que los demás lidien con las consecuencias.

La señora Dickens está sentada a oscuras, lívida, con la mano en el pecho de Charley. Aún lleva casi toda la ropa de viaje, y tiene perlas de sudor en el cuello a pesar del fresco de la noche. Me acerco a ella y le poso una mano en el hombro con toda la delicadeza posible.

—Los he dejado solos demasiado tiempo —me dice con los ojos en llamas—. Es cierto. No se debe dejar a los niños solos durante tanto tiempo.

Las palabras me atraviesan, pero me muerdo el labio con fuerza y le digo que debe descansar, y que yo me quedaré un rato con Charley, y que por la mañana todo estará bien, ya que no tiene sentido entristecerla más aún ni alterarme yo por cosas que ya no se pueden cambiar. Y luego se oye una voz débil desde el pasillo.

—No deberíais haber subido y haberlos sobresaltado a estas horas.

Es Georgina, la niña, con los brazos cruzados.

Retiro la mano a toda prisa, con la esperanza de que no haya visto mi exceso de confianza, pero Georgina solo mira a su hermana, con los ojos entrecerrados en señal de reprobación.

La señora Dickens levanta la vista, culpable.

—Era… Era Charles quien quería… Pensaba que les daríamos una sorpresa.

—Eres su madre; tendrías que haber sabido lo que pasaría. Mamá nunca habría hecho algo así.

Y entonces veo que la señora Dickens palidece.

Quiero decirle que Georgina no es más que una niña. Que espero que no se quede ahí parada dejándose regañar por un miembro de la

familia tan joven. Observo a Georgina, con el rostro pálido y serio a la luz de la única vela y la mirada inquebrantable. A pesar de lo joven que es, noto algo en ella, en cómo se queda ahí de pie mirando a su hermana, que me hace pensar que, si no me ando con cuidado con ella, tal vez me traiga problemas difíciles de solucionar.

A lo largo de los días siguientes, Mamie solo quiere estar con su tía Georgina. Cuando su madre va a recogerla, la niña la aparta y grita: «Mamá no, mamá no», y a Katey también la ponemos nerviosa las dos. Por lo que, aunque en un principio Georgina iba a volver a la casa de los Hogarth poco después de nuestro regreso, se queda con nosotros. Le traen más pertenencias y las deja en el dormitorio azul, que se llena de sus bordados, sus libros y sus baratijas; su cepillo y su espejo, sus zapatillas y su diario, todo esparcido por el cuarto de los invitados. El señor Dickens está empeñado en que Georgina no se vaya aún a su casa, cuando los está ayudando tanto. Empieza a decir cosas como: «Ay, Georgina es un regalo del cielo», o «Georgy es la única que sabrá dónde está eso», o «¿Qué haríamos sin ella?». Y la señora Dickens sonríe y dice que no lo sabe.

Los demás sirvientes de Devonshire Terrace me miran con recelo desde mi regreso. Dejan de hablar cuando entro en la cocina y cuchichean sobre mí cuando paso por delante de ellos mientras miran mis ropas elegantes. Ya no pertenezco a ese grupo. Ahora piensan que tengo un puesto demasiado importante en la casa como para confiar en mí. Pero, cuando voy a buscar algo que necesita la señora Dickens, o a cumplir sus órdenes en nombre del señor, suelo encontrarme con que Georgina ya ha llegado antes que yo y está lista para encargarse de la tarea por sí misma.

El primer día que tengo solo media jornada de trabajo tras nuestro regreso, me obligo a ir a la fábrica otra vez a ver a Jem. Voy caminando despacio, atenazada por cierto miedo. No puedo dejar de pensar en Charley en el cuarto a oscuras. No soy la madre de Jem, me digo a mí misma, con las manos sudorosas en los bolsillos. Jem está acostumbrado a la vida sin mí a estas alturas. No es lo mismo en absoluto.

Pero, cuando me abren la puerta, me informan de que Jem ya no está allí. Me dicen que no tienen la dirección en la que vive ahora, pero que puedo volver a preguntarles más adelante por si la descubren. Por mucho que suplique y le diga que soy su hermana, la mujer con cara de rancia me dice que no hay nada que hacer. No se me ocurre dónde puede estar, si se lo habrá tragado la niebla contaminada de la ciudad, y no sé si lo volveré a ver, pero, al marcharme de allí, sé que bajo la culpa y el dolor se esconde cierto alivio. Por no tener que volver a verlo nunca más. Por no tener que volver a mirarle la carita inexpresiva. Y me doy asco a mí misma.

Me compro una empanada caliente, mi comida favorita cuando estoy triste por algo, y vuelvo caminando por la calle a casa mientras la soplo. Puedo permitirme comprar una cuando quiera con el sueldo de doncella; incluso podría comprarme dos al día si quisiera. Cuando era lechera, habría dado la vida por poder comprarme dos empanadas al día y que aun así me sobrara dinero.

Veo a la gente recorrer Cable Street con los hombros caídos. Gente que vivirá y morirá así, sumida en la suciedad de Londres. Quiero gritarles que hay montañas tan grandes y altas como gigantes, con máquinas que las recorren y que transportan a la gente. ¡No os podéis ni imaginar lo que se siente al ir montada en una! ¡No os lo podéis ni imaginar!

Me siento en un muro, me como la empanada y observo a los trabajadores que van y vienen por la calle, y me quedo en silencio, intentando con todas mis fuerzas recordar lo que he visto, y no lo que he hecho.



He estado esperando, y a la vez temiendo, el momento en que Edward Cornelius, el limpiador de pianos, volviera a por mí. Cuando lo veo ahí en la puerta de la cocina, esperándome después de la cena con la gorra en la mano, siento el mismo temblor desagradable de antaño en el corazón. Me había dicho a mí misma que iba a rechazarlo, pero de alguna manera me descubro paseando con él de nuevo por Portland Street. Llevo mi mejor tocado, con rosas rosadas; lo he heredado de la señora Dickens, que se lo compró en Boston, y estoy muy orgullosa de él, puesto que solo la cinta ya costaría el sueldo de un mes ordeñando vacas en un establo maloliente.

Mientras recorremos las calles, me va haciendo preguntas sobre esto y aquello, sobre el viaje, y se pasa la gorra de una mano a la otra todo el rato. Dice: «Vaya, vaya» ante todas mis historias, y deja escapar unos largos silbidos graves. Me lleva a una cervecería, nos sentamos juntos a una mesa y me pide una jarra que me bebo a sorbos mientras pienso en América y en cómo sabían las cosas allí.

Y entonces, antes de que me dé cuenta de lo que está ocurriendo, le están saliendo las palabras de la boca a trompicones, con la vista fija en la mesa:

—Bueno, escucha, Anne Brown —me dice—. Solo hay una mujer a la que me gustaría tener como esposa, y esa eres tú, y no creo que eso vaya a cambiar dentro de poco. O nunca. —Levanta la vista

hacia mí con una mirada de determinación—. No creo que cambie nunca.

—Edward…

—Y sé que has estado viajando, pero ya has vuelto, y creo que ya tienes edad de querer sentar la cabeza, y me gustaría que fuera conmigo.

Pienso en lo que me está diciendo, y en todas las dificultades de la vida en Devonshire Terrace, en las facetas que conocen de mí y las que debo ocultar, y en que nunca podré formar parte de su mundo de verdad, ni aunque me quedara con ellos cien años. Pienso en lo que se siente al ir del brazo de Edward, en que me gusta, me gusta más de lo que me ha gustado nunca el contacto con cualquier hombre. Y en que, cuando estoy a solas, empiezo a anhelarlo. Pienso en qué tipo de marido sería. Dulce y estable, y muy diferente del señor Dickens, con su carácter extravagante, que un minuto te lleva a lo más alto y al siguiente te hunde.

—No puedo, Edward —respondo, y él baja la vista a la mesa—. No puedo dejar el trabajo.

Le tiendo la mano sobre la mesa y la dejo ahí, apoyada, con la esperanza de que Edward la tome y me muestre así que me perdona, pero no lo hace.

—¿Por qué no puedes? —me pregunta al fin.

—Porque…

Y tengo que hacer una pausa en ese momento porque se me llena el cerebro de los motivos por los que no puedo. Porque soy egoísta y no se me da bien querer. Porque no me merezco a un hombre como tú, y no quiero engañarte como la engaño a ella. Porque Jem se ha ido para siempre y, cuando siento la ternura con la que me tocas, no puedo olvidarlo.

—Porque gracias a él puedo ver maravillas —respondo al fin—. Las maravillas del mundo.

Edward me mira perplejo.

Y luego dice:

—Pero ya las has visto.

—Sí. Pero ya están hablando de volver a viajar. A Italia, al continente. Y, si me caso, nunca podré ver esas cosas.

Se queda callado durante un momento, mirándome a los ojos, y siento miedo, como me pasa a veces cuando estoy con él. Miedo de su mirada, de cómo me hace sentir.

—Bueno, en ese caso no te culpo —me dice. Posa su enorme mano sobre la mía en la mesa y luego la aparta—. No te culpo, Anne.

Después retira la silla con un chirrido, se levanta, se despide del camarero con la cabeza, y luego de mí, y se marcha.

Yo me quedo allí sentada con mi mejor tocado, con su elegante cinta bien atada bajo la barbilla. Y luego vuelvo andando por las calles cada vez más oscuras hasta mi majestuosa casa, donde William está esperando para cerrar las puertas con llave por la noche.

*** Así llamaba Charles Dickens a su hija Katey, *Lucifer Box*, Caja de Cerillas. En la época victoriana llamaban a las cerillas *Lucifer* y su hija se «encendía» con la misma facilidad, por su carácter volátil.

PARTE CINCO

KATE

1844

Receta de crema italiana

Batir durante casi una hora un litro de nata muy espesa escaldada, un litro de crema de leche cruda, la ralladura de cuatro limones y el zumo colado, y 280 gramos de azúcar glas blanco; luego añadir 250 mililitros de vino dulce y seguir batiendo hasta que quede bien sólido. Poner un trozo de muselina en un colador y verter la mezcla sobre él con una cuchara. Tras veinticuatro horas, darle la vuelta con cuidado, procurando que no se rompa. Adornar con fruta, gelatina o flores.

Están caminando juntos a lo largo de la costa, por el sendero en lo alto del acantilado. Unos treinta metros más abajo, el mar riela como cristales rotos. Kate avanza despacio, tratando de abrirse paso entre el follaje que se le enreda en la falda y se la deja húmeda por la lluvia que ha caído esa mañana. Charles va por delante, caminando a trompicones impacientes, girándose hacia ella para hablarle y luego avanzando sin detenerse cuando Kate no se atreve a acelerar el paso. Georgy también va por delante, una pequeña silueta que anda al ritmo de Charles. Él ha encontrado al fin su carnicería favorita aquí, y las está llevando a las dos para enseñarles cómo pedir los cortes de carne exactos que quiere que compren, y han dejado a Anne en casa con los niños.

La hermana de Kate tiene ya diecisiete años, y está siempre pendiente de todo lo que dice Charles. Diecisiete años. La edad de Mary.

«Mi pequeña ama de casa», la llama Charles. Y a veces «mi

mascotita».

Y siempre le está diciendo lo mucho que se parece a Mary. «Cuando te miro a la cara, Georgina, casi parece que nuestro ángel ha vuelto».

Kate no lo ve; nunca lo ha visto. Pero lo cierto es que no se llevan del todo bien; no encajan como deberían encajar las hermanas. Siempre ha sido así. Aunque las dos están casi siempre juntas en casa desde la vuelta de América, cuidando de los niños o cabalgando por la campiña italiana, entre ellas solo hay, en el mejor de los casos, un silencio agradable. Kate siente cierto recelo, la misma sensación indescriptible de estar en guardia que ha sentido desde que Georgy era niña.

Observa la espalda de su hermana, los mechones lisos castaños que le salen del tocado y le caen por la nuca. Kate se dice que pronto se habrá ido de su casa. Si pueden encontrarle un hombre de la edad y el carácter apropiados. Lo que tiene no es más que un flechazo infantil, algo normal para su edad, y además todas las mujeres a las que conoce están enamoradas de Charles, aunque sea un poco. De su mente, no de su persona.

Desde que se publicó *Cuento de Navidad*, su marido es todo un ejemplo de bondad y caridad. No es de extrañar que conmueva los tiernos corazones de las mujeres. Kate debería sentirse orgullosa. Y ella también cree, de todo corazón, en las cosas que escribe su marido, sobre niños y amor y la alegría de la esfera doméstica. Cada día se propone ofrecerle justo eso, tal y como él lo desearía. Tal y como él lo escribiría. Pero, aun así, siente, como tantas otras veces, que está enfadado con ella por motivos que desconoce.

La lentitud de su cuerpo, su ternura, que antaño fue el consuelo de su marido, ahora parece irritarlo cada vez más. No llega lo bastante

rápido adonde Charles la quiere, mientras que Georgy, aún tan joven y tan enérgica, se abalanza sobre él como si hubiera estado esperando su llamada.

Tal vez sea solo la preocupación insistente de que su marido ha perdido el apetito que tenía de ella. Al principio se dijo a sí misma que era por el calor, pero ahora el asfixiante verano genovés ha dado paso a un otoño fresco y húmedo, y ni así la busca como solía hacerlo antes. Su fervor parece haberse apagado. Pero ella también se nota apagada. Desde el nacimiento de Frank, su quinto hijo, seis meses antes de que fueran a Italia, se siente debilitada de un modo nuevo.

Recuerda cómo fue la llegada, con el calor de julio, tras haber recorrido Europa en grandes carruajes con Charles, Georgy, su querida Anne y la cocinera, y la criada a la que han llevado con ellos, y Charley y Katey y Mamie y Walter y el pequeño Frank, todos apretujados como pollos en una cesta. Los carruajes, repletos de baúles, rozaron las paredes al atravesar la entrada, tan estrecha que Kate temía que se quedaran atascados y no pudieran salir de allí en días. Recuerda lo mal que lo pasó, con las paredes pegadas a ambos lados del carruaje, y a Walter aullando en sus brazos por el ruido. Todavía, desde el viaje a América, Walter solo quiere estar con Georgy, aunque Kate no se rinde y forcejea con él con valentía, tratando de lidiar con sus extremidades grandes y rechonchas, que intentan alejarla con furia. Recuerda que las pulgas se apoderaron de ellos con una violencia invisible, escondiéndose en los corsés y poniendo huevos en las costuras de las enaguas. Poseyeron a Anne, que se pasó horas limpiando cada habitación hasta que se le quedaron las manos en carne viva. Tuvieron que afeitar al perro con una navaja en el jardín, y lo dejaron vagando por la casa, tembloroso,

como un cordero flacucho; y los niños no dejaban de rascarse con saña las manchas rojas que se les apiñaban en los tobillos. Y luego Katey cayó enferma, gravemente enferma, y tuvo que quedarse tumbada, sollozando, con la cara hinchada, asándose en el asfixiante dormitorio, y solo permitía que se le acercara Charles. Su padre trató de hipnotizarla, pero no funcionó. Por lo que tan solo se sentó a su lado durante días, tratándola con ternura y poniéndole paños en la frente, y sin escribir; y luego, cuando salía de la habitación, tenía unos ataques de ira tan repentinos y aterradores por motivos tan insignificantes que nadie podía preverlos.

Han tenido que irse al extranjero porque, por alguna razón, siguen sin tener dinero, a pesar de la majestuosidad de la casa de Londres, a pesar del éxito del cuento navideño. Charles lo ha publicado por sí mismo, y se ha gastado demasiado dinero en la cubierta, algo muy propio de él, y, aunque ha cautivado la atención del mundo, no ha podido recuperar el dinero suficiente con él como para mantener el estilo de vida que tanto le gusta para su familia. Así que ahí están. Han puesto en alquiler Devonshire Terrace y están viviendo de forma modesta mientras Charles intenta escribir una segunda historia navideña con la intención de que iguale la popularidad de su Scrooge. Nunca parecen encontrar del todo la estabilidad; el éxito que Charles persigue está siempre fuera de su alcance, tentándolo, y Kate aparta los pensamientos que a veces la asaltan por la noche, sobre cómo había esperado que fuera su vida una vez que se casase. Sobre lo mucho que había anhelado siempre la tranquilidad.

Por suerte ahora se han mudado a una casa más grande, más fresca y menos infestada, un *palazzo* en la colina, donde los niños pueden correr por los huertos y por las noches el faro proyecta su luz sobre las ninfas y las diosas pintadas en las paredes. Y Charles

está más contento, que es lo más importante de todo, porque cuando su marido está feliz el mundo entero da saltos de alegría a su paso. Los niños están más animados, la casa parece de alguna manera más relajada y las mujeres que la habitan respiran con más calma. Y, cuando Charles se sume en la melancolía, la casa entera se hunde con él, y la felicidad parece esfumarse, como si todos estuvieran unidos por cuerdas a Charles, desde la cocinera que se afana bajo un calor sofocante hasta el perro, que se lamenta con ojos tristes mientras intenta refrescarse la barriga con las baldosas del patio. Pero ahora que está trabajando en el nuevo texto; que Katey, su favorita, está algo mejor; y que el calor ya no es tan insoportable, está satisfecho. Aun así, a ella, a Kate, esa sensación de inquietud no termina de abandonarla.

—¿Y estos quiénes son? —oye decir a Charles ahora.



Kate levanta la vista y ve a una pareja acercándose por el sendero. Él es menudo y elegante; ella, delicada y pálida, con rizos negros que le caen sobre las mejillas. A medida que se aproximan, Kate se da cuenta de que no van vestidos a la moda inglesa. Por la forma del sombrero de ella, el estilo de su peinado.

—*Buongiorno* —dice el hombre con un hábil movimiento del sombrero.

—Buenas tardes —contesta Charles, y se detiene para que la pareja se pare también, y los cinco forman un grupo junto a la caída escarpada del acantilado—. Me parece que somos todos visitantes en este país.

—Émile de la Rue —se presenta el hombre—, y esta es mi esposa, Augusta.

—¿Es usted francés, *monsieur*? —le pregunta Charles.

Kate contempla a su marido y repara en cómo aterrizan sus ojos en las muñecas esbeltas de la mujer. En que habla en un tono un poco más cortés, más enérgico. Kate mira a Georgy, pero su hermana permanece junto a Charles, con los ojos muy abiertos y una expresión inescrutable.

—Soy suizo —contesta el hombre—, y mi mujer es inglesa, pero lleva muchos años sin vivir allí.

Los hombres empiezan a entablar una conversación a la que Kate no le presta demasiada atención, sobre idiomas y planes de viajes. Cuando la mujer se gira para mirar el mar, Kate piensa, con poca consideración, en que no debe de haber tenido hijos, viendo la cintura que tiene. Tal vez no sean felices. Frustrada por su propia crueldad, trata de ignorar esos pensamientos. No tiene ni idea de lo que le pasa, salvo que está sangrando otra vez, lo cual últimamente parece sacarla de quicio. El cinturón que lleva atado bajo las faldas no parece lo bastante firme como para subir por senderos de montaña, siempre amenazando con desatarse.

—¿Kate?

Oye la exasperación en el tono de su marido y se da cuenta de que le ha preguntado algo, y de que no lo ha oído. Se sonroja.

—Lo siento. Estaba… Estaba en las nubes, como se suele decir.

Nada más pronunciar la frase, sabe que no debería haberla dicho; que es demasiado infantil, o demasiado ridícula, tal vez. La mujer del pelo oscuro la mira divertida, y su marido esboza una sonrisa condescendiente. Georgy aparta la vista, como si estuviera avergonzada. Charles vuelve a tomar las riendas de la conversación, excluyéndola de ella, y en cuestión de minutos ya ha invitado a la pareja a cenar y ha hecho planes ante los que Kate asiente, y durante

todo el camino de vuelta a casa Charles no deja de hablar del menú que le gustaría ofrecerles, con queso suizo fundido, y del lugar donde podrían comprarlo, y con qué clase de fruta lo deberían acompañar, y que tal vez deberían mandar a Georgy a comprar, ya que tiene buen ojo para estas cosas, y a ella no le cobrarán de más, como le pasa a Kate.



Durante esa primera cena, madame de la Rue lleva un vestido de azul marino vaporoso, con una gargantilla de delicadas piedras azules. Kate la observa mientras se ríe, y ve a Charles, sentado a su lado, mirarle las manitas con expresión de aprobación. Se mira sus propias manos y ve que ahora el anillo de compromiso se le hunde en la carne del dedo, y las oculta de la vista de los demás. Piensa en Anne, arriba con los niños, y en cuándo podrá escabullirse con ellos.

Están hablando de una novela de Disraeli; Charles está imitando su estilo y haciendo reír a todo el mundo, y Georgy participa con comentarios propios. Kate se da cuenta, con cierta inquietud, de que Émile de la Rue la está observando.

—¿Qué le ha parecido, señora Dickens? —le pregunta con los ojos entornados, reflexivo.

—Ah, bueno, pues… —Siente que se está sonrojando—. Aún no… Aún no la he leído.

—Mi hermana no lee mucho —dice Georgy de pasada mientras reajusta la servilleta.

—Bueno, no, es que…

Pero ya han cambiado el tema de conversación.

Quiere gritar por encima de sus voces, como una estúpida, que sí que le gusta leer, que siempre ha sido una ávida lectora. Cuando era

niña, cuando Charles la conoció, solían pasarse horas hablando de literatura, de novelas y de poesía y de las caricaturas políticas que publicaban en el periódico de su padre. Es solo que cuando pretende leer ahora, desde que es madre, la invade un agotamiento al que no está acostumbrada, y antes de que se dé cuenta se ha quedado dormida o se le están cerrando los ojos en el sofá, así que deja los libros, sin terminarlos, apilados en montones para más tarde. Georgy no tiene ni idea, piensa. No recuerda cómo era Kate antes. Ella no era más que una niña por entonces. A nadie le importa, se dice. A nadie le importa si te gusta leer o no, Kate.

Maria, quien les está sirviendo, entra con una bandeja de postres, y Kate alza la vista con expectación. La cocinera y ella se han pasado la tarde en las cocinas, tratando de recrear la receta que degustó en un hotel genovés, sumergiendo la cuchara para probarla, volviendo a ajustar los sabores, tratando de realzar el sabor del licor frente al dulzor frío. Pero cuando traen las copitas, cada una adornada con una flor silvestre que ha recogido con Mamie en las colinas de detrás de la casa, madame de la Rue deja escapar una especie de grito. Charles, a su lado, la agarra del brazo, pero la mujer está mirando a la izquierda y a la derecha, asustada por algo.

—Madame de la Rue, ¿se encuentra usted bien? —le pregunta Kate, poniéndose en pie, alarmada.

La mujer se levanta también, se le cae la servilleta al suelo y se marcha de la sala a toda prisa.

—Georgina, ocúpate de nuestra invitada —le pide Charles, y luego se gira hacia el marido—. Mis mujeres cuidarán de ella, no se preocupe. Esta noche hace bastante calor.

Kate sigue a su hermana afuera, tratando de pensar en qué hacer. Georgy ya ha llevado a madame de la Rue al recibidor y ha pedido

que le traigan agua, y ahora está sentada a su lado, agarrándole la mano. Más allá, en el pasillo, está Anne, apartada. Como una sombra, como siempre, esperando a que la llamen.

—Si no se encuentra lo bastante bien como para quedarse —le dice Kate a la mujer—, puedo hablar con Charles para ver si puede tomar el carruaje pequeño para ir a casa.

Georgy levanta la vista hacia ella, medio divertida.

—Se han llevado el carruaje pequeño para arreglarlo, Kate. —Sacude la cabeza—. ¿Cómo se te ha podido olvidar ya?

—Ah, claro, es verdad. Tienes razón, sí. Bueno, podemos esperar a los hombres. ¿Te podemos traer alguna otra cosa?

Pero, en cualquier caso, madame de la Rue apenas parece estar prestando atención; tan solo permanece sentada muy erguida en el sillón de cuero de respaldo alto, con Georgy a su lado, y observa cómo va marcando los minutos el reloj. Cuando Kate vuelve al comedor, y deja a Georgy agarrándole la mano a la mujer con su determinación y su relajación habitual, monsieur de la Rue está hablando, y Charles lo está observando. Y Kate percibe de inmediato en sus ojos toda la potencia de una de sus nuevas ideas en marcha.

—Es… —dice De la Rue—. Yo lo llamaría… una especie de posesión. Como si tuviera un fantasma en el cerebro. Sobre todo por las noches, mi mujer… Bueno, no voy a molestarlo con eso ahora. —Mira a Kate—. Ya os hemos causado bastantes problemas.

—En absoluto —se dispone a decir Kate, lista para limar asperezas, para cambiar de tema a algo más agradable para todos, pero Charles la corta.

—Monsieur de la Rue —dice su marido en una voz baja y cargada de emoción—, perdone que me entrometa en sus asuntos privados, pero creo que puedo ayudarles.

Incluso al final de la velada, mientras Émile de la Rue ayuda a subirse al carruaje a su mujer, que aún tiene el rostro pálido y expresión de confusión, Charles sigue hablando sobre sus triunfos, animado. A Kate le parece vergonzoso lo exaltado que está. ¿Por qué no puede sencillamente seguir con su vida como los demás hombres, sin necesidad de arreglar todo y a todos los que se le pongan por delante?

—Lo digo con humildad, Émile —dice su marido—, pero creo que soy la persona indicada para hacerlo. Necesitaré pasar mucho tiempo con ella, pero creo que se mostrará receptiva conmigo.

Durante un momento a monsieur de la Rue parece inquietarlo la idea, pero a su mujer, que está asomada a la ventana del carruaje, no del todo.

—Mi esposa puede dar fe de mis poderes en ese ámbito, ¿no es cierto, Catherine?

Charles la señala con la cabeza, confiado.

Pero Kate quiere preguntarle si es que no recuerda los gritos de Katey. Su rostro demacrado y febril. Recuerda que intentaste inmovilizarla y no pudiste, quiere decirle. Y que tus manos, a pesar de tus gestos teatrales, parecían débiles e impotentes ante algo real como aquello. Algo peligroso.

Pero tiene ante ella el rostro arrugado de Émile de la Rue y los ojos ansiosos de Charles, desesperados por la confirmación de Kate.

—Supongo que vale la pena intentarlo —contesta.

—Charles lo ha probado conmigo —dice Georgy muy seria, a su lado—, y es la más extraordinaria de las experiencias. Tener el poder de una mente como la suya centrada por completo en tu ser… No me cabe duda de que posee la capacidad de ayudar en gran medida a su esposa, monsieur de la Rue.

Charles mira a Georgy con ternura.

—Mi pequeña ama de casa, siempre tan leal y tan auténtica. Jamás dice nada malo de mí, Émile. No sé qué haremos cuando se case y su marido se la lleve.

—La verdad es que es encantadora —coincide el otro hombre con una reverencia que, de alguna manera, parece dirigida hacia Kate a modo de disculpa—. Toda vuestra familia es encantadora. Siento tener que marcharme en estas circunstancias.

Cuando se cierra la puerta de golpe y los caballos se alejan, mientras Émile de la Rue abraza a su esposa con delicadeza, Kate piensa en que la mujer parecía un pajarillo herido. Recuerda la noche de América en que Charles se metió en la cama después de haberla hipnotizado. Recuerda cómo la tocó. Y ahora, piensa, se está ofreciendo abiertamente de ese mismo modo a esa mujer, y Georgy le sigue el juego, como si una brillantez así tuviera que compartirse, y ella, Kate, sonríe y se ofrece también a su marido.

Unas pocas noches más tarde, Kate se despierta con Charles gritando el nombre de su hermana fallecida. Está sentado a su lado a oscuras, sudando y desaliñado. Kate lo rodea con el brazo para tranquilizarlo.

—He soñado con Mary —dice Charles—. Estaba aquí, conmigo.

—Ya —dice Kate, acariciándole el pelo—, ya lo sé.

Mary siempre ha sido su obsesión, a lo largo de los años. Sigue llorando por ella en ocasiones, y Kate lo calma, lo tranquiliza e intenta ignorar la manera en que el dolor de Charles eclipsa el suyo. Claro que ya sabe cómo son las cosas con él; que las personas son siempre personajes. Mary es la juventud perdida. Georgy es la

promesa de la juventud. Augusta de la Rue es la tragedia noble. Pero ahora ella, Kate, se encuentra en un punto intermedio entre amante y matriarca, y las matriarcas, en los libros de Charles, son siempre cómicas.

Cuando lee algo que ha escrito él, lo cual aún le sigue encantando hacer, se descubre a sí misma buscando referencias a las mujeres. Sus cinturitas estrechas. Sus piececitos delicados. Para confirmar su propio temor de que está cada vez más lejos de eso, de que hay un abismo que no deja de expandirse entre el deseo de Charles y su cuerpo.

El otoño sigue siendo cálido. Charles empieza a hipnotizar a madame de la Rue. Por las tardes, Kates observa a Georgy en el huerto, con Charles y los niños, correteando con agilidad por el césped, jugando a perseguirse. Y por las noches sigue sin tocarla.

Fuera, en las calles soleadas, las familias se sientan a quitarse los piojos unos a otros, aplastándolos entre el índice y el pulgar. En la playa, desde una silla, Kate observa a sus hijos nadar; el cielo y el mar, dos franjas de azul intenso. Por las noches celebran fiestas y los niños corretean por los jardines a medianoche, y las mesas se llenan de uvas y ciruelas maduradas al sol. Pero Kate siente un fuego en su interior que no parece poder apagar, alimentado por su marido, cuando desaparece con esa mujer, por cómo posa las manos sobre ella y solo habla de ella, con cualquiera que esté dispuesto a escucharlo. Tan solo está tratando de ayudarla, claro, de hacerla sentir mejor. Pero, aun así, los pensamientos se le retuercen en la mente. ¿Por qué ha de pertenecer siempre una parte de él a otra persona, por qué ha de haber una mujer que no es ella recorriéndole las venas? Siempre está centrado en otra mujer. Kate se ríe y finge impactarse cuando Charles dice que la esposa de otro hombre es

«besable», y sacude la cabeza con indulgencia cuando les dice a todos en el comedor que está enamorado de una chica de veinte años y que no tiene remedio. Porque no sabe qué otra cosa hacer.

En una ocasión encontró cartas sin enviar dirigidas a otra mujer, hechas una bola y tiradas a la basura, como si Kate no fuera a mirar allí. Como si fuera demasiado boba, demasiado inocente, y no viera las amenazas que acechan por todas partes. Si no me importase, todo sería más fácil, piensa. Si no lo quisiera de un modo tan aterrador que incluso siente cariño con tan solo ver sus zapatos en el vestíbulo. En ese caso podría tolerarlo. Pero la ira sigue aumentando en las sombras de su melancolía, una ira que lleva existiendo, tal vez, desde lo de Mary.

Kate deja de comer. Se obliga a mantenerse alejada de la cocina. Le ruge el estómago ante ese ayuno repentino; emite gruñidos tan fuertes que hacen que Georgy aparte la mirada, como si la avergonzara. Por las tardes empieza a marearse, y tiene que sentarse en el sofá. Al cabo de una semana, cuando se quita el corsé, se mira en el espejo para ver si nota algún cambio, pero sigue viéndose rellena y flácida; la carne se niega a desaparecer. Desesperada, encarga unas pastillas que ha visto en una revista para mujeres y le llegan una semana más tarde en un paquete deteriorado que tintinea, y lo envuelve con un chal y se lo lleva arriba para esconderlo, pero después de tomárselas durante tres días empieza a vomitar y las abandona en el cajón. Así que, en su lugar, llama a su modista genovesa y le pide que le haga vestidos nuevos para disimular su cintura cada vez más ancha con volantes colocados de manera estratégica. Pero Charles sigue sin tocarla.

Cuando desaparece para ir a hipnotizar a madame de la Rue, día sí, día también, a quien recurre Kate es a Anne, aunque no puede

hablarle más que en ese lenguaje en clave que parecen compartir.

—No me hace mucha gracia esa amistad —le dice, aunque esas palabras no captan ni de lejos el torbellino que se agita en su interior —. Pero seguro que son tonterías mías.

Y su querida Anne la regaña por preocuparse sin motivos, y por alguna razón sabe cuál es la mejor manera de complacer a Charles, y al instante Kate se siente más ligera.

Cada vez que puede, baja los escalones encalados que la llevan al confort de la cocina para escapar de esa pesadez rara que le provoca la presencia constante de Georgy. Su hermana tiene la extraña capacidad de llegar siempre antes que ella al resto de las estancias de la casa para ayudar a los niños justo cuando lo necesitan, como si supiera siempre qué les hace falta. Desde el viaje a América, Kate siente cada vez más que sus hijas no son suyas. Charley sigue aferrándose a ella, aunque a Kate le preocupa que Charles lo considere débil por ello. Pero Katey, Mamie y Walter siempre buscan el consuelo de Georgy.

Kate se sienta en su sitio favorito, a la mesa que hay delante del fuego, y se remanga, agradecida por que su hermana apenas se deje ver por allí, en el mundo del piso de abajo, con su calor y su charla poco elevada. Está preparando un jarabe de romero que ha probado en la ciudad, con la idea de servirlo en Londres cuando regresen a casa, y se imagina, mientras corta los tallos con delicadeza, los halagos que recibirá gracias a él. La cocinera, que está de buen humor, está preparando los conejos para curarlos, con las manos brillantes por la grasa de oca. Está tarareando y bromeando con la ayudante de cocina, una mujer pequeñita que se ríe con ella, toda dientes. Anne está sentada cerca, zurciendo el vestido rasgado de Mamie, y de tanto en tanto mira a Kate y luego vuelve a bajar la

vista a la aguja, como reconociendo su presencia en silencio. Kate junta las hojitas para formar pequeños montones perfumados y piensa en los ingredientes, en lo reconfortantes que le resultan bajo las manos, y en lo que puede hacer con ellos. Soy feliz, piensa. Aquí soy feliz, y lo demás no debería importar.

—Bueno, bueno —le dice Anne mientras la desviste por las noches, a solas bajo la luz de la vela—. Ya está bien de tanto preocuparse. Su esposa es usted. Es usted quien le da hijos.

Y es cierto. Ningún padre podría estar más orgulloso. Aunque está claro que no quiere tener más. Cuando subió al dormitorio tras el nacimiento de Frank, miró a su hijo arropado en la cesta y tan solo asintió con sequedad. Y más tarde lo oyó decir en el pasillo: «Tanto ella como el bebé están bien, pero me niego a mirar a este último». Era una broma, por supuesto. Es ingenioso y cortante. Así es su marido: agridulce.

Pero, tras la broma, hay verdad.



Una vez que han nacido, Charles los quiere; eso Kate lo tiene claro. Cuida bien de ellos, mejor que cualquier otro padre que conozca; inspecciona periódicamente los pequeños cajones del cuarto de los niños para asegurarse de que estén ordenados y les deja notitas clavadas en el alfiletero con su veredicto: «FANTÁSTICO».

Se sube a Charley a la rodilla y le habla con interés, le cuenta historias sobre la gran casa de Gad's Hill, sobre lo mucho que deseaba que fuera suya, y Charley se queda allí sentado con la cara levantada hacia él, prestándole atención.

—Cuando era pequeño, sabía que, si me esforzaba al máximo, podría llegar a comprarme una casa así. Tú también debes trabajar

duro, Charley, y demostrar que eres un hombre de bien, y cuidar de tus hermanas.

—Sí, papá.

—Todos podemos conseguir cosas si somos aplicados y trabajamos duro por los demás.

—Sí, papá.

Y cada noche, sin falta, cuando vuelve de haber estado con madame de la Rue, entra a hurtadillas en el cuarto de los niños. Kate lo sigue a veces, pasa por delante de los frescos, deslizando la mano por la barandilla ornamentada, y se detiene en la puerta para observarlo, sentado a los pies de la cama, con Timber tendido a sus pies, escuálido, y el color albaricoque y rosa del cielo genovés colándose a través de las persianas, y el eco de las campanas al dar la hora extendiéndose por la ciudad.

—Cántala de nuevo —le pide Charley—. Cántala de nuevo.

—No —protesta Mamie—, canta la del caballo.

Y Charles, mientras le cae el pelo por delante de la cara y agarra a Katey de la mano, canta una y otra vez *with a fol-de-rol, and a fol-de-ra*, o la canción de Rogue, el caballo perdido, o alguna cancioncilla infantil, y nunca se queja, sino que se queda allí, infatigable y afectuoso, hasta que se oscurece la habitación.

ANNE

Salgo por la gran verja de hierro del *palazzo* con la cesta en el brazo y la lista de la compra bien guardada en el bolsillo. He tenido poco tiempo para explorar la ciudad de día, ya que el calor del verano ha sido espantoso; se me ponían las mejillas como un tomate y me incomodaba y me sofocaba tanto la ropa que parecía que trabajase en un horno. No consigo entender por qué querría vivir alguien en un sitio tan caluroso. Pero de todo hay en la viña del Señor, como le gusta decir a la señora Dickens.

Ahora, al fin, empieza a refrescar en la ciudad. Bajo por el empinado camino adoquinado y me cruzo con dos burros que suben a duras penas, cargados con grandes sacos llenos de cebollas a ambos costados. Hoy voy con la idea de hacer alguna que otra parada por aquí y por allá. Me acercaré al mar, para ver cómo brilla bajo el gran cielo italiano, o me tomaré un momento para sentarme en una de las plazas, como hacen los lugareños, y tal vez incluso me coma unos frutos secos sentada en el muro.

Incluso ahora aún cuesta respirar en este lugar. De alguna manera, su belleza parece aplastarte como el calor, oprimirte; el cielo azul te grita desde el amanecer hasta el anochecer, con el mar como una lámina de luz bajo él.

—Anne.

Me doy la vuelta y me encuentro al señor Dickens acercándose por detrás. Siento, como me pasa siempre, incluso ahora, esa extraña inquietud, como si hubiera una corriente magnética que recorre el aire y lo cambia de algún modo en su presencia.

—Si vas al centro, ¿puedo acompañarte?

—Si le viene bien, señor.

—La verdad es que sí.

No es nada apropiado, por supuesto, que un señor acompañe a su criada por la ciudad, que paseen juntos como si, para el resto de mundo, fueran amigos. Pero el señor Dickens nunca ha tenido demasiado interés en los convencionalismos. De modo que retomamos el descenso en dirección al centro de la ciudad.

Cuando nos acercamos a la plaza principal, varios grupos de mendigos extienden las manos temblorosas mientras nos gritan con voces roncas, con una agresividad que no había experimentado nunca paseando por una ciudad. Yo no tengo el mismo aspecto que el señor Dickens, supongo, con su chaleco bordado y sus pequeños puños elegantes y su sombrero de copa que brilla bajo la luz del sol matutino.

—*Signore, gentile signore. Per favore, signore.*

Mantenemos el ritmo y atravesamos los adoquines en dirección a la gran fachada veteada de la catedral, puesto que, si nos detuviéramos con cada uno de ellos, no llegaríamos nunca. Pero entonces, de pronto, el señor Dickens se para en seco.

Al principio no tengo ni la más remota idea de lo que está haciendo. Sigo la dirección en la que está mirando, con los ojos entornados bajo el resplandor. Y veo, acurrucado junto a un muro bajo, a un niño de unos siete u ocho años. Está completamente solo, sucísimo y en los huesos, tanto que sus brazos parecen dos palos que le brotan de los costados, y se le marcan los surcos de las costillas sobre el vientre hinchado. Cuando el señor Dickens se acerca, el niño se pone de rodillas y le extiende las manos para pedirle dinero. Mi empleador se agacha con el ceño fruncido y vuelvo a ver esa ternura

familiar transformarle la cara.

—*Dov'e tua madre? Tuo padre?*

—*Non lo so* —responde el niño, inexpresivo.

Me doy cuenta de que no puedo mirar al chiquillo a los ojos durante demasiado tiempo, por el hambre y la ferocidad que transmiten, de modo que desvío la mirada hacia las pálidas baldosas que tengo bajo los pies.

El señor Dickens le pone la mano en el brazo al niño con delicadeza y luego rebusca en el bolsillo. Saca una moneda pequeña y se la deja en la palma mugrienta, envolviéndole los deditos con los suyos. En ese momento pienso en que podría decírselo. Podría decirle que yo era como él. Pero, cuando se incorpora de nuevo, tiene la mandíbula tensa.

—No lo puedo soportar, Anne.

Volvemos a ponernos en marcha al ritmo acelerado del señor Dickens y, mientras atravesamos la plaza en dirección a la catedral, me siento el corazón en la garganta. A nuestra espalda aparece de la nada un grupo de otros chicos que rodean al niño y lo ocultan de nuestra vista.

—Las personas que abandonan a los niños… —El señor Dickens va dando golpecitos con el bastón por los adoquines. Me doy cuenta de que casi tengo que correr para seguirle el ritmo, que por cada paso suyo, mientras subimos los anchos escalones, yo tengo que dar dos—. No soporto a la gente así. Es la peor clase de gente.

Acelero el paso, como si así pudiera dejar mi propio malestar silencioso atrás, en la plaza, como el chiquillo acurrucado. Como si, al igual que Jem, fuera a desaparecer si me alejo más deprisa. Cuando entramos en el fresco de la catedral, estoy sudando por el esfuerzo. Agacho la cabeza ante los ángeles y santos que adornan el

techo, ante el impactante brillo del oro que parece abrumarme como si fuera el mismo Dios.

—Es impresionante, ¿eh? —me susurra el señor Dickens.

Me obligo a asentir. Nos sentamos en un banco juntos y lo veo cerrar los ojos y bajar la cabeza para rezar.

Me arrodillo y cierro también los ojos con fuerza.

Me pregunto si podré huir para siempre, o si siempre me perseguirá el fantasma de un niño. Ya debe de tener casi trece años. Unas piernas largas y una ligera pelusilla sobre el labio, tal vez, pero la mirada aún joven. Siempre siguiéndome los talones, atormentándome con pensamientos sobre dónde estará, qué estará haciendo y si aún pensará en mí. Sin dejarme descansar jamás.



Tras las navidades, los De la Rue anuncian a bombo y platillo que se marchan a Roma. Al fin, pienso aliviada. Al fin se acabará al menos esa tontería.

Pero, por supuesto, no es así.

El señor Dickens proclama orgulloso, como si se hubiera introducido a sí mismo en uno de sus libros para un acto cómico y deseara estar a la altura, que seguirá hipnotizando a madame de la Rue a pesar de su partida. Que lo hará «a distancia». Y Georgina asiente con aire sabio, y la señora Dickens mira su labor en silencio, y ninguna de nosotras dice que no tenemos ni idea de qué demonios está hablando.

—Estableceremos una conexión mental —añade, como si fuera consciente de que en algún momento de la conversación hemos dejado de seguirlo—. Todas las mañanas, a las once. Nos pondremos en contacto con el poder de nuestras mentes.

—Me parece maravilloso —dice Georgina con seriedad— que sigas comprometiéndote a prestarle una ayuda tan desinteresada a Augusta.

Me pongo a Frank en el regazo y me mantengo ocupada ajustándole el pañal, con la vista bajada.

Una de esas mañanas, cuando el reloj da las once, veo a la señora Dickens en mitad del pasillo, vacilante, como si se hubiera perdido. La puerta del despacho está entreabierta, y a través de la rendija veo la esbelta figura del señor, frotándose las sienes y agitando los brazos, haciendo gestos alocados en el aire. Lo observamos juntas en silencio.

—No entiendo… No logro entender cómo puede funcionar —me susurra la señora Dickens, dubitativa.

—No es usted la única —le respondo.

Entonces ella sacude la cabeza y me alejo deprisa para seguir con mis tareas, por miedo a reírme tan fuerte por la nariz que el señor Dickens piense que uno de los cerdos de la montaña se ha colado en la villa.

En esos momentos pienso que los Dickens se han convertido en mi familia, o en lo más parecido a una familia que podría imaginar a estas alturas. Cuando la señora y yo nos sentamos juntas a zurcir a la sombra de los cipreses, con Frank gateando a nuestro alrededor y haciendo ruiditos, y Kate tumbada sobre la hierba, garabateando en su bloc de dibujo y deteniéndose de tanto en tanto para mostrarnos lo que ha creado; dibuja muy bien para ser tan joven, y siento algo parecido al orgullo por ella, aunque ese sentimiento no me pertenece. Cuando organizan algún espectáculo familiar y nos reunimos todos para contemplar sus payasadas, y veo a Charley, cada vez más listo, recitando sus frases en voz alta, y siento a Walter

sobre las rodillas, agarrándome la mano con su manita de bebé, hasta que la señorita Georgina se acerca para quitármelo de los brazos.

Es casi suficiente.

El señor Dickens habla a veces de una idea que tiene de crear una organización benéfica para mujeres caídas. Dice (como si supiera qué es lo que necesitan dichas mujeres, aunque no tengo ni idea de cómo iba a saberlo) que, si se les presentara la oportunidad de tener una vida digna, la aceptarían. Si pudieran descubrir los placeres sencillos de ser esposas y madres.

—Pero ¿cómo, Charles? —le pregunta la señorita Georgina asombrada—. ¿Cómo iban a llegar a ti esa clase de delincuentes de poca monta? ¿Y dónde las meterías? ¿Qué diría la gente?

—Se lo propondría —responde el señor Dickens con esa combinación tan curiosa suya de altanería y sinceridad—. Iría a las cárceles y les propondría que se unieran a mi proyecto.

Pienso en lo extraña que es la bondad del señor Dickens. Habla del bien y del mal con un brillo en los ojos y gesticulando con los brazos. Habla de la honestidad, la sinceridad y la paciencia. Pero, cuando está de mal humor, o se propone ser cruel, es tan incapaz de contenerse como de dejar de respirar.

Y, mientras lo escucho, pienso también en lo extraño que es que yo misma esté aquí, sentada en esta casa, meciendo a sus niños en las rodillas, cuando he abandonado a uno. Podría acudir a él, claro, con la cabeza gacha, avergonzada y llorando, y mostrarme arrepentida. Y él encontraría la manera de sacarle provecho a todo eso, al perdón de Dios y mi redención. Tomaría mi historia para su nueva organización benéfica y mostraría que me han salvado en su casa gracias a las labores domésticas dignas, y se le iluminarían los ojos.

A veces pienso en ello. Le doy vueltas a la idea y me imagino qué pasaría. Pero no puedo evitar pensar que no quiero su perdón. Que, si lo aceptase, ya no me quedaría nada mío. Ni siquiera mis propios pecados.

En el piso de abajo, la cocinera se ha enamorado de un italiano. No deja de soltar risitas y hacer comentarios risueños al respecto. Cuando nos sentamos por las tardes en la reverberante cocina del *palazzo*, separando la fruta en dos montones, el bueno y el malo, la señora Dickens bromea sobre el asunto, tan jovial como siempre, y la cocinera se pone como una remolacha, y Maria, la ayudante, también sentada a la mesa, le da un codazo y lanza besos al aire.

—*Dolce amor* —dice Maria—. *Il tuo amante genovese*.

Pienso en Edward, en lo que me propuso hace ya tres años en aquella taberna, con esos ojos bondadosos clavados en mí como si pudiera verme el alma. Pero no podía, claro; si hubiera podido, no habría querido casarse conmigo. Me pregunto dónde estará ahora mientras toqueteo las frutas en busca de magulladuras, y cómo le irá. Si se habrá acabado casando con otra mujer. Si la habrá llevado a pasear por Farringdon, como a mí.

En el fondo del jardín del *palazzo* hay un cobertizo oculto entre los árboles frutales, con la pintura descascarillada tras los meses de sol estival. Si me acerco lo suficiente cuando paso por delante, oigo los animales dentro, sus lamentos estruendosos y los curiosos bufidos de sus conversaciones, así que nunca, bajo ningún concepto, voy allí abajo. Mando a Charley con un cubo, o a la criada, o a cualquiera que no sea yo.

Pero una tarde, mientras estoy recogiendo las últimas frutas del invierno, dejo la cesta en la hierba y, antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, como si me controlase un mecanismo y no tuviese

elección en el asunto, abro con fuerza la puerta maltrecha del cobertizo. El haz de luz que he dejado entrar cae sobre unos cuerpos que se empujan unos a otros. Las vacas están dando pisotones y mugiendo ante la intrusión, con unos ojos dulces y muy abiertos en la oscuridad, y yo me siento noqueada por el pasado, como un boxeador en el cuadrilátero, como ya sabía que pasaría. Por el hedor de las vacas, el sudor y la leche cuajada y el calor.

Y no se me va. No me desprendo de esa tristeza que trato de mantener oculta en el fondo del estómago, incluso aquí, a pesar del asombroso azul del mar, del sol abrasador, de las iglesias doradas que me dejan sin aliento. No me libero de esa sensación. Por más países que recorra, por más paisajes que contemple, la tristeza se niega a permanecer enterrada bajo lo que sea que intente amontonar sobre ella.

Vuelvo a subir hacia la casa dando pisotones insolentes y me acerco a Katey, que está recogiendo clementinas con el rostro serio. Me agacho a su lado y me dice que, para saber cuáles están en su punto, hay que retorcerlas con la mano. Pienso en quién soy aquí, en esta vida en la que los niños me tratan con cariño y los árboles dan naranjas de un color intenso. No la cambiaría jamás por la vida que abandoné, por esa época dura y amarga en la que no había más que trabajo y monotonía, en la que era una chica dura pero delgaducha, y hambrienta día y noche. No pienso ablandarme ahora, después de haber sacrificado tanto. Me digo a mí misma que, a pesar de todas mis ensoñaciones, si me hubiera casado con Edward, ahora sería pobre de nuevo, y no sé quién sería entonces. Qué cosas terribles sería capaz de hacer, como la última vez, si me sacaran de esta vida y me devolvieran a aquella. Es demasiado peligroso.

La señora Dickens está sentada en la terraza con el libro de Disraeli

abandonado de nuevo sobre la mesa. Parece cansada.

—¿Estás bien, Anne?

—De maravilla, señora.

—Te noto un poco pálida.

—Ah, creo que es solo que me estoy resfriando. No estoy acostumbrada a este tiempo invernal después de tanto calor.

La señora Dickens se pone en pie y me quita la cesta de las manos.

—Deberías descansar, si lo necesitas. Ya nos las apañaremos por aquí.

Siempre me tiene calada, pienso. Sé que está cansada, que está harta de las tonterías del señor Dickens, pero ni así deja de preocuparse por mí. Normal que ya no sea como era antes, que mi caparazón se haya empezado a resquebrajar a mi pesar.

Tengo todo con lo que podría soñar. Me he convertido en una sirvienta distinguida, me he ganado el cariño de una mujer rica que se niega a desprenderse de mí, y un hombre famoso depende de mí. Estoy limpia y me dan bien de comer y soy libre para viajar por el mundo, y paso desapercibida mientras lo hago, y no muestro nada de mí que no sea necesario, y oculto mi pasado para que nadie lo encuentre jamás. Pero la ternura de la señora Dickens ha logrado retirar mis capas, de modo que yo también me he vuelto blanda, y, a pesar de todo, siento un anhelo cada vez mayor de algo más. De algo que perdí hace mucho tiempo y que apenas recuerdo cómo me hacía sentir.

KATE

Charles y ella van a viajar a solas ahora que hace menos calor. Van a recorrer el país. Dejan a los niños despidiéndose de ellos con las manos en la verja del *palazzo*, y Kate siente ese viejo vuelco en el estómago conforme se aleja y sus hijos se van encogiendo. Ve la pequeña silueta de Georgy, junto a Mamie, despidiéndose de ella. Y a Charley agarrándola de la mano. Anne está detrás, con el rostro inexpresivo y con Walter en los brazos. Georgy se da la vuelta y se lleva los niños de regreso al *palazzo* antes de que el carruaje haya desaparecido por completo de su vista.

Kate contempla ahora a su marido mientras este se acomoda para el viaje. Su pelo marrón y suave. Los movimientos bruscos de sus manos. Van a estar solos durante el trayecto, sin Georgy siempre a su alrededor, y Kate se va a poder quedar con todo el cariño de Charles para ella sola. Sin Augusta de la Rue. Sin un bebé creciendo en su interior. Sin nadie, como aquellos primeros días en América. Kate propuso que Anne fuera con ellos, claro, pero Georgy pidió que se quedara y, cuando Georgy le pide algo a Charles, Kate sabe que se lo concederá. Es una batalla que nunca va a poder ganar, tal y como están las cosas. Pero esta vez va a conseguir volver a atraer a su marido, va a lograr apaciguar su frustración por sí misma. Está convencida de ello.

Por la carretera de Siena a La Scala, Charles intenta enseñarle a Kate algunas nuevas frases en italiano, mirando su librito.

—*Da quanto tempo sei in questo paese?*

—*Questo* —dice Charles.

—*Questo* —repite Kate, pero las palabras no le encajan bien en la boca; la cadencia del idioma se pierde con su acento escocés y resulta cómico.

—Este idioma no es lo tuyo, ¿eh, Kate?

Kate sonríe y sacude la cabeza.

Se quedan en silencio, mecidos por el ritmo del carruaje. Kate observa los campos por los que van pasando, los olivares resecos tras los meses de sol abrasador, las mujeres salpicadas por ellos envueltas en capas de ropa negra. Hace diez meses que no ve Inglaterra.

En algún lugar de la carretera repica la campana de una iglesia. En el otro extremo del carruaje, Charles se saca el reloj de bolsillo, comprueba la hora y vuelve a guardárselo en el abrigo de viaje. Y Kate ve en su rostro cómo se pone en marcha. Entorna los ojos, se le arruga la piel de alrededor y mueve la boca de manera imperceptible.

Kate sabe de inmediato exactamente lo que está haciendo.

La mujer esa, madame de la Rue, ni siquiera está ahí. Está a cientos de kilómetros, en París, y aun así encuentra la manera de colarse en la mente de su marido, de alejarlo de Kate. De pronto, con una avidez abrasadora, una desesperación infantil, anhela su atención, su tacto, que le pertenece por derecho. Estoy aquí, piensa. ¿Por qué no me ves?

Y entonces, por algún motivo, antes de ser consciente siquiera de lo que está haciendo, cierra los ojos. Afloja la mandíbula. Deja caer la cabeza hacia delante y las manos al regazo. Se sorprende a sí misma, está horrorizada, avergonzada, pero sigue adelante, envalentonada por la oscuridad, fingiendo entrar en trance, obligándose a respirar más y más deprisa, y casi empieza a creerse que está hipnotizada de

verdad, hasta que oye gritar a Charles.

—¡Kate!

La agarra de la mano y se la aprieta.

No es capaz de distinguirlo, piensa Kate. No es capaz de distinguir si es real o no.

—Kate, por Dios.

Charles estira el brazo y le toca la nuca con la palma fría de la mano. Kate se agita un poco. Abre los ojos, vacilante. Mira a la izquierda y a la derecha, como si estuviera confundida. Esa es siempre la clave, la mano en la nuca.

—Por Dios, Kate —repite Charles con los ojos iluminados por el miedo, o tal vez sea la emoción.

Le pasa la petaca y Kate le da un sorbo al agua tibia y hace como que la ayuda a recuperarse.

—No era mi intención que fueras tú mi sujeto —le explica Charles —. No era consciente del poder de la hipnosis. De lo susceptible que debes de ser. ¿Te encuentras bien?

—Creo que sí —responde Kate, titubeando a propósito—. Me siento un poco extraña.

Charles se inclina y abre la ventanilla del carruaje en un intento de aliviar el calor sofocante.

—Estaba centrándome en París, claro. Es la hora acordada. Venga, vamos, respira hondo. Hay que andarse con cuidado contigo. Dios, he de escribirle a Elliotson para contárselo. Se va a quedar atónito.

Kate deja que su marido la tome de la mano y respira con él. Inspira y espira, permitiendo que centre toda su atención en ella, disfrutando, a su pesar, de que le esté apretando la mano.

—¿De verdad que estás bien? —le vuelve a preguntar.

Kate asiente con debilidad. Se detesta. Lo detesta a él.

—Menos mal. No querría ponerte en peligro jamás, Katie. Sé que tengo mucho poder.

Charles va a sentarse a su lado y la rodea con el brazo mientras la mira con unos ojos cargados de afecto, y Kate pega la cara a su pecho. Le cuesta creerse lo que ha hecho, la mezquindad de su artimaña. Recuerda a Charles en Canadá, sonrojado y alocado. «¡Imagínate, mi Kate actuando, y actuando increíblemente bien!». Es todo una actuación, piensa con una descarga de ira. Todo.

—Debo ir con más cuidado —le está diciendo Charles—. Es un don peligroso.

—Sí —responde ella—. No sabía cuánto.

Pero se está empezando a cansar de su papel, de tener que seguirle el juego siempre, coincidiendo en todo, y esta intimidad forzada no la ha tranquilizado. Está cansada de que Charles esté siempre mirando hacia otro lado, de quedarse embarazada y no poder bailar ni salir, de los dolores de cabeza, de las náuseas, de sangrar constantemente, de los dolores, de preocuparse por estar engordando por la cintura. Está cansada de que le digan que debe permanecer en reposo, de esbozar una sonrisa benevolente cada vez que Charles coquetea, de ser siempre la matriarca tolerante. Está cansada de que Georgy se entrometa en su vida, y de vivirla mejor, de algún modo. Y, sobre todo, está cansada de madame de la Rue, con sus rizos negros brillantes y sus grandes ojos con la mirada perdida, y de esos dedos delicados que alejan a su marido de ella, que atraen su mente y su cuerpo incluso cuando no está presente.

Tras el engaño en el carruaje, la invade cierta melancolía de la que no se consigue librar. Se sienta en un banco en la Basílica de San Pedro,

con la cabeza gacha ante el esplendor dorado, deseando acercarse para ver los detalles de las esculturas que, desde los bancos, se difuminan en una masa blanca. Van al carnaval y se ríe con Charles mientras lanzan confites de ciruela al público. En Pisa, sube a la torre inclinada. *Signora Dickens! Bellissima signora!*, le grita la gente, y en esos momentos se siente como cuando estaban en América, siempre elogiada a su lado mientras su mundo se expande con el de Charles; los dos están juntos en él, y la emoción que supone se contrapone siempre al dolor de tener a sus hijos tan lejos. Pero en la época de América estaban unidos por lo mucho que añoraban su hogar. Era algo que tenían en común. Ella podía reconfortarlo, ofrecerle algo de familiaridad entre tanta extrañeza. Ahora Charles no parece sentirse solo. Cuando se reencuentran con los De la Rue en Roma, Kate bebe vino en unos comedores italianos ornamentados, charla de trivialidades y observa a su marido, enfrascado en una conversación con Émile de la Rue y mirando con afecto a la esposa de su compañero.

No deja de hablarle a Kate del trabajo que están llevando a cabo juntos. Del milagro de la respuesta de madame de la Rue. Y Kate cose y sonríe y coincide en que es extraordinario. En que él, Charles, es extraordinario. Lo acompaña mientras pronuncia oraciones fervientes de gratitud junto a la cama. Lo oye volver a relatar sus propios éxitos durante las cenas. Y durante todo el tiempo la ira la abrasa. Quiere decirle que no funciona. Que es todo pura vanidad, que son tonterías. ¿Cómo es que nadie se da cuenta?

Por la noche oye unos porrazos en la puerta que la sacan de las profundidades del sueño.

—*Signor Dickens* —dice una voz—. *Signor Dickens!*

Charles se baja de la cama de un salto y se tambalea hacia la

puerta.

—¿Qué ocurre? —grita Kate—. Charles, ¿qué puede estar pasando?

En el torbellino del pánico, tan solo puede pensar en Mary.

Oye las voces que hablan en voz baja en la puerta y se agarra las rodillas a oscuras, y se entera de que Augusta de la Rue está sufriendo un ataque, se está aferrando a las sábanas y tirándose del pelo y diciendo a gritos que solo el señor Dickens puede calmarla. Kate busca a tientas una vela, pero no logra encontrar nada y se incorpora, chillando a través de la habitación oscura.

—¡Charles! ¡No puedes ir a verla!

En alguna parte de la habitación, Charles se está poniendo la ropa.

—Calla, Kate.

—¡Es inapropiado! ¡Estará en camisón!

La idea la horroriza. La intimidad que supondrá. Pero Charles no la está escuchando, sino que ya está acercándose a la puerta, buscando sus cosas a oscuras.

—¡Charles! ¡Por favor!

—Esto no es asunto tuyo. Vuélvete a dormir.

—¡Es de mala educación, Charles! ¡No es lo correcto!

—¡Por el amor de Dios! ¡Qué sabrás tú!

Charles sale a trompicones de la habitación y desaparece. Kate se queda allí sentada, abrazándose las rodillas bajo las sábanas. Va a ir a ver a esa mujer, va a ir a su cama y a tocarle el pelo suelto, el cuello, va a verla desaliñada, sin ropa, y a tranquilizarla. Y al momento, de pronto, repara con pesar en que acusarlo de tales cosas sería acusarlo de adulterio. Es lo que diría la Biblia.

Se levanta de la cama y abre los postigos del balcón. Mira hacia abajo, hacia los edificios blancos como el azúcar, inmóviles y en

silencio bajo la noche, y siente, una vez más, esa ira latente y difusa en lo más profundo de su ser.

Cuando Charles vuelve a la cama, horas más tarde, Kate se despierta y se da cuenta de que le está haciendo el amor, por primera vez en meses, con fiereza y sin hablar. Está inmovilizándole la mano contra la almohada, y siente la presión fría del anillo de su hermana clavándosele en la palma. De manera instintiva, la invade el pánico ante la idea de quedarse embarazada de nuevo, y la rabia también, pura y aterradora, por que haya recurrido a ella tras haber estado con otra mujer, por que la desee de nuevo. Durante un segundo piensa en quitárselo de encima, después de todo, en negarse a pesar de su anhelo, pero le parece algo infantil y caprichoso, y sabe que solo conseguirá enfadarlo. Y entonces, como ocurre siempre, su cuerpo responde al de él, y su mente deshace su maraña de complejidades.

Conforme avanza el invierno, bajan al sur, a Nápoles, y visitan las ruinas de Pompeya. Cuando Georgy se une a ellos, Charles insiste en que suban al Vesubio por la noche. Está entusiasmado por el humo y los rugidos y las chispas. Al principio llevan a las mujeres en brazos. Kate se siente cohibida cuando la levantan y se pregunta si los dos hombres que cargan con la esbelta figura de Georgy se considerarán los más afortunados, y luego se muere de vergüenza por haberlo pensado. Cuando llegan a la cima, Charles se arrastra hacia el borde tumbado bocabajo, intentando acercarse a las profundidades llameantes. Hace caso omiso cuando lo llaman para que vuelva, cuando le dicen que tenga cuidado, y Kate piensa que preferiría morir allí, abandonarlos para siempre, antes que perder la oportunidad de ver el corazón del caos.

Al bajar, el suelo está cubierto de capas ocultas de hielo. Georgy,

tan joven y ágil, desciende con facilidad, pero Kate va resbalándose y deslizándose por la ladera negra, intentando mantener el ritmo una vez más. No para de caerse y darse golpes en los muslos contra las rocas, y vuelve a ponerse en pie una y otra vez, y a secarse las lágrimas con miedo de que se las vean, pero Charles va muy adelantado, con Georgy, gritando algo al viento, con el rostro iluminado por la euforia.

A la mañana siguiente, Kate se despierta en la cama ornamentada del hotel con el cuerpo magullado y dolorido. Y con sus nuevas ideas rondándole la cabeza. Piensa en que, cuando Charles se acostó con ella en Roma, ella no había sido más que una sustituta de la mujer con la que deseaba estar en realidad. La mujer de cuya cama acababa de regresar. A Charles le atrae siempre la emoción, los numeritos, siempre debe arrastrarse hacia el borde del abismo, cueste lo que cueste.

Kate sale de la cama y se pasea sobre el mármol fresco sin hacer ruido, incapaz de relajarse.

Charles se agita entre las sábanas.

—¿Qué hora es?

Kate no responde, sino que se gira hacia la ventana, con los postigos cerrados.

—¿Kate? —Charles levanta la cabeza de la almohada—. ¿Qué hora es?

—Las ocho pasadas.

—Dios. —Bosteza y hace un esfuerzo por incorporarse—. Voy a tener que salir ya, sin desayunar ni nada. Augusta me estará esperando.

—No me parece bien.

Las palabras se le escapan de la boca como si tuvieran voluntad

propia.

—¿El qué?

—No me parece bien que… que vayas a ver a madame de la Rue. No me gusta cómo te estás comportando.

—Me parece que debo de haberte oído mal.

—Pues no —responde Kate. Ya no hay nada que hacer—. Me… me disgusta desde hace mucho tiempo. Me parece inapropiado, no me parece bien, y, como esposa tuya que soy, no quiero que sigas viéndola. Si me quieres, lo entenderás —añade sin demasiada convicción.

Charles la mira. Kate no es capaz de determinar la intención que se oculta tras su mirada.

—¿Me puedes decir cuál es tu objeción, por favor? ¿Que estoy ayudando con humildad a una mujer en apuros a petición de su marido?

—¡Que vas a verla por las noches! —Le tiembla la voz, y trata de hablar con más firmeza, pero tan solo consigue sonar arrogante y frágil—. ¡Vas a verla cuando está en camisón! ¡Es inapropiado!

—¡Por supuesto! —Charles deja caer la cabeza hacia atrás y se ríe; suelta una carcajada carente de humor mientras se levanta de la cama—. Por supuesto que estás celosa, con lo estrecha de miras que eres. Que Dios me ayude.

«Estrecha de miras». Las palabras le sientan como una bofetada. Quiere retroceder, lamerse la herida que le ha infligido, pero su rabia parece estar aumentando con cada segundo que pasa, convirtiéndose en algo parecido al odio, como si todos los momentos similares de su vida se hubieran concentrado en este instante.

—¡Tengo motivos de sobra para estar celosa! Siempre… siempre estás coqueteando con todo el mundo y…

—¿Te crees que el trabajo que estoy llevando a cabo con Augusta es coquetear? Por Dios. —Se aparta el pelo de la cara, como si estuviera consternado—. Sabía que me había casado con una mujer que carecía de inteligencia, una mujer tonta e indolente, pero mira que te gusta confirmármelo. Supongo que es solo cuestión de tiempo que veamos cuál de los niños ha salido a ti. Sospecho que Charley. Sabe Dios que ya está mostrando indicios.

—¡Eres cruel! —Su voz se transforma en un grito repentino e inesperado. Ve que Charles también está sorprendido—. ¡Lo que me estás diciendo es cruel!

—¿Cruel?

—¡Sí, estás siendo cruel conmigo!

—Ah, ¿sí? ¿Soy cruel? —Atraviesa la habitación despacio y se acerca a Kate, que sigue delante de la ventana—. ¿Eso crees? ¿Qué he sido cruel contigo?

—Me dices cosas crueles. —Le suena la voz chillona e intenta mantenerla firme, pero la ira le recorre el cuerpo—. Siempre he intentado ser una buena esposa, siempre he intentado obedecerte, hacerte caso en todo, pero…

—Te has casado con un hombre cruel, ¿no? Un hombre que se aprovecha de las mujeres.

—¡Yo no he dicho eso!

—Trabajo por ti. —Se le quiebra la voz en la última palabra—. Me dejo la piel por ti y por los niños. Me esfuerzo para que este matrimonio salga adelante a pesar de todos sus defectos. ¡Mantengo a todos mis hijos!

—¿Qué defectos?

—Cumplo con mi deber contigo y no me quejo.

—¿Qué defectos, Charles?

—¡Haces que parezca un monstruo, un villano!

—¡Hago todo lo que me pides! —Ahora Kate está temblando con la adrenalina de la furia—. ¡He hecho todo lo que me has pedido siempre! ¡He ido a todos los sitios a los que has querido que fuera y nunca me he quejado y…!

—¡No pienso tolerar estos gritos de arpía! ¡Estás histérica!

—¡No me llames «arpía»! ¡Ni se te ocurra!

—¡Te llamaré lo que me dé a mí la gana! No haces más que sentarte y comer con la mirada perdida día tras día, empeñándote en hacer la cena y dejando la casa y a los niños abandonados, mientras yo me mato a trabajar para manteneros a ti y a los bebés que al parecer no puedes dejar de tener, aunque sabe Dios que apenas te ocupas de ellos.

—¿Cómo puedes decir eso? —Kate habla con un hilo de voz—. ¿Cómo me puedes decir esas cosas?

Su brillante marido, el que escribe sobre la bondad, sobre tratar bien a las mujeres y a los niños. A quien elogian y adoran por ello. Sin embargo, en la intimidad de su casa, parece atacarla como si fuera una presa. Kate no puede seguir el ritmo de la discusión; no debería haber empezado algo que no va a poder ganar. Las palabras rebotan en su interior. «Ausente». «Indolente».

—Y ahora te haces la víctima porque no soportas oír la verdad.

Charles alza los brazos al aire, desesperado.

—¡No me hables así! ¡Tienes que respetar a tu esposa! ¡Tienes que…!

—¿Respetar? ¿Respetarte a ti? Me he casado con una cabeza hueca, con una necia, ¡y no lo soporto!

—¡Para ya! ¿Por qué no paras? —le está gritando Kate con el rostro descompuesto por la ira—. ¡Me tratas como si fuera estúpida!

Él también le está gritando algo que ella no puede oír. Kate le pone las manos en el pecho y lo empuja, y parecen estar cayendo juntos, viniéndose abajo, perdiendo la conciencia mientras se desploman.

Y entonces, en alguna parte que queda fuera de la vista de Kate, algo se mueve. Se abre una puerta. Aparece Georgina, pálida.

—¿Qué demonios pasa?

Los dos dejan de forcejear, sin aliento.

—Se os oye desde el pasillo. —Georgina la mira incrédula, y luego, consternada, a Charles, que se abalanza sobre la silla y se queda sentado, mirando hacia otra parte, levantando y bajando los hombros rápidamente.

—Kate, ¿se puede saber en qué estabas pensando para ponerte a gritar así?

Su hermana la está mirando preocupada, pero Kate no responde. Nunca se ha comportado de ese modo, nunca ha visto a ningún ser querido comportarse de ese modo. Se había jurado a sí misma que jamás lo haría.

Charles se pone en pie con rigidez y recoge su ropa.

—Voy a vestirme y me marcho —dice, y luego se gira hacia Georgy y le habla en voz baja—. A ver si consigues que mi mujer entre en razón. Que entienda que no pienso tolerar esta clase de comportamiento. No me hago responsable de las consecuencias si vuelve a ocurrir. —Se detiene, con la ropa colgando de los brazos—. A lo mejor no está del todo bien —añade, hablando bajo, y luego cierra la puerta del vestidor con un leve clic.

Kate se queda ahí de pie, en el silencio repentino, oyendo su propia respiración acelerada. Siente cómo le late la sangre por las venas.

—¿Qué ha pasado, Kate? —Su hermana la está mirando, asustada

—. ¿Se puede saber en qué estabas pensando? ¿Cómo te pones a gritar así? Pensaba… No sé ni qué pensaba. Que alguien había muerto.

Kate, vestida solo con el camisón, se agacha sobre las baldosas de mármol, intentando recuperar el aliento.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Es que…

—Venga. —Georgy la ayuda a levantarse y le pone la mano, pequeña y firme, en el hombro—. ¿Qué ha pasado, Katie?

Algo en la voz de su hermana, cierta ternura, o tal vez un eco de Mary, hace que levante la mirada.

—Ha sido cruel conmigo.

Georgy se tensa.

—¿Cruel? ¿Cómo puedes usar esa palabra para hablar de Charles?

—Me ha dicho… Me ha dicho cosas crueles.

—¿Qué cosas?

Al recordarlas, Kate se aferra al respaldo de la silla que tiene a su lado.

—Es igual.

—No —contesta Georgy, sacudiendo la cabeza—. No, no me lo puedo creer viniendo de él. No me lo pienso creer. No puedes decir esas cosas.

—Estaba… Me sentía muy débil y…

Kate mira a su hermana, pero ha perdido el hilo, no sabe qué quería decir.

—¿Muy débil?

—Mary solía decir…

—¿Mary? —Georgy frunce el ceño—. ¿Qué tiene que ver Mary con

todo esto?

—Solía… solía decir que era demasiado blanda con Charles, que debería defenderme y…

Su hermana la mira perpleja.

—Mary era apacible. Era una niña tranquila y dulce. Nunca te habría animado a hacer algo así. No tengo ni idea de qué pretendes al involucrarla en todo esto.

—¿Es que no la recuerdas?

Kate se sienta, impotente, en el borde de la cama.

—Pues claro que sí. Y Charles no deja de hablar de ella. De su dulzura, de su bondad.

Entonces empiezan a brotar las lágrimas, a recorrerle el rostro a Kate. Georgy, sobresaltada, le tiende la mano, insegura.

—Kate, ¿estás segura de que estás bien? Estás histérica, en serio. Estás de lo más emotiva. Últimamente apenas reconozco a la Kate de Brompton. ¿Qué es lo que te ocurre?

Aunque la tiene al lado, Kate siente a su hermana lejísimos. Mary también está retrocediendo; le empieza a costar recordarla.

—No sé por qué no te sientes agradecida —le dice Georgy—. Por qué parece costarte tanto todo esto. —La toma de la mano mientras le dirige una mirada implorante—. Tienes muchísima suerte, Kate. ¿Acaso no tienes todo lo que podría desear cualquiera? Unos hijos preciosos y un hombre con un gran talento por esposo.

Kate piensa que es posible que se esté volviendo loca. Que quizá sea así como ocurre: tu percepción de la realidad se va deteriorando poco a poco. Georgy tiene razón. Tiene todo lo que podría desear. A veces no tiene ni idea de cuál es el problema.

—¿Qué es lo que ha provocado todo esto? —le pregunta Georgy con delicadeza.

—No… no me gusta cómo se comporta Charles con madame de la Rue. No me gusta.

Su hermana la mira anonadada.

—¿Esa ha sido la causa? ¿Los celos?

—No, es porque no es… apropiado que él… —Pero la rabia, que hace tan solo unos minutos era abrasadora, se ha esfumado—. Fue a verla mientras ella estaba en camisón —añade, como si así pudiera demostrar algo.

Georgy retira la mano y se pone en pie con brusquedad.

—Tienes que parar de una vez, Kate. Tienes que entrar en razón. No te puedes volver a comportar así. Es peligroso para tu matrimonio, peligroso para tus hijos y peligroso para la reputación de Charles.

Kate piensa entonces en cómo debe de haberse percibido desde fuera. En cómo lo ha agarrado, descontrolada, fuera de sí, y lo ha empujado con toda la potencia de su enfado. En que casi había querido hacerle daño.

—Sencillamente no puedes comportarte así —repite su hermana—. No puedes chillarle y gritarle como una loca. Debe de haberte oído medio hotel. ¿Es que no te has parado a pensar en lo vergonzoso que resulta?

—Tienes razón, ya lo sé. Es que…

—Sé que eres… Sé que a veces has sido muy sensible. Que has tenido tus altibajos con los bebés, como pasa en ocasiones cuando se tiene un hijo. Somos criaturas débiles, Kate.

—Ya.

—Y yo no sé mucho sobre el matrimonio, eso es cierto. Pero sé que no debes someter a tu pobre marido a estas… pasiones. Haya ocurrido lo que haya ocurrido, Kate, haber conseguido poner a

Charles en ese estado solo puede causarte deshonra.

Su hermana se acerca a la ventana, cierra las contraventanas con rapidez y echa el pestillo de cada una de ellas con un chasquido, de modo que la habitación vuelve a quedar sumida en franjas de oscuridad. Kate sigue sentada al borde de la cama, temblando.

Conforme la ira disminuye, ve que las palabras de su marido encerraban cierta verdad, al igual que las suyas. Una verdad hiriente, inexpresable, reprimida durante demasiado tiempo. Charles la considera una necia. Estrecha de miras. Cree que ha tomado la decisión equivocada. Y ya no hay nada que hacer. Tan solo pueden seguir adelante.

—Deberías volver a acostarte y descansar un poco —le dice su hermana—. Le diré a Charles que tienes fiebre.

—Gracias, Georgy.

—Venga, descansa. Vamos a olvidar que ha ocurrido esto.

Georgy sacude la cabeza, sale de la habitación y cierra la puerta tras ella.

Cuando Charles regresa al anochecer, Kate está vestida y lista para recibirlo. Charles se mueve en silencio por la habitación del hotel y ella se queda inmóvil en el taburete, a la espera, viendo el brillo de sus propias perlas en el espejo del tocador. Charles se pone la capa de la ópera y saca el bastón del soporte y salen juntos a la noche. Kate va agarrada de su brazo, cautelosa. Y él sigue sin decirle nada.

No empieza a hablar, con cuidado, con la vista fija en las manos, hasta que no están en la penumbra del carruaje, atravesando la ciudad, que empieza a cobrar vida.

—Al parecer no te encontrabas bien esta mañana.

—N… no.

Charles la mira y Kate mantiene la mirada clavada en el regazo.

—No voy a tolerar que mi esposa ponga en duda mi comportamiento.

—No volverá a ocurrir.

Kate permanece allí sentada, en el carruaje, mirando por la ventana, viendo las calles pálidas bajo la luz de la luna.



Para cuando regresan a Génova, cabizbajos, Kate está agotada, llora por cualquier cosa y vuelve a notarse el pecho sensible. La noche de Roma, cuando Charles se acostó con ella tras haber estado con Augusta. Qué extraño, piensa, poder determinar el momento exacto, de modo que la concepción de esta vida quedará enmarcada para siempre por su propia tristeza.

En el vestíbulo del *palazzo*, los niños se abalanzan sobre Charles y le preguntan por la torre de Pisa, por los gladiadores y los centuriones, y él les cuenta historias mientras sus hijos lo miran con cara de satisfacción. Cuando Kate intenta participar contándoles la historia del festival de Roma, y le habla a Mamie de los pasteles que probaron, rebosantes de crema y caramelo, Charles se lleva a Frank en brazos, se da la vuelta y lo lanza por los aires para que suelte unas carcajadas gorjeantes.

Anne los observa, atenta.

Kate se acerca a ella, casi compungida. Vuelve a sentir ese viejo deseo de abrazarla, de llorar con ella. Pero sigue existiendo esa frontera imperceptible entre ellas que las mantiene separadas. Apenas abrazaría a su propia hermana después de haber estado de viaje. Se cruza de brazos a la altura del pecho, como para quitárselos de en medio con discreción.

—Echaba de menos estar en casa —dice—. Echaba de menos tus

sabios consejos.

Anne asiente con la cabeza, con una expresión a medio camino entre la incredulidad y la desaprobación.

—He oído que la cocinera se va a casar con un italiano. —Kate se ríe, vacilante—. ¿Se va a quedar aquí entonces, cuando nos vayamos?

—Sí, o eso dice.

—Y cultivará aceitunas, y tendrá unos bebés italianos bien hermosos.

—No lo dudo.

—Tú no te irás a enamorar de un italiano, ¿no, Anne?

—No lo creo, señora.

Por favor, no te vayas, quiere decirle Kate. Por favor, no te cases nunca, ni te mueras, ni me dejes. Pero solo dice:

—Estoy bastante cansada.

Anne la toma de la mano.

—Me parece que lo mejor es que descanse usted durante el resto de la tarde.

—Me siento muy extraña. Y creo que… que hay otro bebé en camino.

Kate ve un destello de algo en los ojos de Anne. De consternación, tal vez. Recuerda la sequedad con la que Charles miró a Francis al nacer. Recuerda que hizo una broma y, al momento, ya se había ido, había vuelto a bajar al salón.

Se sienta en el borde de la *chaise longue* y levanta la vista hacia Anne.

—Pero te tendré a ti, ¿no, Anne? Y juntas siempre logramos salir adelante, ¿no es cierto?

Anne se sienta, agarrándola de la mano, y no dice nada.

Las campanas de la ciudad están dando la hora y su cacofonía se extiende por todos los rincones. Mientras Anne baja a preparar el almuerzo, Kate se toma una pastilla azul y se sienta en el sofá. Cierra los ojos y siente cómo se extiende su efecto por todo su cuerpo. El dolor de cabeza va remitiendo, el martilleo se ha amortiguado y se le nubla la mente.

Oye el crujido de una puerta a lo lejos.

—¿Mamá?

Es Katey, pequeñita y seria a su lado.

—Mamá, ven a ver mi dibujo.

—Ah, un dibujo, qué bien —dice Kate, e intenta incorporarse, adormilada.

Está esforzándose por sentarse cuando oye los pasos rápidos de su hermana. Georgy se acerca y se lleva a su hija de sus brazos con determinación.

—Vente, Katey, cariño, que mamá está demasiado cansada para ocuparse de ti. Ven a ver lo que ha encontrado tita Georgy en el jardín. A papá seguro que le apetece verlo también. ¿Se lo enseñamos juntas?

Kate quiere decirle que espere. Que quiere ver el dibujo. Pero le pesan demasiado las extremidades y le vuelve a martillear la cabeza, y el agotamiento parece extenderse sobre ella como una manta, y además Katey ya se está yendo, se está alejando mientras parlotea con Georgy sobre algo y la agarra de la mano, y la puerta se cierra con suavidad tras ellas.

PARTE SEIS

ANNE

1855

Plorn, vestido con ropa de domingo, se agacha para recoger un palo del camino y lo lanza hacia el cielo con toda la determinación de un niño de tres años. El palo va dando giros inciertos por el aire hacia los grandes robles que bordean el parque, que acaban de teñirse de los colores del otoño. El enorme perro lo persigue, recorriendo, con sus círculos y saltos, el doble de la distancia que ha recorrido el palo.

—Señorito Edward —digo—, ese palo debe de estar sucísimo.

Pero Turk se lo trae, jadeante, y Plorn vuelve a agacharse para recogerlo.

—¡Plorn!

Normalmente lo llamo «señorito Edward», claro, pero a veces se me escapa. Intento no dejarme llevar por las payasadas del señor Dickens y por esos apodos que persiguen a sus hijos allá donde vayan, como si fuéramos todos caricaturas. A Charley lo llama Flaster Floby, aunque ya es adulto y está hecho todo un hombre de negocios, con un paraguas alargado y un bigote que podría competir con el del príncipe Alberto. A Katey, por su carácter, Lucifer Box. A Mamie, Mild Gloucester; y a Walter, Young Skull. A Henry, Mr. H; al pequeño Frank, Chickenstalker; a Sydney, Ocean Spectre; y a Alfred, Skittles. Y ahora, de todas las opciones posibles, ha decidido llamar al menor de los hermanos señor Plornishmaroonigoonter. Esos son los nombres que usa la familia. Pero yo me encuentro en un lugar

intermedio, el lugar que he ocupado durante casi diecisiete años, ni dentro ni fuera de la familia.

No desempeño ningún papel concreto, sino que los voy alternando todos de un modo extraño. La querida Anne en la que todos confían, siempre presente, siempre preparada, adaptada al molde del hogar. Cuando la institutriz tiene medio día libre, soy yo quien lleva a Plorn al parque después de ir a la iglesia, y soy yo quien lo regaña por ensuciarse los zapatos. En todos los embarazos de la señora Dickens, es a mí a quien llama en cuanto siente el más mínimo dolor. Y me quedo con ella hasta el último momento, e incluso cuando pierde el conocimiento, soy capaz de saber lo que quiere como si me estuviera comunicando sus necesidades con total claridad. Nos conocemos bien sin necesidad de hablar. Hemos pasado por ocho partos juntas, la señora Dickens y yo, casi uno tras otro, y la he acompañado durante todo ese tiempo, la he cuidado, la he abrazado con fuerza y le he arreglado el pelo mientras los médicos se apiñaban a su alrededor.

Veo cómo le cambia el cuerpo con cada hijo. A decir verdad, ahora no me gusta presenciarlo. Cada vez está más flácida; cada embarazo le arrebata algo que no puede recuperar. Los dolores de cabeza parecen oprimirla como un peso. Tiene la piel cetrina por pasar tanto tiempo dentro de casa y, en las piernas, un enrejado de venas moradas e hinchadas. Plorn debe ser el último, pienso. Tiene que serlo. Veo lo destrozado que tiene el cuerpo, y veo también el modo en que su marido la mira a veces. Una mirada carente de amor.

Con cada hijo nuevo, el ambiente se tensa más y más en esta casa, y ninguno de los que estamos vinculados al señor Dickens podemos escapar de esa tensión. El desprecio que siente por su mujer es cada vez más profundo, y no sé hasta dónde llegará. A pesar de todas las

fiestas y los juegos y las obras de teatro y los invitados, a pesar de toda la diversión y los entretenimientos y las celebraciones navideñas, la pena parece estar consumiendo la casa. Y solo quienes estamos dentro lo podemos ver, como una fruta podrida bajo una piel perfecta.

Cuando el señorito Edward y yo entramos en la casa, casi espero ver a la señora Dickens en el vestíbulo, ya que la familia va a salir esta tarde. Pero es la señorita Georgina quien está bajando las escaleras. Lleva un fajo de papeles en los brazos, y cartas que enviar, y una lista de instrucciones dictadas por el señor Dickens para los acontecimientos del día, y tiene esa actitud habitual de pequeña generala al frente de una urgente batalla doméstica.

—Aquí estáis. Pensaba que os habíais perdido. En media hora saldremos para ir a cenar. Plorn, ve arriba y lávate las manos.

Georgina se dirige hacia el estudio con el repiqueteo de los zapatos sobre el suelo de madera, y luego se gira hacia mí.

—Anne, si tienes un momento, ¿podrías ponerte a pulir la plata? Llevamos demasiado tiempo posponiéndolo. Ya sé que es domingo, pero no te importa, ¿no?

—La señora Dickens me ha pedido que la ayude a coser en el piso de arriba esta tarde.

—Ah, eso puede esperar.

—Por supuesto, señorita Georgina.

Levanto al señorito Edward para que pueda alcanzar el gancho y colgar su abrigo. Se va corriendo escaleras arriba a buscar a su hermana y lo regañan por cómo tiene las manos, y yo voy al piso de abajo, a la sala del servicio, a por el abrillantador y un trapo. En la tranquilidad del salón, me dispongo a limpiar un jarrón que no había visto antes, dedicado al «estimado señor Dickens por parte de

la Sociedad de Armeros», mojando el trapo en el abrillantador negro y retorciéndolo y frotando con fuerza.

Últimamente, los artículos de plata parecen multiplicarse tan rápido que me cuesta evitar que se oxiden. Siempre hay algún objeto conmemorativo de algún lugar, un regalo generoso, un obsequio de alguien agradecido. Regalos en honor a esto o aquello que, por supuesto, nunca usan. Que se quedan en su vitrina mientras les salen manchas verdes feas y grasientas antes de que pueda ocuparme de ellos.

A veces pienso en lo lejos que hemos llegado desde aquella habitación de hotel encalada de Broadstairs, tantos años atrás, con aquel ramillete de hortensias en una jarrita. Desde Doughty Street, aquella casa con solo unas pocas habitaciones, tan cómoda, tan acogedora, casi sosa. La majestuosidad de Tavistock House es algo con lo que nunca habría podido soñar. Los criados, los ventanales, la cantidad de habitaciones, los cuadros y los grabados en la pared, en sus marcos relucientes. Los candelabros ceremoniales, los espejos dorados, las exuberantes alfombras, la biblioteca, con sus sofás de terciopelo y sus volúmenes encuadernados. Más, más y más, siempre en aumento, hasta ahora, que la vida del señor Dickens es tan plena y está tan llena de rarezas como uno de sus libros. Que la casa está hasta arriba de niños, de invitados, de mascotas y de recuerdos de sus viajes, de juegos de magia, equipos de taxidermia y turbantes. Y en su dormitorio su esposa yace por las tardes como si le costara levantarse bajo el peso de todo ello.

La familia se está reuniendo en el vestíbulo. Los niños, con sus piernas largas, enfundados en trajes que parecen quedarles siempre demasiado grandes. Katey merodeando distraída por allí, pensando, seguro, en alguna otra cosa que preferiría estar haciendo. Mamie,

bien agarrada del brazo de Georgina. Las dos van siempre juntas de un lado a otro; se sientan muy pegadas en el salón por las mañanas, bromean e intercambian miradas divertidas. A veces pienso que se parecen bastante, con esos rostros redondos y esos ojos grandes.

—¡Kate! —grita el señor Dickens con voz firme—. Por el amor de Dios, ¿puede ir alguien a por Kate? Sydney, ve a por tu madre.

Sydney sale corriendo por las escaleras y se le cae el gorro con las prisas.

—Papá, tienes que enderezarte la corbata.

Mamie se acerca al señor Dickens para ajustársela con ternura y le da un beso en la mejilla mientras Sydney baja volando de nuevo con la cara sonrosada.

—Dice que ya viene.

—Francis, llévate una bufanda —le dice Georgina mientras descuelga una del gancho y se la pone por los hombros al pequeño —. Que nunca te acuerdas de abrigarte.

—Siempre tengo calor —se queja Frank hoscamente—, y tú siempre me pones más capas que una cebolla.

—Venga, vamos, que vais a llegar tarde. Young Skull, súbete al carruaje. —El señor Dickens barre el aire con las manos, desde Walter hacia el carruaje, como si con ese único movimiento pudiera subirlo al vehículo—. Tengo un montón de asuntos de los que ocuparme, y estoy deseando poder disfrutar de un poco de paz. Y no consigo entender por qué parece que cada niño tiene que llevar ciento cincuenta pares de botas con doble suela a la vez y estar saltando desde una escalera con los ciento cincuenta pares justo encima de mi escritorio.

—¿Deberíamos… deberíamos esperar a mamá? —dice Charley, aún en el pasillo, mirando hacia arriba por el hueco de las escaleras.

—Ya os seguirá —dice el señor Dickens con brusquedad—. Dios santo, Charley, vais a estar aquí hasta el siglo que viene como os quedéis esperando a que haga algo vuestra madre.

La señorita Georgina frunce los labios con fuerza para evitar que se le escape una sonrisa. Mamie también se esfuerza por no sonreír.

—Que se quede Anne con Kate —sugiere la señorita Georgina. Me llama a través de la puerta del salón con esa mirada dominante suya —. Anne, quédate tú con la señora Dickens. Si quiere, puede acompañarnos luego, cuando le venga bien.

Salen todos en tropel, un torbellino de capas y sombreros y paraguas, y una vez que la puerta se cierra tras ellos, y el sonido de los cascos de los caballos va alejándose por la calle, veo al señor Dickens permanecer un momento inmóvil, en silencio.

En el piso de arriba, la señora Dickens está sentada en el sofá de dos plazas, medio vestida, con la mano en la cabeza.

—¿Se ha ido ya todo el mundo? Me ha parecido oír los carruajes.

—Se han ido todos salvo el señor Dickens, que se ha quedado para trabajar. Dicen que puede unirse usted a ellos más tarde.

—Tal vez sea lo mejor. Así puedo quedarme aquí y estar en paz.

—¿Se encuentra usted mal?

—No es nada, de verdad. Solo tengo uno de mis dolores de cabeza.

—Bueno —digo mientras me siento a su lado y la tomo de la mano, como suelo hacer cuando estamos juntas a solas—. Quédese aquí y descanse. Ya no somos tan jóvenes, y nueve niños es una auténtica barbaridad.

La señora Dickens se ríe.

—Sí que es una auténtica barbaridad.

Pienso en el mal humor que embarga al señor Dickens con cada parto. Tiene una manada de hijos no deseados que aumenta año tras

año; y su frustración hacia ellos también, cuando tiene un mal día. Y pienso también en la décima hija, Dora, a la que perdieron. La pequeña Dora, con sus ojos azul oscuro. Falleció a los siete meses, casi como si supiera que no era bienvenida y hubiera preferido marcharse. Me pregunto si la señora Dickens también estará pensando en ella.

—Si prefiere ir —le digo—, la acompañaré, ya que necesitará un coche simón.

—No, no. Ahora voy a retrasar a todo el mundo y a causar molestias por llegar tarde, y tampoco voy a poder encontrarlos. —Se pone en pie con pesadez y se acerca al tocador—. Pero ¿podrías salir tú por mí a hacer un recado? Quería llevar mi capa a la costurera de Camden, pero no me ha dado tiempo. Tú podrás ir más rápido que yo, ya que Georgy se ha llevado el carruaje.

—Por supuesto.

—¿Seguro que no te importa?

—Para nada, señora.

—Ay, menos mal. Y, cuando vuelvas, ¿podemos sentarnos abajo a coser un rato juntas? La casa casi nunca está así de tranquila, y Georgy no está.

—Claro, señora.

Es cierto, pienso mientras bajo las escaleras. La casa está distinta cuando la señorita Georgina sale.

Ya no se va a casar, de eso estoy segura. Todos lo han intentado, y se han burlado de ella y le han organizado cenas para que se siente al lado de este y aquel, o para que le presenten al encantador hermano de alguien. Pero nunca ha habido nadie que haya llegado a gustarle del todo. Tal vez sea algo bueno, ya que el señor Dickens dice que no puede vivir sin ella. Que estaría perdido. Que la casa se

vendría abajo. Pero, cuando veo cómo lo mira la señorita Georgina, a mí me parece que tiene sus propios motivos para permanecer tan cerca.

Estoy cruzando el vestíbulo para salir de la casa cuando oigo la voz del señor Dickens a través de la puerta abierta de su despacho. Está sentado delante de su escritorio, con un libro abierto delante, aunque no parece estar leyendo. Parece estar tan solo sentado, pensativo, con esa tristeza que a veces noto que lo embarga, cuando al fin puede estar en silencio.

—¿Pretendías escapar, Anne?

—Desde luego que no, señor. —Me detengo en el vano de la puerta, en penumbra, con el paquete en las manos—. Solo he de hacer un recado para la señora Dickens.

—Claro. Un recado.

Asiento como para indicar que me voy a ir ya, pero el señor Dickens vuelve a hablar.

—¿Te gustaría poder hacerlo a veces?

—¿Poder hacer el qué, señor?

—Escapar.

Ya está otra vez con sus disparates, pienso mientras agarro con más fuerza el paquete, deseando poder irme a la calle antes de que se vaya el sol.

—No se me ocurre adónde podría escapar —digo con paciencia.

—Podrías irte al mar —responde, cruzando una pierna por encima de la otra y contemplándome—. Creo que serías una buena marinera.

—La verdad es que no se me había ocurrido. Gracias, pero creo que me voy a quedar donde estoy.

—Si yo pudiera, me iría, Anne —dice de pronto—. Me iría ahora

mismo, durante varios meses. O años. A alguna costa salvaje, o a Francia, y escribiría allí como un loco. Me despierto por las mañanas y pienso: *Hoy me iré y no volveré. Al diablo con todo*.

En los momentos así parece un niño pequeño, a pesar de la barba gris y el pelo ralo. A mí siempre me lo ha parecido. Un niño extraño e infeliz. Y me pregunto, no por primera vez, por qué le resultará tan complicado encontrar la felicidad a alguien que escribe tantos libros sobre cómo alcanzarla.

—Yo no lo haría, señor —respondo tras una pausa.

Me clava la vista con unos ojos que son como dos antorchas.

—¿Y por qué no?

—Creo que lo echarían de menos.

Y deja escapar una risa triste.

—Sí, Anne, yo también lo creo.

Mientras cruzo Euston Road, con el paquete en brazos, pienso que voy a desviarme un poco para buscar al hombre que asa castañas junto al canal y comprarme un puñado para animarme. Me desvío de mi ruta habitual y tomo la calle más ancha y transitada que pasa por delante de donde se disponen las barcazas en fila para cruzar la esclusa. Hace una tarde fresca, y el tenue sol de octubre está escondiéndose tras los edificios. Me alegro de haber salido de Tavistock House, de haber dejado atrás su pesadez. Escaparme… Ya, claro. ¿Escaparme a dónde? Yo ya he huido bastante. No podemos huir todos siempre; hay que quedarse y vivir con las consecuencias de lo que hemos hecho. ¿Y a dónde me iba a ir, en cualquier caso? Me asomo por el muro, intentando olvidarme de todas esas ideas, y tan solo contemplo los coloridos barcos, y los caballos, con la cabeza gacha, pisoteando el suelo.

Y entonces se me detiene el corazón.

Hay un hombre con el pelo de color trigo desplomado contra la pared. Está cubierto de mugre. Tiene un brazo destrozado, lleno de cicatrices de un rojo intenso, con los tendones y huesos deformados. Sé de inmediato que se trata de mi hermano. Nunca he estado tan segura de nada. Es Jem. Lo sé. Reconozco sus ojos, su forma. Tiene la nariz de mi padre.

Bajo los escalones que dan al canal tan rápido como el viento, y con las prisas estoy a punto de tirar a un hombre al suelo, y de pronto estoy al fin a su lado y no me lo puedo creer.

Me agacho junto a él, arrastrando las faldas por la mugre.

—Jem. Jem, soy Annie.

Apenas me salen las palabras, tan solo puedo balbucear como una estúpida. Quiero alargar la mano y tocarle el pelo enmarañado, las mejillas hundidas.

Me mira con unos ojos inyectados en sangre.

—Soy tu hermana Annie, Jem —repito, y no puedo dejar de sonreír y de llorar a la vez, como una tonta—. Me alegro tanto de verte. Pensaba que no volvería a encontrarte jamás, que no te iba a ver nunca más. —Acerco la cara a la suya todo lo que puedo—. Lo siento muchísimo, Jem —le digo.

Pero Jem acumula saliva en la boca y me escupe en la cara. Me da en el ojo y me ciega durante un momento. Pierdo el equilibrio y me caigo de espaldas al barro. Cuando consigo levantarme, intento volver a acercarme a él. No me está entendiendo. No me ha reconocido aún. Debo decírselo otra vez, pienso, y empiezo a hablar, pero Jem me da una bofetada tan fuerte con el dorso de la mano buena que me golpeo la cabeza con fuerza contra el suelo y me castañetean los dientes con la potencia del golpe.

Me quedo tumbada, aturdida. Se oye un grito, y un hombre que

pasaba por allí se nos acerca e intenta ayudarme a levantarme. Jem se pone en pie y, antes de que me pueda incorporar, ya ha salido corriendo, y se aleja cada vez más rápido por el camino, agitando el brazo sano asimétricamente.

—¡Largo de aquí! —dice el hombre—. ¡Largo, desgraciado!

—No. —Intento levantar la cabeza y siento un líquido frío recorriéndome la nuca y llegándome al cuello del vestido—. No, es…

—Tranquila, señora. No pasa nada. No debería acercarse a hombres como ese.

—Es mi hermano.

Me cuesta hablar, como si se me hubiera desligado la boca del cerebro.

—No lo creo, señora. Debe de estar confundida por el golpe.

—Que sí, que es mi hermano.

Intento ponerme en pie y perseguirlo, decirle que puedo darle dinero, y dónde puede encontrarme, y ayudarlo, y decirle que lo siento, pero ya ha doblado la esquina a toda prisa y ha desaparecido. No voy a poder alcanzarlo con estas faldas sofisticadas, ni aunque corriese hasta caer rendida. Me llevo la mano a la cabeza, a la zona que me sangra. El paquete de la señora Dickens está aplastado en el suelo, y el envoltorio se está desprendiendo por la humedad.

Jem se ha ido para siempre.

Comienzo a andar por el estrecho camino del canal, dando tumbos con el paquete empapado en los brazos. Camino y camino, con los mechones de pelo cayéndome por la nuca y el cuello de la camisa mojado de sangre. No soporto la idea de volver a Tavistock House, a sus lujosas habitaciones oscuras, repletas de riquezas. Sigo avanzando, aturdida e indecisa, preguntándome qué voy a hacer,

cómo voy a seguir viviendo ahora esta vida que he elegido cuando he visto el sacrificio que ha supuesto en el rostro de mi hermano, en su brazo deformado.

Al fin, cuando empieza a anochecer, vuelvo a Tavistock House, ya que no tengo ningún otro sitio al que ir. Y allí, esperando en la puerta de servicio con la puntualidad de un reloj, como todos los domingos por la noche que he pasado en Londres desde hace casi quince años, cuando yo no era más que una chiquilla de dieciocho, está Edward Cornelius.

Por más que me haya alejado de él, por más que lo haya rechazado, él ha seguido esperándome una vez a la semana para ir a dar nuestro paseo. Su afecto no ha cambiado. Me cuesta mucho concebir que alguien pueda tenerle un cariño así a alguien como yo.

Cuando me ve, se acerca alarmado.

—¡Anne!

—No es nada. Solo me he caído.

Bajo la vista a las manchas de sangre reseca que tengo en las manos, al paquete aplastado y mojado.

—Déjame ver.

—No, no es nada, Ned, de verdad.

—Toma. —Se saca un pañuelo del bolsillo, uno azul y sencillo, y me lo lleva a los dedos—. ¿Te encuentras bien?

—No… No lo sé.

Por alguna razón la pregunta me sacude, y durante un momento me da la sensación de que voy a echarme a llorar otra vez del agotamiento.

Edward levanta la vista hacia las ayudantes de la cocina, que ya nos están mirando sin disimulo, y me aleja de allí.

—¿Podemos salir un momento a dar un paseo?

No quiero entrar en la casa, ni siquiera ahora; no quiero irme a la cama y tener que empezar un nuevo día con el rostro de Jem grabado en la mente, como sé que lo tendré.

—De acuerdo.

Edward agarra el paquete y lo deja en la mesa de madera de roble, de donde una criada se lo lleva con los labios fruncidos ante su descaro. Y luego me toma del brazo con delicadeza, para estabilizarme, y desearía poder apoyarme en él, y no tener que valerme por mí misma de nuevo jamás.

Entonces comenzamos a pasear acompasados hacia Euston Road, como siempre hacemos, como hemos hecho durante todos estos largos años, aunque esta vez voy a un paso más lento de lo normal y siento una pesadumbre mayor. Pasamos por delante de los grupos de chicos hambrientos que están dejando descansar a los caballos fuera del hotel del ferrocarril, y de las fábricas de carruajes, con su olor a humo caliente y a hierro fundido, y seguimos sin hablar.

—No me gusta verte sufrir.

—Estoy bien.

Edward se detiene en plena calle, de modo que yo también me paro a su lado mientras los transeúntes se chocan con nosotros y nos empujan y protestan en su ajetreado trayecto hacia ninguna parte. Observo el amplio rostro pensativo de Edward, con las mejillas sonrojadas, y me pregunto por qué me esperará siempre, sin falta, y quién creerá que soy.

—Llevo mucho tiempo deseando que tengas a alguien que cuide de ti.

—Ya estoy… estoy bien cuidada. Y yo cuido de mí misma.

Las palabras, a pesar de resultarme tan familiares, suenan vacías.

—No te lo voy a volver a pedir, Anne. Ya te lo he dicho. Pero

esperaba, como ya sabes, que me permitieras hacerlo, para que no tuvieras que estar tan sola en este mundo como pareces estar. Y aún… aún lo espero.

Este hombre no tiene nada, me digo a mí misma como una especie de advertencia contra el anhelo que se agita en mi interior. Tiene un trabajo humilde y poquísimo dinero. Con él no habrá grifos relucientes que den agua limpia, ni camas de plumas, ni médicos que acudan en cualquier momento.

Me prometí a mí misma que jamás volvería a la pobreza. No sirvo para llevar esa clase de vida, pienso aterrada. No soy como los personajes de mejillas sonrosadas de los libros del señor Dickens, que hacen que una vida humilde parezca de algún modo agradable. No soy uno de esos pálidos niños desamparados que mueren por ser demasiado nobles. Yo sé que acabaría mal. Siempre lo he sabido, desde el principio.

—Hay cosas de mí que no sabes, Ned —le digo, y se me rompe la voz por la verdad que acarrean las palabras—. No… No soy una buena persona.

—¿Que no eres buena persona? —Durante un momento parece perplejo, como si estuviera tratando de resolver un problema irresoluble—. ¿Es eso lo que me has estado ocultando todo este tiempo?

—Parte.

La vergüenza me impide mirarlo, y pego la cara a su chaleco para esconderla. Él me apoya la mano en el cuello durante un momento, y siento cómo me roza la zona en la que me he dado el golpe contra el suelo y que aún me duele.

—Para mí eres lo bastante buena, Anne Brown —me dice.

—No me conoces —replico, y sacudo la cabeza.

Me lleva la mano a la mejilla y me habla con suma delicadeza:

—Sí que te conozco, Anne. Te tengo aquí delante, tal y como eres, y para mí eso es suficiente.

Vuelvo a alzar la vista hacia su gran figura encorvada y le miro la cara, inclinada hacia mí, las arrugas del rostro y las canas que le asoman como alambres por debajo de la gorra. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo; solo sé que lo deseo, y mucho. Pienso en el señor Dickens, y en lo complicado que es estar a su lado. En que él mismo se ha convertido en uno de los personajes que tanto odia, en su lujosa casa con toda su desdicha. Pienso en la señora Dickens, en su amabilidad y su entereza, en que no deja de darte amor por muchas cosas malas que hagas, y en que su marido se burla de ella, como si no valiera nada. Y me pregunto si, al final, será todo tan sencillo como parece en lo que respecta al bien y al mal.

Con un temblor extraño en la voz, pregunto:

—¿No lo he dejado para demasiado tarde?

—Te he esperado casi veinte años, Anne, y no me he ido a ninguna parte —responde Edward—. No creo que me vaya a ir a ningún sitio ahora, ¿no?

—No —contesto—, supongo que no.

Me aprieta la mano y yo hago lo mismo, y nos quedamos ahí plantados en la calle, con los dedos entrelazados como si pudiéramos transmitirnos así todos nuestros sentimientos.

—De acuerdo, entonces —dice al fin—. De acuerdo, Anne.

Y después me abraza con fuerza.

Casi me siento tonta por ser una novia tan mayor, por tener a la señora Dickens rondándome con flores de azahar, telas de seda y

cosas que ha tenido guardadas en cajones durante quién sabe cuánto tiempo, algunas de ellas desde el día de su propia boda. Para cuando al fin considera que estoy preparada, huelo a seis tipos de flores distintas, todas combinadas en un aroma tan fuerte que casi me preocupa que Ned me tome por un arbusto de jardín en el altar y salga corriendo.

Nos ponemos juntas ante el espejo del dormitorio principal de Tavistock House mientras la luz matinal se cuela por la gran ventana. Durante un momento veo el rostro de mi hermano en el mío, mirándome.

—Bueno —dice la señora Dickens, alargando el brazo y tocándome la manga, cerca del hombro, como si quisiera quitarme algún hilillo invisible—. Estás increíble, Anne.

—Gracias, señora.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿eh?

—Casi diecisiete años, creo, señora.

La señora Dickens me sonríe.

—Madre mía, no éramos más que unas niñas, Anne.

—Cierto.

Durante un momento, ninguna de las dos dice nada.

—Bueno —dice al fin la señora Dickens, y le tiembla la voz—. Te… te voy a echar de menos.

Asiento.

Hay una pausa que siento cargada de todo lo que no nos hemos dicho, y de lo que quizás ahora nunca nos digamos. Que estoy en deuda con ella, una deuda que quizá nunca pueda saldar, por haberme acogido. Por ser tan buena conmigo. Que lamento tener que abandonarla. Que estoy asustada por la decisión que he tomado, y por qué va a ser de mí ahora que no voy a poder contar con la

protección de esta familia.

—Mi madre solía decir —añade la señora Dickens mientras recoge el cepillo del pelo y lo deja de nuevo en el tocador— que, en el matrimonio, una persona debe ser un bálsamo para la otra. El señor Cornelius y tú sois los dos tan calmados que no sé quién será el bálsamo para quién.

Suelta una risita.

—Quizás ambos lo seamos para los dos, entonces.

—Quizá, sí.

Y a continuación aparta la mirada con una expresión que no logro interpretar.

Aparece la señorita Georgina en el vano de la puerta, con el ceño fruncido.

—Por el amor de Dios, Kate, ¿venís o qué? Que vas a hacer que Anne llegue tarde a su propia boda.

—Sí, lo siento. Ya estamos casi listas.

La señora Dickens me da un abrazo rápido y dos besos torpes en las mejillas, y el pequeño esfuerzo que supone el gesto la deja sin aliento.

La señorita Georgina se cruza de brazos cuando pasamos por delante de ella, y hace un gesto con la cabeza, como si reprobara tantas confianzas, y no puedo evitar pensar que la alivia verme marchar. Cada vez tiene más control en Tavistock House. A estas alturas, ya no se va a ir. Me digo a mí misma que es algo bueno. Que se quedará con la señora Dickens, y que es su hermana de verdad, tal y como debe ser, y yo, la intrusa, volveré a mi lugar.

Abajo, en el vestíbulo, el señor Dickens está esperando, acariciándose la barba, y posa la mirada sobre nosotras con un brillo extraño en los ojos. La señorita Georgina se dispone a ajustarles los

cuellos a los niños con aire severo.

—¿Estás completamente segura de que no te quieres quedar con nosotros después de todo, Anne? —me pregunta el señor Dickens con una ceja levantada—. Ya sabes que perderte me parte el corazón.

—¿Y dejar plantado al señor Cornelius en el altar? Creo que no, señor.

—Muy bien. Tan honrada como siempre. Casi te envidio, Anne, por poder disfrutar de la felicidad de los recién casados. Aprovéchala al máximo, antes de que acabes como los demás.

Veo que en ese momento la señorita Georgina le lanza una mirada rápida a la señora Dickens, que baja la vista a los pies.

—Gracias, señor —respondo.

La señora Dickens me agarra del brazo y me ofrece la clase de sonrisa que esboza siempre que está triste.

—Bueno, pues venga —dice—. ¿Salimos juntas, Anne?

—Sí, señora.

De modo que eso hacemos, nos ponemos en marcha y atravesamos juntas la gran puerta principal de Tavistock House, hacia donde me lleve mi matrimonio.

PARTE SIETE

KATE

1857

Pierna de cordero con ostras

Escaldar unas ostras de buena calidad, quitarles los filamentos y las partes duras, añadirles perejil, cebolla picada y hierbas aromáticas hervidas y finamente picadas, y las yemas de dos o tres huevos duros, y mezclarlo todo. Hacer cinco o seis agujeros en la parte carnosa de una pierna de cordero y rellenarlos con la mezcla, y prepararla de cualquiera de las siguientes maneras: envolverla en un paño y dejarla hervir a fuego lento durante dos horas y media o tres, según el tamaño, o estofarla y servirla con una salsa inglesa fuerte.

Las lámparas de gas silban tras sus pantallas y proyectan un resplandor amarillento sobre los invitados mientras atraviesan en fila las puertas de Tavistock House. Kate se encuentra en medio de ese torrente infinito de personas, entre periodistas con el ceño fruncido, jueces junto a sus esposas con rostros impasibles, escritores, abogados… Todos absorbiendo con avidez los detalles del gran vestíbulo. En esta casa, la más grande en la que han vivido jamás, hay un teatro. El Teatro Más Pequeño del Mundo, lo llaman Wilkie y Charles.

Kate no sabe bien qué pensar de Wilkie, el nuevo destinatario de la ferviente amistad de Charles. Se lo ve una persona algo inestable. Charles parece volverse más alocado cuando están juntos, más voluble. Ese último proyecto, el de reformar la antigua sala de enseñanza para convertirla en un teatro privado, ha sido idea suya. Ellos, junto con los chicos, estuvieron trabajando como esclavos

durante semanas, haciendo turnos de media jornada, martilleando, serrando y dando golpes, y cenando en la cocina del servicio, cubiertos de serrín, con los pies encima de las sillas, mientras las criadas lo limpiaban todo como locas con paños húmedos.

Lo primero que representaron fue *Guy Fawkes*, con la casa llena de revolucionarios; y luego *Pulgarcito*, con el pequeño Henry como protagonista, ya que a Plorn aún lo habían considerado demasiado pequeño, y ahora, esta noche, la obra de Wilkie, *En mares helados*, con Charles como Wardour, envejecido con maquillaje teatral, y con la parte trasera del teatro abierta para mostrar la nieve real que cae.

Durante el ensayo general, Charlie Collins, el debilucho hijo de Wilkie, se sentó en primera fila y aplaudió con entusiasmo, sin apartar la mirada de Katey. Kate pensó que no haría buena pareja con su hija, y los estuvo observando con recelo después. Ahora lo busca con la mirada y lo ve con dos de sus hijos, riéndose.

A pesar del frío de enero que se cuela a través de las puertas mientras entra la multitud, Kate se da cuenta de que está sudando. Su nueva doncella le ha apretado demasiado el corsé, intentando ceñirle la cintura. Le da la mano a una pareja de literatos cuyos nombres no recuerda, procurando no mover demasiado la cabeza y evitando el resplandor de las lámparas de gas. Sus dolores de cabeza, que siempre han sido intensos, han ido empeorando desde el nacimiento de Plorn. Ya descansará mañana.

A su lado, Georgy, sonriente y dócil, recoge las entradas de los invitados conforme van llegando. Las mujeres de Charles, una al lado de la otra, interpretando el papel de un encantador dúo de hermanas, para ocultar la extraña relación que mantienen en realidad. Georgy sigue soltera y rechaza todas las propuestas. Aún está en su casa. Y Kate está segura de que sigue también desesperada

y eternamente enamorada de Charles, quien no lo ve, o no quiere verlo. Georgy ha perdido el esplendor de la juventud temprana, a sus casi veintisiete años, y Kate está viendo que su marido cada vez le hace menos bromas coquetas, y que Georgy no lo puede soportar.

Observa a su hermana ahora, esos ojos tan abiertos, ese entusiasmo que aún la invade por formar parte de un hogar así, de un acontecimiento así. Con Charles siempre hay alguna fiesta. Siempre hay bullicio. Pero cada año parece alejar más a Kate de todo ello. Parece buscar maneras de distraerse, nuevas obsesiones, que no la involucren a ella.

Kate podría haber interpretado un papel en la función de esta noche, claro. Ya lo ha hecho antes, y a Charles le encantó, y la quiso más por ello. Pero no ha vuelto a actuar en una obra de teatro desde que intentó, tras el nacimiento de Sydney, participar en una función en la casa de Knebworth, y se cayó por una trampilla que no había visto y se torció el tobillo. Recuerda la expresión de sufrimiento de Charles, a las chicas jóvenes y guapas que acudieron corriendo con exclamaciones de preocupación para tratar de sacarla del agujero agarrándola del brazo. Se moría de vergüenza. Y lo avergonzó a él también. Era evidente. Así que ahora se contenta con ofrecerse voluntaria para recibir a los invitados, y nadie ha intentado disuadirla. De hecho, es probable que Charles esté aliviado de tenerla apartada.

A veces, cuando tiene un momento de calma, Kate cierra los ojos y recuerda los primeros días de su matrimonio. Lo cariñoso que era Charles con ella. Recuerda una vez en que Charles le tomó la mano y le quitó el guante, dedo a dedo, con tanto cuidado que Kate se sintió como si tuviera una mano de cristal. Como si fuera valiosísima. Ahora sacude los dedos por instinto al recordar ese momento y

vuelve a sentir un leve escalofrío de repulsión por su tosquedad.

Cuando piensa en el afecto, en alguien que la quiera, sigue pensando siempre en Anne. Anne, que ya no forma parte de su vida. Como debe ser, claro, se dice a sí misma con firmeza. Ahora Anne tiene una hija, y la ha llamado Catherine en su honor; eso es lo único que sabe. Le escribió para contarle la noticia, con esa letra tan cuidadosa suya, sin expresar más de lo necesario. Sin palabras emotivas, sin dejar caer que los echaba de menos. Que la echaba de menos a ella. Y ella, Kate, le respondió en el mismo tono.

No le escribió sobre lo mucho que añoraba el consuelo que le brindaba. Su estabilidad, su calma. El hecho de que siempre se mantuviera al margen del bullicio de la familia, como una testigo silenciosa de lo cotidiano, y que fuera suya, de Kate, como nada más parecía serlo, ni siquiera sus propios hijos a veces. Es imposible expresar estas cosas. Desaparecen entre las palabras, como siempre.

Kate se dice a sí misma que Charles sigue siendo bueno, a su manera, claro. Y cuando decide serlo el mundo de Kate se detiene, como ha ocurrido siempre, y dirige toda su atención hacia él como una flor que ansía el sol. Cuando murió la pequeña Dora, Charles se mostró de lo más tierno, con esa actitud de antes que tanto añora Kate. En ese momento sentía que el dolor los unía, que tenían un vínculo que no podía compartir nadie más. Y cuando, una tarde, en el cuarto de los niños, Kate encontró unas huellas en la ventana, el fantasma de su hija, unos deditos totalmente definidos sobre el cristal, y se derrumbó, Charles la reconfortó.

En los meses posteriores a la muerte de Dora, Charles se mostró cauteloso con ella. Casi nervioso. Trataba de animarla y entretenía a los niños con fiestas e historias, y estuvo a punto de incendiar la casa al montar un espectáculo en el teatro de marionetas de Charley. Se la

llevó de viaje una vez más, para distraerla, y volvieron a ir a Broadstairs, y le escribía cartas cuando estaba fuera que contenían una chispa de algo que Kate creía que habían perdido. Y después le propuso, en un arrebato de entusiasmo mientras cenaban, que publicara sus recetas. Se obsesionó con la idea y, en menos de una semana, ya había encontrado una editorial, y fue casi bailando de camino a la reunión, y volvió triunfante, haciendo ondear un contrato como si fuera la bandera británica.

Kate está orgullosa de su libro, claro, con esa encuadernación dorada. Está orgullosa, en particular, de la buena acogida que ha tenido. Su madre vino desde Brompton para celebrarlo con una cena, acompañada de su hermana pequeña, Helen, ya una mujer hecha y derecha, con la misma mirada aguda de Mary, y Charles brindó por el hecho de que Kate fuera una autora publicada, y Kate se sonrojó, como si una madre de diez niños de mediana edad pudiera sonrojarse, con todo el encanto que implica esa palabra. Una palabra que ya debería haber dejado atrás.

Se sintió, durante un tiempo, como si Charles le hubiera prestado un disfraz que le ofrecía la grandiosidad de la palabra escrita, y Kate se lo puso con curiosidad. Y, aun así, como le sucede siempre que intenta expresar sus pensamientos por escrito, sus frases no lograban captar una parte de ella, que por lo tanto quedó omitida. Cada receta, ensayada y puesta a prueba con esmero, resultaba insulsa en el papel. Caldo escocés. Crema de espárragos. Pierna de cordero con ostras. No mostraban, ni podían mostrar, toda la riqueza, toda la alegría, de su cocina. El tiempo exacto que deben estar en remojo los garrafones. Que, con solo echarles un vistazo, se puede saber cuándo hay que darles la vuelta a las patatas. El equilibrio de los sabores. El brillo de la carne cuando se le añade el glaseado. Es como si hubiera

que poner por escrito cómo bailar. Puedes escribir que hay que dar tantos pasos hacia la izquierda y tantos hacia la derecha, pero no lo puedes mostrar. No del todo.

Ya apenas queda gente en la puerta; la función está a punto de comenzar. Las hijas de los Thackeray, Anny y Minnie, pasan por delante de ella deprisa, y Minnie le ofrece una sonrisa tímida. Ya son casi adultas, aunque Kate sigue pensando en ellas como niñas pequeñas, correteando por Devonshire Terrace con los conejos que tenían como mascota en los brazos. Pero tienen la misma edad que Charley, su niño bueno, con su carita redonda, que ahora mismo está paseándose por allí con sus gafas en forma de medialuna, recibiendo cordialmente a los invitados. A veces, a medida que se acerca a la adultez con esa indecisión típica de él, a Kate le recuerda a su propio padre, que está sentado ahora entre el público. Su primer hijo ha heredado de él su bondad, su amabilidad, pero Kate espera que le vaya mejor que a él. Charles ha acudido una y otra vez al rescate del padre de Kate, al igual que rescata a todo el mundo; lo ha salvado de la quiebra, del final de una carrera en la que todos sus proyectos parecían fracasar de manera inesperada nada más comenzar, y, en una ocasión, para su profunda vergüenza, de la cárcel de deudores. Fred también supone una carga. Vive fuera, está casado con una mujer que a Charles no le gusta y corren rumores de que bebe y acumula deudas. Su dulce hermana, Fanny, está muerta; su prometedor futuro musical, truncado. El señor Dickens padre lleva cuatro años enterrado; les ha dejado más deudas, y utilizaba el nombre de Charles como aval para adquirir lujos que no necesitaba y que ya nunca va a poder pagar. Y, aun así, Charles, al recibir la noticia de su muerte, quedó destrozado. Típico de Charles, pensó Kate, mientras él estaba sollozando en la cama. El amor y el odio,

siempre entrelazados.

Normal que su marido esté cansado, piensa ahora Kate. Normal que parezca cargar con el peso del mundo en los hombros. Parece mayor de los cuarenta y dos años que tiene; cuando está en calma, tiene la cara caída. Pero, cuando está contento, su alegría aún se expande por la casa como fuegos artificiales, efervescente y frenética, y, si no te apartas deprisa, puede explotarte en la cara, al igual que su ira, y absorberte por completo. Ahora mismo debe de estar en alguna parte, entre bastidores, entusiasmado, yendo de un lado a otro, rebosante de energía. Lleva todo el día tenso, concentrado, respondiendo con brusquedad a quienes tardan demasiado en entenderlo.

Los criados cierran las puertas. Kate entra en la sala y toma asiento, a la espera de que Plorn, que se ha puesto de pie sobre su silla, atenúe las luces.

ANNE

Tengo a mi hija durmiendo en los brazos, a oscuras. Está envuelta en una manta bastante rugosa que he cosido yo misma; aprendí a coser gracias a la señora Dickens, aunque no he llegado a perfeccionar nunca dicha habilidad. La manta está llena de bultos y agujeros e hilos sueltos, pero la he hecho yo, y estoy orgullosa de ella.

La familia que vive arriba está chillando de nuevo, dando una serie de golpes y porrazos que hacen vibrar las paredes. Mi niña se agita y abre la boca formando una «O» perfecta. Le subo la manta hasta cubrirle la cara y la acuno, pegándola contra mí.

El amor que siento por ella es sobrecogedor. Por sus ojos, con esas manchitas grises azuladas. Por el lunar que tiene en la pierna izquierda, sobre el pliegue de la rodilla, que me hace pensar a veces que me voy a morir de amor, una sensación que no tiene ningún sentido. Me he dado cuenta de que no me gusta estar separada de ella ni un solo instante. Me he pasado toda su corta vida a su lado, temiendo que rompiese a llorar si no me encontrase.

Mi Catherine Georgina, llamada así en honor a la señora Dickens y a su hermana. En esa elección veo un destello de mi antiguo yo, siempre buscando la manera de sacar partido de las cosas. Le escribí a la familia para contarles la noticia, y la señora Dickens me respondió con su prudencia habitual. Su carta me transportó al instante a esa época, a lo que me hacía sentir esa afinidad entre nosotras que nunca expresábamos.

Poco después el señor Dickens me envió un regalo de Navidad,

una cuchara de plata con una dedicatoria grabada, como si pensara que iba a echar tanto de menos pulir que merecía que me regalaran algo de plata. Guardé bien la cuchara en un cajón, para que Catherine pueda conocer algún día a su famosa tocaya, e intenté dejar encerrados con ella todos los pensamientos de mi antigua vida. De esa vida tan cómoda, con las despensas repletas de carne y las camas repletas de plumas. Del trato delicado y afectuoso de la señora Dickens. De los secretos y la tristeza.

Oigo una tos seca que proviene de la habitación de atrás. Dejo a la bebé en la cesta con cuidado y atravieso el estrecho pasillo hasta la cama.

—¿Estás bien, Ned? ¿Te traigo una cerveza?

—Creo que hoy estoy regular. Pero solo me hace falta descansar. No te preocupes.

Alargo la mano y se la poso en el brazo. Tiene la piel fría y azulada.

La enfermedad ha llegado de un momento a otro, se ha apoderado de él rápido y parece estar consumiéndolo. Ver a un hombre tan grande, fuerte y corpulento postrado en cama es como ver un árbol caído, y sufro por él.

—Bueno, pues descansa —respondo—. Voy a traerte algo de beber.

Hace amago de responder, pero la tos se ha adueñado de él de nuevo, y se encoge y después vuelve a recostarse, debilitado por el esfuerzo.

Regreso a la habitación delantera, apesadumbrada, y pongo el caldero al fuego para hervir agua.

Nos hemos pasado varias noches en vela, dándole vueltas al asunto; mientras esperamos a que Ned mejore hemos usado los escasos ahorros que habíamos reunido, pero con cada semana que

pasa parece empeorar, y dentro de poco no nos quedará nada. No se puede levantar de la cama, y por tanto no puede trabajar, y, si no puede trabajar, no podemos vivir.

Me acerco a la cajonera y saco la cuchara de plata de su funda de terciopelo oscuro.

Para Catherine Georgina, del sr. C. D.

Volver a esa vida. Estar siempre presente, a la espera de una orden. Cuidar de los niños de otros mientras la mía me llama y no me encuentra.

He caído en la trampa del amor, pienso mientras vuelvo a dejar la cuchara bien guardada en su funda. Tenía razón desde el principio. Pero es una trampa tan brillante que, aunque me dieran la llave ahora mismo, no abriría la cerradura para liberarme por nada del mundo.

Se oye un portazo en algún lugar del piso de arriba y Catherine empieza a berrear. Voy corriendo a sostenerla en brazos, me la pego a mí y la acuno. Mi padre me dijo una vez que iba a ser una mala madre. Y yo misma llegué a pensarlo. Pero al final he sido cariñosa, he sido una madre y una esposa paciente y dulce, como sacada de una de las mejores historias del señor Dickens. He fregado, he ahorrado y he racionado el carbón, y me he asegurado de que mi familia pueda vivir en un hogar alegre; y, cuando lo he pasado mal, lo he hecho en silencio. Nadie me podría reprochar nada respecto a mi manera de amar, ni aunque consultase un manual sobre cómo hacerlo.

Pero, en mis momentos más oscuros, justo después de despertarme, me he preguntado si la enfermedad de Ned será una especie de castigo que yo misma nos he buscado. He sido feliz de maneras que no esperaba, pero, incluso mientras experimentaba

toda esa felicidad, me preguntaba cuándo llegaría este momento. Por supuesto, pienso mientras bajo la vista a mi niña, a esos ojos con un borde oscuro, como los de Jem. Así es como acaban los cuentos. Ningún crimen queda impune. Quizá siempre lo he sabido.

KATE

Las colinas de Kent se extienden ante ellos, reconfortantes y familiares. Las angostas calles de Rochester han dado paso a los setos moteados y los cultivos a la espera de la cosecha conforme avanza el verano. Kate va sentada apretujada entre la ventanilla del carruaje y el cuerpecito de Plorn, que no tardará en ponerse perdido ya que está comiéndose una galleta de crema, en la parte de atrás de uno de los dos carruajes que han ido a recogerlos a todos de la estación.

Plorn, pegado a ella, le aprieta con fuerza la mano con la que tiene libre. Últimamente a Kate no le gusta demasiado mirarse sus propias manos, esos dedos que han aumentado de tamaño como una masa de pan que se ha dejado reposando durante demasiado tiempo y que ahora se le abultan alrededor de la alianza. De modo que envuelve los deditos de Plorn con ellos y aparta la vista para mirar el campo de Kent. Quiere preguntarle a Charles si recuerda la luna de miel que pasaron allí. Si recuerda que estaban tan embriagados por estar solos de viaje que casi se olvidaron de bajarse del carruaje en Chalk. Y el susto que se llevaron, y que Kate perdió el guante, y que acabó en Rochester, y que se inventaron una historia para él y se imaginaron todas sus aventuras.

Pero Charles está mirando por la ventanilla de su lado, frunciendo el ceño por algo que debe de estar pensando, y parece cansado. A Plorn se le cae la galleta en el regazo y rompe a llorar. Kate se saca el pañuelo deprisa y le limpia el abrigo de viaje, pero el carruaje está ya frenando y los niños están levantándose y abalanzándose para ser

los primeros en llegar a la puerta.

—¡Ya hemos llegado! —grita Plorn con la nariz pegada al cristal—. ¡Ya hemos llegado, papá!

Georgy baja antes que Kate y se queda parada con las manitas entrelazadas, contemplándolo todo.

—Qué bonito es esto, Charles. Es tal y como lo contabas. Y al fin es vuestro.

La casa sigue donde siempre, algo apartada de la carretera. A Kate, verla le infunde cierta esperanza. Piensa en cuando estuvieron ahí mismo, muchos años atrás, mirándola por encima del muro. Y ahora Charles tiene la llave de la puerta en el bolsillo. Todo lo que rodea a Charles se adapta a él, piensa Kate. Y era de esperar que en aquel entonces fuese una ingenua al imaginar su felicidad conyugal, teniendo en cuenta que era una recién casada. Aunque las cosas no hayan salido exactamente como se las había imaginado, al menos está aquí, ocupando su lugar, con su marido a su lado y sus hijos delante.

Charles se baja del carruaje y se detiene en el sendero, al lado de Georgy.

—Es increíble, Georgy, querida. A mi yo del pasado le costaría creérselo. —Recoge a Plorn del suelo y se lo apoya en el costado—. ¿No te dije yo, Plornishmaroon, que podrías tener cualquier cosa que quisieras si te esforzabas lo suficiente?

—Sí, papá.

Al entrar, las habitaciones huelen a humedad y el papel pintado está anticuado y salpicado de manchas. Ya la habían alquilado antes, pero ahora han venido a convertirla en su hogar.

Kate se queda paralizada en el pasillo, sin saber hacia dónde ir, mientras los niños, que hace rato se han dispersado, corretean por

las habitaciones del piso de arriba, adueñándose de ellas y llamándose unos a otros a través de los rellanos, por donde resuenan sus voces. La puerta principal está abierta al camino de entrada, y unos hombres sudorosos que no dejan de enjugarse la frente están empezando a meter cajas. Charles sale a toda velocidad, como siempre, por una puerta que Kate no había visto aún.

—Kate, ¿podrías ayudar, o al menos ponerte en alguna otra parte?

Sobresaltada, Kate se hace a un lado mientras Charles pasa con agresividad por delante de ella, dando órdenes sobre colores y fabricantes y muebles, y Georgy lo sigue, asintiendo y tomando apuntes. Kate, liberada, sale al jardín y se sienta en el banco de debajo del árbol, cuyas ramas se mecen, recortadas contra el deslumbrante azul del mediodía. Cierra los ojos y ve las sombras oscuras de las hojas bailar en sus párpados.



Después de una cena fría improvisada servida en el comedor, Kate se prepara para acostarse en el pequeño vestidor del que se ha adueñado; se deshace los rizos delante del espejo e intenta volver a darles forma. La nueva doncella, la última de una larga lista desde que Anne la dejó, no conoce aún sus gustos, y Kate la ha mandado abajo, ya que no soporta los tirones de sus manos inexpertas. Se pasa el peine por el pelo para llevárselo hacia delante, como a Charles le gustaba antes, un peinado que ahora se ha quedado anticuado, claro está. Y en ese momento escucha un grito lastimero que proviene de algún lugar del piso de arriba, amortiguado por los tablones de madera del suelo. Plorn. A pesar de todos los años de maternidad, le da un vuelco el corazón, como le sucedía antes. Se pone de pie de un brinco y, con la vela en la mano, sube las escaleras hasta lo alto de la

casa entre crujidos y le pide a la niñera que los deje solos.

Plorn está tumbado en su cama individual, tapado hasta casi las orejas, con los ojos asomados por encima de la manta.

—¿Qué te pasa, Plornish?

—Me dan miedo las paredes.

—¿Las paredes? Vaya por Dios. —Kate se deja caer en el sillón del cuarto de los niños y le da la mano—. Me quedaré aquí un ratito contigo y haremos frente juntos a estas paredes, ¿vale?

Plorn asiente y cierra los ojos, apretándolos con fuerza, como si pudiera conciliar el sueño a base de concentrarse.

Kate lo observa a la luz titilante de la vela. Los mechones de pelo rubio le enmarcan la carita solemne. Su hijo menor siempre le ha parecido de alguna manera más vulnerable y frágil que los demás. Menos seguro de sí mismo que el resto de los chicos. Le parece que es como ella. Que siempre mete la pata.

Es el favorito de Charles, claro. Pero el favorito de Charles es siempre el que sea más pequeño. Solo terminan decepcionándolo cuando crecen y se da cuenta de que no se han convertido en él.

Por las tardes, Charles se sube a su hijo pequeño a la rodilla y lo llama «el mejor niño de todos» mientras los demás los miran con el rostro impasible. Kate conoce esa expresión. Es la suya, la que ella, Georgy y los demás adoptaban cuando su madre los hería sin piedad. Una expresión de indiferencia, una máscara con la que cubrirse y amortiguar el golpe.

Su Plornish es el último que queda en este cuarto infantil improvisado, y el que más tiempo ha estado allí solo debido al hueco que ha dejado Dora. El aire allí arriba, en las habitaciones del ático, sigue oliendo a rancio, a naftalina, a aceite para el cabello y al polvo de quienquiera que viviera ahí antes. Normal que no pueda dormir,

piensa Kate. Ni siquiera sabe si va a poder dormir ella en esta casa extraña y desconocida que acarrea el peso incierto de unos sueños que aún no se han concretado.

Una vez que está segura de que Plorn se ha quedado dormido, sopla la vela para apagarla y vuelve a bajar por las escaleras, dejándolo solo, hecho un ovillo en su cama plegable, dándole la espalda a la pared de manera deliberada.

Al llegar a la puerta de su propio dormitorio, se cierra la bata con el cinturón de borlas. Es la bata a cuadros, la que ha llevado durante todo su matrimonio. La que tanto le gustaba a Charles al principio. El recuerdo le saca una sonrisa.

Claro que tampoco es algo que se pueda esperar. Seguir siendo deseable en la mediana edad. Charles lleva años sin apenas tocarla; quizá solo una o dos veces desde que llegó Plorn. Pero tal vez posea aún su antiguo poder, incluso ahora; aún sabe cómo darle placer de una forma que lo ha hecho regresar a ella una y otra vez a lo largo de los años, que acalla su impaciencia con ella. Y es una noche especial, al fin y al cabo. Su primera noche en esta nueva casa, con la que han estado soñando durante tanto tiempo.

Se unta un poco de aceite de lavanda en el cuello, vuelve a colocar el frasco en su sitio y empuja con suavidad la puerta del dormitorio para abrirla.

Por el ritmo de su respiración, sabe que Charles está despierto.

Se mete en esa cama desconocida con él, estira el brazo en la oscuridad y deja la mano junto al costado de Charles, justo por encima de su cadera. Poco a poco, mueve los dedos sobre su piel. Una pregunta.

Pero Charles no se mueve.

Kate espera una respuesta, que se mueva hacia ella en la cama o

que le agarre la mano. El idioma que comparten, los movimientos de «sí» y «aquí» y «espera» y «ahora». Ha ido evolucionando con los años, de modo que a veces tan solo se comunican con el aliento, caliente y acelerado en la oscuridad.

Y entonces Kate oye su voz:

—¿Es que no me puedes dejar en paz, mujer? Eres insaciable.

Kate retira la mano a toda prisa. La palabra la horroriza. La avergüenza.

Se queda allí tumbada, impactada.

Es un tipo de insulto muy concreto, una forma de herirla que le llega a lo más hondo. Siente que algo en su interior se encoge y su seguridad en sí misma se tambalea.

Tal vez sea obsceno desearlo como lo desea ella. Que le guste hacerlo. Pero ahora se siente indeseable, monstruosa. Por lo que la noche siguiente, y la siguiente a esa, cuando Charles se mete en la cama a su lado y se da la vuelta hacia la pared, ella se queda inmóvil bajo la sábana deseando intentarlo, pero no se atreve a acercarse a él.

En la tina, se le ve el cuerpo abultado, blando y pálido, deformado por el agua. Se lo observa con curiosidad, como si se tratara de algo que no termina de reconocer como propio. Las marcas plateadas que se le extienden por la piel en todas direcciones, las venas rojas que afloran por aquí y por allá en las pantorrillas, la zona de vello oscuro y cada vez más ralo entre la piel arrugada de los muslos.

No paran de salirle pelos en la barbilla, y se los tiene que quitar con unas pinzas y un espejo colocado en un ángulo extraño que lo vuelve todo demasiado grande. Pero luego, para su espanto, empiezan a crecerle por el cuello, y llega un punto en que no se los puede quitar lo bastante rápido. Siente como si estuviera en guerra con ellos, pero siempre en el bando perdedor. A veces le encuentra

cierto placer extraño. Otras veces le aterra ver cómo ha envejecido, saber que el paso de los años seguirá consumiéndola hasta que no quede nada. Pero ¿acaso no es eso una muestra de todo lo que ha sacrificado, algo que todas las mujeres deben hacer para cumplir el propósito de Dios para ellas en el matrimonio? Renunciar a su belleza y a su juventud por voluntad propia y en silencio, por los hijos que están por venir. Por un tipo diferente de belleza, diría Charles: la auténtica belleza del alma.

Y, aun así, Charles ya no quiere tocarla.

Cuando sale del baño, empapada, su doncella la ayuda a vestirse, a ponerse el corsé y ceñirle el vientre para crear algo parecido a una cintura, para que más tarde, cuando vuelva a liberarse de sus ataduras, se desborde, rojo y con marcas. Se engalana con todos los adornos que denotan distinción: broches, collares, guantes y volantes para que a los demás se les vayan los ojos hacia ellos. Pero, cuando le hacen una foto y se la envían a la casa en un sobre marrón franqueado, se mira y se ve corpulenta, cetrina, rechoncha; observa las profundas ojeras que le han salido y se desespera.

ANNE

La casa de la que tanto he oído hablar está hecha entera de ladrillo rojo. Transmite una sensación agradable, con sus amplias ventanas y tanta vegetación exuberante alrededor. Los árboles están en pleno esplendor veraniego, y todo es justo como siempre lo describían. Es una casa que da la sensación del final de una historia.

Pero la historia no ha acabado del todo. Cuando atravieso la verja que separa la casa de la carretera, veo un montón de trabajadores por todas partes, como una colonia de hormigas, cargando cosas y gritándose unos a otros con voces chillonas, y dejando caer objetos al suelo con un estruendo, en lugar de posarlos con delicadeza.

Me detengo frente a la gran puerta de entrada, puesto que el señor Dickens me ha dicho que he de usar la entrada principal, y no la trasera, y siento el burbujeo de unos nervios que han estado gestándose durante todo el trayecto desde Londres. Me obligo a no pensar en mi pequeña Catherine, en cómo lloraba cuando doblé la esquina de la calle.

En cuanto se abre la puerta, me veo envuelta en la figura voluminosa de la señora Dickens.

—¡Ay, Anne!

Me abraza como si llevara mucho tiempo muerta, cubriéndome en sus prendas de satén y acercándome a ella, de modo que me llega su aroma a lirio de los valles. Cuando pronuncia mi nombre con su ligero acento escocés, es como si hubieran pasado cien años y, a la vez, ni un solo segundo.

Y entonces se separa, sonrojada.

—Bueno, pasa, pasa, y cuéntanos qué tal la vida de casada.

La sigo al interior de la casa y me encuentro a la señorita Georgina, con los brazos cruzados, con su aplomo habitual.

—Bienvenida, Anne.

—Gracias, señorita Georgina.

—¡Estamos todas juntas de nuevo! —exclama la señora Dickens con demasiado entusiasmo—. ¡No me lo puedo creer!

Me sorprende lo mucho que ha cambiado a pesar del poco tiempo que ha pasado. El brillo amarillento en sus ojos. Su palidez. Se la ve perdida, siempre girándose hacia Georgina para ver lo que tiene que decir. La plenitud de su juventud parece haberse desvanecido hace tiempo, y no ha dejado tras de sí más que una especie de letargo.

Nos sentamos a tomar el té, y me sentiría como una de ellas, una dama elegante de visita, si no fuera por la historia que compartimos, y porque no dejo de pensar en mi Catherine en casa, en que es el primer día de su breve vida en que no estoy a su lado.

Cuando llega el señor Dickens, veo que él también ha envejecido, que tiene la cara más consumida, pero sigue moviéndose con el mismo frenesí de siempre mientras se acerca a mí dando zancadas y me estrecha la mano con afecto.

—Anne, cuánto te hemos echado de menos. —Su mirada sigue poseyendo el mismo poder—. Te acuerdas de Plorn, ¿no? —me pregunta—. Plorn, deja de manosearte el pelo, que pareces una cacatúa.

Georgy le quita a Plorn la mano de la cabeza y se la baja al costado. Ya debe de tener unos cinco años, y aún se le ve la barriga abultada bajo el trajecito que lleva.

—Hola, señorito Edward —lo saludo.

—Anne va a ser la nueva ama de llaves de la casa de Londres.

A la señora Dickens se le descompone el rostro. Va pasando la mirada de uno a otro de los presentes.

—Ah, esperaba… esperaba que se quedara aquí, con nosotros. Que pudiera viajar conmigo, como mi doncella de nuevo. Echo mucho de menos… la compañía.

—¿La compañía? —El señor Dickens sacude la cabeza, incrédulo —. Pero ¡si estás rodeada de gente! ¿Es que no has llenado lo bastante esta casa de niños?

La señora Dickens abre la boca y la vuelve a cerrar.

—Sabes que necesitamos un ama de llaves en Tavistock, Kate — interviene Georgina con el tono de alguien que le habla a una niña pequeña—. No puedes quedarte a Anne para ti solita, como antes.

—Claro, tienes razón. —Noto a la señora Dickens decaída, pero la veo esbozar esa vieja sonrisa vacilante—. ¡Bueno, mejor eso que nada!

Mientras hablamos sobre mi nuevo puesto, el señor Dickens y Georgina me explican los detalles de la labor que debo desempeñar y la señora Dickens nos observa, sonriendo y dándole sorbos al té, y ofreciendo galletas cada vez que hay una pausa en la conversación.

Voy a incorporarme de inmediato, y voy a recibir un sueldo tan generoso que me queda claro que, si alguna vez pensé que tenía elección, desde luego ya no.

—¿Tienes que regresar a Londres hoy mismo o te gustaría quedarte a pasar la noche con nosotros en Gad's Hill? —me pregunta la señora Dickens con una mirada cargada de esperanza.

El señor Dickens frunce el ceño.

—Estoy seguro de que Anne debe regresar con su familia — comenta Georgina.

—Mañana nos vamos a Mánchester, así que no te veré hasta que volvamos a Londres. ¿Cuándo crees que será eso, Charles?

El señor Dickens empieza a levantarse, como si su esposa no hubiera hablado.

—Anne, te van a llevar en el carruaje hasta la estación.

—No quisiera causar molestias, señor.

—Tonterías —dice, ya en pie—. Seguro que el pobre caballo se sentirá aliviado con esa tarea, después de haber tenido que pasear por Rochester con la señora Dickens a cuestas.

La señora Dickens se sonroja, como si le hubieran dado un golpe.

Los demás lo ignoramos, como si no hubiera dicho nada. Mantengo la vista fija en el suelo mientras me pongo en pie para alisarme las faldas. Me digo que algo ha cambiado aquí. Que algo ha empeorado, y no me gusta. Cuando la señorita Georgina sale para pedir que manden el carruaje, mantiene el rostro completamente inexpresivo.

—Te mandaré una carta a Londres con todas las instrucciones —dice el señor Dickens con decisión—. Tengo que marcharme ya, pero dejaré que mis mujeres te acompañen a la puerta. No hace ni falta que te diga lo encantado que estoy de que tenerte de nuevo con nosotros, Anne.

Me agarra la mano y me la estrecha con cariño. Asiento para demostrarle que le estoy agradecida, y luego sale de la habitación, sube las escaleras y desaparece. La señora Dickens me sigue mientras salgo al vestíbulo, donde una criada con la cabeza gacha me tiende la capa. Quiero decirle que una vez yo fui ella. Que mantenga la cabeza bien alta.

Las ruedas del carruaje crujen sobre la grava mientras se detiene en la rotonda, bajo el sol de la tarde.

—Bueno, pues adiós, Anne —me dice la señora Dickens. Se aferra a mi brazo como solía hacer, y siento una oleada de algo parecido al cariño por ella y, a la vez, la misma ligera repulsión ante la intensidad de su necesidad—. Nos vemos en Londres —dice—. ¡Y será como en los viejos tiempos!

—Adiós, señora —respondo y asiento—. Nos vemos en Londres.

Se queda en la ventana, con un brazo levantado, mirándome mientras me dirijo al carruaje, y me subo agradecida, pensando ya en mi niña y en si llegaré a casa, a su lado, antes de que anochezca.

KATE

En Manchester hace un calor abrasador. Llegan en tren y van directos al hotel para evitar el riesgo de sufrir un robo, algo por lo que es muy conocida la ciudad, según le cuenta Charles a Georgy. La señora Dickens desearía que estuviera Anne allí, que su reencuentro no hubiera sido tan breve. Pero algo es algo, se dice. Anne estará allí, en la casa de Londres, a su disposición de nuevo, y podrán pasear juntas por allí y coser a veces, si Georgy y Charles se lo permiten.

En la puerta del teatro, donde ella y su hermana han quedado en reunirse con Charles para almorzar, hay personas encogidas salpicadas por la fachada, con niños escuálidos en los brazos, que las llaman una y otra vez para pedirles dinero. Pasan por delante de una de ellas, tan cerca que Kate le roza los pies con las faldas, y siente una oleada de alivio cuando al fin cruzan las puertas.

En la oscuridad repentina de la sala, Kate sigue a Georgy por el pasillo central, rozando los asientos con las faldas mientras se le acostumbra poco a poco la vista a la penumbra.

En el escenario, la compañía está descansando, todos los miembros están dispersos y han dejado sus abrigos de piel colgados, abandonados, entre el decorado. Kate reconoce la diminuta figura de Wilkie, sentado con las piernas colgando entre los focos, que proyectan su luz naranja sobre el hielo pintado y los copos de nieve de madera. Hay un hombre con un bigote enroscado retocando un carámbano con un pincel pequeño. Los exploradores árticos agitan el denso aire con hojas de papel.

Charles está de pie con una de las nuevas jóvenes actrices, con la mitad del rostro iluminado. Debe de ser una de las hijas de los Ternan, piensa Kate. La habrán traído para sustituir a Katey y a Mamie, quienes, por supuesto, no pueden participar en las funciones públicas. Charles le está contando algo, algo sobre la pasión, sobre cómo demostrarla. Hace gestos hacia el público. La chica asiente.

Kate observa las señales reveladoras. Cómo recorre Charles el cuerpo de la chica con los ojos cuando se mueve. El tono exacto de su risa. Conoce a su marido, y ha aprendido a interpretarlo, a leerlo como uno de sus libros. Lo puede ver ahora mismo esbozando el personaje de la chica mentalmente, mientras se acerca a ella para susurrarle algo al oído que la hace reír. Ya está coqueteando de nuevo, se dice, intentando ignorar la pesadez. Los niños se reirán y dirán: «Papá se ha enamorado otra vez».

Georgy la mira con una sonrisa.

—Vamos, Kate. Que lo más seguro es que Charles se olvide de comer si no se lo recordamos, ¿no?

Debería ser ella la primera en ir a por su marido, puesto que es la hermana mayor, la casada, pero ahora Kate se encoge; nunca quiere llamar la atención de Charles de un modo inadecuado y arriesgarse a que pierda los papeles en público. De modo que obedece a su hermana y la sigue hacia el borde del escenario.

—Charles, tómate un descanso para almorzar —le grita Georgy, indulgente—.Que vas a dejar a todo el mundo agotado.

Charles baja la vista hacia ellas fugazmente, como si no quisiera que lo distrajesen.

—Ah, ¿ya es la hora? Pues sí que nos hemos dejado llevar.

Georgy, persistente, sube los escalones del lateral del escenario.

—Tu dedicación es una lección para todos nosotros. Pero incluso

los genios han de almorzar.

—Tienes toda la razón del mundo, Georgina, como siempre. No tiene sentido ser un genio si uno no come nada. —Mira hacia el lado del escenario en el que la madre de la chica aguarda, como un águila —. Señora Ternan, señorita Ellen Ternan, mi esposa, Catherine. Y mi cuñada, Georgina, sin cuya sensatez estaría perdido.

La joven mira a Kate y a Georgina y les ofrece una sonrisa incierta a las dos, confundida por el halago en la presentación y el insulto oculto con sutileza en él.

Qué joven es, piensa Kate mientras observa a la chica ponerse los guantes. Son de un lila pálido, el color de las flores primaverales. Un color que a ella ahora le quedaría ridículo. La chica es tan joven que podría ser la hija de su marido; puede que sea incluso más joven que Katey. Es ridículo, por muy famoso que sea, piensa con desgana. En realidad una chica así nunca le haría ningún caso. Es por la fama, siempre. Crea una ilusión.

Aun así, de pronto a Kate su nuevo vestido le parece lúgubre; sus guantes, faltos de color. Sonríe a la chica y espera que Charles la tome del brazo a ella para llevarla a comer, pero no se lo ofrece, sino que atraviesa la sala a solas y les dice a los actores a gritos que vuelvan a las dos.

Kate ve que la chica lo mira, decepcionada por que la haya abandonado tan rápido y con tanta facilidad; la potencia de su luz se apaga con la misma velocidad con la que la ofrece. Así es él, piensa Kate a su pesar. ¿Lo ves ahora?

Pero, al llegar a las puertas que dan al vestíbulo, Charles se detiene y se da la vuelta.

—Señorita Ternan —dice con un tono tajante—. ¿Querría acompañarnos a comer?

Están sentados alrededor de una mesa alargada del comedor del hotel. A Kate le parece que al bacalao le falta sal, pero no dice nada. Mastica la carne sosa y chiclosa, intentando centrarse en Mamie, que está hablando largo y tendido sobre su perrita una vez más. Al otro extremo de la mesa, Charles está sentado con la cabeza inclinada hacia la joven, enfrascado en la conversación.

Kate ayuda a Plorn con su babero por encima de la mesa.

No debería prestarle atención. Los flechazos de Charles nunca duran demasiado. Son como un destello por aquí y por allá, un resplandor momentáneo que va disminuyendo hasta esfumarse por completo cuando se obsesiona con algo nuevo. Un equipo de taxidermia. Un mendigo con un sombrero extraño. Un militar. Va pasando de una cosa a otra, absorbiéndolo todo y descartándolo a su antojo.

Y, aun así, a su pesar, Kate no puede apartar la vista de los bucles brillantes del pelo de la chica, de las delicadas flores nacaradas que lleva en el cuello, algo que ella misma habría elegido si hubiera estado de moda en su época. Mira a Charles y se fija en el matiz exacto de su expresión.

Lo oye alabar a Georgy por su sensatez, dejando a Kate envuelta en un silencio que siente como un espacio físico. Su hermana sigue iluminándose ante los halagos de Charles, radiante de placer. «En casa, Georgy es mi ángel. Mi más querida amiga. La mujer más estimada». Pero Charles se abstiene de insultarla a ella, de dejar escapar esas risas burlonas y estruendosas a costa de Kate. Cuando se le cae la servilleta y casi tira la silla al ir a recogerla, no la humilla.

Quiere mostrarse delicado con esta chica, eso es lo que pasa, piensa Kate. Que se anda con cuidado. Que está atenuando su

extravagancia, su grosería. La chica lo está volviendo amable. Y eso es nuevo, diferente e inquietante.

En el extremo de la mesa, Wilkie está hablando sin parar mientras come macarrones, contando bromas infantiles, y la chica se ríe con un brillo en los ojos mientras Charles la mira de reojo.

Kate permanece sentada en la rígida silla del comedor, con perlas de sudor sobre el labio, llevándose el queso a la boca, haciendo como que no los está observando.



En la primera función, Kate se sienta en la primera fila del teatro, que está abarrotado, y a su alrededor los abanicos se agitan como insectos. Se le acumula el sudor en la nuca y se le cuela por el corsé. Sigue sin aliento tras haber llegado hasta su asiento, como le pasa casi siempre que tiene que hacer cualquier esfuerzo desde el nacimiento de Plorn, y además esta noche lleva el corsé demasiado apretado.

Georgy está sentada a su lado, abanicándose con energía con el programa de la función inaugural. Kate nota que todas las miradas están posadas en ellas dos, alimentadas por los rumores que, a lo largo de los años, Charles no ha tratado de disipar de ninguna manera. «Mi par de mujercitas». «Mi mascotita». Siente el impulso repentino de salir de ahí, de abrirse paso entre las rodillas de los caballeros, con sus pantalones negros, y las crinolinas que se extienden como campanas y se interponen en su camino hacia la salida, pero las luces se están atenuando y ya no va a poder irse sin causar molestias. Conforme la oscuridad se extiende por el teatro, Kate junta las manos, una sobre la otra, e intenta ver la obra que ya ha visto cientos de veces. Los hombres, expresivos y gesticulantes,

con los rostros severos bajo la luz de los focos. La joven, Ellen, rebosante de una preocupación conmovedora y un amor noble. Charles, en pleno apogeo heroico.

Recuerda cuando estuvo con Mary en el teatro, muchos años atrás, la noche en que su hermana enfermó. Recuerda haberla visto reírse con Charles, susurrarse cosas al oído con complicidad. Recuerda haber tenido dudas al respecto, haber descartado la idea y haber vuelto a dudar más tarde.

Ahora es Georgy quien está sentada a su lado, sollozando en silencio, a oscuras. Adorando a Charles, observándolo como si fuera un dios. Mary ha seguido interponiéndose en su matrimonio durante todos estos años, como un fantasma, irreal, y ahora Georgy, una chica de carne y hueso, rebosante de un deseo reprimido, también se ha adentrado en su relación y no hay forma de expulsarla. En el escenario, Charles está muriéndose, tirado en el suelo, con el rostro pintado descompuesto por la tragedia.

—¡Clara, hermana mía! —está diciendo—. ¡Bésame, hermana, bésame antes de que muera!

Siempre obsesionado con las hermanas, piensa Kate. Aparta la mirada con una oleada de repugnancia y la baja hacia el abanico, abandonado en su regazo. Georgy y Mamie, sentada cada una a un lado de ella, se suenan la nariz con sus pañuelos.

Su propia adoración, constante y firme a lo largo de toda su vida, nunca ha sido suficiente; se debe duplicar o triplicar, reflejarse en innumerables lugares, entre innumerables mujeres; todas ellas, espejos que refractan su gloria. La joven, Ellen, es un espejo más, se dice a sí misma. Solo eso.

Tiene diecisiete años. La edad de Mary. Jovencísima. Es Rose Maylie, es Kate Nickleby, es la pequeña Nell. Es lo mismo que Mary

fue para Charles; lo mismo que es Georgy en el *palazzo*, joven y aduladora; es la propia Kate, bailando embriagada sobre el parqué en Furnival, con su nuevo vestido de seda. Es un fantasma tras otro.

Kate se aprieta las manos sobre el regazo y las relaja de nuevo. Ya hablará del asunto con Anne cuando vuelvan a Londres, y Anne, su querida y práctica Anne, le hará entrar en razón, como lo lograba siempre antes.

Cae el telón con suavidad. El público se levanta al unísono. Setecientas personas. Más. Mil espejos. Charles está ahí de pie, colorado y eufórico, señalando con la mano a la compañía, a Wilkie, a Ellen Ternan, que posa los ojos sobre él, maravillada. Aquí pasa algo, piensa Kate. Algo diferente.

«Bravo —grita el público—. Bravo, Dickens».

Y Kate, a oscuras con todos los demás, aplaude y aplaude hasta que se le duermen las manos, y luego, mientras el telón se levanta y vuelve a caer, ve que la joven, Ellen, sigue observando a Charles con el rostro iluminado, y se da cuenta de que es ella la persona hacia la que Charles se vuelve cuando la tela toca el suelo.

Cuando regresan de Mánchester, la familia entera va directa a Gad's Hill a pasar una semana, donde los niños, que tienen vacaciones de verano, entran y salen a toda velocidad por las puertas traseras y bajan hasta el campo de críquet improvisado donde los perros se tumban a la sombra, jadeantes.

Charles se encierra en el estudio para escribir, pero sale a media mañana con el ceño fruncido para jugar unos partidos frenéticos de *battledore* con Henry y Sydney, y sus gritos de frustración llegan hasta las mujeres que están sentadas en casa, cosiendo juntas.

—Me da a mí que no ha tenido una mañana muy productiva.

Kate estira el brazo para agarrar el vaso de té helado, pero le da un golpe y el vaso se tambalea sobre el platillo.

Georgy sigue cosiendo con una concentración absoluta.

—En Mánchester lo dio todo. Normal que esté agotado. —Se deja la media de lana en el regazo y la aguja que tiene en la mano suspendida en el aire—. Parece que nunca entiendes lo mucho que se implica. Lo mucho que esa implicación lo agota.

—Claro que sí —replica Kate—. Claro que lo entiendo. Es una gran carga para él. Es agotador.

A mediodía Charles sale a pasear y se lleva a los perros, y vuelve con una actitud desenfrenada. Cuando la familia entera se reúne para almorzar, sus hijos parecen nerviosos y comedidos; los niños intentan evitar mirarlo a los ojos y todos tratan de tantear el terreno, de evaluar el riesgo de tormenta. Charles entra con paso enérgico y come con ganas.

Al principio solo se oye el tintineo de los cubiertos.

Y de pronto Charles deja caer el tenedor y los mira.

—Estoy enamorado.

Kate ve que a Charley se le sonrojan las mejillas y que la mira de un modo casi imperceptible antes de volver a bajar la vista al plato.

—Enamorado hasta la médula —sigue diciendo Charles—. No tiene sentido intentar comer o trabajar. Su precioso gorrito y su par de guantes lilas me tienen encandilado.

—Vaya, otra vez está enamorado papá —dice Kate, lanzándole una mirada cómplice a Alfred y a Sydney para relajar el ambiente, como si fuera una broma recurrente, como si pudieran reírse juntos del asunto.

Pero Charles no se está riendo. Se muestra provocador,

desenfrenado.

—¡Tiene la carita más preciosa y delicada que he visto jamás! —dice—. ¡Y una boquita tan tierna!

—¿Acaso ha habido algún momento en que vuestro padre no haya estado enamorado de alguien? —dice Georgy, sonriente—. ¡Se ve que tenemos otra historia de amor entre manos!

Pero la broma no cuaja.

—Voy a volver a Londres esta noche, papá —le dice Charley con una voz que suena forzada y cautelosa—. En el tren nocturno. Dime si hay algún asunto del que quieres que me ocupe.

—El único asunto que importa es ella.

Charley asiente e intenta sonreír.

Siguen comiendo en silencio. Las chicas fijan la vista en sus platos.

Después, Kate va a descansar al sofá, con Plorn pegado a su lado, e intenta ignorar todas las ideas inquietantes que la asaltan. Los albañiles entran y salen sin parar, dejando huellas en el polvo que ellos mismos levantan y haciendo que los perros ladren con sus golpes y gritos repentinos.

Han invitado a un pequeño grupo de personas para cenar, periodistas locales y sus esposas, un coadjutor y un editor londinense con su hija de unos doce o trece años que van a quedarse por la noche en la ciudad. Kate se pasa la tarde en la cocina, y se anima al ver los ingredientes que la esperan: las patatas manchadas de tierra y los manojos de hierbas aromáticas sobre la mesa. Ya están en agosto, la mejor época para los conejos jóvenes, y Kate ha recibido un par que le han enviado desde Rochester, recién cazados. Se mueve por la amplia cocina, que aún está llena de cajas, con su nuevo juego de cacerolas de cobre enormes y sus especias sin estrenar en botes cerrados. Aún no es un hogar, pero lo será, se dice a

sí misma con alegría.

Cuando se sienta a la mesa se le clava el corsé, y cambia de posición en el asiento para intentar aliviar la presión en la cintura.

Esta noche Charles parece descontrolado. Está mal desde Mánchester, delicado y malhumorado. Fred sigue en el extranjero, arruinado, trata a su mujer con crueldad y tiene la misma tendencia que su padre a malgastar el dinero, y no deja de escribirle a Charles para pedirle más. Los niños no han salido como él cree que deberían; en su opinión, no son lo bastante ambiciosos ni inteligentes. Las niñas aún no se han casado, y todas parecen sumidas en una melancolía que Kate no logra definir. Ella misma también supone una carga para Charles, por mucho que intente no serlo. Normal, piensa, desesperada. Normal que quiera la sencillez de una joven. Normal que crea que está enamorado. Esta casa, al igual que el cuerpo de Kate, gime bajo el peso de los años acumulados.

El clérigo y los periodistas están debatiendo sobre algo de la ciudad, sobre la ampliación de una carretera y todos los problemas que va a conllevar, y de que los carruajes doblan la esquina demasiado rápido. Charles, con el rostro sonrojado por el vino, los interrumpe con exclamaciones sobre esto o aquello, apoyándose sobre la mesa con toda la potencia de su extraña e infatigable energía.

Cuando sirven el conejo, Kate trata de hacerse con el plato de la mantequilla, pero con los nervios se golpea la mano con la de la esposa del clérigo por encima de la mesa y la retira a toda prisa. Con la velocidad del movimiento, se le resbala la pulsera del brazo y aterriza de lleno en la sopa. Kate siente que se pone como un tomate e intenta recuperar la pulsera sin meter los dedos en la comida.

Charles, que estaba llevándose la cuchara a la boca, se detiene y

deja escapar una risotada.

—Sé que te cuesta mantener las pulseras en las muñecas, querida —le dice—, por no hablar de algún pensamiento en la cabeza, pero intenta no avergonzarnos tanto delante de nuestros invitados.

Mamie baja la vista a su plato, y a los invitados, que ya parecían incómodos, se los ve agitados.

—Perdonen a mi esposa —dice Charles como si nada—. No es una mujer muy brillante, que digamos. —Alza la voz como si estuviera hablándole a una niña—. ¡Venga, come, Kate! Sueles atiborrarte todas las noches a la hora de cenar. No dejes que te lo impidamos.

La joven abre la boca para hablar, pero su madre le posa la mano en el brazo al instante.

El clérigo arquea las finas cejas por encima de las monturas en forma de media luna de sus gafas.

—Bueno, Dickens —dice, y luego se detiene, probablemente porque no sabe cómo continuar.

La sala se sume en un silencio denso y horrible.

Mamie retira la silla y parece que va a salir corriendo de la habitación, pero no se atreve. Tan solo se gira hacia la joven, que está aún mirando la pulsera de Kate, la cual ha dejado sobre una servilleta, con una vergonzosa mancha verde a su alrededor, y le pregunta algo banal, algo sobre tener mascotas. La chica asiente con cautela y responde con un hilo de voz, y a continuación se teje una delicada red de conversaciones corteses, y Charles permanece sentado, pensativo, mientras se sirven y se retiran los platos a la rusa. Cuando terminan de comer, Charles se pone en pie haciendo chirriar la silla contra el suelo y asiente con la cabeza.

—Caballeros, estaré en el salón, si desean acompañarme.

Los hombres parecen nerviosos, pero se levantan también, sin

saber qué otra cosa hacer, y lo siguen en tropel. Mamie llama a su perrita, la señora Bouncer, la pone en brazos de la joven y le enseña cómo darle golosinas.

El momento de discutir ya ha pasado, y nadie ha defendido a Kate. Todos siguen, como sabe Kate que hace todo el mundo siempre, las convenciones sociales que los unen, hasta que puedan escapar a sus carruajes y hablar con entusiasmo sobre cómo trata Dickens, el novelista, a su esposa.

Mientras las mujeres se van al salón, charlando sobre nimiedades y esbozando sonrisas educadas, y la joven acuna al perro como si buscara su consuelo, Kate se escabulle por las puertas de atrás y sale al jardín. Pasa por delante de la obra, paralizada en ese momento, la nueva fosa séptica que están construyendo en el jardín, extraña y cuadrada, y ve las carretillas y las palas que han dejado de pie, como fantasmas, entre los escombros de los obreros. La luz de la luna ilumina la noche y las nubes borrosas atraviesan el cielo. Kate sigue caminando por el césped, dejando todo atrás, con rapidez y desesperación, mientras se levanta la brisa y le ondea los bajos del vestido.

Algo se agita en el seto cuando dobla la esquina que da a los campos, donde los árboles la ocultarán de la vista desde la casa. Deja escapar un sollozo desconsolado. La desesperanza la embarga por completo y se desborda en el silencio del campo.

—Sé que no es fácil.

Kate se da la vuelta deprisa y entorna los ojos.

Es Georgy, cruzada de brazos, con el rostro pálido y extraño en la oscuridad.

—Se ha portado mal contigo, y sé que estará avergonzado.

—Es imperdonable que… que hable así de mí delante de la gente.

—Ha estado mal por su parte. Por supuesto. Está pasando por un momento de gran frustración, Kate.

Kate se da cuenta de que no se ha traído ningún pañuelo y se pasa el antebrazo por la nariz, y al momento se arrepiente.

Su hermana da un paso hacia ella.

—Pero ¿acaso no es verdad, en parte?

—¿A qué… a qué te refieres?

Georgy la mira con esos ojos grandes y sinceros, abiertos como platos ante la noche.

—A él también lo avergüenza —dice— tener una mujer que no es capaz de contenerse.

—¿Contenerse?

—Has engordado, Kate.

La vergüenza vuelve a abrasarla, le quema la piel como si fuera un arenque en una sartén, y desea poder encogerse, hacerse lo bastante pequeña como para desaparecer.

—Ya no soy… ya no soy joven, pero…

—Si hubieras querido conservar su amor de ese modo, podrías haberte puesto a dieta para perder peso hace años. Sabe Dios que Charles ha dejado bien claro que no le gustan las mujeres que no son capaces de controlarse a la hora de comer.

—Sí que he intentado perder peso. De verdad.

Kate se oye a sí misma, lastimera, débil.

—Crees que es todo culpa de Charles porque se frustra más aún, pero tu vagancia, tu indolencia, tu falta de fuerza de voluntad, tus celos…, todo contribuye a vuestra desdicha.

Georgy habla de manera atropellada, como si hubiera estado conteniendo las palabras durante mucho tiempo.

A Kate le da vueltas la cabeza. Intenta concentrarse.

—Es por la señorita Ternan. Estoy convencida.

—¿La señorita Ternan?

—Es imposible que no lo veas, Georgy. Imposible. Tiene algo raro con ella.

Su hermana la mira con lástima.

—¿Al igual que tenía algo con Augusta de la Rue? ¿Al igual que ha tenido algo con el sinfín de mujeres de las que has estado celosa?

Kate está perpleja, desconcertada.

—Yo nunca he dicho nada sobre…

—¡No es necesario que lo digas, Catherine! ¡Por el amor de Dios! Lo de la señorita Ternan es… Todos sus amoríos, todos sin excepción, son solo una farsa, una vía de escape. No es más que un producto de su imaginación, de su amor por la vida. —Su hermana sacude la cabeza—. ¿Por qué te empeñas en echarles la culpa a otras mujeres cuando el problema está en el propio matrimonio?

—¡No, es… es inapropiado! ¡Estoy convencida!

Georgina la mira asombrada.

—¿Cómo puedes decir esas cosas? ¡Es evidente que Charles jamás pondría en peligro su reputación, ni la de la señorita Ternan! ¿De verdad crees que se comportaría de un modo tan inmoral? Con su labor en Urania Cottage, su apoyo a las mujeres caídas, su deseo de querer enseñarles a todas a ser buenas esposas y madres… A conocer la belleza de la castidad y la obediencia.

La culpa la invade. Intenta darse la vuelta, pero Georgy la agarra del brazo y su chal se agita al viento.

—Kate, he visto a Charles acudir a los tribunales para presenciar casos de mujeres acusadas de delitos menores, mujeres de las que nadie se preocupa, a las que la sociedad margina y deja tiradas en la cuneta. ¡Se pone en pie junto a ellas para abogar por la bondad! ¡Por

la clemencia!

—Soy consciente de todo lo que hace, pero…

—Y ya sabes sobre lo que escribe. Tú misma has llorado con sus personajes. Has aprendido a querer mejor gracias a ellos. ¿Cómo podría un hombre así, con esas opiniones y esas ideas, no ser bueno y noble?

Cuánto lo quiere, piensa Kate, desdichada. Lo quiere más que ella, que su propia esposa.

—¡Y, aun así, no dejas de acusarlo, tan quejica y aburrida como siempre, de coquetear con todas las mujeres! De no prestarte la atención suficiente. —Su hermana tiene los ojos encendidos—. ¡Nunca eres consciente de su brillantez! ¡Para ti no es nada fuera de lo habitual! ¡Para ti él es alguien corriente!

Kate no sabe qué pensar. No, se dice. Yo nunca he creído eso. Pero su seguridad se tambalea. Quizá, en realidad, nunca haya sido capaz de conciliar ambas cosas: a Boz, extravagante y prolífico, alguien que deslumbra a todo el mundo; y a su marido, con sus achaques y sus exigencias. Con su crueldad despreocupada y su elegancia natural. Con lo que siente Kate cuando ve cómo mira a otra persona. A la chica Ternan. En esos momentos sus libros desaparecen.

—Has sido una esposa celosa —dice Georgy en voz baja, furiosa—. He pasado todos estos años con vosotros y lo he visto con mis propios ojos una y otra vez. Solo puedes culparte a ti misma; siempre has tenido tú la culpa de ser tan estrecha de miras y de que tu marido se frustre contigo.

Es cierto, piensa Kate. Nunca ha sido lista, nunca ha sido aguda. Solo se ha visto inmersa en un mundo de agudeza por casualidad. A lo mejor nunca ha encajado en él. A lo mejor Charles tendría que haberse casado con Mary, o con Georgy, cuyo ingenio lo ha hecho

reír a carcajadas siempre. Ellas dos han reconocido siempre su brillantez y han respondido ante ella. Pero ¿acaso no la escogió Charles a ella por su ternura, su capacidad para ocuparse de la casa? No obstante, desde que Georgy se fue a vivir con ellos, Kate ni siquiera ha sido capaz de ofrecerle eso.

—Charles no se rige por las normas de la sociedad, como los demás hombres —le está diciendo Georgy, mirándola con cierta urgencia—. No le hace falta. Está por encima de ellas. Tienes que darte cuenta. —Le toma la mano a Kate y se la aprieta con fuerza—. Has de comportarte mejor, Kate. Dejar atrás estos celos ruines. ¿Has visto cómo se han ido todos con él? ¿Los hombres? Lo entienden, ¿sabes? Entienden que está sometido a… a pasiones más intensas. Que esa clase de comportamiento se debe perdonar.

—Pues yo no… no pienso que sea perdonable.

Kate vuelve a enjugarse la nariz con el antebrazo. Odia la irritabilidad de su propia voz.

—Vamos, Kate. Sé razonable. —Georgy se saca un pañuelo planchado con sus iniciales grabadas en una esquina, y Kate lo acepta como una niña pequeña—. ¿Qué es lo que dice esa horrible amiga tuya, la señora Carlyle? ¿Que nunca hay que casarse con un genio irritable?

Georgy, que odia a Jane Carlyle, está intentando ganarse su favor al mencionarla. Kate piensa en el ingenio mordaz de su amiga, en la mano dura con la que trata a su marido. En que parece que siempre le funciona.

—Tienes mucha suerte, Kate —le dice Georgy, rodeándola con el brazo y acercándosela. Kate oye el vestigio de anhelo en sus palabras —. Eres muy afortunada con el marido que tienes, por muy difíciles que sean las cosas a veces. Es un hombre que necesita que lo cuiden,

quizá más que ningún otro. ¿Puedes ser una buena esposa y perdonarlo cuando te trate mal, tal y como prometiste?

El viento se levanta y sacude los árboles que se alzan sobre ellas, y de pronto Kate se percata del fresco que hace. Intenta decirse lo mismo de siempre: que es una necia, que debe calmarse.

Asiente, pero la duda sigue reconcomiéndola, fría e inquietante. Georgy estira el brazo y le limpia una mancha de algo de la cara, y el gesto casi resulta tierno.

—No tienes por qué despedirte de los invitados. Les puedo decir que te encontrabas mal y te has ido a la cama. Vamos.

Entrelaza el brazo con el de Kate y, despacio, emprenden juntas el camino de vuelta a casa. Oyen a Mamie en el salón, tocando el piano que les acaba de llegar, tratando de disimular el ambiente incómodo de la velada, con unos dedos ágiles sobre las teclas rígidas.

Los invitados se marchan pronto. Kate, sentada en la cama a solas, oye los carruajes alejarse, el crujido de la grava bajo las ruedas, los perros ladrando. Y luego la casa, suspirando de alivio. Mamie, yéndose a la cama con la señora Bouncer ladrando a su lado. El chirrido de las escaleras bajo sus pies.

—¿Estás vestida? —dice Charles con discreción.

Sigue con la chaqueta de la cena puesta y la corbata aflojada.

Kate alza la vista, nerviosa, mientras se aprieta bien los cordones del camisón a la altura del cuello.

—Sí, claro, pasa.

Charles atraviesa la habitación y se sienta con rigidez en la cama, a su lado, y el colchón se hunde bajo su peso. Se lo ve cansado a la luz amarillenta, con la mirada fija en el borde de la alfombra, enroscado bajo el tocador.

—No me he portado bien durante la cena.

—Estás… estás cansado —responde Kate, temerosa. Y luego lo intenta de nuevo—: No pasa nada.

—Sí que pasa. —Charles la mira con unos ojos oscuros bajo la tenue luz de gas titilante—. Lo siento. Soy cruel. Ya lo sé. Como Quilp.

—No —dice Kate. A pesar de todo, la suavidad de su tono le llega al corazón, el hecho de que haya utilizado a ese personaje, Quilp, que suele usar de manera jocosa en sus disculpas, y Kate siempre acaba perdonándolo y besándolo—. He estado un poco cansada últimamente, ya lo sé —dice Kate—. Me portaré mejor. Intentaré portarme mejor.

Charles no parece oírla y sigue con lo suyo, como si Kate no hubiera hablado.

—No quiero… no quiero ser un hombre cruel. Quiero encontrar la manera de evitarlo.

—No lo eres. Eres un buen hombre —le contesta Kate, y de pronto Charles la está abrazando, está rodeándole el pecho con los brazos y, por primera vez en meses, Kate está inhalando su olor, el de su pelo, el de su piel.

La envuelve una oleada de emociones, la tristeza mezclada con la esperanza, y el alivio de que su anhelo se esté satisfaciendo de un modo tan inesperado, en silencio.

Charles le habla en voz baja al oído:

—No nos hacemos ningún bien, ratoncito.

La contradicción la deja aturdida. Ese antiguo apodo, su ternura.

—Eso no es cierto —dice Kate sin convicción—. No es cierto.

—Sí. Nos hacemos infelices el uno al otro. Siempre ha sido así.

—¡Eso no es verdad! —Kate trata de recordar el pasado, de encontrarle el sentido a lo que está diciendo Charles—. Tú me has

hecho feliz. Eres mi marido, en… en lo bueno y en lo malo, en la felicidad y en la tristeza. En todo.

Kate le toca el brazo. Charles sacude la cabeza, y Kate no logra interpretar su semblante. Una vez más, desearía saber expresarse con las palabras adecuadas, unas palabras que diluyeran sus sentimientos.

—No hacemos buena pareja.

Habla del tema como si aún hubiera elección, piensa Kate, desorientada. Como si no fueran más que unos niños, como si él estuviera cortejándola y los dos estuvieran comprobando si encajan. Pero esa decisión se tomó hace ya años. Décadas. No se puede deshacer, no se puede reescribir; tan solo se ha de soportar. ¿Por qué no es capaz de verlo? ¿Por qué no puede nunca obedecer los límites establecidos por el mundo, y siempre ha de desafiarlos, tratar de estirarlos para ver si ceden bajo su mano?

Kate se traga la frustración y le lleva los dedos a la nuca, vacilante. Siente que Charles reacciona ante el gesto.

—Bueno, pues intentemos hacerlo mejor —dice Kate.

Antes de que se dé cuenta de lo que está haciendo, ya se ha incorporado y lo está besando en los labios, un beso firme y apasionado. Charles se aparta, repugnado.

—No puedo soportarlo —dice con la boca tensa.

—Charlie…

—Ya no quiero eso de ti. Solo he venido a disculparme.

—Por favor… Lo siento si he…

Pero Kate no puede terminar la frase; no sabe por qué se está disculpando.

—Las disculpas no nos sirven de nada. Las disculpas no nos van a liberar de esta desdicha. —Sacude la cabeza mientras se pone en pie

—. No me puedo quedar aquí. Necesito distraerme.

La desesperación se apodera de ella. Ha vuelto a decir lo que no debía, a hacer lo que no debía, con su eterna torpeza, y ahora Charles se está volviendo a marchar.

—¡Es tarde! ¡No te vayas, por favor! —le grita Kate, pero Charles ya se ha ido y solo queda el sonido de sus pasos por las escaleras, su ritmo veloz y familiar, cada vez más lejos, hasta que se cierra la puerta principal de un portazo.

No vuelve a la cama. Al día siguiente se ha ido de Gad's Hill antes de que Kate se despierte, y no le ha dicho a nadie cuándo piensa volver.

ANNE

Cuando la familia regresa de Kent, estoy esperando en la majestuosa puerta principal de Tavistock House para recibir a mi empleador, con las llaves de la casa colgadas de la cintura. Pero el señor Dickens no está con ellos. Los niños entran en casa y se esfuman, esparcidos por las habitaciones como si quisieran desaparecer por completo en el interior, y Georgina, con el rostro contraído, va dirigiendo a los criados que acarrean los baúles, apremiándolos, como si fuera ella el ama de llaves y yo no sirviera de nada. Así van a ser las cosas, por lo visto. Si quiero mantener mi puesto, voy a seguir teniendo que obedecer a Georgina, y ahora más que nunca. Me giro para recoger a la perrita delgaducha de Mamie, que está ladrando, y llevármela abajo, a las cocinas, para darle leche, y en ese momento veo a la señora Dickens, que se ha quedado atrás, en el vestíbulo. Vacilo, con la esperanza de llegar hasta la puerta y seguir ocupándome de las tareas del hogar, de irme a cualquier sitio que no esté enturbiado por su tristeza. Pero entonces cruza el vestíbulo con rapidez y me encuentro con el cuerpecito caliente de la perra agitándose en mis brazos y el peso de la señora Dickens alrededor del cuello, aferrándose a mí en silencio, como si yo pudiera salvarla de su aflicción.

—Ay, Anne —dice, y noto su aliento cálido en el cuello del vestido —. Ay, Anne.

—Vamos, vamos —le digo, porque me parece que no quiero saber lo que me va a contar—. Nada de esto es necesario. Venga, suba al salón y le llevaré un té.

La señora Dickens se recompone, se gira hacia las escaleras y sube los amplios y espectaculares escalones con pasos lentos y pesados.

En la sala del servicio, aquellos que han estado con la familia en Gad's Hill parecen abatidos. Hay una criada llorando y se niega a contar el motivo. Me doy cuenta de que no quiero saber nada al respecto. Solo quiero seguir con mi trabajo e irme a casa con Ned y mi hija, a quien echo de menos a todas horas, tanto que no puedo pensar en ninguna otra cosa. Pero esa noche estoy revisando la vajilla de los criados en busca de piezas descascarilladas, dándoles vueltas a los cuencos lisos entre las manos, mientras toda la casa parece relajarse durante una hora de ocio. Un parloteo bajo y agradable inunda la sala, se abren los periódicos, las institutrices se ríen mientras le echan un vistazo a una revista para mujeres que la familia ya no quiere y algunos juegan a la Pulga sobre la encimera.

—Uf, me parece a mí que el señor Dickens va a estar fuera durante un tiempo —oigo que comenta el cochero, con el rostro colorado.

—¿Qué te hace pensar eso, Tom? —le pregunto en un tono cortante mientras sigo concentrada en la vajilla.

—Se ha ido a Doncaster con cierta actriz jovencita, o eso he oído.

Se da unos toques en la nariz y las carcajadas se extienden tan rápido entre los hombres que alzo la vista de golpe para fulminarlos con la mirada.

—Cuidado con lo que dices.

De pronto la curiosidad se apodera de la sala. Las partidas de cartas se detienen y quienes estaban bebiendo cerveza se paran en seco.

—No pienso permitir más calumnias como esa —digo con toda la firmeza que logro reunir.

—Era una broma —murmura Tom, pero le brillan los ojos, como si

quisiera hacerme dudar.

—No voy a tolerar esa clase de bromas aquí. Y ahora baja los pies de mi silla y vuelve a la cochera, que es donde tienes que estar.

Me mira durante un buen rato y luego se esfuma tras lanzarles un guiño pícaro a los criados, que bajan la vista a la mesa.

—No quiero oír nada más del tema —digo una vez que se ha ido, mirando a mi alrededor, a los rostros pálidos que me observan—. ¿Me entendéis?

—Sí, señora —murmuran todos, descoordinados, en un coro penitente.

—No le hará ningún bien a la familia, ni a ninguno de vosotros, que tenéis suerte de trabajar para un hombre tan bueno y cristiano como él —digo, y me doy la vuelta, satisfecha, para volver a ocuparme de la vajilla.

Pero más tarde, mientras estoy sentada en la habitación del ama de llaves, con el fuego encendido en la pequeña chimenea, pienso a mi pesar sobre los rumores. No puede ser, ¿no? Con sus finales felices, con sus mensajes moralistas, relatados como si los demás estuviéramos en su propia iglesia y él en el púlpito. Una actriz… No puede ser. Pero entonces, poco a poco, empiezo a decirme que no puedo estar segura. Y, por primera vez, me paro a pensar en cómo podría acabar todo si fuera cierto, y qué podría significar para la señora Dickens, y para mí.

Conforme pasan las semanas, el ambiente en la casa se vuelve más incómodo de lo que me lo ha parecido jamás. Casi me provoca náuseas, como si estuviera de nuevo en un barco de vapor, meciéndose y crujiendo con las olas, antes de que el viento arrecie y

amenace con arrastrarlo hacia los escollos.

Cuando el señor Dickens está en casa, los niños, siempre temerosos de su mal genio, parecen dispersarse a su paso. Los criados acuden a toda prisa cuando los llama, o se esfuman como sombras cuando aparece, y vuelven al piso de abajo sin llamar la atención.

En una ocasión, vuelve a casa de manera inesperada al mediodía, la elegancia personificada, con unos zapatos de charol relucientes y la corbata bien ajustada y sujeta con un pasador con una pequeña piedra preciosa, con cara de pocos amigos.

—¡Henry! ¡Henry Fielding Dickens!

Me giro y veo que Henry, que hace menos de cinco minutos estaba detrás de mí, jugando con sus soldaditos de plomo en el pasillo, ha desaparecido.

—¿Dónde está Henry?

El señor Dickens deja el sombrero con firmeza en el perchero, y veo que al lado, en la pequeña hilera de percheros de los niños, el sombrero de Henry se ha caído y yace olvidado en el suelo. Me agacho para recogerlo, pero el señor Dickens alza la mano a modo de advertencia y vuelvo a levantarme, y veo por el rabillo del ojo a Henry en el rincón, oculto entre los abrigos, con una mirada suplicante.

—Ha salido a hacer un recado que le he mandado —digo al momento.

—Déjame que te diga, Anne Brown, que mis hijos no van a llegar a nada en la vida, y este es el motivo. —Señala el sombrero abandonado, furioso, y luego eleva el dedo con un gesto amenazador, como si pretendiera atacar el aire por interponerse en su camino—. Por no fijarse en los detalles. Por no ser disciplinados. No sabes lo que es, Anne, mirar a tu alrededor en la mesa del

comedor y no ver ni un solo rostro que te devuelva la mirada para ofrecerte algo que valga la pena.

Le sostengo la mirada. En ese momento me encantaría decirle lo que pienso de él. Que me parece que pasa de un extremo emocional al otro, como si las emociones no fueran más que un instrumento musical, un violín o un piano, que puede tocar a su antojo, pasando de la ira a la alegría y tanteando todo lo que le apetezca por el camino, sin ninguna consideración por aquellos que lo rodean. Cuánta libertad, pienso. Puede dejarse llevar por sus sentimientos siempre que quiera. Esa es la libertad de la que disfrutan los hombres, digan lo que digan de las mujeres.

Pero, por supuesto, tan solo espero a que termine de hablar y luego me agacho en silencio para recoger el sombrero y lo cuelgo con cuidado en el perchero.

—Anne —me dice el señor Dickens entonces, estudiándome con la mirada—. Mañana te voy a necesitar aquí, para que te ocupes de ciertos asuntos.

—Creo que la señora Dickens espera que vaya con ella a la ciudad.

—Puedes decirle a la señora Dickens que mi hogar está por encima de sus caprichos.

Pienso en cómo se le descompondrá el rostro a la señora, y me pregunto si su marido lo sabrá, y si me necesitará de verdad siquiera.

—Sí, señor.

Y entonces, mientras él se aleja furioso y sube las escaleras para descargar toda su ira en las páginas, Henry sale de su escondite, me roza la mano con la suya en señal de agradecimiento y se escabulle.

Empiezo a pensar que todos estamos mejor cuando el señor Dickens se va de viaje, lo cual ocurre a menudo, semana sí, semana

también, con el alocado señor Collins. Pero entonces, tan solo unos días después, mientras estoy en el dormitorio principal disponiendo las flores de principio de primavera, oigo lo que me parecen gritos de alegría en el piso de abajo. Es algo tan inesperado en esta casa estos días que me cuesta reconocerlo, y me pregunto si, de algún modo, habremos retrocedido en el tiempo.

La señora Dickens aparece por la puerta con el rostro colorado y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Charles ha dicho que podemos ir a Gad's Hill a pasar mi cumpleaños! Y que puedo invitar a nuestros viejos amigos.

Me giro hacia ella, sorprendida.

—No me lo puedo creer —dice, sentándose de golpe en la cama—. Pensaba que este año… Pero vamos a cenar todos juntos, después de todo, y dice Charles que quizá podamos jugar al críquet.

—Seguro que los niños se lo pasarán bien.

—Podría hacer una tarta, Anne —dice, intentando recuperar el aliento tras el esfuerzo que le ha supuesto subir las escaleras—. He visto un molde de una sirena en la revista *Englishwoman's Domestic*. He pensado que podría usar azafrán como colorante para el pelo.

—¿Una sirena comestible? ¿Qué será lo siguiente? —digo, quitando las hojas sueltas que han caído en la superficie del tocador y cruzando la habitación para tirarlas.

La señora Dickens parece haber recuperado la esperanza de un modo que casi resulta doloroso, por lo que me cuesta mirarla, y tal vez se dé cuenta porque, al pasar por delante de ella, me toma de la mano.

—Siempre hemos pasado mi cumpleaños todos juntos, año tras año. Y, si Charles estaba de viaje, siempre lo recordaba, sin falta. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de que nunca se le olvidaba?

—Sí.

Y pienso entonces en todas las formas en las que le ha demostrado su amor a lo largo de los años, desde que los conozco. Los regalitos, las cartas, los elogios. La ternura, a veces. Llevan veinte años compartiendo una vida, tragándose el mal humor e intentándolo de nuevo, empezando y terminando los días juntos. ¿Sería capaz de echarlo todo por la borda ahora? En el fondo es un buen hombre. Creo que puedo estar segura de ello, con todo lo que he visto.

—Sé que… que hemos pasado por una mala racha. Pero hoy parece como si hubiera revivido, parece el Charles de antes. —Levanta la vista hacia mí—. Creo que saldremos adelante, ¿no te parece, Anne?

Le apoyo la mano en el brazo y se lo aprieto.

Y así, el señor Dickens se vuelve a marchar con el señor Collins, y Georgina y la señora Dickens se van a Gad's Hill con los niños para supervisar las obras. A la señora Dickens se la ve más animada; habla de los planes para su cumpleaños y de recoger flores de Kent con Mamie para decorar la mesa, ahora que se acerca el mes de mayo. Mientras se despide de mí desde el carruaje, levanto la mano, esperanzada también.

Y entonces, una mañana tranquila cualquiera, llega la carta. A diferencia de todas las demás que llegan a esta casa a montones, esta va dirigida a mí. Atraviesa el buzón, ese artilugio moderno, con un estruendo metálico, y, cuando veo mi nombre escrito con la letra del señor Dickens, siento que se me acelera el corazón. La agarro con prudencia, como si pudiera hacerme daño. En toda mi vida, habré recibido tal vez unas diez cartas, y ninguna de ellas contenía nada que me apetezca oír de nuevo. Y esta no es la excepción. En ella hay algo escrito que me hace apoyarme contra la pared y llevarme la

mano a la frente.

El señor Dickens ya no quiere seguir durmiendo en la misma cama que su mujer.

Quiere hacer que tapien la puerta que separa el dormitorio del vestidor y que coloquen estantes en su lugar. Y que lleven una cama al vestidor, en la que dormirá él solo. La señora Dickens seguirá usando la suya. Y me pide que lleve a cabo la división.

«Mi vieja amiga», me escribe.

Quiero replicar que una tarea así no se le encomienda a una amiga. Se le encomienda a alguien que no tiene opción, como sabe bien. A alguien que ha de obedecer sus órdenes, que debe satisfacer sus exigencias, sin que importe lo que opine al respecto. Ni el daño que puedan infligir.

Entro en el salón y me siento en una de esas sillas de brocado tan rígidas que no se me ocurriría usar cuando la familia está en casa.

La señora Dickens, Georgina y los niños no regresarán hasta la semana que viene.

Sé, desde el primer momento, qué pasará cuando se entere.

La angustia, la tristeza, el dolor que le provocará esta decisión. Le costará creerse que él haya podido tomarla. Una vez más, me veo obligada a involucrarme en su matrimonio, a presenciar el egoísmo del señor Dickens. A cumplir sus órdenes en contra de mi voluntad. Aunque no me parezca lo correcto. Me veo atrapada entre ellos, como siempre, dividida en dos como si me hubiera atravesado un cuchillo. Pero no tengo elección.

La obra se lleva a cabo con discreción. Los obreros vienen y se van el mismo día. Y entonces, cuando llega la señora Dickens y sube las escaleras hasta su dormitorio, voy detrás de ella, intentando encontrar las palabras adecuadas para advertirle sobre lo que la

espera, pero no me salen.

Oigo su voz desde el rellano, elevada, cortante y chillona.

—¿Qué es esto?

Cuando entro en el dormitorio, que apesta al polvo de la obra, a aguarrás y a barniz, la señora Dickens se gira hacia mí.

—Anne, ¿qué es esto?

—Es… No hay nada de lo que preocuparse. Siéntese. No debe usted inquietarse, pero el señor Dickens ha pedido… ha pedido ciertos cambios para que puedan estar más cómodos y…

Durante un segundo creo que va a ponerse en mi contra. Que me va a gritar, a poner en duda mi lealtad y a decirme que la he traicionado. Que me va a preguntar por qué no la he avisado, o por qué no me he negado a seguir las instrucciones de su marido. Y casi quiero que lo haga. Me estoy preparando para ello; estoy en el vano de la puerta, lista para enfrentarme a la tormenta.

Pero la señora Dickens tan solo se sienta en la cama, como si hubiera sufrido una lesión física.

—Es por la señorita Ternan, estoy convencida. Está enamorado de ella.

Le acaricio el brazo automáticamente.

—Seguro que es solo para que los dos tengáis más espacio. Lo hace mucha gente en casas tan elegantes como esta.

—¿A dónde vamos a llegar? —pregunta—. ¿A dónde vamos a llegar?

No sé qué responderle. Nos quedamos sentadas juntas en el borde de la cama. Huele a pintura fresca. Una frontera definitiva entre ellos. Y una frontera, también, entre nosotras dos. No sé si ella la siente como yo, por lo absorta que está en su propio miedo. Si sabe, como yo sé ahora en lo más profundo de mi ser, que al final el señor

Dickens me ha comprado para ella. Que, durante toda nuestra vida, él ha sido quien ha permitido nuestra amistad, quien ha pagado por mi bienestar. Y, si ahora quiere volver a comprarme para que lo ayude a lidiar con sus desgracias, volveré a estar a su servicio tan pronto como su pluma roce el papel. Aquí, en este yeso que aún está fresco, se halla la prueba de lo que siempre he sabido pero nunca he admitido. Que, si tengo un dueño, ese es él. Porque ella no es dueña de nada de lo que tiene.

KATE

La primera noche, Kate se va a la cama sin pronunciar palabra, consciente de que él está al otro lado de esa pared recién pintada. Yace a oscuras, sin dejar de darle vueltas al asunto, tratando de recordar todos los ejemplos que conoce, o que ha oído de pasada, de matrimonios que han acabado mal.

Siempre se cuentan historias sobre aquellos que abandonan a su pareja, los desertores, los canallas y los sinvergüenzas; historias que acaban en los tribunales y en los periódicos. Sobre mujeres descuidadas, infieles o tentadas. Sobre hogares rotos, sobre esposas sumidas en la tristeza. Pero Kate se dice, una y otra vez, que un hombre bueno no rechaza a una esposa que no haya cometido ningún error.

Que él, el más reconocido defensor de los inocentes, el bondadoso rehabilitador de las mujeres caídas de Urania Cottage, no tendría como amante a esa tal Ellen, que es más joven que sus hijas. No se van a divorciar; no podrían hacerlo legalmente, ni siquiera con la nueva ley recién promulgada. Kate tendría que demostrar no solo su adulterio, sino también su crueldad, y hacerlo todo público sería impensable. Destrozaría a su familia, destrozaría su hogar. Mancillaría la reputación de las niñas. Los chicos se quedarían sin perspectivas de futuro. Y, si nadie comprase los libros, ¿de qué iban a vivir?

Kate se dice que debe esperar. Aguardar a que pase la tormenta, a que se le pasen esas fantasías; ya que, al fin y al cabo, debe de ser todo producto de su imaginación. Ha de confiar en la prudencia de

Charles, en su sentido del bien y del mal, en la idea de hogar sobre la que él ha construido su vida. Mientras Charles no haga ninguna tontería, su propio sufrimiento no tiene importancia.

Durante los días siguientes, Kate mantiene una extraña y superficial fachada de normalidad, dejando a su pesar el sofá para ocuparse de sus quehaceres como si nada hubiera cambiado. Charles apenas pasa por casa, pero, cuando vuelve al fin, se mueve por allí como si Kate no estuviera. Kate sale a hacer visitas y deja su tarjeta con las palabras Sra. de Charles Dickens en relieve. Sigue con su vida como si no hubiera cambiado nada.

«Las niñas están bien, gracias, y creemos que a Walter le va muy bien en India, y, ay, cuánto trabaja Charles, qué ocupado está. Sí, tal vez escriba otro cuento de Navidad, si tenemos suerte».

Parece como si hubiera una lámina de cristal entre ella y el mundo. Pero, cuando se acuesta en la amplia cama vacía, cuando la casa se sume en la oscuridad, el miedo se agita en su interior. Piensa en Charles en Italia, arrastrándose bocabajo hacia el cráter del volcán, haciendo caso omiso de las advertencias, tratando de mirar hacia abajo para ver qué había más allá, con las llamas rozándole la cara. Piensa en sí misma, aterrada, alejándose del peligro. En que nunca sabe, nunca ha sabido, si Charles logrará salir ileso cuando algo lo tiene poseído.

Y entonces, una tarde ventosa, al regresar a casa tras dar un paseo por el parque nuevo, se encuentra un paquete dirigido a ella sobre el escritorio de la correspondencia. Lo examina con curiosidad y palpa un rectángulo sólido en el interior. Debe de ser algún regalo. Los niños están armando jaleo, jugando a algo; Mamie se está riendo mientras Frank, tan escandaloso como siempre, da una fuerte palmada en la mesa.

Kate va a por el abrecartas y lo desliza con cuidado por el borde.

Una caja, delgada y elegante, cae sobre la mesa.

Está envuelta en un delicado papel de seda rosa y adornada con una rosita de papel. La levanta y le da vueltas entre las manos. Una caja así no le pega nada a ella. Es una caja para una niña. Se siente ridícula sujetándola, manipulando el lazo con sus dedos regordetes. Rasga el papel de seda y cae una tarjeta a la superficie de la mesa. Hay rosas entrelazadas por el exquisito borde rojo pálido. Y algo escrito con una letra sinuosa, la letra de un enamorado.

Dos palabras.

Para Ellen.

Kate deja caer la caja como si le estuviera haciendo un corte en la piel, y luego la vuelve a recoger, sintiendo los latidos del corazón en la cabeza, a un ritmo extraño.

Las bisagras se resisten ligeramente cuando abre la caja. Dentro hay una cadena diminuta y perfecta, adornada con pequeñas gemas rojas. Kate la sostiene en alto. Su muñeca es demasiado ancha para ellas. Rubíes. Es una pulsera para una amante.

Le da la vuelta a la tarjeta. En el dorso hay algo más escrito.

Un regalo.

Y luego, con esa letra curvada que le resulta tan familiar:

Charles Dickens.

Recoge los restos de papel de seda rosa con las manos temblorosas. Ahora ya nadie podría acusarla de ser celosa, de imaginarse cosas. Quiere llevarle la cadena a Georgy, ponérsela delante de la cara y decirle: «Mira, ¿ves?». Pero los niños… Se queda allí, paralizada, como si se hubiera ralentizado el tiempo, con la caja en las manos y el fuego crepitando y chispeando en la chimenea.

—¿Qué te pasa, mamá? —le dice Katey, asomándose por encima

de su hombro, curiosa.

Los niños han dejado de jugar y están observándola, como si estuvieran asustados.

—No es nada —dice, y le sale la voz irritada—. Creo que ha sido un error.

—¿Cómo que un error? —le pregunta su hija.

—Es un regalo que iba dirigido a otra persona.

—¿A quién?

—A la señorita Ternan.

—¿Por qué iba a mandarle papá un regalo así a la señorita Ternan?

—Ya sabes que le… que le gusta hacerles regalos a los actores de sus obras de teatro.

Está hablando con una voz aguda y tensa, y no parece suya.

—No es eso —dice su hija—. No es eso. Es… Es…

Y entonces Charles irrumpe en la habitación dando unos pisotones que resuenan con fuerza en el suelo, y Kate entiende que Georgy debe de haberse escabullido de algún modo para ir a buscarlo.

—¿Qué está pasando aquí?

—Nada, es que…

Charles mira el papel de seda rosa rasgado que Kate tiene en las manos, la caja abierta y el destello dorado que se entrevé.

—Niños, salid.

Todos se ponen en pie y desaparecen por el pasillo envueltos en el estrépito de sus botas, y luego suben las escaleras como un ejército desertor. Kate ve a Georgy apartada, cerca de la puerta, observándolos, y a Katey, que se está mordiendo el labio, pasando la vista del rostro severo de su padre al de Kate, que aún tiene la pulsera en las manos trémulas.

—Katey, tú también.

—No me voy a ir, papá.

Kate ve que Charles palidece, y que Katey se estremece.

—¿Es que me vas a desobedecer?

Kate intuye la tormenta que se avecina, percibe el tono violento de la voz de su marido.

—Vete, Katey —le dice rápidamente a su hija—. Por favor, vete. No pasa nada. Es un malentendido. Ya sabes que uno se puede confundir con estas cosas.

—No es ninguna confusión, mamá. No es un pedido equivocado de la carnicería ni un paquete extraviado. ¡No es una confusión!

—Ya lo solucionaré yo con tu padre. Vamos, vete, que seguro que podemos arreglárnoslas por nosotros mismos.

Katey la mira y después sacude la cabeza.

—¿Por qué eres tan débil?

Se da la vuelta para irse con el rostro fruncido, y Kate ve a Georgy apoyarle una mano en el hombro a su hija y llevársela a otra parte para consolarla, para arreglarlo todo, para tranquilizarla con su habilidad y su experiencia. Es fortaleza, no debilidad, se dice Kate. Es fortaleza, para mantener la paz. Está convencida de ello. Pero las palabras le escuecen.

Charles también está irritado, apartándose el pelo de la cara, y se gira hacia ella con brusquedad, de modo que Kate da un paso atrás de manera involuntaria y apoya una mano en el escritorio para estabilizarse.

—¿Se puede saber qué haces con eso? No es para ti.

—No pretendía…

—¿Acaso quieres poner a mi propia hija en mi contra y mancillar mi reputación, dándole importancia a algo tan insignificante? ¿A un regalo inocente?

—No, solo…

Su vehemencia y su agilidad mental la dejan desconcertada, como siempre. Las palabras revolotean, se alejan de ella. Desearía que Anne estuviera allí, pero no está; ha vuelto a salir para hacer algún recado que le ha mandado Georgy.

—No lo sabía. No…

—No lo sabías. —Charles está imitando su voz, burlándose de ella, y se le descompone el rostro, adoptando una expresión que Kate conoce pero no logra identificar—. ¿Es que pretendes difundir rumores dañinos? ¿Desprestigiar a la señorita Ternan y destruir su reputación? ¿ Por qué la has abierto a propósito delante de mis hijos? ¿Para intentar dejarme en evidencia? ¿Qué clase de madre has de ser, tratando de poner a tus hijos en contra de su propio padre?

Charles la rodea, blandiendo el dedo hacia ella, y en ese momento Kate ve con una claridad repentina y absoluta que su marido está asustado. A pesar de toda su furia, de todas sus amenazas, lo único que ocurre es que le asusta que alguien descubra su pecado. Que se revelen las partes de él que más lo avergüenzan, las partes que son Quilp y Mulberry Hawk y Sykes. Kate siente un destello de algo parecido al poder, y se aferra a ello con torpeza.

—Estás enamorado de ella. ¡No lo puedes negar!

—Ah, ¡¿ya estamos otra vez con eso?! ¡Para ti, no hay ni una sola mujer en Londres, no, en toda Europa, e incluso en las Américas, de la que no esté enamorado!

—¡Tú mismo lo has dicho! ¡Ahora lo estás tergiversando, pero todo el mundo lo ha oído, todo el mundo!

—¡Eres una cuentista!

—¡No es verdad!

Kate sabe que tiene razón, que está asustado. De sí mismo, de que

lo vean tal y como es.

Un viejo que le manda regalos de amor desesperados a una chiquilla.

—¡Venga, niégalo, Charles! —exclama, cada vez más envalentonada—. Dime que me equivoco. Sé sincero, ya que parece que la sinceridad es lo único que te preocupa. ¡No hablas de otra cosa!

Charles se gira hacia ella y le habla con una voz crispada.

—Me temo que no estás en tus cabales.

Peligro. Está percibiendo el peligro. Se abre como un abismo bajo ella, y Kate se queda paralizada con el trozo de papel de seda rosa en la mano.

—Debería llamar al médico —dice Charles—. Que venga a examinarte, para ver si está todo en orden.

—No hace falta llamar a ningún médico —responde Kate demasiado rápido—. No es necesario.

—Desde que nació Charley te has estado comportando de un modo extraño. Imprevisible.

—¡No es cierto! Es solo que… que lo pasé un poco mal, pero…

Pero, a la vez, con una inquietud cada vez mayor, se para a pensar… ¿Acaso no es eso algo que ella misma se ha preguntado alguna vez? Durante un parto y otro. En los días en los que no logra reunir la energía suficiente como para mantenerse en pie. Cuando la invade cierta desesperanza por cómo se ha desarrollado todo, o cuando esa ira abrasadora y aterradora se apodera de ella.

Charles se endereza al percibir el cambio en Kate.

—Vas a ir a verla y le vas a dar la pulsera tú misma, para ponerle fin a esta campaña maliciosa de difamación. Para que la gente vea la verdad inocente que hay detrás de todo esto.

Kate se queda sin aliento; la humillación abrasadora que supondría eso le recorre todo el cuerpo.

—No puedo hacer eso.

—Vas a ir a su casa y vas a mantener las apariencias, y vas a demostrar que confías tanto en la señorita Ternan como en mí.

—Por favor, Charles. Por favor, no me pidas que haga eso.

Pero Kate ve al instante que suplicar no va a servirle de nada. Ya está decidido.

—Te lo ordeno, como tu marido. Y, si quieres seguir viviendo en mi casa, me vas a hacer caso. Vas a ir a casa de la señorita Ternan y le vas a dar la pulsera, o estarás acabada.

Kate mira a su marido a la cara, tensa por la ira. Si no va, no tiene ni idea de lo que hará Charles. No cree que llame a ningún médico. Pero la frialdad de su amenaza le recuerda, de pronto, la verdad. Kate puede luchar, puede gritar y chillar, puede llevarlo a los tribunales, escribir a los periódicos y tildarlo de villano. Y tal vez se la lleven a rastras al manicomio mientras grita que es injusto. Pero quienes sufrirán, siempre, serán sus hijos. Sus hijos, que intentarán forjarse una vida a la sombra de su padre; sus hijas, marcadas siempre por su reputación.

Debe pelear de otro modo, entonces. Con silencio. Con autocontrol. Con armas con las que pueda proteger a sus hijos, preservar la paz, le cueste lo que le cueste a ella. Tal vez era eso a lo que se refería su madre, años atrás, cuando se sentaron juntas en la cama en Brompton. A que ella tiene su propio arsenal. Que lo ha tenido siempre a mano, listo para un momento como este.

—Haré lo que quieras —contesta.

—¿Cómo dices? Habla más alto, mujer, por el amor de Dios.

—Que haré lo que quieras, Charles.

—Así me gusta. —Charles baja la vista al escritorio que tiene Kate detrás—. Menudo desastre has montado.

Con un único movimiento, Charles recoge el papel de seda rosa, la tarjeta y la flor de papel de la superficie de cuero del escritorio y lo arroja todo a la chimenea, donde se prenden y se consumen hasta convertirse en humo. A continuación, se da la vuelta y se marcha de la habitación.

Kate abre la mano. Mira el único trozo de papel rosa suave que tiene en la palma. Piensa que debería quedárselo. Que es algo a lo que aferrarse, algo en lo que confiar, algo que existe fuera de su imaginación. Una prueba de que no está loca, por si la necesita en algún momento. Pero luego se para a pensar en lo que acaba de prometerse, y el motivo. Ha de proteger a los niños de todo esto, cueste lo que cueste. Es su deber. Se acerca al fuego en silencio y arroja el último trozo de papel con los demás.



Kate se sienta en el borde de la cama, vestida para salir. Ha visto que llovía desde la ventana del salón y ha subido para cambiarse los guantes, para quitarse los de piel por si se le estropean. Mejor andarse con ojo con el tiempo en primavera, piensa. Tiene la pulsera en la cama, a su lado, envuelta ahora en un papel gris sobrio. Posa la mano sobre ella y trata de tranquilizarse.

Percibe un movimiento en el vano de la puerta. Katey.

—No pensarás ir, ¿no, mamá?

Su hija la mira incrédula.

—He de hacerlo, Katey. Tu padre dice que no hay nada… que entre ellos no hay nada romántico.

—¿Y lo crees?

—¡Claro! Tengo que creerlo.

Siente la mentira débil y extraña en los labios.

—No vas a ir —le dice su hija con el rostro arrugado—. ¡No vas a ir! ¡No te lo voy a permitir!

Kate casi se pregunta si su hija se va a poner a dar pisotones, como solía hacer. Aún puede oír esa vocecita aguda y furiosa, y ver cómo se le enrojecía la carita de niña, presa de la ira. «¡Me niego! ¡Me niego!». Su Lucifer Box. Ahora mira a su hija, tan insoportablemente joven, decidida y segura de sí misma.

—Ya conoces a tu padre —le dice—. ¡Siempre se está enamorando de alguien! No es algo de lo que tengas que preocuparte, Kate. Deberías haberlo visto cuando la reina se casó con Alberto. —Se ríe sin ganas—. ¡Lo angustiado que estuvo durante semanas!

—No es gracioso, mamá. —Su hija aparta la vista—. Aquí pasa algo raro. Lo sé. No es… —Desesperada, señala la pared recién construida, con la pintura aún fresca—. No es normal, mamá.

—No es asunto tuyo, Katey.

—Claro que lo es. —Ahora está hablando en voz baja, triste. Se pone en pie y se gira hacia la ventana—. Tengo que irme de aquí. Tengo que alejarme de la tristeza de esta casa. Es como una tortura.

Kate alza la mirada, alerta.

—¿Y cómo planeas escapar?

Su hija suelta una carcajada repentina y afilada.

—Pues de la manera habitual. ¿Cómo si no?

—¿No será con Charlie Collins?

—Tal vez.

—¿Lo amas, Katey?

—En cierto modo. Lo suficiente.

Las dos se miran a los ojos durante un momento.

—No creo que hagáis buena pareja —dice Kate en voz baja.

—¿Por qué no?

—Es demasiado blando para controlarte.

—¡¿Para controlarme?!

Kate se estremece.

—Solo quiero decir que…

—¿Y cómo te ha ido a ti intentando *controlar* a papá? Muy bien, ¿no?

—He… he intentado ser un bálsamo para él. Calmarlo…

Su hija se gira, exasperada.

—Te está castigando, mamá. Al parecer no lo puede evitar. Eso es lo que os provocáis el uno al otro. Ahora te está castigando al hacerte ir a ver a la señorita Ternan, ¡y tú te quedas ahí como… como un animal que espera a que le den una patada! ¡Y sales corriendo a contar la historia que él te ordena que cuentes!

—¡No tengo elección! Ojalá pudieras entender que…

—¡Claro que tienes elección!

—No… ¡No tenemos elección, Katey! ¡Eres una ingenua!

Se le escapa la palabra, traicionera, y Katey se sonroja y vuelve a girarse hacia la ventana. Kate levanta el brazo y posa la mano en el de su hija.

—Por favor, no te cases solo para huir —le pide en voz baja—. No lo hagas, por favor. Charlie Collins no… no es el hombre adecuado para ti…

Pero ya ha ido demasiado lejos.

Katey se va furiosa hacia la puerta y luego se detiene y levanta los brazos en el aire con su actitud desenfrenada habitual. La actitud de su padre.

—Katey…

—¡La ingenua eres tú! ¿Por qué te niegas a defenderte?

—¿De qué serviría, Katey? ¿De qué serviría ahora enfrentarse a él? ¿Acaso ha servido alguna vez de algo?

Se pone en pie, con la cajita en las manos, y hace amago de marcharse, pero su hija la agarra del brazo cuando pasa a su lado.

—¡No vayas! ¡Por favor!

Kate quiere preguntarle si no se da cuenta. Si no ve que ella también está asustada. ¿Es que no ves que es el único modo de protegerte? ¿De mantenerte cerca? Y es el único modo de mantener la paz en esta casa, que es lo único que he deseado todo este tiempo. ¿Es que no ves que haría lo que fuera necesario, soportaría lo que fuera necesario, me inventaría lo que fuera necesario, por vosotros? Que, cuanto más me niegue a hacer lo que él quiere, peor se pondrán las cosas. Y que al final, si la situación empeora, si las cosas se ponen feas de verdad, lo único que conseguiré es perderos.

Baja la vista a la mano de su hija, aún en su brazo.

—Deja que me vaya, Katey —le pide en voz baja—. Que te va a oír tu padre.

Su hija vacila durante un segundo y después la suelta y se aleja. La desespero, piensa Kate, y a continuación sale a la calle, hacia el carruaje que la espera, con las cintas del tocado ondeándole en el cuello.

La casa de los Ternan es modesta, con un camino de entrada que no está muy cuidado. Hay narcisos dispersos por aquí y por allá. Barro y hierba que han dejado crecer demasiado antes del invierno. Al otro lado de la verja, un gato merodea bajo el árbol y la mira.

Durante un segundo, Kate piensa que, después de todo, no va a

poder hacerlo. Que va a regresar y a suplicarle a su marido, y a enfrentarse a su ira, a pesar de lo que pueda implicar eso para ella. Pero al final se lleva la mano enguantada al bolsillo y envuelve la caja de la pulsera, y siente cómo se le clavan los bordes filados en la palma. Cuando se abre la puerta del carruaje, se baja con dificultad, nota cómo se hunde un poco el escalón, y piensa fugazmente en lo que dijo Charles sobre el carruaje en Gad's Hill, el día en que Anne volvió. Que se tambaleó bajo su peso. Pero la autocompasión no le va a servir de nada ahora.

Avanza con cuidado entre los penachos de hierba por el camino que lleva a la puerta principal, y luego levanta la cabeza y da tres golpes rápidos con la aldaba.

Es la madre de la joven quien la recibe. Tiene la edad de Kate, pero sigue siendo bella; aún tiene la piel, delicada y fina como el papel, tersa sobre los pómulos marcados. Kate la recuerda; está segura de haberla visto actuar en una o dos ocasiones, en algún papel secundario en el teatro de Drury Lane, probablemente con Charles, poco después de casarse. Kate se percata ahora de sus habilidades interpretativas, cuando la mujer oculta el breve destello de pánico con una sonrisa. Lo sabe de inmediato.

—Señora Dickens, qué sorpresa tan agradable. No la vemos desde Mánchester. Pase, pase.

—He venido a ver a Ellen, si está en casa —dice, entrando al vestíbulo y quitándose los guantes.

La señora Ternan mira hacia un lado y Kate se pregunta si la habrán estado observando mientras recorría el camino de entrada. Si Ellen estará escondida, pegada a la puerta del salón, casi sin respirar, para que su madre pueda despachar a Kate educadamente y librarse de todo esto. Se imagina el alivio que supondría volver a salir a la

calle.

—Claro —dice la señora Ternan—. ¡Ellen, cariño!

La joven cruza el estrecho vano de la puerta con el rostro sonrojado e inquisitivo.

—Señora Dickens —dice con una sorpresa estudiada, y le lanza una mirada rápida a su madre—. ¿Quiere quedarse a tomar el té con nosotras?

—Me encantaría.

A Kate vuelve a asombrarla la belleza de la chica, el brillo de su pelo, su cuello esbelto. Es tan menuda y tan seria. Kate se pregunta si la habrá ofrecido su madre o si de verdad estará enamorada de Charles, tal y como ella misma lo estuvo en su día, y como todo el mundo lo está desde entonces.

—Maria, trae el té y unas galletas —ordena la madre—. Las de limón.

Incómodas, se dirigen todas al agobiante salón. Kate se deja caer en un sillón, pero se da cuenta demasiado tarde de que es demasiado bajo. Se sienta con la espalda lo más erguida posible, intentando conservar algo de dignidad mientras se hunde entre los cojines desgastados. Maria, la mayor de las hermanas Beadnell, aparece con el té, todo ojos y extremidades, esforzándose por no quedarse mirando a Kate, y deja sobre la mesa un plato de galletas de mantequilla demasiado pálidas. Las ha debido sacar del horno demasiado pronto, piensa Kate con cierta satisfacción. La madre le echa un vistazo rápido a la caja que Kate lleva en la mano y luego vuelve a mirarla a ella con esa sonrisa tan ensayada.

—Bueno, pues la dejo con Ellen —dice antes de desaparecer.

Kate es consciente de que la joven está asustada; la observa como un conejo sobresaltado desde el otro lado de la bandeja del té.

No tienes por qué tenerme miedo a mí, quiere decirle Kate a la pobre chica. Sino a la vida misma. Te machacará si no te defiendes. Has de mantenerte firme, quiere decirle. Más firme de lo que me he mantenido yo en sus garras. Si no, antes de que te des cuenta, te atrapará y no podrás deshacer todo lo que has hecho mal, sino que tendrás que lidiar con las consecuencias día tras día.

—¿Y qué tal…? —La chica titubea y se recoge un mechón de pelo suelto por detrás de la oreja—. ¿Qué tal está su familia? ¿Los niños? ¿Y el señor Dickens?

Kate quiere reírse ante la ridiculez de la situación. Se percata de que la joven, que la estaba mirando fijamente, desvía la vista durante un breve instante.

—Están todos muy bien, gracias… Supongo que se estará preguntando por qué he venido.

La chica parece estar pasándolo mal, con dos manchas rosadas en las mejillas.

—Me alegro mucho de verla, por supuesto. Ha pasado mucho tiempo desde lo de Mánchester.

—Mi marido le ha comprado un regalo que, al parecer, por alguna clase de confusión, me ha llegado a mí. Una joya.

Kate nota que la chica se queda sin aliento de un modo casi imperceptible. Ve un destello de miedo cruzarle el rostro.

—Nunca se me ocurriría sospechar que entre usted y él hay algo inapropiado, por supuesto —agrega mientras el cuello de la chica se va tiñendo de rojo—. Espero que no crea que es eso lo que pienso —añade con cautela—. Le aseguro que he venido precisamente porque estoy más que convencida de que no es el caso.

Detecta movimiento en el vestíbulo: la madre, escuchándola. Prosigue, enlazando las palabras con cuidado, como quien cose con

una aguja, tejiendo las mentiras inmaculadas de su marido por él:

—Charles les ha dado detallitos como este a todos los miembros del reparto que lo han ayudado a recaudar dinero para la querida señora Jerrold.

Deja la cajita encima de la mesa. La joven, titubeante, se acerca para recogerla, y luego vuelve a soltarla como si le diera miedo.

—Espero de verdad que le guste —dice Kate con rigidez—. Y que le traiga recuerdos agradables de la época en la que trabajó con mi marido. Menuda historia de heroicidad, y qué bien actuó usted.

La chica asiente sin convicción.

—Es usted muy amable, señora Dickens.

—Me daría mucha pena que su reputación se viera perjudicada, señorita Ternan, por un accidente como este. Que alguien se pudiera hacer la idea equivocada. Sería espantoso.

La chica se va sonrojando más y más con cada palabra, y Kate, que supone que eso podría hacerle sentir cierto poder, tan solo siente una humillación compartida. ¿Se habrá acostado con Charles? No puede evitar preguntárselo. ¿Habrá tocado a su marido, la habrá tocado él? ¿Sabe ya cómo es en la intimidad, cómo es cuando se vuelve brusco, cuando se vuelve tierno? Pensar en todo eso le revuelve el estómago. Se pone en pie.

—Bueno, debo marcharme ya, señorita Ternan. Gracias por el té.

Se dirige con precaución hacia la puerta, tratando de no volcar con sus faldas las tazas de té, que están en un equilibrio precario sobre la mesita. Piensa que la casa está concebida para mujeres esbeltas que puedan moverse con agilidad por sus estancias. Como ella misma lo fue una vez, una chica de cintura estrecha y veloz.

Recuerda un pasado lejano, tan lejano que bien podría ser cien años atrás, como una clase de historia impartida en una pizarra: se

ve sentada sobre una manta de pícnic, embriagada por el cortejo, por la promesa que parecía encerrar, por la vida que los esperaba. Ve a Mary y a Fred persiguiéndose por la orilla, más abajo. Y piensa en la delicada violencia del tiempo.

La joven la acompaña a la puerta en una nube de cumplidos y formalismos pronunciados con nerviosismo, mientras sujeta la pulsera en alto y habla sobre la generosidad y sobre futuras funciones, y su madre va asintiendo por detrás. Cuando oye el chasquido de la pequeña puerta principal a su espalda, desanda sus pasos por el camino de entrada. El carruaje la está esperando, y se sube a duras penas, con las manos aún sudorosas bajo los guantes y el corazón todavía acelerado por el esfuerzo que le ha supuesto llegar hasta ahí. Da unos golpecitos y, mientras los caballos tiran del carruaje, Kate deja caer la cabeza hacia atrás, la apoya contra el terciopelo y cierra los ojos, aliviada.

Cuando llega a casa, Charles está en el vestíbulo, a punto de marcharse, recogiendo de la mesa las cartas que ha de enviar y envolviéndose bien el cuello con la bufanda roja de Mamie. Ni siquiera la saluda, sino que se queda ahí, revisando los sobres que tiene en la mano, mientras ella se quita la capa y la cuelga en el gancho.

—He ido a ver a la señorita Ternan —le dice.

—Bien —contesta al fin, sin mirarla todavía—. Supongo que con eso podemos dar esta tontería por acabada.

Pasa por delante de ella, se mete el paraguas bajo el brazo y sale a la tarde. Cuando se cierra la puerta principal, Kate lo ve bajar los escalones de dos en dos, recuperando parte de su antiguo vigor, como si se hubiera liberado al fin de algo y lo pudiera dejar atrás.

ANNE

A medida que llegan las lluvias de primavera, en casa, mi Ned va empeorando. Cuando llego por la noche, empapada y agotada, me encuentro con que no se ha levantado de la cama en todo el día. La sopa que le dejé sigue intacta, y Catherine está dormida, hecha un ovillo calentito a sus pies. Le agarro la mano a mi marido y se la noto húmeda. Me parece muy injusto haber alcanzado al fin la felicidad y poder disfrutar de ella durante tan poco tiempo antes de que desaparezca de nuevo. Pero quizá sea eso lo que sucede cuando te pasas tanto tiempo buscándola en los lugares equivocados. Me quito la capa y, en la cama, me pego a Catherine, y nos quedamos los tres allí tumbados, entrelazados, y parece que todo el sufrimiento y todas las dificultades del día han valido la pena.

En Tavistock House, los hombres van y vienen con sus abrigos negros y sus semblantes serios y sacuden los paraguas mojados en la entrada. Allí también parece que la situación se está descontrolando, como si se avecinase un cambio tácito, algo que va a brotar de las entrañas del hogar y a arrastrarnos a todos con él. Empiezo a escuchar a escondidas, tras las puertas cerradas, conversaciones sobre gestiones y posibilidades y opciones y soluciones. Nunca veo a la señora Dickens entrar ni salir de esas reuniones. Pero en una ocasión sí que veo a Georgina salir con los labios muy apretados y me pregunto de qué habrán hablado ahí dentro.

No sé cómo voy a reunir el valor para decirles, cuando llegue el momento, que he decidido quedarme con la señora Dickens. Que me necesitará. Que, en cierto modo, le debo mi felicidad, por escasa que

sea.

He aprendido mucho sobre el bien y el mar, lecciones amargas y lecciones dulces, y empiezo a pensar, con cierta esperanza, que al menos con esta separación podré encontrar una manera de arreglar las cosas. Si el matrimonio se separa, podré quedarme con la señora Dickens, siempre que ella quiera, y cuidar de ella lejos de las garras de su marido, y recompensarla así por su bondad. Sabe Dios que nunca he tenido gran cosa con la que recompensar a nadie, pero al menos esto sí lo puedo hacer.

Y me produce una sensación agradable, como de paz, que llevo conmigo todo el día como un secreto mientras recorro la penumbra de la casa. Me doy cuenta de que empiezo a ir más a menudo al piso de arriba, a sentarme con la señora Dickens. Ella no tiene ni idea de lo que se avecina, eso está claro. Habla sobre tener paciencia y sobre esperar a que su marido entre en razón, y yo no le digo nada. Pienso esperar a que todo siga su curso. Pero empiezo a pensar en que tal vez juntas, cuando la tormenta haya amainado, la señora Dickens y yo podamos encontrar cierta paz. Siempre nos hemos sentido cómodas la una con la otra cuando estamos a solas. Solo tengo que enfrentarme al señor Dickens. Ya lo he hecho antes, me digo para intentar ignorar los nervios que me reconcomen.

Y entonces, una tarde, estoy en el comedor, limpiando. Las cortinas están echadas, como lo están siempre entre las comidas, para evitar los estragos de la luz del sol, y en la majestuosa sala reina un silencio extraño. Estoy intentando sacarle brillo a la superficie de la mesa, humedeciendo el paño en el bote que contiene la mezcla de cera de abejas, aceite de linaza y lavanda que he preparado en el piso de abajo, cuando el señor Dickens aparece en la puerta.

—Anne, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Por supuesto, señor.

Me enderezo y espero alguna orden práctica, que me diga que organice una cena o que he de recibir a alguien, pero no dice nada, sino que tan solo se adentra en la oscuridad del comedor.

Sobre la chimenea hay un gran retrato de Georgina de pequeña, haciéndose pasar por una aguadora, con una tinaja al hombro, y con ese aire que tiene siempre, como si guardara un secreto que desconoces. En el cuadro no es más que una niña, como cuando llegó a nuestro hogar, cuando el señor Dickens decidió que no podía vivir sin ella. Ahora alza la vista al retrato y después se aleja para dirigirse hacia la ventana, donde toquetea uno de los cordones de las cortinas, como si quisiera enderezarlo.

—Espero que sepas lo mucho que valoro tu amistad, Anne. Después de todos estos años. —Me lanza una de sus miradas penetrantes que te hacen sentir como si estuvieras iluminada por dentro—. Cómo me alegro de que estés aquí con nosotros otra vez, en Tavistock House.

—Por supuesto, señor.

—Hemos viajado por el mundo juntos, ¿no es cierto?

—Por parte de él, señor, sí.

—Claro. Parte de él, sí. —Sonríe—. Siempre sabes cómo ponerme en mi sitio, Anne.

Ah, ¿sí? Eso es lo que quiero decirle, pero tan solo me quedo ahí plantada, en silencio, como siempre, mientras el señor Dickens me contempla ensimismado, con la cabeza en otra parte.

—¿Crees que deberíamos ver más de él? —me pregunta.

—No, señor —contesto—. Creo que yo ya he visto suficiente.

Hay una pausa. El señor Dickens parece estar conteniéndose, como si quisiera decir algo y, por primera vez, no supiera cómo expresarlo

bien.

—Estoy bastante convencido, Anne —dice al fin—, de que voy a necesitarte a mi lado durante mucho tiempo. No sé qué habría sido de esta casa sin ti mientras los demás estamos en Gad's Hill. Has sido valiosísima para mí, incluso en… en los asuntos más delicados.

—Sí, señor —contesto al fin, pensándome bien las palabras.

Permanecemos juntos allí, en ese gran comedor en el que tantas cenas se han celebrado y tantas risas estruendosas se han oído. Me parece como si estuviéramos en una partida de ajedrez, cada uno defendiendo su posición. No pienso quedarme contigo, me digo. No voy a quedarme a tu lado, teniendo que soportar tus estupideces y tu crueldad, ni un solo momento más. Las he presenciado durante toda mi vida, y las he defendido, pero esta vez he tomado una decisión. Y es la correcta, la que tomarían las heroínas de tus historias. La idea me da fuerzas, y me parece que mi concepción del bien y del mal ha provenido siempre, de una manera u otra, del señor Dickens. Y no puedo evitar pensar en que voy a disfrutar de ver cómo le afecta eso ahora, opine lo que opine al respecto. Pero, justo cuando respiro hondo para hablar, me mira desde donde está, junto a la ventana, y hay algo en su mirada que me para los pies.

—¿Cómo está tu pequeña?

Me quedo callada un momento, desconcertada por la pregunta.

—Muy bien, gracias, señor.

—Me alegra mucho oír eso. Es muy lista, ¿verdad?

—Sí, desde luego.

Hago una pausa, a la espera de que se revele el significado oculto de sus palabras.

—Tendrá que ir a la escuela —dice el señor Dickens—. Más adelante, claro.

—Así es.

—Quiero dejarte claro, Anne —añade, asegurándose de no apartar la mirada de mí—, que, mientras trabajes para mí, haré lo que esté en mi mano en ese aspecto.

Siento el suelo tambalearse bajo mis pies. Por supuesto, pienso. Qué tonta he sido. Qué estúpida he sido al final, con lo astuta que me creía. Qué curioso que por un momento haya llegado a pensar que iba a tener la libertad de elegir. Resulta que el precio es seguir siéndole fiel, pase lo que pase. Rechazar a la señora Dickens y no defenderla. Pero la recompensa es que mi Catherine nunca se vea obligada a trabajar como sirvienta. Que tenga la oportunidad de dedicarse a otra cosa.

—Hay un colegio para niñas excelente cerca de tu casa, creo —está diciendo el señor Dickens—. El Collegiate.

—Sí, señor.

—Magnífico, pues. Cuando llegue el momento la matricularé allí.

Pienso en la señora Dickens. En el trato que ha recibido. En que no tiene a nadie que la defienda ni que la acompañe, y nunca lo ha tenido desde que la conozco. En que se apoya y confía en mí, siempre tan perdida. Pienso en las niñas del Collegiate con sus elegantes capas marrones, caminando del brazo por la calle, con las cabezas juntas. Pienso en Catherine, en Jem y en mi Ned, en todas mis traiciones, grandes y pequeñas, y en todas las veces en las que he intentado amar y al final cada amor se ha visto enfrentado a otro.

Asiento.

—Se lo agradezco mucho, señor —le digo.

—Bueno, pues eso es todo. —Se mete la mano en el bolsillo y vuelve a sacarla, como si estuviera aliviado—. Te dejo seguir con lo que estabas haciendo.

Sale al pasillo y me deja ahí, con el paño en la mano, junto a la mesa.

Sumerjo el trozo de tela en la mezcla del bote, con la cabeza gacha, y froto la superficie una y otra vez, sacándole brillo a la madera, como si pudiera eliminar de ese modo la decisión que he tomado y todo lo que se avecina.

KATE

Kate está parada delante de la amplia puerta del despacho, indecisa. La luz del sol se cuela por la ventana del vestíbulo y se proyecta en diversos colores sobre la pared. Kate vacila durante un segundo, se gira hacia las escaleras y luego vuelve a mirar hacia delante, se arma de valor y llama a la puerta notándose los latidos acelerados del corazón en el cuello.

—¿Quién es?

La voz suena cortante.

Casi le vuelven a entrar ganas de desaparecer, de volver arriba, a su sala de estar, como si fuera una niña y estuviera jugando a aquello que solían jugar sus hermanos de llamar a la puerta y salir corriendo. Pero Charles ya ha terminado de escribir por hoy, y estará enviando cartas u ocupándose de algún otro asunto. Es el momento ideal para salvar la brecha que los separa. Y ha de acostumbrarse a ello, teniendo en cuenta cómo están las cosas. Gira el pomo y empuja la puerta.

Charles está sentado delante de su escritorio, inclinado sobre una pila de cartas.

—Venía… venía para ver si podía leer la carta de Walter.

—Está ahí. —Charles señala, sin girarse hacia ella, la mesita auxiliar del rincón sobre la que está el sobre abierto y la carta desplegada al lado—. Está bien. No tienes de qué preocuparte.

Charles no la mira; tan solo saca una pluma nueva, la examina y luego la humedece para probarla sobre el papel secante.

Kate cruza la sala con prudencia y se hace con la carta. Al ver la

letra cuidadosa e infantil de Walter, la agarra con más fuerza. Su hijo. Mira a Charles, encorvado en la silla.

—No sé por qué… por qué tenemos que seguir llevándonos tan mal —dice en medio de todo el silencio.

Charles se endereza, pero no habla.

—Me gustaría… me gustaría que encontrásemos la manera de ser más felices juntos. Fui a ver a Ellen sin rechistar, y no he hablado mal de ti. Jamás, Charles. Con nadie. Y ahora solo quiero… solo quiero vivir en paz. Por el bien de los niños. Y por el nuestro también.

Charles se da la vuelta en la silla con la mandíbula apretada.

—¿Por qué te niegas a ser razonable? ¿Por qué no te vas de una vez?

—¿Irme?

—¡Irte, sí, lejos! ¡A donde no esté yo!

No puede estar hablando en serio. No puede querer hacerles pasar semejante vergüenza, después de todo lo que ha hecho ella para evitar que se desatara un escándalo. Para proteger la reputación de la familia. La reputación de Charles. No, esto es solo otro de sus arrebatos de ira. Kate solo tiene que encontrar la manera de calmarlo.

Da un paso hacia él.

—No he hecho nada malo, Charles. No voy a permitir que los niños lo pasen mal. No voy a dejar que sean ellos quienes sufran las consecuencias. Que carguen con este peso.

—¿Y qué hay de nosotros? —Charles la mira con un gesto de resentimiento—. ¿Qué hay del peso con el que hemos tenido que cargar día sí, día también, durante los últimos veinte años?

—¡Lo único que he hecho es quererte, intentar quererte! Hemos sido bastante felices. Todo lo felices que se puede ser, Charles. —

Kate se sienta, sacudiendo la cabeza, abatida—. No espero que me sigas queriendo de ese modo ahora; ya sé que eso ha quedado en el pasado, y asumiré mi parte de culpa, si es necesario. Solo quiero vivir en paz como tu esposa, que al menos nos tratemos bien y…

—¡No te lo puedo dejar más claro! ¡Que no te quiero, Catherine!

—¡No puedes hacer que desaparezca sin más!

—¡Ojalá pudiera!

—¡Estamos atados el uno al otro! ¡Somos un matrimonio!

—¡Ojalá no lo fuéramos! —Charles se pone en pie, atormentado—. Ojalá nunca hubiera entrado en la casa de tu padre. Pero, puesto que cometimos ese catastrófico error de jóvenes, al menos podemos intentar hallar algo de felicidad ahora, Catherine, por muy tarde que sea. —La mira agotado, implorante—. No me digas que tú quieres seguir con esta situación tan lamentable. Lo digo de todo corazón, Catherine, vete a donde sea, a Europa, a Escocia, a algún rincón de esta Tierra en el que podamos ser libres el uno el otro.

—Pero los niños…

—Pues vete a vivir a Gad's Hill, y yo me quedaré en Londres con los niños.

—No.

Tal vez sea la primera vez que le niega algo de esa forma tan rotunda, tan definitiva. Lo ve alzar la vista y percibe un destello de sorpresa en su rostro.

—No pienso abandonar a mis hijos. ¡No he hecho nada malo!

Su amor por él se ha esfumado y ya es imposible recuperarlo. Pero perder a sus hijos, dejarlos sin madre, sumidos en un escándalo, después de todo lo que ha hecho para protegerlos… Quedarse sin nada…

—He hecho todo lo que me has pedido —insiste—. He ido a la

casa de los Ternan, he aceptado que separemos nuestra vida privada. No voy a molestarte ni a darte problemas. Soy consciente de que a veces te irás, que buscarás consuelo en alguna otra parte, si es eso lo que quieres, pero ¡yo no pienso irme de mi casa! ¡No voy a avergonzar a mi familia de ese modo!

—Los niños se van a quedar conmigo en Londres y tú vas a ir a donde yo te diga, y no quiero oír ni una maldita palabra más al respecto.

—¡No! ¡Si quieres que me vaya, vas a tener que sacarme a la fuerza!

—¡No pienso tolerar esto! ¡No voy a tolerarlo ni un minuto más! —Charles se tira del pelo mientras se acerca y se aleja de la ventana—. ¿O sea que vas a mantenernos aquí atrapados juntos?

—¡No voy a permitir que mis hijos sufran! ¡Jamás!

—Por el amor de Dios, ¿cuándo voy a poder tener un poco de paz?

Charles se deja caer en un sillón. Los dos se quedan sentados, sumidos en un pesar tan profundo que parece envolverlos y unirlos. Ella, con las manos en el regazo, sentada junto a la chimenea apagada. Él, con la cabeza ladeada y los ojos cerrados. Kate le contempla la piel fina como el papel, la papada, los mechones de pelo gris peinados estratégicamente para ocultarse la calvicie. Intenta echar la vista atrás, analizar el modo en que el tiempo ha agriado su relación de una forma tan inexorable, pero no es capaz de identificar los complejos entresijos, los cómos y los porqués.

Siente el impulso de acercarse a él, de acariciarle el hombro como solía hacer, recorriéndole el músculo, aliviándole la tensión que se le acumula ahí con el pulgar hasta que dejaba caer la cabeza hacia atrás con un suspiro. Pero no cambiaría nada. La dinámica de su matrimonio se ha consolidado como capas de roca, una sobre otra,

irrevocable, y esos gestos de ternura son demasiado ínfimos, están demasiado desligados de su significado, como para ablandarla.

Charles se pone en pie, y Kate oye el crujido de sus articulaciones y lo ve estremecerse.

—Voy a pasar la semana que viene fuera. Ya le diré a Georgina cuándo volveré.



A la tenue luz de la tarde, justo antes de que anochezca, una tos amortiguada despierta a Kate. La tos de un hombre, grave y desconocida.

Nada más abrir los ojos, siente un dolor que se le extiende por las sienes. El truco es quedarse inmóvil. No moverse demasiado rápido.

Gira la cabeza con cuidado hacia la puerta del dormitorio, intentando dejar que su cerebro procese el movimiento.

La están observando.

—¿Charles? —pregunta con una voz ronca.

Pero recuerda que Charles no está en casa. Que se ha ido con Wilkie a uno de sus viajes, siguiendo, como bien sabe todo el mundo, a la señorita Ternan por todo el país, de función en función.

—Señora Dickens —le dice la voz. Es una voz dulce, pero no le resulta familiar—. Intente no alarmarse.

Kate se esfuerza por incorporarse y ve la silueta inconfundible de un maletín de médico en la mano del hombre. Pero nadie ha llamado al médico, piensa, y este hombre no es Elliotson.

—¿Se encuentra lo bastante bien como para charlar conmigo?

Le está hablando con detenimiento, enfatizando cada palabra. Kate lo observa, somnolienta, tratando de entender el motivo de su presencia.

—Sí, claro —dice.

Le palpita la cabeza al ritmo de los latidos del corazón; cada pulsación va acompañada de un martilleo doloroso.

El hombre da un paso hacia el interior de la habitación.

—¿Estaba usted dormida?

Se muestra muy cauteloso, como ningún médico con el que haya tratado hasta ahora.

—Sí, lo siento… No logro recordar por qué… ¿Ha venido usted por mis dolores de cabeza? No he mandado llamar a nadie. Lo hemos intentado todo. He ido a Malvern muchas veces a probar la terapia del agua, y las pastillas azules tan solo parecen empeorarlo, así que no creo que…

—No, no es por sus dolores de cabeza —la interrumpe con delicadeza, pero no dice nada más al respecto—. ¿Cómo se ha sentido últimamente, señora Dickens?

La embarga una oleada de emociones.

—Muy bien.

El médico la observa como si estuviera examinándola, precavido.

La asalta el recuerdo de cuando tenía nueve o diez años y fue a patinar sobre hielo con sus hermanos, demasiado cerca de la primavera. Recuerda sus gruesas medias rojas de invierno y un vestido que ya le quedaba corto. Pusiera donde pusiera el peso de su cuerpo, oía el ruido del hielo, rápido y violento, amenazando con venirse abajo, con zambullirla en las profundidades tenebrosas. Se quedó allí paralizada, aterrada, mientras se extendían las grietas en forma de telaraña a toda velocidad a su alrededor, hasta que sus hermanos trajeron una escalera y la ayudaron a tumbarse sobre ella y a arrastrarse centímetro a centímetro hasta llegar a un lugar seguro, quemándose las piernas con el hielo a través de las medias.

Piensa en sus hermanos, en dónde están ahora. George falleció, y los demás están ganándose la vida a duras penas. En las contadas ocasiones en las que van a visitar a Charles, se comportan como cortesanos intimidados, rendidos ante él, riéndose demasiado fuerte.

Trata de reunir todas sus fuerzas.

«¡Imagínate, mi Kate actuando, y actuando increíblemente bien!».

—Bien, bueno —dice con voz animada—. No puedo dejar que me vea en este estado. Pediré que nos preparen el té y podremos hablar como es debido.

—No es necesario —responde el médico—. Por favor, no se moleste.

Kate deja las piernas colgando por el borde de la cama y esboza una sonrisa mientras siente el dolor recorriéndole el cerebro por la velocidad del movimiento.

—Bueno, venga a sentarse al menos, y así podremos hablar bien sobre el motivo de su visita, sea cual sea, doctor…

—Doctor Tuke.

—Doctor Tuke —repite ella, y vuelve a sonreír mientras se sienta en el sillón que hay junto a la ventana. Adopta la misma prudencia con la que la trata él, intentando que sus palabras no dejen entrever el miedo que siente—. No tomaremos el té, pero hablemos al menos.

—Muy bien —responde él, con la misma lentitud extraña—. ¿De qué quiere usted hablar?

—Bueno —dice ella, y se ríe—. Me gustaría bastante saber qué está haciendo usted aquí.

—Bueno, señora Dickens. —La mira fijamente con cautela—. He venido desde Chiswick a petición de su marido para hablar con usted y ver cómo se encuentra.

Kate piensa, de manera un tanto absurda, en cuando Walter solía

hablar en clave de niño, lanzando miradas cargadas de significado, desordenando las letras y las palabras y tratando de comprobar si eras capaz de descifrar los mensajes ocultos.

Mira al médico, con esa cabeza tan redonda, esas cejas tan pobladas y esos dedos gordos apoyados en la mesa, y se siente como si estuviera flotando. Se dice a sí misma una vez más que no está loca. Pero la cordura, cuando se pone en tela de juicio de este modo, es igual de frágil que una telaraña; cuando Kate la sostiene en alto y trata de mirarla, parece que no hay nada en absoluto.

Piensa que tal vez deba permitir que se la lleven sin más. A Chiswick, sea lo que sea eso en realidad. Al lugar en el que las mujeres desaparecen. Charles solo puede ser feliz, feliz de verdad, sin ella. Y los niños solo pueden ser felices cuando su padre lo es. La casa se hunde como una piedra bajo el pesar de su padre. Siempre ha sido así.

Se pregunta qué pasaría en ese caso, si sería peor que esto. Pero percibe un movimiento en algún rincón del pasillo, por detrás de la oreja del médico. La forma redondeada de una cabeza rubia y una manita pequeña y sucia. Plorn. Su hijo menor la está observando con sus ojitos grises, muy serio. Si se va, si permite que se la lleven, si suelta el hilo que los une por el bien de los demás, para ser una de las heroínas de Charles, callada y sufriendo hasta el final, Plorn la perderá por completo. No tendrá ninguna madre a la que llamar para que lo defienda de las paredes.

Baja la vista a sus propias manos, entrelazadas sobre el regazo. Cuando vuelve a levantarla, Plorn ya se ha marchado. Está a solas con el médico, que ahora está inclinado hacia delante en el sillón, con la papada asomando.

Kate toma aire y trata de reunir fuerzas.

—Doctor Tuke —le dice—, ¿está usted aquí para evaluar mi cordura?

Durante un breve y satisfactorio instante, el médico parece sobresaltado.

—Sí —responde al fin—. Su marido está… preocupado por su bienestar. Me ha contado que no es la primera vez que ha sufrido usted esta clase de emociones. Abatimiento. Desesperación. Cierta negatividad.

Cierta negatividad. Quiere decir montones de comentarios ingeniosos, arremeter contra Charles y su preocupación con un toque de ironía.

Pero tan solo dice:

—No estoy loca.

Y las palabras penden en el aire, aún vulnerables.

—Entiendo —dice el médico, observándola con atención—. Por supuesto.

—¡Lo dice como si no me creyera! De acuerdo, pues ¿cómo se lo puedo demostrar? —le pregunta, y vuelve a soltar una carcajada aguda.

El médico mantiene el semblante serio. Kate no soporta la mediana edad, no soporta que sus mejores armas a la hora de ganarse la confianza de alguien, su inocencia, su belleza y su encanto, se hayan desvanecido. Una risita juguetona. Un ligero rubor. Cosas que le salían con tanta naturalidad.

—Tengo que hacerle varias preguntas, si le parece bien —le explica el médico—. Y, después, una vez que esté satisfecho con su estado mental, podré dejarla tranquila por el momento.

—Claro —responde ella tan tranquila, como si le estuviera pidiendo prestada una pluma o preguntándole si puede quedarse a

cenar.

El médico saca unos cuantos papeles del maletín y los reordena con torpeza.

—Tiene usted nueve hijos, ¿no es cierto?

Diez, quiere decirle. Dora también existió. No puede borrarse sin más, como parece que quiere hacer la gente, porque es demasiado incómodo hablar de ella.

—Así es, doctor Tuke.

—Muy bien.

Kate cambia de postura en el asiento, intentando mantener la compostura.

—De acuerdo, siguiente pregunta —dice él, mirando la hoja con el ceño fruncido—. ¿Ha sufrido usted largos periodos de desánimo antes o después del nacimiento de sus hijos?

Kate permanece en silencio durante un momento; tiene la cabeza hecha un lío de recuerdos, de instantes de tristeza que no es capaz de explicar. Durante ese momento todo parece suspendido en el aire, la sinceridad, el engaño y la confianza, todo enmarañado, a la espera de encontrar su lugar en la versión correcta de los hechos.

Cuando el médico se marcha al fin, a Kate se le viene todo encima. Se apoya contra la pared, como si le costara mantener el equilibrio por el modo en que la duda ha afectado su cordura.

—¿Dónde está Anne? ¡Quiero que me traigan a los niños! ¡Quiero a mis niños aquí!

Está casi chillando, tambaleándose hacia el pasillo. Una institutriz sale corriendo escaleras arriba, asustada, llamando a los niños, y Kate va de un lado a otro de la habitación mientras todos se

adentran en la penumbra: primero Katey y después los niños; Alfred, parpadeando tras las gafas, con Sydney detrás; y luego llega Mamie, agarrando a Plorn de la mano, con una mirada recelosa.

—Mis niños. Mis niños. ¡Ay, venid! Está intentando volverme loca. Vuestro padre está intentando… —Se echa a llorar mientras cruza el cuarto hacia ellos, aterrada—. No os lo podéis creer. ¡Por favor, no os lo creáis! Voy a luchar por vosotros. Pienso luchar. ¿Dónde está Anne?

Kate ve que Plorn agarra con más fuerza la mano de Mamie.

—¡Quiere que me encierren, quiere quitarme de en medio! —grita —. ¿Lo entendéis? ¡Quiere que me lleven! Desapareceré, pero debéis saber que no me lo merecía, que no estaba loca. ¡Y no me pienso ir, no pienso abandonaros!

Le agarra la mano a Mamie y se la retuerce, y en ese momento ve su reflejo en el espejo del armario, aún desaliñada tras la siesta, con el pelo revuelto y la cara pálida como el papel. Sí que parece una loca.

Los niños están todos apiñados, pálidos y preocupados. Ellos, moviéndose inquietos. Ellas, tratando de no mirarla. Kate se da cuenta de que le tienen miedo. Su hijos tienen miedo de ella, de lo que Charles y ella se están haciendo el uno al otro. De cómo se están destrozando mutuamente.

—Mamá —dice Katey con voz trémula—. Mamá, a lo mejor deberías descansar.

Kate se sienta en la cama. Y en ese momento llega Anne, sin aliento, como si hubiera estado corriendo.

—Marchaos, marchaos, que no pasa nada —dice—. Ahora se recuperará; ha sido solo un susto. Señorita Mamie, lleve al señorito Plorn de nuevo a su cuarto y prepáreles un té caliente a los demás.

Toma a Plorn del brazo mientras conduce a todo el mundo a la puerta y luego se sienta en la cama, al lado de Kate, para frotarle la espalda como solía hacer durante sus partos, durante el punto álgido de los dolores.

—Ha sido un susto —repite Anne conforme los niños salen del dormitorio—. Ha sido solo un susto.

Cuando el cuarto se queda vacío al fin, le lanza a Kate una mirada intensa con sus pequeños ojos y luego extiende una mano y le acaricia la mejilla.

—Debe irse.

Kate abraza el cuerpo de Anne, frágil como el de un pajarillo, hasta que ambos rostros quedan pegados, rozándose por la frente, y siente el peso de los años que han pasado juntas.

—Se ha ido todo a pique, Anne.

—Debe irse —repite Anne en voz baja, hablándole al oído—. Ya no sirve de nada luchar. No es usted quien tiene el poder.

—Pero mis niños… —Se le quiebra la voz al pronunciar la última palabra—. No me va a dejar llevármelos. Los perderé. Ya los he perdido. Pero tú vendrás conmigo, ¿no, Anne? ¿Vendrás?

Anne la rodea con los brazos en silencio y las dos se quedan sentadas en la cama durante un rato, como solían hacer, mientras las sombras prolongadas del atardecer se extienden por la habitación.



Primero irá a Brighton, con su madre. Ha pedido que Anne la acompañe, pero no se atreve a ir a rogarle a Charles, de modo que la respuesta le llega a través de Mark Lemon. Anne permanecerá en Londres por el momento.

Se aferra a ese detalle: «por el momento».

Georgy también va a quedarse con Charles, en la casa de Kate, con los hijos de Kate. Georgy, de quien Mamie no se separa. Georgy, que complace a su marido. Que mantiene la casa de Kate impecable.

—¿Por qué no vienes conmigo? —le pregunta Kate mientras Georgy está en el dormitorio, viéndola guardar sus últimas pertenencias—. La gente hablará. Ya lo está haciendo.

Pero ambas conocen la respuesta. Georgy no se irá jamás, no podría. Ha convertido esta casa en su hogar; ya forma parte de ella, por lo que, aunque Kate ya no esté, nunca la abandonará. Además, en cualquier caso, Kate se dice que Georgy querrá a sus hijos. Y supone que es mejor eso que dejarlos sin nadie.

—Es mejor así —responde Georgy—. No te lleves los vestidos de invierno. Ya me encargaré yo de que te los envíen en cuanto tengas una dirección a la que mandarlos.

—Lo único que quería era que Anne viniera conmigo —dice Kate, desamparada—. Si al menos pudiera tenerla conmigo en Brighton…

—Por el amor de Dios, Kate, apenas te queda tiempo. ¿Puedes seguir haciendo las maletas en lugar de quedarte ahí protestando por la situación? No es más que algo temporal, mientras se toman las medidas necesarias para la felicidad de todos.

Kate asiente, impotente, y recoge un broche de la mesa. Al ver su obediencia, Georgy parece ablandarse.

—Necesitamos a Anne aquí. Debes esperar a que los hombres decidan qué es lo mejor. ¿Acaso no te parecería egoísta separarla de su hija, Kate?

La ironía la abrasa. Y, aun así, tú piensas separarme de los míos, quiere gritarle. Pero ya se ha pasado de la raya. Cualquier cosa que diga que pueda enfadar a Georgy tan solo empeorará aún más la situación, y es Georgy quien tiene influencia sobre su marido, quien

criará a Plorn y quien se va a ganar la confianza de sus hijas. Quien será, tal vez, el único puente hacia todos ellos, le dice una vocecita.

—Por favor, Georgy. —Kate se gira hacia su hermana de manera impulsiva y la toma de la mano—. Por favor, déjame ver a los niños siempre que sea posible. Pregúntale constantemente si pueden venir a verme.

—Por supuesto. ¿Es que no te ha dejado claro que los vas a poder ver cuando quieras? —Georgy sacude la cabeza y retira la mano—. De verdad, Kate, a veces hablas de él como si fuera un monstruo o algo así.

Kate se da la vuelta hacia el tocador y sigue recogiendo todo lo que guardaba ahí. El anillo con forma de serpiente. Los prismáticos de la ópera con joyas incrustadas, con las iniciales «C. D.» grabadas en el lateral.

—Yo me ocuparé de todo por ti —le asegura Georgy—. Lo he dado todo por esta familia, por tus hijos, y seguiré haciéndolo. No tienes de qué preocuparte. —Recoge un chal de la cama—. Esto es de Mamie, ¿no? Ya se lo devuelvo yo.

—Iba a ir a su cuarto antes de marcharme.

—No, no —le dice su hermana con ese tono obstinado de siempre —. No tienes que preocuparte por eso cuando hay tanto por hacer. Todo esto ya es bastante duro para los niños. No les va a venir bien tanta emoción.

Georgy dobla el chal de flores rojas con esmero hasta formar un cuadrado perfecto.

Kate la observa.

—¿Te acuerdas —le dice de pronto, como si se le hubieran escapado solas las palabras— de que, cuando éramos niñas, me quitabas cosas? Me las robabas y te las guardabas para ti.

Su hermana se detiene con el rostro arrugado por el desconcierto, aún agarrando el borde del chal con esas manitas tan pequeñas.

—No. —Sacude la cabeza—. No, eso no es cierto. Era al revés. Yo te daba cosas.

Las dos se miran; la verdad se halla en algún lugar del espacio que las separa, fuera del alcance de ambas. Kate piensa en lo aterrador que es el hecho de que una pueda decirse a sí misma algo y llegar a creérselo.

Georgy sigue con el ceño fruncido. Se detiene en el vano de la puerta.

—Esto va a ser lo mejor —le dice—. Para todos.



El día en que Kate se va de la casa, es verano y están volviendo a subir las temperaturas. El carruaje está aparcado en la amplia entrada, y las maletas de Kate están apiladas al sol.

Los niños no salen para despedirse de ella. Kate ve las puertas de sus cuartos cerradas al pasar por delante, y en cierto modo se alegra. La despedida sería demasiado desgarradora. Tal vez Charles se lo haya prohibido. En cualquier caso, le ha prometido que irán a verla cuando quieran. Le ha dado su palabra.

Charles también permanece tras una puerta cerrada, en su despacho, escribiendo un nuevo libro. Por primera vez en su vida, Kate no sabe nada al respecto.

—¿Sabes ya cuándo vas a poder venir? —le preguntó a Anne la noche anterior mientras estaban en el vestidor, viendo cómo bajaban las maletas.

Vio la vacilación en su rostro.

—Ya sabe que debemos esperar a que los hombres decidan cómo

serán las cosas.

—Estoy segura de que te dejarán venir a Brighton. Estoy convencida. Le he pedido al señor Lemon que sea muy claro al respecto. Que es imprescindible que estés conmigo.

Anne apagó la lámpara de gas y cerró la puerta con firmeza tras ellas.

—Bueno, bueno, le aseguro que estará bien durante estas semanas y en un abrir y cerrar de ojos se habrá adaptado. La brisa marina le sentará bien.

—Si tienes que quedarte en Londres, también me parece bien —dijo Kate—. Sé que no quieres estar lejos de tu pequeña Catherine. —Le tomó la mano a Anne y se la apretó—. Te esperaré. No me voy a sentir como en casa hasta que no estés allí conmigo.

—Seguro que pronto sí que se sentirá como en casa.

Ahora no ve a Anne por ninguna parte, mientras entra en el vestíbulo y baja la capa del perchero. Debe de estar ocupada abajo. Pero no tendrá que esperar mucho. Solo ha de aguardar a que los hombres terminen las gestiones y Anne irá a buscarla, y empezarán a planificar su vida. Cómo será y cómo sobrellevará la soledad. Gracias a Dios, piensa Kate. Gracias a Dios por esta mujer, por su amistad. Tal vez, ahora que ha perdido todo lo demás, puedan empezar a llamarlo así.

Cruza la majestuosa puerta principal y sale a la luz del sol, y no mira atrás. Ya ha dejado su hogar en numerosas ocasiones. Se dice a sí misma que esta es solo una más. Ha seguido a sus padres de una casa a otra, y luego a Charles de un hotel a otro, de un país a otro, de Broadstairs a Escocia, a París y a Lausana. La suya ha sido una vida de cambios, de hacer y deshacer maletas. De asentarse y mudarse y volver a asentarse de nuevo, y de construir un hogar donde le sea

posible. Tal vez, cuando le hayan encontrado una nueva casa, ya no tendrá que volver a mudarse, y al pensarlo se apodera de ella algo parecido a la esperanza.

Durante un tiempo no tendrá una dirección fija. Primero se alojará en un hotel de Brighton, mientras se preparan los trámites, y luego irá a Londres, al inmueble que dispongan para ella los hombres. El encargado de defender sus intereses es Mark Lemon. A Kate siempre le ha caído bien, con su rostro jovial, su vientre cada vez más prominente y su debilidad por los postres de Kate, pero es amigo de Charles, no suyo. Kate no tiene a ningún hombre que pueda defenderla a ella y solo a ella; no se puede permitir ese lujo. Su madre está preocupada, pero ir en contra de Charles en cualquier asunto sería una locura. Aún no sabe lo que dijo el médico. Solo le queda esperar.

Cuando los caballos se ponen en marcha con una sacudida, Kate retira la cortina para mirar el exterior y se pregunta si verá alguna cara allí fuera, la de uno de sus hijos, quizá, mirando por la ventana. O a Anne, despidiéndose de ella con la mano para reconfortarla. Pero no se ve ningún movimiento en la fachada principal de la casa, que da a la carretera; sus habitantes permanecen ocultos tras ella mientras el carruaje se aleja.



En el soleado paseo marítimo de Brighton, oye los rumores que la gente murmura al pasar. Cuando cena en el elegante comedor del hotel, nota los ojos de los demás clavados en la nuca. Su madre, paseándose por la habitación, furiosa, le cuenta que la gente está hablando de Ellen Ternan y de una aventura con Georgy. El país entero lo comenta. Kate piensa en sus hijos. En que no ha podido

protegerlos.

Apenas sale del hotel, y se pasa los días bordando o leyendo. Esperando. De tanto en tanto llega una carta dirigida a la «señora de Charles Dickens». El nombre la atraviesa, como los colores de un bastón de caramelo. No puede deshacerse de él, no puede arrancárselo, no sabe dónde empieza ni dónde acaba cada uno. No debe; Charles y ella están unidos por Dios, y ningún hombre puede separarlos. Ni el señor Lemon ni su maletín lleno de papeles.

Su madre no deja de insistir en que ella no ha hecho nada malo, que no tiene culpa de nada. Que la han tratado mal, la han humillado de una manera escandalosa, y su marido es un sinvergüenza. Pero Kate quiere decirle que no es un sinvergüenza, que es un buen hombre, un hombre justo, un hombre que vela por los olvidados. Un hombre que canta a sus hijos, un hombre que recorre las calles en busca de historias de aquellos que sufren, un hombre que hace reír al mundo. No consigue hacer que todo encaje.

Piensa en que necesita a Anne. Anne, tan callada y reservada. Anne, que nunca aparece en las historias de Charles, como todos los demás, que nunca lo venera como a un santo, sino que lo observa con mirada atenta. Pero sigue sin aparecer.

Empieza a preocuparse. Los días pasan, cada uno idéntico al anterior. Y sigue sin recibir noticias del señor Lemon. Por las mañanas, se sienta en el balcón a ver las olas alzarse a lo lejos. A los jóvenes y los valientes que se meten en el agua fría. Se ha quedado a la deriva, esperando a que decidan qué hacer con ella. Una esposa sin marido. Una madre sin hijos.

Y entonces, poco después de que el conserje les lleve el correo a la puerta, Kate oye a su madre soltar un grito de indignación y se dirige aturdida hacia ella, que está agitando las finas páginas de una

carta.

—Los periódicos se han hecho con ella.

—¿Con qué?

—Con una carta privada de Charles. —Su madre la mira con una mancha rosa en cada mejilla—. Es horrible, Kate.

Kate extiende una mano temblorosa para recoger las páginas y les da la vuelta para leer las frases escritas en la letra curvada de Charles. Un recorte cae al suelo revoloteando. Kate se agacha para recogerlo.

—Creo que no deberías leerla —le dice su madre, extendiendo la mano para detenerla—. Charles dice que no quería que la publicaran, que era un asunto privado, y te escribe para dejártelo claro. Pero se ha filtrado, Kate, y ahora el mundo entero la verá.

Kate baja la vista a las palabras escritas en la página y se obliga a mover los ojos de izquierda a derecha.

No se reconoce en el recorte.

Charles escribe sobre la tristeza de su matrimonio. Sobre que nunca han sido compatibles. Sobre que, durante los partos, Kate padece un trastorno mental, unas palabras que, aún hoy, le provocan un escalofrío de terror. Sobre que ella ha confesado que no es digna de ser su esposa. Pero lo peor de todo es que allí, en las letras negras del periódico, afirma que su carácter particular, el de Kate, es lo que ha arrojado a todos sus hijos a los brazos de otra persona.

Que ella ha arrojado a sus hijos a los brazos de otra persona.

Deja la carta en la mesa y le parece que va a vomitar.

A veces los dolores de cabeza y el agotamiento la han frenado. Y los viajes, el movimiento constante junto a Charles. Pero eso era lo que él quería, ¿no? Él se lo pedía. Recuerda los rostros pálidos y asustados de los niños el día en que fue a verla el médico. Recuerda

que no la miraban. Que no pudo hacer nada para que no enviaran a Walter al extranjero. Que Katey la llamó «cobarde». Se le acumulan los recuerdos, los gestos de cariño que no les demostró, distraída por la lista de cosas que tenía que hacer, por las tareas del hogar y por el cansancio. Todas las cosas que debería haber hecho, cada día, cada segundo que pasaba con ellos, pero no pudo.

Su madre no para de hablar, furiosa, encendida por la ira, pero Kate apenas la escucha; está concentrada en algo que ha leído de pasada pero que no ha asimilado del todo. Vuelve a sostener en alto la carta con las manos temblorosas.

En ella, Charles habla de Anne.

«Una criada que trabaja para nosotros, que vivió con nosotros durante dieciséis años y ahora está casada». Solo puede tratarse de Anne.

«Más bien una amiga de ambos que una criada».

Se le atascan las palabras en la mente. «Una amiga de ambos».

« … es quien vivió más de cerca nuestra desdicha en Londres, en el campo, en Francia, en Italia, allá donde fuéramos, año tras año, mes tras mes, semana tras semana, día tras día, por lo que podrá dar testimonio de ello».

Anne. Es Anne quien va a declarar en su contra. Cualquiera podría saberlo. Solo puede ser Anne. «Año tras año. Mes tras mes. Semana tras semana. Día tras día». No, piensa Kate. Anne es suya. No la traicionaría. No podría. La envuelve un torrente de recuerdos; llegan a trompicones, entrechocándose, de modo que no es capaz de distinguirlos, ni de saber si algo de lo que recuerda o de lo que siente es cierto.

Fue Anne quien se encargó de dividir los dormitorios. Fue Anne quien actuó por Charles; ahora cae. Anne, que no ha venido.

Recuerda ahora la vacilación en sus palabras, la incertidumbre reflejada en su rostro durante esos últimos meses.

No va a venir. Desde el principio sabía que no iba a venir. Kate siente como si se abriera un agujero en el suelo que está pisando. Charles piensa quedarse con su hermana, sus hijos y ahora además también con Anne. Con tantas opiniones a su favor, ya no hay duda de que su marido debe estar en lo cierto.

Kate se ha sentido sola todo el tiempo. Nunca ha sabido en quién depositar su confianza. A quién escuchar. Solo ha podido contar con Anne. Anne, a quien ha sentido como suya, quien ha cuidado de ella, de su cuerpo, quien la ha atendido durante los partos y ha sido su testigo. Pero ahora, al echar la vista atrás, no recuerda ningún momento en el que Anne dijese algo que demostrase de verdad que iba a estar a su lado mientras sufría. Se ha mantenido en silencio, y Kate ha llenado ese vacío con un cariño imaginario.

Su madre sigue furiosa, protestando y criticando a Charles.

Kate se sienta en el balcón y espera, aturdida, a que la oscuridad se extienda sobre la costa, y a que la rabia de su madre se atenúe. Y, cuando ocurre, la señora Hogarth se queda dormida en la tumbona de mimbre y se le resbala la copa de ginebra de la mano. Kate sale de allí a hurtadillas, con el sombrero bien calado, y se escabulle a la playa, a oscuras, sin que la vea nadie. Se sienta en la pendiente de la orilla y oye el ligero rugido del mar.

Ha abandonado su casa para proteger a sus hijos, ha aceptado esta vida solitaria para mantenerlos a salvo; habría hecho lo que fuera por ellos, si alguien le hubiera dicho qué era lo correcto. Pero, como siempre, se ha vuelto a equivocar, se ha equivocado por completo, y ya no hay remedio. No es capaz de ver lo que tiene delante y siempre va un paso por detrás de los demás.

Se desploma hacia delante, con los ojos irritados por el viento.

—¡Mamá!

Una silueta caminando por las piedras con el frac al viento. Inconfundible.

—¡Charley! —Kate trata de ponerse en pie, abrumada por la sorpresa que le produce ver ese rostro conocido, por el repentino e inesperado torrente de amor—. ¡Ay, mi Charley! Pero ¿qué haces aquí?

—No deberías salir sola. La abuela está furiosa.

—Las dos nos pasamos el día sentadas —contesta, aún sin aliento por el asombro—. Apenas nos atrevemos a salir. Y, además, estaba roncando, y era insoportable. —Kate se ríe, suelta una carcajada abrupta mientras le caen las lágrimas, y Charley ríe también. Los dos vuelven a sentarse sobre los guijarros, uno al lado del otro—. ¿Cómo me has encontrado?

—El hombre de la recepción te vio cruzar el vestíbulo como una fugitiva.

—Lo que soy, supongo.

—No digas esas cosas, mamá.

Se quedan allí sentados en silencio durante un rato.

Charley recoge una piedrecilla y la examina en la mano.

—He venido en el último tren —dice al fin con una voz indecisa.

—¿Por qué, Charley? Si trabajas mañana.

—Volveré temprano.

—¿Lo sabe papá?

—No.

—Tienes que andarte con cuidado, Charley.

Una pareja de enamorados pasa por delante de ellos, con los brazos entrelazados, resbalándose por los guijarros. Charley espera a

que pasen, conteniendo las risitas, enfrascados el uno en el otro.

—He venido a decirte que voy a vivir contigo en Londres. Ya soy mayor de edad, por lo que puedo elegir. Ya no puede frenarme como frena a los demás.

A Kate se le parte el corazón.

—Lo he oído decir cosas de ti —prosigue su hijo—. Que estás… loca, que es imposible tratar contigo. Y no lo voy a tolerar. Es inaceptable.

Ha empezado a alzar un poco la voz. Suena demasiado joven, demasiado infantil para la seriedad de sus palabras.

—Se pondrá hecho una furia.

—No me importa. Él sí que me importa, claro, pero… pero quiere que todo el mundo se crea lo que dice de ti. Siempre va difundiendo rumores como si fueran verdades incuestionables. Y, así, la gente sabrá la verdad.

—Ay, mi Charley… —Le acerca la cabeza hacia ella y nota su peso en el hombro. Cuando siente su pelo revuelto y suave contra la mejilla, largo y oscuro como el de su padre, le entran ganas de llorar —. No puedo dejar que vivas conmigo.

—¿Por qué?

El cuerpo de Kate amortigua su voz.

—No tengo dinero propio ni recursos que puedan ayudarte a prosperar. No tengo nada en absoluto que ofrecerte. —Se aterra de solo pensarlo, como si un foso negro se abriera bajo ella—. Solo tengo su apellido, como tú, pero es un apellido que he… que he ensuciado.

Charley la mira.

—No te voy a abandonar. Todo eso me da igual. Voy a vivir contigo.

—Me ha abandonado todo el mundo, Charley; tienes que entenderlo. No tengo a nadie, y me he ido de casa para protegeros. Ni siquiera tengo a Anne. —Está llorando como una tonta, como una niña, y Charley le ofrece su pañuelo, con las iniciales «C. D.» bordadas en una esquina de la rígida tela—. Ha dicho unas cosas… Ha dicho que os he fallado. ¿Has leído la carta? La gente pensará… pensará que…

—Me da igual, mamá. Me da igual Anne y lo que pueda pensar la gente. Eres la mejor madre del mundo. Siempre lo has sido. Y ahora voy a apoyarte.

Kate piensa en la cantidad de lágrimas que ha derramado por su hijo. Sus enfermedades, sus pesadillas, las veces que tenía que convencerlo para comer, la preocupación del principio por si no la quería por no poder alimentarlo. Por que no estuviera a la altura de las expectativas de su padre, que fuera demasiado dócil, demasiado lento, demasiado parecido a ella. Lo ha abandonado en incontables ocasiones a lo largo de los años, siempre anteponiendo su deber para con Charles. Pero es él, precisamente él, quien se quiere quedar ahora a su lado.

—No hay nada que puedas decir, mamá. Ya lo he decidido. No te voy a dejar sola.

Kate lo estrecha contra sí y se queda ahí sentada, con el brazo de su hijo sobre el hombro, ante la oscuridad del mar.

PARTE OCHO

KATE

Pudín suizo

En muchas partes del continente, además de en toda Suiza, se suelen colocar capas de migas de pan y rodajas de manzana, intercaladas con azúcar, hasta llenar por completo el molde. La capa superior ha de ser de migas. Luego, verter mantequilla derretida por encima y hornear.

Su nueva casa está en las afueras. En Camden, en la zona menos deteriorada, donde los pequeños chalés bordean las avenidas sombreadas y por donde parece que no pasa nadie, salvo por motivos de trabajo. Una tranquila calle en forma de medialuna, no muy lejos del zoo que tanto les gustaba a los chicos. Los recuerda correteando con sus trajecitos a medida hacia los osos polares impasibles y las serpientes enroscadas y furiosas. Cuando deja abierta la ventana del dormitorio, como la tiene ahora por el calor, a veces oye el rugido ahogado de un león a lo lejos, más allá de las vías del tren.

Está tumbada en la pequeña cama, con los ojos cerrados y aguzando el oído. En el vestíbulo, en el piso de abajo, el repentino estruendo de la aldaba de la puerta la sobresalta. Qué raro, piensa. Es demasiado tarde para que venga el cartero, y el repartidor ya ha pasado por allí.

Se levanta con cara de sueño y se acerca a la ventana, aparta las cortinas con cautela y entorna los ojos para mirar la calle.

Efectivamente, ve a una mujer alejándose. Se parece a Anny Thackeray, piensa, sorprendida. La hija pequeña de William. Sí. Reconoce su capa, la capa rosa oscuro que tanto le gustaba. Es Anny,

está convencida. ¿Qué querrá?

Se cubre con la bata y sale con sigilo al descansillo.

Sobre la alfombrilla que hay bajo el buzón ve una tarjeta blanca.

Baja al vestíbulo, agarrándose a la barandilla mientras sus rodillas se quejan, como siempre, y se agacha delante de la puerta principal para recoger la tarjeta.

Es una tarjeta de visita, con un borde azul elegante.

Señorita Anne Tackeray, reza. Le da la vuelta en la mano para examinarla. Le resulta un objeto extraño, procedente de otro mundo, el mundo exterior, que se desarrolla al otro lado del seto de esa casa de Camden, más allá del final de Gloucester Crescent.

Es como si ella, Kate, no fuera una persona desterrada, con quien no se ha de tratar, y pudiera esperar recibir una tarjetita respetable de una personita respetable que regresa ahora por el camino de entrada, despreocupada, para seguir con su vida como si haber ido a esa casa no tuviera ninguna importancia.

La casa de una madre cuyos hijos no van a verla.

¿Por qué habrá ido hasta allí?

Se ve de pasada en el espejo del pasillo, cetrina y flácida, con la bata y el pelo despeinado. Como una mujer de un cuadro, uno de esos de la Real Academia de las Artes, que cuentan una historia. *El hogar infeliz. El ajuste de cuentas*. Óleo y tonos apagados. Mujeres fracasadas.

Se lleva la tarjeta al salón y la tira a la papelera antes de irse al sofá y tumbarse con los ojos cerrados. Luego se vuelve a levantar, se acerca a la papelera y recupera la tarjeta.

Vacilante, se dirige hacia el escritorio, que aún no ha abierto siquiera, y saca una hoja de papel de una pila intacta. Charley las encargó para ella meses atrás, con su nueva dirección impresa en

tinta negra reluciente en la parte superior. Desenrosca con esfuerzo la tapa del nuevo tintero y moja la pluma.

«Muchas gracias por tu tarjeta. Estaré en casa mañana para recibir visitas entre las tres y las cinco».

Deja la mano suspendida en el aire durante un momento y luego añade:

«Atentamente, señora Catherine Dickens».

Llama a Sarah, la criada, que aparece azorada y polvorienta, y sorprendida por que la necesite en pleno día.

No hay nada en casa. Va a tener que ir a comprar algo. Pero Kate lleva sin salir, sin sobrepasar los límites de su calle, desde que llegó. Siempre manda a Sarah a hacer recados o le pide a Charley que le traiga cosas. Le cuesta demasiado, incluso ahora. Y Charley ha vuelto a Gad's Hill y estará allí hasta la noche, caminando por la cuerda floja entre las dos familias, logrando, como solo él sabe hacerlo, mantener la paz con ambas. No puede culparlo por querer escaparse. Con el calor de mediados de agosto, el hedor del río es tan espantoso que han cerrado el Parlamento. Se extiende por la ciudad hacia Camden, se cuela por las ventanas y se queda suspendido en el aire, que no corre. Durante un breve y doloroso momento, piensa en la brisa de Kent. En la gran casa de ladrillo rojo y los campos a lo lejos. Y luego manda a la criada con el billete y la lista de la compra, y vuelve al salón.

De pronto le parece vacío y descuidado. Mañana recogerá flores del jardín. La criada no ha ordenado bien las cosas ni ha limpiado como es debido. Recoloca el mantel y acaricia el cuadro que pintó Katey para ella. Piensa que tal vez quede mejor junto a la ventana, para que le dé la luz.

Al día siguiente, al oír el chasquido de la puerta principal cuando

Charley se va a trabajar, se levanta. La criada, desconcertada, escucha las instrucciones que le da Kate mientras ella entra en la cocinita y echa un vistazo a lo que tienen en casa. Las estanterías repletas, los frascos con sus hierbas aromáticas y especias intactas, las ollas, las cucharas y la báscula, a las que apenas ha prestado atención. En la mesita hay azúcar, harina y huevos, todo precintado, a la espera de que los use. Inspecciona la escena. Sí, piensa. Esto servirá. Después saca un bol ancho y esmaltado, y se pone manos a la obra.

Más tarde, mientras se doran las galletas de mantequilla, saca del armario un jarrón que sigue envuelto en su papel de seda protector. En el jardín, se pone de puntillas, hurga entre las espinas en busca de un par de rosas que no estén demasiado marchitas y las corta con un cuchillo de cocina.

A las dos menos diez, se lava la cara, se arregla lo mejor que puede, se pone un broche en el chal y luego lo cambia por otro. Se sienta en el salón, muy rígida, en una silla con el respaldo alto, y aguarda. Piensa en la posibilidad de hacer una pantalla para la chimenea de esta habitación, si logra encontrar sus bordados entre las cajas que están arriba, sin abrir. Azules y verdes. Mientras espera, para entretenerse, lee lo último de la señora Gaskell. Se da cuenta de que lleva meses sin leer. Cuando la aldaba de la puerta atraviesa el silencio poco después de las tres, se sobresalta.

—Señora Dickens. —Anny, sonrojada y sonriente, le agarra las dos manos, y Kate siente el cariño del gesto—. Santo cielo, cómo te he echado de menos.

Kate nota las lágrimas a punto de brotar, pero las contiene.

—Pasa, Anny, querida, y tomemos el té.

Charlan sobre la obra que Anny fue a ver el viernes. Sobre una

pareja que se ha prometido hace poco. Sobre el nacimiento del primer hijo de unos amigos. Un niño gordo como un ceporro, dice Anny riendo, y bastante feo, pero la madre está bien. Sobre las cosas normales de la vida, como si el mundo no hubiera llegado a su fin después de todo.

Cuando llega la hora de marcharse, se detiene en el vestíbulo y vuelve a tomar a Kate de las manos.

—Nunca podría creerme nada malo de ti —le dice—. Jamás. Durante toda tu vida, siempre has sido amable conmigo. Y con mucha más gente. Has cuidado de todos nosotros, y has sido muy bondadosa con nosotros, por lo que no vamos a permitir que te traten mal.

Kate no es capaz de hablar; tan solo asiente, un gesto breve y minúsculo que contiene toda una vida de emociones.

—¿Recuerdas aquella vez —le pregunta Anny—, en Devonshire Terrace, que perdí una muñeca y apareció en la conejera, porque Sydney la metió allí, creo, y estaba hecha un desastre porque los conejos le habían mordisqueado la ropa? Tú le hiciste un vestido nuevo y una cinta a juego con la tela que tenía en el cajón. Y siempre nos consolabas a Minny y a mí cuando los niños se burlaban de nosotras. Siempre nos dabas chocolate. Siempre tenías algo amable que decirnos. Cuando nos daba vergüenza algo o estábamos tristes, siempre te dabas cuenta.

Por entonces, Kate no le había dado demasiada importancia a aquellos momentos. Apenas había reparado en ellos.

—Charles ha escrito cosas horribles sobre mí —dice, titubeante.

—Pero yo te conozco.

Kate le da un abrazo repentino y torpe a Anny. Cuando se separan, la chica se pone los guantes y le sonríe.

—¿Podría traer a Minny a tomar el té alguna tarde? Seguro que le encantaría ver a la tía Kate.

Una vez que cierra la puerta de entrada, Kate se dirige a la despensa, donde aún hay algunas cajas de la mudanza sin abrir. Rebusca en su interior, desenvolviendo objetos que le traen recuerdos. El juego de té que ha traído de Tavistock House está un poco descascarillado, y tampoco le encanta el diseño. Piensa que también le vendría bien un nuevo soporte para tartas, uno en el que quepa una tarta más grande. Se permite pensar, vacilante, sobre el tipo de soporte que querría tener. Tal vez el que vieron en aquel escaparate en Rockingham, con sus espirales doradas, tan delicado y bello, pero que a Charles le pareció demasiado extravagante. Ahora podría tenerlo, si quisiera. La idea casi le saca una sonrisa.

Si las hermanas Thackeray acaban yendo a tomar el té, tal vez les apetezca comer esas tartaletas de mermelada que tanto adoraban de niñas. Eran las favoritas de Alfred. La asalta un recuerdo de Alfred, con dos o tres años, sentado a la mesa con la boca toda pringosa. Trata de apartarlo al instante; es demasiado doloroso, e intenta centrarse en calcular cuánta mermelada le hará falta. Piensa en las moras que hay en el sendero. Podría salir. No tiene por qué verla nadie. Se incorpora con pesadez.

Siente un ligero revoloteo de esperanza en el estómago.

Al día siguiente, le escribe al señor Lemon y le pide con insistencia poder ver a sus hijos.

Cuando llegan, es como si llenaran el espacio de aire. Disfruta de ellos, intenta empaparse de ellos, como si pudiera hacer que esa única hora compensara todas las demás.

Ha preparado tartaletas de mermelada de tres colores; el día anterior se lo pasó en la diminuta cocina, con los albaricoques, las

moras y las fresas, sudando ante la cacerola de mermelada. Ahora observa a sus hijos y siente esa vieja y familiar punzada de satisfacción al ver cómo disfrutan al comérselas, con las migas en los labios, yendo a por otra nada más acabar. Hablan de la escuela, de Gad's Hill, de los partidos de críquet y de las obras de teatro, y Kate siente como si estuviera observando su propia vida a través de una ventana.

—A lo mejor podéis venir después de la clase de piano —les dice a Katey y a Mamie—. Es el sábado, ¿no? Me aseguraré de estar en casa.

Su profesor de piano vive en la acera de enfrente. Kate no ha mirado por la ventana ningún sábado hasta ahora, porque teme el dolor que le pueda causar la presencia de sus hijas, o, peor aún, su ausencia.

—O, al menos —añade al momento, al percibir su vacilación—, si estáis demasiado ocupadas, puedo mirar por la ventana, y podemos saludarnos, pero, si al final sí que tenéis tiempo para tomar el té, pasaos por aquí. Venid, ¿eh? Puedo preparar más tartaletas.

Pero la promesa de las tartaletas es demasiado infantil. Sus hijas ya no son niñas pequeñas. Ahora son mujeres, sentadas en el borde de las sillas, tristes.

—Es que papá está… Cuando las cosas se calmen un poco más en casa —le dice Mamie.

—Pero dijo… —replica Kate, entrando en pánico— dijo que podíais verme cuando quisierais. Os permite venir a verme, ¿no? ¿Katey?

—Sí, claro —contesta su hija con cierta melancolía—. Por supuesto, podemos verte cuando queramos.

—Bueno, pues intentadlo, entonces. —Kate sonríe y les sirve más

té—. Yo estaré aquí, en cualquier caso.

—Claro, mamá.

Cuando llega la hora de despedirse, Kate los ayuda a recoger los abrigos y estira el brazo por instinto para alisarle el pelo a Sydney en el vestíbulo.

—¿No te sentirás sola sin nosotros? —le pregunta su hijo, alzando la vista hacia ella.

—Ay, Sydney. —Le cuesta obligar a su boca a articular las palabras, pero persiste como si estuviera caminando a través del barro—. ¡Voy a estar de maravilla aquí con Charley! Y además tengo tu magnífico dibujo para admirarlo. Y el gatito. ¿Cómo lo puedo llamar?

—Me gustaría venir a vivir contigo.

—Calla, Sydney —le dice Mamie al momento, pasándole el brazo por el hombro con firmeza—. No digas tonterías.

—No son tonterías. Quiero vivir con mamá, como Charley —insiste con determinación.

—No es posible, y tienes que dejar de pedirlo.

—¿Por qué no?

—Porque a papá no le haría ninguna gracia —dice Mamie con el semblante impasible—. No vuelvas a pedirlo.

Cuando salen y recorren el camino de entrada en dirección al carruaje que los espera, Kate levanta la mano para despedirse por la ventana, y sus hijos le devuelven el saludo, y es peor, quizá, que si no lo hubieran hecho.

Cuando llega el sábado, mira con cautela a través de la gasa que ha colgado delante de la ventana que da a la calle, que está desierta, sumida en la calma de la tarde. Los árboles están cargados de hojas que han salido con la llegada del verano. Las glicinas bordean las casas, inmóviles y aromáticas.

Quizá hoy no tengan clase después de todo. A veces el profesor se va de viaje por el continente para dar conciertos. O va a tocar en el recién inaugurado Wigmore Hall. Y, por supuesto, Kate, no puede saber si está en casa o no. Se prepara para que no aparezcan. Para el silencio de la calle.

Y de pronto percibe un movimiento y ahí están, doblando la esquina. Le da un vuelco el corazón al verlas. Sus dos niñas, tan mayores. Mujeres, en realidad, con una belleza cada vez más acentuada, definiéndose tras la incertidumbre de la adolescencia. Katey cruza la calle a paso ligero, meciendo un brazo, alta y llamativa con su vestido verde. Mamie la sigue, más rellenita y vacilante, ajustándose el chal con delicadeza. Incluso a pesar de lo mal que ve, las distingue. Las podría distinguir en cualquier parte. Podría distinguirlas por el sonido de sus pasos, la forma de sus cuerpos, su manera de andar. Suben los escalones de la casa blanca de enfrente deprisa, con la cabeza gacha. Kate pega una mano al cristal por instinto. Pero sus hijas no se giran hacia ella. Mamie llama a la aldaba cobriza y la puerta principal se abre para engullirlas y luego se cierra con fuerza tras ellas, como si nunca hubieran estado allí.

Ya vendrán a verme luego, piensa Kate.

Se sienta en el sillón e intenta leer durante una hora, pero se distrae y tiene que releer la misma página una y otra vez, obligándose a encontrarles sentido a las palabras. Luego se levanta y vuelve a acercarse a la ventana mientras se frota las manos con las faldas. La puerta sigue cerrada.

A lo mejor ya se han ido y no las ha visto. Piensa en escribirles una carta para invitarlas formalmente, e incluirá a Georgy, para que sepan que la invitación es para todas las semanas. Quizá crean que

no está en casa, o puede que no quieran molestarla. Debe dejarles claro que no es ninguna molestia. En absoluto. Puede que no lo se haya expresado con claridad. Se dirige al escritorio y toma una hoja de papel con membrete de la pila, que va menguando.

Señora de Charles Dickens.
Gloucester Crescent, 70.

Mis queridas niñas…

Ya la enviará después de prepararse algo reconfortante con lo que tenga en la despensa. Galletas o crema italiana. Y, aunque tenga planes, alguien a quien visitar, un recado que hacer, todo organizado meticulosamente para estar lo bastante ocupada, mantendrá en todo momento la esperanza de que vuelvan a verla. Eso es lo que Charles le ha dicho. Que permitirá que vayan a verla cuando quieran. Le ha dado su palabra. De modo que aguarda, esperanzada, aguzando el oído en el silencio de la tarde.

ANNE

Tavistock House está sumida en un silencio extraño. Incluso los perros están más callados que de costumbre. Los niños están en sus dormitorios. Georgina va de una habitación a otra con la boca fruncida como si no hubiera nada más que hablar. Se sienta delante del escritorio del saloncito por la mañana y responde la correspondencia del señor Dickens, apartando cualquier referencia a su esposa antes de que le llegue hasta él.

Los niños tienen prohibido hablar de ella, incluso los días en que van a visitarla, algo que no ocurre a menudo. El castigo es arrebatarles este o aquel objeto preciado y obligarles a pasar la tarde encerrados en sus habitaciones, humillados. El señor Dickens no tolera que nadie pronuncie su nombre. Y, aun así, su ausencia resulta tangible. Su fantasma deambula por la casa, por más que él intente ahuyentarlo. Está en el cojín del sillón, donde aún se ve la marca de su silueta. En un bordado inacabado, en recetas suyas que se cocinan y se comen sin ningún comentario. En los sollozos largos y graves de Plorn, cuando llora en su cuarto por su madre.

Durante un tiempo, me digo que voy a hablar con ella. Para contarle que no quería abandonarla, pero no he tenido elección. Pero no puedo escribir algo así por miedo a que descubran las palabras plasmadas en el papel. Y no puedo ir a visitarla por miedo a que me vean. Podría enviarle un mensaje a través de Charley, pero no me atrevo.

El silencio de la casa es tan intenso que a todos nos cuesta respirar, y sé perfectamente que un solo paso en falso me podría costar todo

por lo que me he sacrificado. Y, cuanto más tiempo pasa, más vergüenza siento.

Más o menos una semana después de la marcha de la señora Dickens, noto que las criadas me observan de reojo y apartan la mirada en la sala del servicio. Se callan en cuanto me acerco, y bajan la vista a un papel que alguien ha dejado sobre la mesa. De modo que leo lo que hay escrito en él.

Por supuesto, pienso. Por supuesto que es así como acaba todo esto.

Todo este tiempo he pensado que la señora Dickens era su marioneta, pero resulta que siempre he sido yo. Me creía demasiado astuta para caer en su trampa, pero me ha estado usando a su antojo. Ha tergiversado mi opinión según sus propios intereses, ha puesto palabras en mi boca que yo nunca he dicho y ha difundido por todo el mundo mensajes en mi nombre para que todos los lean. Y no puedo borrarlos.

Cualquiera que se acerque demasiado a él queda en sus manos; con sus textos, nos moldea a su antojo. Describe a los niños como perezosos y despistados, y en eso se convierten. A su esposa, como una mujer aburrida, y eso es lo que acaba siendo. A Georgina la convierte en su fiel mascota, y así no lo abandonará jamás. Incluso la casa que vio de pequeño ha terminado siendo suya; la ha sometido para que se ajuste al final que él busca, en el que se recompensa a los virtuosos, se expulsa a los necios y los trabajadores obtienen lo que se merecen.

¿Y qué hay de mí? Mi lealtad a lo largo de todos estos años ha quedado ligada a su historia, y no a la de ella. Esto es lo que la gente recordará de mí, si es que recuerdan algo o les importa siquiera. Que lo elegí a él. ¿Y acaso no es cierto? Incluso a mí me cuesta diferenciar

mi propia historia de la que él cuenta sobre mí, y eso es justo lo que Dickens quiere.

Doblo la hoja de papel y vuelvo al trabajo en silencio, ya que para eso me pagan. No hablo con los criados curiosos e ignoro las miradas insistentes de los niños. Incluso Katey, con el mal genio que tenía antes y lo mucho que defendía a su madre, parece ahora apagada, demasiado triste como para enfrentarse a mí.

Intento no pensar en la señora Dickens. Dejo de pronunciar su nombre, de pensarlo incluso. Cuando encuentro algo que se ha dejado en la casa, lo aparto y lo escondo, tal y como hice con mi propio hermano tantos años atrás, como si nunca hubiera existido, como si también pudiera hacerlo desaparecer a él. Pero, cuando encuentro el collar que solía llevar a menudo abandonado en un cajón, el corazón de piedra blanca y fría colgado de un cordón de cuero, lo aprieto con fuerza y me permito preguntarme, solo por un momento, cómo se las arreglará para vivir sin todas las personas y las cosas que ama, y qué pensará de mí ahora.

KATE

Cuando empiezan a llegar visitas a Gloucester Crescent, emergiendo una a una de su silencio incierto, Kate se guarda las tarjetas de visita que recibe y crea un álbum con ellas, con las letras Cartes-de-visites grabadas en la portada, en una caligrafía plateada y serpenteante. Anny Thackeray aparece en la primera página. Luego Cruikshank, Tennyson, Bulwer-Lytton, Augustus Egg, Caroline Norton, Harriet Beecher Stowe… Le escriben dedicatorias o le dejan fotografías, a la antigua usanza, como en la casa de su infancia. Cada una es un símbolo de fe. Piensa en lo sola que se ha sentido todo este tiempo, y resulta que estaba rodeada, sin saberlo, de gente que le tiene cariño. Que se fijaban en ella cuando estaba al lado de Charles, y no la consideraban aburrida en absoluto.

Entre las personas que van a visitarla se encuentra su hermana Helen, la bebé que dejó en casa de sus padres años atrás, cuando se casó con Charles. Ahora es una mujer hecha y derecha de veintidós años. Apenas se conocen, ya que pertenecen a los extremos opuestos de la camada.

Helen deja los pies en el reposapiés y mira a Kate con la cabeza apoyada contra el respaldo del sillón. Tiene el pelo del mismo tono marrón claro que Georgy, pero con los rizos de Mary. No tiene su acento escocés. Ha pasado toda la vida aquí, en Londres.

—No deja que nadie hable de ti, ¿sabes? No permite que se pronuncie tu nombre.

—Está haciendo como que no existo, supongo.

—Pues debe de ser un fastidio para él que sí existas.

Kate la observa.

—Ojalá hubiéramos estado más unidas todos estos años —dice con timidez—. Mientras estabas creciendo. Siento que no haya sido así.

—Estabas siempre muy ocupada. Lo intenté en un par de ocasiones, pero estabas viajando, o descansando, o recluida, y Georgy estaba siempre ahí mirándome con mala cara. Y luego, cuando se celebraban fiestas, siempre había mucha gente y los niños querían que jugara con ellos.

Kate recuerda el alboroto de aquellos días, cuando Helen aún le parecía una más de los niños, subiendo las escaleras a toda prisa para ver a los gatitos recién nacidos o hacer estrellas de papel. Ahora piensa en la cantidad de cosas en las que no reparó, enfrascada en sus propias preocupaciones y nerviosa, siempre, por Charles.

Cuando menciona a Charles y a Georgy, incluso de pasada, su hermana se pone furiosa. Tiene la integridad de su madre y la mordacidad de Mary.

—Vas a manifestarte en el Parlamento —bromea Kate en voz baja — con una pancarta que diga ¡Abajo el señor Dickens!, y te van a detener por activista.

Cuando Helen está enfadada, no es necesario que lo esté también Kate. Es como si le quitaran un peso de encima y cargara con él otra persona, como ocurría hace años, cuando estaba Mary a su lado. Pero ahora, en cualquier caso, no está segura de si está enfadada; no está segura de qué siente siquiera. Lo único que sabe es que, escondidas debajo de la cama, para que nadie las vea, siguen guardadas las cartas que Charles le envió, junto con su pequeño anillo de piedras azules y su primera cofia de casa, que ahora está amarilleando, envuelta en papel de seda, en el costurero de madera

que le dio él como regalo de boda. Una caja de pruebas. Para recordarse, en los días grises y extraños, que la quiso.

Sus palabras siguen escritas con una letra inclinada, apretada e irrefutable en la página: «Sin ti, nos falta algo».

No se trata de una historia de fantasmas. Es la verdad. Era la verdad, hasta que la verdad se bifurcó en dos caminos distintos.

Él también tendrá sus cartas en alguna parte, se dice Kate. Todos sus textos escritos con esmero y esperanza. «Mi querido Charles. Queridísimo Charlie. Al Inimitable, de parte de la Amada». Y tal vez un día la gente las lea también. Y vea qué ocurrió entre ellos. Se queda más tranquila sabiendo que están en alguna parte, con todos los secretos de ambos. Con todo su amor.

Cuando Helen descubre que Kate no se puede permitir comprar un piano, le envía cartas furiosas a Charles en las que lo amenaza con delatar sus fechorías. Él la maldice y envía misivas amenazadoras a su madre, en las que le habla de emprender acciones legales. Y luego le manda a Kate un cheque por valor de cien libras que cae suavemente sobre el felpudo. Con él, con el corazón acelerado, se compra un pequeño pianoforte de segunda mano y se asegura de que el señor Lemon le comunique que agradece el gesto. Por si acaso.

Por las tardes se sienta ante él y toca canciones escocesas alegres, las que tanto le gustaban a su padre. Pisotea el pedal y golpea las teclas con fuerza, poniéndole todo su entusiasmo, mientras Helen canta y deja escapar gritos estridentes que le sacan una sonrisa a Kate. En esos momentos el tiempo parece distorsionarse de una forma extraña, como si el presente y el pasado transcurrieran a la vez. Cuando cierra los ojos, podría tener diecisiete años. Podría estar con Mary.

—No voy a dejar que te vengas abajo —le dice su hermana mientras se pone los guantes en la puerta.

—No me estoy viniendo abajo.

—Así me gusta.

Helen le pone la mano en el hombro y se lo aprieta un poco.

—Volveré para comprobarlo.

Mira a Kate con los ojos entornados y luego asiente con la cabeza con energía y enfila el camino con las zancadas de su madre. Kate ve a su hermana alejarse hasta que dobla la esquina y desaparece de su vista. Se queda allí de pie durante un momento, aún dándole vueltas al pasado. Y luego cierra la puerta de entrada y vuelve a la cocina, pensando ya en las rosas que va a poner en agua.

ANNE

Una tarde de otoño, el señor Dickens vuelve a casa solo. Lo veo por la ventana, remangado hasta los codos, encendiendo un fuego en el jardín, uno más grande de los que podemos encender dentro de casa. Dispone la leña, añade periódicos viejos en los huecos y lo prende todo con una cerilla. No tarda en arder. Luego entra en la casa, en su despacho, que da al jardín, y saca sus cartas, montones y montones de ellas atados con cintas.

—Ayúdame, Anne.

Es una orden, no una petición. Me pongo manos a la obra de forma automática y recojo las pilas de cartas, tan pesadas como ladrillos.

Entre los dos acarreamos todas las cartas que ha recibido jamás, miles y miles de palabras que se extienden por los papeles como insectos negros, azules y morados. Entre ellas veo las de Kate, inconfundibles. «Mi querido Charles». Una letra infantil sobre un papel de carta amarillento de los Hogarth. Vislumbro fragmentos de ellas, los detalles de unas vidas entrelazadas, de la familia, los viajes, los criados y las casas; una mala noche, una pared que hay que pintar, un dolor de muelas.

Tiramos los montones a la hoguera, uno tras otro. El señor Dickens tiene el mismo aspecto que cuando sacó el pastel de ciruela del sombrero y todos los niños se quedaron boquiabiertos, y los adultos también, yo incluida, pero esto, por supuesto, es el truco opuesto. Está haciendo desaparecer algo. Es la manera de dejar tras de sí tan solo su voz. La gente ya está poniendo en duda la carta con mis

palabras que ha dado la vuelta al mundo. Se rumorea que no se ha hecho ningún favor. Que se queja demasiado. Por lo que ahora quiere tener la última palabra. Sobre ella, sobre sí mismo, sobre lo que les sobreviva.

El viento sacude las cartas, que revolotean bajo el calor abrasador, y, cuando las llamas empiezan a envolverlas, cada página tiembla y se ennegrece y se enrosca hasta desaparecer. Las palabras de ella se alzan en volutas hacia los edificios y se esfuman.

KATE

Un día, Helen le lleva un libro con recetas metidas entre las páginas que ha rescatado de la casa de Brompton tras la muerte de su madre. Kate va pasando las páginas amarillentas con los pies apoyados en el reposapiés, acariciando las manchas y las salpicaduras con los dedos. Empieza a preparar de nuevo los viejos dulces escoceses que a Charles no le gustaban mucho. Tiene la cocina llena de bloques de mantequilla, pasas y sultanas jugosas, canela, nuez moscada y clavo. Por primera vez desde la época de Furnival's Inn, por primera vez en veinte años, prepara una cena completa de principio a fin, sin ninguna cocinera que la observe con los labios fruncidos. Pescado al horno y pudín suizo, la receta que aprendió en Lausana y que aún le sabe al aire fresco del lago. Charley tiene que quedarse hasta tarde en el trabajo y Helen está ocupada, pero pone la mesa de todos modos y se come ambos platos mientras lee el periódico.

Empieza a salir a solas; acude a reuniones privadas en las que la gente la trata con cariño y evita mencionar a Charles, supone que por consejo de los anfitriones. Nadie se queda mirándola con la boca abierta, como temía. Cada noche, se sienta en la cama con el pelo recogido en unas trenzas y escribe sobre lo que ha hecho en su diario: «Una cena alocada en la casa de los Hardmans», cuenta. «¡He bebido champán por primera vez desde hace años!».

Brooks, el dramaturgo, le envía entradas para las funciones inaugurales de sus obras. En dos ocasiones las rechaza, incapaz de soportar la idea de tener todas las miradas clavadas en ella mientras

entra en el teatro. Pero la tercera vez se arma de valor y acude. Al entrar, oye murmullos por aquí y por allá, pero mantiene la vista clavada en los diseños de la moqueta, para no fijarse en si alguien la está mirando. Y, cuando la obra comienza, y ya nadie puede verla, se queda allí sentada sola, riéndose a oscuras.

Todos sus hijos se van. A India. A Australia. Por supuesto, a ella no se le permite opinar sobre los planes que traza Charles para ellos. Solo se entera cuando van a tomar el té con ella y se lo cuentan, titubeantes, con las mejillas sonrojadas y nerviosos. No tiene permitido despedirse, pero quizá sea lo mejor. Y tampoco le dicen las fechas; cuando Kate se lo pregunta, los chicos parecen aterrados. Solo queda Charley, pero, por supuesto, se casa. Con la agradable chica que Kate quería para él. Está convencida de que les va a ir bien. Charley está destinado a ser feliz.

A veces Kate piensa que su marido no soporta a sus hijos. No los traga. A su Alfred, tan bonachón; a su Henry, tan sensato y desgarbado, con esas extremidades tan largas, y miope, como ella. A Plorn, a quien ahora Kate apenas conoce. No son lo bastante inquietos para él. Lo bastante ambiciosos. Se le parte el corazón por ellos, al igual que cuando se fueron a estudiar a Francia, ansiosos por demostrar su valentía. Esforzándose al máximo por no llorar para que su padre les dijera que eran unos hombres estupendos, que estaba orgulloso de ellos.

A Anne no la ve nunca.

Podría preguntarle a Charley cómo le va, pero, por alguna razón, cuando tiene ocasión de hacerlo, no consigue que le salgan las palabras. Tan solo sabe que, de tanto en tanto, recibe algo. Un ramo de flores secas delante de la puerta el día de la boda de Katey con Charlie Collins, a la que, por supuesto, ella no estuvo invitada. Una

fotografía que se cuela por el buzón de Plorn con su uniforme, regordete y solemne, en un sobre marrón con el sello del fotógrafo. Un collar que se dejó en Tavistock House, un corazón de piedra blanca de Broadstairs, liso y suave. Recuerda lo que sentía al llevarlo, frío y pesado contra el pecho. Recuerda los dedos de Anne en la nuca al desabrochárselo con cuidado mientras sufría las contracciones.

Durante un momento, cada vez que encuentra alguno de esos objetos, la embarga la tristeza, la pérdida. Quiere protegerse de ellos, como si fueran puñetazos. Piensa en pedirle al señor Lemon que le escriba una de sus cartas legales a la señora Anne Cornelius para solicitarle que corte todo contacto con ella, para que deje de abrumarla con sentimientos que no desea sentir. Me abandonaste, piensa. No puedes cruzar a escondidas la línea enemiga para venir a por mí de nuevo. Pero sigue aceptando todo lo que le llega, y lo deja en el tocador o lo guarda en un cajón, y vuelve al piso de abajo y siente las grietas de su corazón, pero también siente cómo se resiste y lucha contra la tristeza. Pensaba que se moriría sin Anne. Sin su marido. Sin sus hijos. Pero ahí está. Viva.

Cuando el verano da paso al otoño, llega un paquete para ella, bien envuelto en papel de seda marrón. Es algo que ha estado esperando. Retira el papel y el cordel, saca la cajita de color rojo oscuro y examina las palabras grabadas en relieve con letras doradas: Steward and Co., Londres. Cuando Helen se va y la casa vuelve a sumirse en el silencio, sale al jardín, se sienta en la silla de mimbre y se envuelve bien con el chal. Abre la cajita, apoyada en el regazo, y saca una montura de metal, ligera y pequeñita en sus manos. La despliega y se la lleva con cuidado a los ojos.

La masa verde se separa y cobra nitidez. Las hojas se dividen y se

multiplican. Las flores se descomponen en pétalos, estambres anaranjados y tallos de un verde intenso. Un espectáculo caleidoscópico. Las nubes se dispersan como la leche cuajada. Sobre la casa, una bandada de pájaros se aleja hacia la ciudad volando bajo, y cada ala se perfila como una sombra negra y nítida contra el azul del cielo.

Kate lo contempla todo desde la silla.

El cielo se va oscureciendo sobre ella. Aparece la luna, una esfera escarpada con protuberancias e imperfecciones. Y las estrellas. Puntos de luz diminutos en el terciopelo que parecen moverse conforme los observa.

Permanece allí sentada en el jardín hasta que el aire empieza a cargarse de humedad. Entonces se quita las gafas, las vuelve a dejar con cuidado en la cajita y la cierra con un leve chasquido. Y se queda allí, a oscuras, imaginándose las cosas que han debido rodearla desde el principio sin que ella las viera.

Y le parece extraordinario.

ANNE

Ahora mismo, la gran casa de Londres está vacía.

La familia pasa la mayor parte del tiempo en Kent, donde están más a gusto. Yo vengo todos los días a limpiar el polvo. Cambio las sábanas y las aireo para evitar que les salga moho, y froto la plata para mantenerla brillante e impecable, sin manchas verdes. Si se detiene algún reloj, lo bajo y lo mando arreglar para asegurarme de que marque la hora correcta, por si alguien regresa y lo ve. El pequeño teatro que construyeron juntos está vacío, sin usar, y a mí me parece algo triste, pero eso es lo que pasa con los hijos, que crecen y pierden el interés en esa clase de cosas. Y esta ya no es una casa de niños, una casa familiar. Su corazón la ha abandonado. Aun así, yo sigo yendo cada semana a limpiar los asientos con un buen producto para madera y desempolvar las lucecitas que hay salpicadas por el escenario, para tenerlo todo listo por si acaso cambian las cosas y la sala se vuelve a utilizar. A pesar de lo mucho que parecía divertirse la familia aquí, a pesar de todos los juegos, los invitados y las fiestas, ninguno de los hijos parece tener muchas ganas de casarse y venir a vivir aquí, y tener hijos propios para divertirse de ese modo de nuevo.

Georgina y Mamie vienen de visita de vez en cuando y pasan una o dos noches aquí, ya que Katey se ha marchado, se ha casado con el hijo del señor Collins y, según cuentan, no es feliz. Me aseguro de tener los dormitorios preparados para las visitas y para sus doncellas, el té caliente en la tetera y las chimeneas encendidas para cuando el carruaje se detiene delante de la casa. Entran, ya inmersas

en una conversación frenética sobre bailes, obras de teatro que quieren ver, fiestas y visitas, y, antes de que suban a prepararse para todos esos planes, me sonríen y siempre se aseguran de preguntarme por mi familia, sin detenerse durante el tiempo suficiente como para que pueda responder.

A veces oigo a la gente especular sobre lo que ha ocurrido; hablan de él y de ella como si fuera asunto suyo, mientras que ella, en el ojo del huracán, permanece siempre en silencio, mientras se desata a su alrededor. Al principio me enfado, aunque sé que no tengo ningún derecho. Y luego pienso que, bueno, ¿acaso no he hablado yo misma por ella? ¿No os he contado lo que es y lo que no es, no os he contado su historia con mis propias palabras, como ha hecho siempre todo el mundo, y como el señor Dickens hizo conmigo? ¿Y acaso no es eso lo que les sucede siempre a aquellos que guardan silencio?

A veces el señor Dickens viene por aquí, cuando tiene algún asunto de trabajo en Londres. Me saluda distraído y se marcha para seguir con lo que tenga que hacer. No hablamos mucho, pero tampoco es que haya demasiado que decir. Solo comentamos cómo están sus hijos, qué necesitan que les lleven, y yo tomo nota de todo para ocuparme de ello. En ocasiones me pregunta cómo le va a mi pequeña Catherine en la escuela que él paga, aunque no pronuncia su nombre. «¿Cómo está tu brillante hija?» o «¿Cómo le va a la señorita Cornelius?». Le contesto que le va bien, y le hablo sobre tal o cual premio, y de que tiene un don, precisamente, para las palabras. Y el señor Dickens se ríe y dice que no lo sorprende. Y luego se marcha a su despacho y se sienta delante del escritorio para responder cartas o comprobar sus finanzas y, cuando lo miro a la luz tenue, parece la persona más cansada del mundo.

Apenas sé nada de la hija de los Ternan. Salvo una vez que el señor Dickens la trae a casa. Estoy segura de que es ella. Entra a toda prisa, con los ojos tapados por el sombrero, para que no la reconozca nadie. En el vestíbulo, le quito la capa y veo en su rostro el alivio que siente por estar escondida, y, aunque yo la puedo ver perfectamente, hago como que no. Voy a prepararle un té mientras el señor Dickens busca lo que ha venido a buscar, sea lo que sea, y, cuando vuelvo con la bandeja, la joven está de pie, con la mano apoyada en el sillón de la señora Dickens. No es más que un detalle sin importancia, pero me sobresalta, y durante un espantoso momento me planteo pararme en seco y decirle que quite la mano de ahí. Pero tan solo dejo la bandeja en la mesa y le sirvo el té, y ella se lleva la taza a los labios y se bebe el té humeante, y se sienta con ella en el sillón de la señora Dickens, con los brazos apoyados sobre la funda que la señora había bordado con sus propias manos.

Al final decido no arriesgarme, por supuesto.

Mantenerme a salvo, como siempre he hecho. Al final, la mía no ha sido más que la historia de una cobarde, de principio a fin, a pesar de todos mis grandes planes.

El señor Dickens y la joven no se quedan mucho tiempo. Tal vez unos diez minutos. La chica se marcha con la misma discreción con la que ha llegado, sale al aire frío con el rostro oculto, como si no quisiera que nadie sepa que existe. O quizás eso sea lo que quiere él. Ya que la suya, al final, también ha sido la historia de un cobarde, a pesar de su inteligencia y de lo mucho que habla sobre la verdad. Tiene tanto que ocultar… En eso somos iguales.

Cuando empieza a atardecer, recorro los largos pasillos con las llaves colgadas de la cintura y compruebo cada habitación para asegurarme de que todo esté en orden. Guardo la plata bajo llave,

apago las lámparas de gas y les doy de comer a los gatos de la casa, que deambulan a sus anchas por las habitaciones para ayudarme a ahuyentar a los ratones. Cierro la puerta del despacho y echo la llave para que los papeles del famoso señor Dickens, al menos los que él desea que se lean, estén protegidos.

A veces me siento como si estuviera sola en un decorado vacío. Y cuando el día llega a su fin, y suenan las pesadas campanas del reloj de caja alta sin que nadie las escuche, cierro con llave la enorme casa y la dejo ahí, junto a la carretera, silenciosa y deshabitada. Me pongo la capa y la cofia y me alejo de ella a través de las oscuras calles, en dirección a Talbot Street, y abro la puerta de mi casa, donde está mi Ned, tumbado en la cama y tosiendo bajo la manta, y mi Catherine, que ya ha vuelto de la escuela y está sentada a la mesa con los libros de los que tanto disfruta. Y me mira con los ojos de Jem cuando entro, y siento, una vez más, que todo lo que consideraba valioso ha resultado ser insignificante, y todo lo que consideraba insignificante ha resultado ser aquello por lo que daría mi vida. Que de algún modo, a pesar de todo lo que he hecho, y de todo lo que no he hecho, hay gente que me quiere. Y eso, a decir verdad, es más de lo que merezco.

KATE

Kate está volviendo a Gloucester Crescent, recorriendo las calles con cuidado, con unas bolsas repletas de comida y la pierna mala dándole guerra. Camden Town está muy concurrido esta mañana; sus habitantes han salido a disfrutar del calor de principios de verano, y Kate lo observa todo con nitidez gracias a sus gafas: los vendedores de café que gritan en la esquina, los vendedores de dulces, las madres que acarrean a sus niños en las caderas, los trabajadores y los hombres de negocios, todas las clases sociales mezcladas en el extraño caos que el ferrocarril ha traído a estas calles.

A veces piensa en que, a pesar de su fracaso en la vida, el mundo sigue siendo el mismo. Los días nublados, inmutables. El atardecer. El rugido de su estómago. Sus pasos sobre el asfalto mientras va de la casa al mercado y vuelve. Como ha sido siempre. Como era cuando era niña, en Brompton. Un día sigue al anterior, monótono e invariable, y se funde poco a poco con el siguiente. Tan solo su tristeza, voluble, danza entre ellos.

Al pasar junto a los cocheros que aguardan con unos caballos que resoplan al calor la mañana, se plantea por un momento la posibilidad de alquilar un carruaje para que la ayude con la pesada compra, pero, conforme se acerca a ellos para preguntarles por el precio, oye una vocecita que grita:

—Dickens ha muerto. Dickens, el gran novelista, ha muerto.

La voz se alza sobre el ruido de la calle.

Kate se gira hacia la izquierda y hacia la derecha, tratando de

hallar su procedencia.

Sigue el sonido, dejándose arrastrar por él a través de la cacofonía de la calle hasta el cruce en el que el repartidor de periódicos trata de ofrecerles sus ejemplares a los transeúntes, que lo miran sin prestarle demasiada atención. Quien le está dando la noticia es uno de los niños de Charles, piensa Kate distraída. Con sus ojos pequeños y hundidos y cara de hambre. Él le habría dedicado unas palabras amables. Pero ella permanece inmóvil en el borde de la acera mientras las crinolinas y los codos envueltos en abrigos la rozan, con las pesadas bolsas balanceándose a ambos costados. Se hurga los bolsillos en busca de una moneda y le compra un periódico al muchacho, que sigue con su canturreo.

—Dickens ha muerto. Dickens, el novelista, ha muerto.

La tinta sigue fresca. Le mancha la mano. Kate baja la mirada al titular y lo lee con detenimiento.

La muerte del gran novelista.

Charles, muerto. Las palabras flotan ante ella. Le parece imposible.

¿Cómo es que no la ha avisado nadie? Ha muerto y nadie le ha dicho nada.

Charles está muerto, se repite, pasando los dedos por las columnas de texto, tratando de asimilarlo.

Piensa, asustada, en que ahora seguro que los niños la necesitarán. Necesitarán que se ocupe de todo, que los consuele. Tiene que hacer algo, tiene que ir a verlos. Piensa en la muerte de su propio padre, en que pareció destruir una parte de ella y dejarla vulnerable. Empieza a preguntarse, como una loca, si debería ir a Gad's Hill en la última diligencia. Pero nadie la ha llamado, ni siquiera le han enviado un mensaje.

Un hombre pasa a su lado para hacerse con un periódico y se

choca con las bolsas de la compra. El repartidor la mira molesto.

—Apártese, señora, que está impidiéndoles a las damas y los caballeros llegar hasta mis periódicos.

Aturdida, da un paso atrás y casi se tropieza con la acera, pero recupera el equilibrio y se cuelga las bolsas del hombro. Vuelve a ponerse en marcha, se abre paso entre la multitud para cruzar la calle y se dirige a casa a través de un mar de periódicos bajo los brazos de la gente, o abandonados en la calle, pisoteados, o abiertos y leídos en los rincones, mientras lleva el suyo en la mano.

Al llegar a casa, se sienta a leerlo en el salón y vuelve a quedarse mirando las palabras como si fueran a reordenarse por sí solas sobre la página, y entonces, al ver que no ocurre, apoya la cabeza en las manos.

Por la tarde va a verla Katey, pálida, con su vestido de luto negro azabache. Se abrazan con torpeza en el vestíbulo. Kate le pregunta cómo están todos, qué tal está Georgy, cómo se lo han tomado los chicos, y su hija responde con ojos cansados. Y después se sume en el mundo que hay más allá, el mundo de plumas negras y campanas sonoras y cintas de sombreros de crepé, el mundo del que tanto se había reído Charles cuando era joven.

«Con todos nuestros respetos, informamos a los amigos del señor Winkle que su funeral tendrá lugar tan pronto como fallezca». Palabras de otra vida. Pickwick y Alfred Jingle, llamado así en honor al gato de Georgy. Charles bailando delante de la puerta de entrada, con los libros abiertos bajo el sol invernal. Está muerto, se dice a sí misma. Está muerto, está muerto, está muerto.

Durante los días siguientes recibe tarjetas de pésame, con unos bordes negros solemnes, que caen con suavidad sobre el felpudo; condolencias redactadas con cortesía pero que, en realidad, apenas

dicen nada. Entre ellas, una de la reina. Una tarjeta dedicada a una viuda. Puede que fuera una esposa a medias, pero al menos, a ojos del mundo, soy una viuda en pleno derecho, piensa con ironía. Pero en la casa reina el silencio. La gente deja de visitarla, salvo Helen. En ocasiones se siente como si hubiera caído en el agujero que ha dejado él. Como si durante todo este tiempo su presencia la hubiera sostenido, le hubiera dado sentido a su propia existencia, a pesar del silencio que los ha separado durante tanto tiempo. Charley le envía una carta para comunicarle los planes para el funeral, que, al parecer, incluyen una ceremonia fastuosa en Westminster que Kate está segura de que Charles no ha podido pedir y a la que, como sabe sin que se lo tenga que decir nadie, no está invitada.

Ante las tragedias, la gente interviene de inmediato, claro. Pero, según la experiencia de Kate, cuando se trata de algo más incómodo, como la desesperación, desaparecen, por miedo a contagiarse, como si fuera la fiebre tifoidea o el sarampión.

Entonces, una mañana, mientras Helen está ayudándola en el jardín, una vecina llama a la puerta. Es una mujer alta con un pelo lacio y plateado y unas manos largas y delgadas a la que Kate ha visto entrar y salir de la casa de al lado.

—Espero no molestarla, señora Dickens —le dice la mujer—. Quería venir a verla para darle el pésame. Soy su vecina.

En el fresco de la casa, Kate se lava las manos para deshacerse de la tierra del jardín, se las seca deprisa con la toalla y se enjuga el brillo de la frente mientras piensa en que no tenía que haber abierto la puerta. Helen trae el té y se sientan las tres juntas en el pequeño salón, bebiendo de unas tazas de la mejor porcelana de Rockingham.

Hablan sobre bebés, sobre matrimonios y sobre los seis nietos que tiene Kate, todos hijos de Charley. La mayoría niñas. Sobre el marido

de Katey, Charlie Collins, que está enfermo y al que creen que ya no le queda mucho tiempo de vida. Y entonces se quedan en silencio.

La mujer la observa con expresión pensativa.

—He oído que no la trataba bien —dice en voz baja—. Su marido.

Kate alza la vista sobresaltada.

Nadie habla nunca de Charles con ella, aunque sabe, por supuesto, que la gente sí habla a sus espaldas. Al final, Kate se ha convertido en un vacío, tal y como esperaba él. Pero también ha sido culpa suya. No ha hablado con nadie de lo que Charles le hacía sentir; se ha dicho a sí misma que no se lo podía permitir. Pero su temor, en realidad, es que no sabe qué es cierto y qué no.

Ahora, por alguna razón, la gentileza de esta mujer hace que quiera responder por primera vez.

La mira mientras la señora deja la taza con delicadeza en el platillo y le sostiene la mirada.

—No siempre… no siempre me ha tratado bien —dice Kate, insegura, en medio del silencio, y espera a que ocurra algo, a que alguien le diga que se equivoca, que la corrijan o le digan que es boba, o que la ignoren, como si ellos supieran más del tema que ella.

Pero su vecina tan solo asiente, como si quisiera que Kate continuara hablando.

Fuera, la calle está en calma esta mañana. Un pájaro atraviesa el cielo azul revoloteando a lo lejos. Se lanza en picado y desaparece tras las casas.

Piensa en intentarlo. En intentar encontrar las palabras por sí misma.

La vecina sigue mirándola desde la silla con unos ojos grises y amables. Helen también está sentada en silencio junto a la ventana. Pero es un silencio agradable, apacible.

Y, vacilante, Kate comienza a hablar.

EPÍLOGO

1847

Desde la ventana de Gad's Hill, Kate ve al hijo de Charley tratar de hacer el pino sobre la hierba. Lleva intentándolo y fracasando toda la tarde, levantándose con el rostro colorado y probando de nuevo, mientras su madre descansa sentada a la sombra, aconsejándolo sobre su técnica. Cerca de ellos está la bebé, que aún lleva faldón, comiendo puñados de hierba en cuclillas con cara de satisfacción y tirándole de los pantalones a su padre, que está recostado sobre un cojín. Kate observa al padre, a su Charley, con el chaleco desabrochado y los ojos cerrados bajo el resplandor de la tarde, y siente esa llama familiar de cariño. Está empezando a engordar a medida que se acerca a la mediana edad, y tiene el pelo canoso por las sienes. Todavía tiene esa expresión somnolienta que tanto despreciaba Charles. La expresión de Kate.

Charles lleva muerto cuatro años. Una hemorragia cerebral, según dijeron. La enorme casa de ladrillo rojo, que allí sigue, en la carretera de Rochester, igual de amplia y preciosa que siempre, es ahora de Charley. La adquirió con su propio dinero en la subasta de la herencia de su padre, pujando a gritos por encima del rumor de sorpresa de los espectadores de la sala.

Kate ha oído que el resto de sus hijos se pusieron furiosos, y Georgy estaba horrorizada. Dijeron que se la había robado a ellos, que tenía planeado echarlos a todos y sacar provecho de alguna manera. Pero Kate sabe que la ha comprado para ella.

Charles y ella criaron a sus hijos con esa historia, la del niño pequeño y hambriento que se valió de la escritura para dejar atrás sus orígenes, que, gracias a su imaginación, consiguió la casa y la vida que tanto anhelaba. A veces contempla el muro del borde del jardín, donde estuvo con él al principio de su matrimonio, con la cabeza apoyada en su hombro, envuelta en sus cuentos. Pero ya no le hace falta esa vieja casa agridulce. Ya no necesita adaptarse a su historia, sino que permanece atrapada tanto dentro como fuera del final que le habían dicho que sería el suyo.

Últimamente le molesta el tobillo al andar. También se le agarrota la espalda cuando pasa demasiado tiempo sentada. Y hay otras cosas, otras aflicciones fantasmales, en las que no quiere pensar. Se ciernen sobre ella, la rodean, a la espera de materializarse en algo que ya no se pueda ignorar. Pero, por ahora, ese sábado soleado, baja los escalones uno a uno. Mientras está todo el mundo ocupado en el jardín a última hora de la tarde, hay algo que quiere hacer sin que la vea nadie.

Al llegar al pie de las escaleras, al otro lado del vestíbulo, ve la pesada puerta cerrada. Kate cruza el vestíbulo con dificultad y empuja la puerta, que se abre de par en par en medio del silencio. El despacho sigue intacto. Conservado como un museo.

Su silla roja.

La papelera alta.

Pickwick, enmarcado.

Ve su propio reflejo en los espejos que rodean el escritorio, colocados ahí para que Charles pudiera ensayar sus personajes a medida que los escribía. Durante un instante, casi espera verlo reflejado en ellos, y se aleja deprisa del cristal borroso. Qué boba. Sin embargo, siente que la habitación pertenece a otro mundo,

impregnada tanto de la presencia como de la ausencia de Charles, como si ella se encontrara de alguna forma en un lugar situado entre ambas.

Ese despacho se construyó para acallar la vida, para aislarse del ladrido de los perros y de los gritos de los niños al llamarse unos a otros en el jardín, para que Charles pudiera recluirse, confinarse en su propio mundo, para que sus historias pudieran fluir sin interrupciones. Los geranios rojos de las jardineras de la ventana, que siempre han sido sus favoritos, siguen danzando en silencio al ritmo del viento al otro lado del cristal. La puerta es un muro de libros de pega con títulos ridículos, diseñada para ahogar los sonidos de los niños al llegar del críquet dando pisotones.

Historia de la Edad Mediocre.

Cinco minutos en China.

Los recuerdos de la nada de un dormilón.

Bromas que antaño la habrían hecho reír a carcajadas y apoyar la cabeza en su pecho en la pequeña cama de Furnival's Inn, embriagada por la mente de Charles, por estar tan cerca de ella.

Sobre el escritorio sigue estando su peculiar colección de objetos: una estatua de dos sapos enzarzados en un duelo de esgrima, un monito con un sombrero de copa… Al verlos, Kate deja escapar un sonido a medio camino entre la risa y el llanto que se desvanece en el silencio.

El aire está viciado, huele a humedad y a cosas que llevan demasiado tiempo sin usarse. Y ligeramente a Charles, lo cual le arrebata el aliento. Pasa los dedos por su pisapapeles. Su abrecartas. Su bolígrafo.

La sala está sumida en el silencio. No se oye nada del mundo exterior. Y de pronto recuerda, por absurdo que resulte, los frutos

secos que solía encurtir en tarros, flotando en vinagre especiado y sal. Tenían un aspecto extraño, ni muertos ni vivos. En suspenso.

En el escritorio hay una fotografía enmarcada, descentrada, lo cual a Charles no le habría gustado. Kate se dispone a enderezarla por instinto, pero acaba sosteniéndola en alto. Es un retrato en sepia de Georgy y Mamie. El fotógrafo las había colocado mirando a Charles mientras él les leía un libro, y aparecen con la cabeza inclinada, con expresión de adoración. Un fragmento de la historia, contada a su manera por sus protagonistas. ¿Qué pensarían ellas de que esté allí ahora, entre los objetos más preciados de Charles, de que ella, su error, su gran pesar, pueda pasearse a sus anchas por la casa de la que la quiso echar? Quiso hacerla desaparecer, borrarla como si fuera una frase de sus páginas. Pero ahí sigue. Y Charles no puede impedir que Charley transforme su querido Gad's Hill y lo haga suyo. No puede impedir que Kate se siente a la mesa de una cocina en la que él no la quería, que le enseñe a su nieta a exprimir limones o a abrir huevos para que aterricen, perfectos y brillantes, en una nube de harina.

Si sigues viviendo, piensa Kate, sigues cambiando la historia. Solo por respirar, por seguir existiendo tranquila y tenazmente un día tras otro. Crees que no estás haciendo nada, pero estás escribiendo algo, una parte del mundo, que no existiría sin ti.

Ahora la historia de Charles está congelada. Tan solo la pueden adornar, retorcer o tergiversar a su antojo quienes siguen vivos. Él ya no puede seguir escribiéndola, moviendo la mano sin cesar de un lado a otro de la página, trazando frases apretadas e inclinadas con su tinta azul. A pesar de todo su fervor, de las interminables horas que pasó expresando por escrito su verdad, ya no puede seguir escribiendo sobre Kate, ni como un amor ni como una esposa ni

como un fracaso ni como un arrepentimiento. Y, aunque Kate siente que podría darse la vuelta y verlo ahí, encorvado sobre el escritorio, con la lengua pegada al labio superior por la concentración y los ojos entornados (un recuerdo tan presente e intenso en su cuerpo y en su mente que le entran ganas de llorar), la silla está vacía.

Vuelve a dejar la fotografía, pero la cambia de sitio para ponerla como a él le gustaba, contra la ventana.

Y a continuación regresa al vestíbulo y cierra la puerta del despacho a su espalda para volver a sellarlo tras el grueso muro de libros. Las puertas traseras que dan al jardín siguen abiertas. Kate las atraviesa y sale a la luz cegadora del sol, a un jardín que está en plena floración de finales de verano, y sobre la mesita del patio se halla su bordado, con sus toques de color, a la espera de convertirse en algo hermoso en las últimas horas antes de que empiece a refrescar.

Observaciones y aclaraciones

Siempre que ha sido posible, he tratado de reflejar la realidad de la vida de los Dickens, tal y como se ha documentado; me he mantenido fiel a las fechas, los acontecimientos y los relatos de quienes estuvieron presentes. Pero también he hecho pequeños cambios para acelerar la trama a lo largo de los veinte años que abarca esta historia, los cuales voy a detallar aquí.

Dickens escribió sus primeras obras en tinta negra, antes de pasarse a la azul, pero yo lo he simplificado y, en mi versión, escribe en tinta azul desde el principio para evitar explicaciones innecesarias.

Mary Hogarth se fue a vivir con los recién casados en Furnival's Inn en abril de 1836, acompañada de sus padres, que se quedaron a cenar, pero yo he combinado este momento con la vez que fue a visitar a Kate cuando estaba embarazada de su primer hijo. La joven pareja también se mudó a otra estancia de Furnival's Inn, ya que en su primera vivienda conyugal no se permitían los bebés ni los niños, pero he omitido esta pequeña mudanza para agilizar las cosas, sobre todo porque había muchas otras mudanzas que documentar.

Existen diferentes versiones sobre la muerte de Mary Hogarth. En algunas, cae de espaldas a los brazos de Charles mientras sube las escaleras para acostarse. En otras, la pareja oye a Mary llamándolos mientras se desviste tras la velada en el teatro. Por mi parte, me he inspirado en la tendencia del propio Dickens a ajustar la verdad en aras de la historia para concederle a Kate un momento de intimidad con su hermana.

Según Andrew Rootes, de la asociación Dickens Fellowship, Gad's Hill Place debía haberse llamado Gad's Hill House en la época en la que Charles se la enseñó por primera vez a Kate; no obstante, puesto que Dickens cambió más tarde el nombre, y que había otra casa llamada así en Higham, lo he mantenido como Gad's Hill Place en todo el texto para evitar confusiones.

Por el bien de la narración, he combinado los acontecimientos y el ambiente de Broadstairs del verano de 1840, según los plasma Eleanor Christian en *Recollections of Dickens*, con los del verano de 1839, cuando Anne Brown conoció a la familia y la contrataron como niñera temporal.

Dickens no tuvo a un cuervo como mascota hasta poco después de mudarse a Devonshire Terrace, a finales de 1839. La primera vez que se menciona al legendario Grip es en febrero de 1840. Yo he adelantado su llegada unos pocos meses para que Anne se encuentre con él al llegar al hogar familiar de los Dickens.

Georgina Hogarth ayudó a criar a los hijos de los Dickens durante el viaje de sus padres por América, pero no se fue a vivir con ellos hasta seis meses después de su regreso. Lo he modificado para acelerar el ritmo de la historia.

Charles le dio a Catherine Dickens un libro sobre una esposa que lo sacrificaba todo por su marido poco antes de que ella decidiera acompañarlo a América, gesto que se vio reforzado, según nos cuenta Lillian Nayder, por una carta que le envió Macready, amigo de Charles, para convencerla de que fuera una esposa «obediente». El efecto combinado de ambos factores la persuadió para acompañarlo. En mi versión, he tomado la idea de este ataque envolvente y le he atribuido parte de la responsabilidad a Anne.

Dickens quemó toda su correspondencia en una hoguera en su

jardín trasero en 1860, pero yo lo he adelantado casi un año, a 1859, para poder incluirlo en esta historia, y en mi versión esto tiene lugar en Tavistock House, en lugar de en Gad's Hill Place, para que Anne pudiera estar presente y relatarlo.

Parte de lo que conocemos de la experiencia de Kate, sobre todo el intento de Dickens de internarla, lo sabemos gracias a una vecina suya de Gloucester Crescent, en quien empezó a confiar al fin durante los años posteriores a su matrimonio, y de su hija Katey, quien, ya de mayor, sintió que podía expresarse con más libertad. El control de Dickens de la historia de su familia y su insistencia en su propia inocencia obligan a los curiosos a examinar versiones muy dispares de lo ocurrido. Este fraccionamiento de la verdad es, por supuesto, lo que me fascinó de la historia de Kate desde el principio.

Agradecimientos

Le debo muchísimo a una impresionante cantidad de material de investigación, imposible de enumerar aquí en su totalidad. *Dickens and Women*, la brillante obra de Michael Slater; las biografías de Dickens escritas por Claire Tomalin, Peter Ackroyd y A. N. Wilson, entre otras, y *Dinner for Dickens*, de Susan Rossi-Wilcox, han sido unas fuentes de información especialmente valiosas, al igual que las obras de Lucinda Hawksley y Robert Douglas-Fairhurst, y el pódcast *Charles Dickens: A Brain on Fire*, de Dominic Gerrard. Gracias a la Dickens Fellowship, en especial a Andrew Rootes por su generosidad a la hora de compartir su experiencia sobre Dickens en Kent; a Claire Hitchcock, que me ofreció su ayuda tras mi visita a Gad's Hill; y a Emma Harper, del Museo Charles Dickens de Doughty Street. Y sobre todo la biografía de Catherine de Lilian Nayder, *The Other Dickens*, me ha resultado valiosísima. Agradezco enormemente haber descubierto su minuciosa labor y su pasión por sacar a la luz esta historia oculta.

Gracias a mi editora, Francesca Main. Es un honor poder contar con tu buen ojo en este proyecto desde el principio. Tu generosidad, tu entusiasmo y tu cercanía nunca te impiden tomar las mejores decisiones para el libro, y agradezco mucho que hayas sido mi cómplice literaria a la hora de escribirlo.

Gracias a Sue Armstrong, de C&W, por tu apoyo y tu cariño, por tu infatigable fe en mí y por responder todas mis preguntas con tanta amabilidad. Gracias también a Alice Graham, Aoife Datta, Catriona

Paget y todo el equipo de Phoenix y de C&W.

Me siento muy privilegiada por haber encontrado una comunidad de escritores que se apoyan unos a otros. Mi maravilloso grupo de novelistas debut: Flora Carr, Sarah Marsh, Jennie Godfrey, Laura Shepherd, Jessica Bull, Ania Card, Sarah Brooks, Amy Twigg. Mis compañeros iniciales de Curtis Brown Creative: Roisín O'Donnell, Becky Alexander, Fabian Foley, Sam Robertson y Aoi Matsushima. Y mis generosas compañeras escritoras Claire Travers y Harriet Constable. Muchos de vosotros os habéis ofrecido a leer las primeras versiones, me habéis animado, habéis celebrado conmigo y me habéis consolado. Los escritores suelen pasar mucho tiempo solos, pero gracias a todos vosotros nunca me he sentido sola.

Un agradecimiento especial a mi querida amiga y verdadera compañera de escritura, Ally Zetterberg. Has estado a mi lado en todos los momentos difíciles, desde la maternidad hasta las correcciones, me has hecho reír cada día y me has dicho, tal vez más veces de las necesarias, que te encantaba el libro.

A todos los lectores y los libreros que leyeron mi primer libro, y que se han tomado un momento para contármelo; me habéis animado enormemente a seguir escribiendo este.

Por último, a Noelle Woosley, Paul Melody, Hannah Ruthven, Rosamond Martin y Rachel Widdowson, por vuestro apoyo constante y vuestra lealtad incondicional. A mis padres, siempre tan bondadosos. Y a Toddy, Kit, Rose y el bobo Ernest, el perro, por soportar las cenas a última hora, las miradas perdidas, las interminables conversaciones sobre Dickens y los fines de semana dedicados a seguir sus pasos. Os lo debo todo.